



**Entrevista a
José Murillo de Carvalho**

**La formación de la casa
moderna**
Jorge Francisco Liernur

Ameghino: imagen y mito
Irina Podgorny

**Dichos y hechos del
gobierno peronista**
Noemí M. Girbal-Blacha

Macro y microhistoria
Fabián Alejandro Campagne

Debatir los '70
Alejandro Cattaruzza

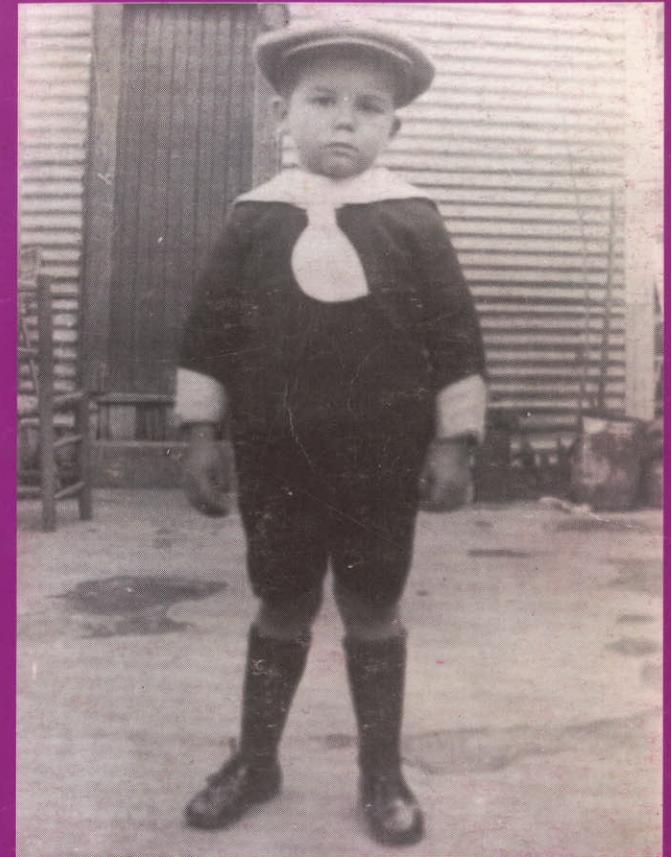
**Nación y cultura en la
Alemania del siglo XIX**
Dieter Langewiesche

Archivos de Cancillería
Marisol Saavedra



ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA
AÑO VI - NUMERO 13 - FINES DE 1997



13

**La formación de la
casa moderna en
Argentina**

**Ameghino: ciencia
política y mito**

**Peronismo: hechos
y discurso**

**Macro y
microhistoria**

**Enseñanza de la
historia en México**

**Murillo de Carvalho: Historia y política
en Brasil / Langewiesche: Nación y
cultura en Alemania/ Cattaruzza: La
cultura juvenil en los '70**

ENTREPASADOS

REVISTA DE HISTORIA

AÑO VI - NUMERO 13 - FINES DE 1997

Consejo de Dirección

Ena Cibotti

Silvia Finocchio

Patricio Geli

Mirta Zaida Lobato

Lucas Luchilo

Gustavo Paz

Leticia Prislei

Fernando Rocchi

Juan Suriano

Director

Juan Suriano

Diseño Gráfico

Mabel Penette

ENTREPASADOS es una revista semestral que abre un espacio para el debate y la producción histórica. El comité de dirección recibe todas las contribuciones que enriquezcan el campo del quehacer historiográfico. Las opiniones expresadas en los artículos firmados son responsabilidad de los autores.

Registro de la propiedad intelectual en trámite

Suscripciones: En Argentina U\$S 24 (dos números)

En el exterior, vía superficie U\$S 30 (dos números); vía aérea U\$S 40 (dos números)

EntrePasados recibe toda su correspondencia, giros y cheques a nombre de Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657) Loma Hermosa, Buenos Aires. Tel.: ~~769-9043~~ 4582-2926

Distribución Internacional: Cochabamba 248, D. 2, Tel.: 361- 0473, Fax: 361-0493, E-mail: cambeiro@cnea.edu.ar. Bs. As., Argentina.

Las ilustraciones de este número han sido extraídas de "Arti Grafiche nel Cinema Muto Europeo", Riccardo Palmieri, Roma, M.I.C.S., 1995.

Foto de tapa: Berisso, década del '30.

Composición y armado: Omega Laser Gráfica, Callao 157, P. B. "C", Capital Federal.

Impresión: Gráfica LAF, S. R. L, Loyola 1654, Buenos Aires.

Indice

Artículos

El nido de la tempestad. La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910) por *Jorge Francisco LIERNUR* 7

De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna por *Irina PODGORNY* 37

Dichos y hechos del gobierno peronista (1946-55). Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico por *Noemí M. GIRBAL-BLACHA* 63

Las búsquedas de la historia. Reflexiones sobre las aproximaciones macro y micro en la historiografía reciente por *Fabián Alejandro CAMPAGNE* 79

En Debate

El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta. por *Alejandro CATTARUZZA* 103

Galería de textos

Formación cultural de la nación en la Alemania del siglo XIX por *Dieter LANGEWIESCHE* 117

Entrevista

Historia, tradición e identidad política en el Brasil Entrevista a José Murillo de Carvalho por *Jorge MYERS* y *Elías PALTÍ* 133

ISBN N° 0327 649X

El nido de la tempestad

La formación de la casa moderna en la Argentina a través de manuales y artículos sobre economía doméstica (1870-1910)

Jorge Francisco Liernur*

*Bella es la vida que a la sombra pasa
Del heredado hogar, el hombre fuerte
Contra el áspero embate de la suerte
Puede allí abroquelarse en su virtud.
Si es duro el tiempo y la fortuna escasa
Si el aéreo castillo viene abajo
Queda la noble lucha del trabajo
La esperanza, el amor, la juventud.*

"At home"

Carlos Guido y Spano

1. "Es preciso que la casa sea un nido y un santuario donde el amor tenga un abrigo, la vejez un descanso, la infancia una escuela de virtud, la patria un apoyo y la moral un culto", reclama uno de los manuales más difundidos en la década del veinte. Casa-refugio, casa-imán, casa-bálsamo, o casanido, estas metáforas colman las páginas de las revistas para la mujer y de esos libritos de economía doméstica que circulaban durante el período que analizamos. Su expresión más difundida es la fábula del chanchito Práctico en la que confort hogareño y trabajo se articulan de manera ejemplar.

Pero ¿qué significa este traslado de imágenes de cottages, ranchos, o cabañas de bosques y llanuras a los laberintos metropolitanos?

En estos años Buenos Aires casi ha perdido sus contactos con la naturaleza, de la que sólo perviven algunos retazos en las orillas, donde las rutinas obreras se mezclan con destrezas de maderos, de granjas y de tambos. Mientras tanto, con piedras, fierros, cristales, con ébano y porcelanas venidos de todas partes, está construyéndose el corazón de la metrópolis. A los sobresaltos de otras grandes ciudades la Capital de la Argentina agrega la prolongada provisoriedad de muchas de sus instalaciones que se renuevan continuamente: desde los comienzos de su modernización se presenta como una ciudad conmocionada. La estructura cambiante y móvil de la producción y las exportaciones del país acompaña ese andar imprevisible, y hasta avanzado el siglo, el empleo estable es infrecuente.

Gastón Bachelard ha pensado las relaciones de la casa con el universo trabajando las imágenes de la poesía en las que aquella se presenta como un refugio cálido y seguro, que con la fortaleza de sus muros nos protege de truenos y vendavales. "¡Sigue, sigue no mas, en tus hazañas señor Huracán! -se lee en una de las lecturas que se proponían para los niños en las escuelas argentinas-. Nosotros estamos ahora en nuestra casa, al lado de nuestro padre y nuestra madre, y observamos por la ventana las locuras que haces en las calles. ¡Sacude fuertemente nuestras puertas y ventanas! No se han de abrir, pues para que tu no entres, car-

* CONICET; UTDT; UBA.



pinteros y cerrajero han puesto el mayor cuidado!"¹.

La casa metropolitana que estamos tratando de comprender debe ser igualmente un refugio, pero frente a la tempestad de la modernización. Su constitución interior no puede comprenderse si no se la pone en vinculación con el espacio de la ciudad, con esa convulsiva "vida nerviosa" a la que los habitantes debieron someterse para poder sobrevivir. Como los personajes de "Los desorbitados" de José María Cantilo, ellos "eran parte del torbellino general que, confundiendo los valores sociales agitaba ricos y pobres, buenos y malos, en un mismo delirante sensualismo".

Pero la casa no es sólo un hueco. Es también la unidad en la que si no se realiza con el consumo, se altera con la dilapidación, o se frena con el ahorro el ciclo de producción y distribución de mercancías; y es el mecanismo que sostiene la reproducción de la fuerza de trabajo. Sostiene Emanuel Wallerstein que en el capitalismo histórico el hombre adulto que procuraba el salario era considerado como el que "ganaba el pan", mientras que a la mujer adulta que trabajaba en la casa se la catalogaba como "ama de casa". De esta manera este sistema se caracterizaría no tanto por la diferencia de los roles (reconocibles en otros sistemas) sino por la desvalorización del trabajo de la mujer (y de los jóvenes y viejos), a tal

punto que "cuando comenzaron a ser compiladas las estadísticas nacionales todos los que 'ganaban el pan' fueron considerados miembros de la fuerza de trabajo económicamente activa, mientras que ninguna de las mujeres fue considerada de tal modo". Puesto que para la ciencia económica la casa es un bulbo opaco cuyas actividades –no necesariamente dedicadas solo al ocio– no suelen ser consideradas en la elaboración de las rentas nacionales simplemente por no formar parte del mercado, en la "economía doméstica" trabajo y productos no tienen precio, son despreciados². Así, la Economía general pasó a ocuparse de un sector de los movimientos de los bienes, mientras que el restante, librado al ámbito privado, quedó fuera de su interés.

Lo que no significa fuera de toda organización del saber. Políticos, técnicos, comerciantes, diletantes, maestras, médicos, fueron conformando poco a poco una nueva materia: la Economía Doméstica. Se trata de una designación reiterativa en la que dos vocablos griegos –oikos (eco), la casa, y nemein (nomía) su dirección– repican en la domus latina.

La morada, entonces, cumple una doble función reguladora, de los sentimientos y de los recursos. "Trabajando junto a vuestra madre –se recomienda a las niñas– aprenderéis que la dulzura, la paciencia, la bondad son tan necesarias como la economía y el *savoir faire*, y poco a poco os acostumbraréis a practicar estas virtudes sin las cuales no existe la felicidad en el hogar doméstico".

Dulzura, paciencia, bondad, comprensión deberán ser las virtudes femeninas por excelencia. ¿Qué fin persiguen estos almíbaros? "No hay pasión que no dañe al organismo –leemos– porque en toda pasión hay emoción y las emociones obran sobre los vasos por intermedio del sistema nervioso.

Por eso una emoción viva fatiga y agita los centros nerviosos". En el comienzo de nuestro arco temporal Pilar Pascual de San Juan indicaba la justa intensidad del amor, necesaria para mantener la cohesión de la unidad doméstica; "pero no del amor que extravía la razón y perturba la inteligencia, sino de ese sentimiento puro, que es hijo del cielo, que une a los hombres entre sí y a todos con el Padre común". Es la mujer quien debe eliminar todo "exceso" de sentimientos y actuar como receptora o como una suerte de desactivadora de las pasiones en tanto manifestaciones de conflictos. De este modo "llenará su misión si a una piedad sincera, a una resignación y dulzura a toda prueba, reúne las virtudes domésticas tan necesarias para la paz y el bienestar de la familia. Ella modificará las pasiones e instintos de su compañero, le alentará para el trabajo, dulcificará su carácter, consolará sus amarguras, embellecerá su morada, preparará su alimento y su lecho de reposo, le asistirá en sus dolencias y finalmente cerrará sus ojos en la hora suprema y orará después sobre su tumba".

No se trata sólo de "pacificar" el instinto o la rabia. La mujer debe funcionar también como el eje de un sistema de garantía de lo que Lasch³ llama



"gratificación diferida". "En el siglo XIX, –escribe– la esperanza de que el comercio hiciese a los hombres 'tolerantes y sociables', y no ávidos y rapaces, se basaba en gran parte en la institucionalización de la gratificación diferida, de la que debía encargarse la familia, corazón y alma del estilo de vida burgués". Filántropos y reformadores progresistas crean que la orientación de los consumos hacia la casa evitaría el individualismo al que naturalmente tendía el sistema capitalista. Sabían que sería difícil subordinar los intereses de los individuos al bien común, pero pensaban que era posible apelar

al menos a un egoísmo de mayor contenido "social" e histórico, basado en el matrimonio y en el compromiso con el destino de los hijos.

Tras este propósito, el proyecto doméstico laico se cruzaba con viejas normativas religiosas, por lo que no es extraño encontrar formulaciones de idénticas características en área católica. "Así, bajo el imperio de la idea cristiana (...) –se sostenía en 'El Católico'– (la mujer) ha alcanzado el dulce privilegio de endulzar las pasiones brutales de los hombres, logrando que estos depongan su agreste ferocidad; y por último, ha conseguido inmortalizarse en el ideal sublime de la madre de familia, reina y señora de la vida doméstica"⁴.

La "dulzura" y la "paz" que conseguirá la "reina" son los bienes más preciados del refugio. Pero para merecer su pequeño trono ella debe modelar sus tendencias naturales: es que en el fondo se cree que "las mujeres son todas/ como las mulas; / yo no digo que todas, / pero hay algunas/ que a las aves que vuelan/ les sacan plumas", como canta el sargento Cruz. El precio de su reinado será el recorte de las alas: la represión de sus reacciones y sentimientos, de su "lascivia" y sus "flojedades", de su "tendencia a la mentira". Deberá modelarse como "un genio dulce, tranquilo, más bien alegre, sin esos cambios bruscos que se traducen en arrebatos de cólera". Asexuado, pasivo, el "genio dulce" se construye aniquilando al "demonio" femenino y por eso se realiza en su caso como hembra, como matrona más que como madre: como advirtió Alberdi, "es algo cuando ya no es nada". El protagonista de "Silbidos de un vago", de Eugenio Cambaceres caracteriza el afuera y el adentro de la casa como dos escenarios que proponen dos roles a la mujer-actriz: "dos géneros opuestos se presentan desde luego al gusto y vocación de la comedianta. El teatro serio, cuya escena se reduce a las cuatro pare-

des de una casa y cuya acción se limita a un hombre que se llama marido y a unos muchachos que se llaman hijos, y la farsa colosal de puertas afuera, cuyo escenario es el mundo y cuya intriga se desarrolla entre mil. En aquel la protagonista se llama matrona, en este mundana (...) ¡Ah! ¡mujeres, mujeres!. Tienen un cielo en su casa y buscan afuera el infierno".

Sarlo ha comprendido muy bien que esta contención explica el auge de la novela "pasional" semanal como realización imaginaria de una extraordinaria represión de los sentimientos⁵. Glorioso a Ingenieros nos dice que "la pasión solo aparece cuando el sentimiento amoroso encuentra un obstáculo en su camino. Para que nazca la pasión son necesarias las disposiciones sociales que, en nombre del matrimonio y la domesticidad, la consideran un plus poco funcional a las comunidades humanas". El propio Ingenieros había llevado su razonamiento al extremo: "las doncellas que fugan y las esposas que engañan –leemos en su "Tratado del amor"– no son simples violadoras de la obediencia o de la fe jurada, sino verdaderas rebeldes contra la tiranía social, insurrectas contra la institución misma del matrimonio".

Según estos manuales la vida metropolitana parece provocar en el hombre un explosivo cúmulo de tensiones, y si la mujer no hace de ella misma y de la casa un bálsamo, él no tendrá donde reconstruir una ilusión de armonía que el "mundo" desmiente cada día. La discreción, el silencio, esa dulzura, son necesarias para que el hombre recupere sus fuerzas morales y "salga de casa con el corazón satisfecho. El recuerdo de la dicha que goza en el hogar doméstico le hará paciente y sufrido para las contrariedades que experimentará fuera". Y afuera lo esperan la tempestad y la guerra. Carmen Karr de Casarte propone una pregnante imagen de estos hé-

ros y heroínas cotidianos: "La Historia, hablándonos de aquellas nobles damas medievales que con sus blancas y suaves manos abrochaban sobre el pecho de sus caballeros las fuertes armaduras que habían de guardarles del peligro en las batallas, evoca un símbolo de eterna verdad, pues la coraza del alma, para que sea invulnerable, ha de estar ajustada por una amorosa mano de mujer. Y solamente cuando ella no ha sabido cerrar fuertemente la armadura cae el hombre vencido". Topos que recorre la narrativa naturalista de fin de siglo, el desastre, efectivamente, acecha a las que no contribuyan a esta eternamente repetida recomposición del alma del compañero. Sarlo lo registra en el análisis de las ficciones semanales de los años veinte, y lo corroboran los textos de los manuales. Si luego de sus esfuerzos por conseguir el "pan", el hombre "no tiene esperanza de encontrar a su regreso sino miseria, suciedad y desorden (...) y en consecuencia se irrita y exaspera; y supongamos también que en esta disposición de ánimo encuentre un superior, un compañero que le contradiga también; *su reprimida cólera estalla y resulta un conflicto de gravísimas consecuencias*". Todavía en 1923⁶ se lee que si una esposa no administra adecuadamente su hogar "el jefe de familia si carece de fortuna tiene que sostener una lucha intensa para obtener recursos y entonces sobrevienen las angustias que pueden conducir a la neurastenia y a la locura, o bien queda expuesto a tentaciones que comprometen su honor". Y en 1938⁷ continúa enseñándose en la escuela a las alumnas que "una buena hija debe ser artista. Con este fin debe estudiar lo bello en todas sus manifestaciones desde la obra de arte hasta la humilde flor. Las niñas buenas y virtuosas son siempre amables, así mitigan las penas de sus padres, secan las lagrimas y alejan el odio, el rencor, el hastío y la tristeza".

Se habrá advertido: cuando el esposo regresa al hogar ella está esperándolo. Si ha salido lo ha hecho sólo para alguna corta visita familiar, o para comprar las vituallas cotidianas: afuera la tempestad metropolitana la amenaza con diluir también su alma. En la consigna de máxima reclusión de la mujer en el interior de la casa confluyen distintos sistemas de ideas.

Lo exige por supuesto el modelo católico de matrimonio, adoptado por el Código Civil. Este modelo determina la doble debilidad, física y moral, de la mujer; la primera porque la incapacita para la lucha externa, la segunda porque la supone fácilmente claudicante ante las tentaciones.

El modelo de mujer burguesa de la primera fase de la modernización, en cambio, la quiere recluida para cumplir eficientemente con sus funciones. Esta mujer encontrará su esencia en su producción –su casa y su prole–, y deberá evitar todo exhibicionismo corporal, rémora del espíritu aristocrático. Para esta mentalidad, "es la participación de la mujer en un espectáculo público lo que hiere, porque, como objeto de exposición, siempre pierde valor como individuo"⁸.

Pero también la incipiente mujer proletaria debe, al menos para la mayoría de las organizaciones socialistas y anarquistas, evitar las influencias del mundo externo que, mayoritariamente dominado por la burguesía y el clero, amenazan con debilitar su espíritu de rebeldía social.

Algunos testimonios presentan a esa "prisionera" como el tipo más frecuente de un sector de la sociedad: a fines de la década del ochenta, Huret vio que ella "en ausencia de su marido, no sale a la calle, o lo hace absteniéndose de ir al teatro, o de paseo, o permaneciendo en su casa o con su familia"⁹. Es verdad que en medio de las obras de salubridad, con sus calles en construcción, su



caos de tránsito, sus demoliciones y su aún apenas aprobado (1887) reglamento de construcciones, en el momento en que se hace esta descripción el desorden de la ciudad se parece bastante a las consecuencias de un verdadero huracán. También lo es que cuando Huret mira Buenos Aires, para los sectores pobres que habitaban en los barrios más alejados el transporte no era de fácil acceso. Pero debemos hacer algunas salvedades. Primera: muy pocos vivían en los "barrios alejados". En el núcleo central, cuya periferia estaba constituida por Barracas, San Cristóbal, Recoleta y Once residían 404.173 del total de 433.375 habitantes de la ciudad.

Y además: es sabido que mientras la proporción de casas unifamiliares crecía hacia esas periferias, los conventillos, y con ellos los sectores más pobres se adensaban en la zona cercana a la Plaza de Mayo. Según el censo de 1887, de las 116.167 personas así alojadas, unas 50.000 vivían a menos de 15 cuadras de allí. Pero si toda la actividad externa consistía en consumos elementales e imprescindibles, o eventualmente en la piadosa visita a hospitales, escuelas u obras de caridad: ¿quien acudía a los 400 (de las 541 tiendas y mercerías), "lujosos establecimientos en los cuales se venden las telas más ricas y las confecciones más costosas de las fábricas

europas y asiáticas"? ¿quién a los 64 bazares y cristalerías "comúnmente lujosas y de mucho capital, (que) ofrecen un conjunto selecto de todos los artículos de arte, adorno y fantasía que produce la industria moderna"? ¿quien a las 70 perfumerías, a las 541 tiendas, a los 146 restaurantes? Había además 537 "plazas de juego de pelota y baile", y 131 teatros y 9 circos fijos que atarían anualmente a 1.506.107 espectadores, las más de las veces a presentaciones de variedades, sainetes y otros géneros populares.

No estamos diciendo que para todas la vida era una fiesta. Mucho menos para las más pobres. Sabemos por ejemplo que el 37.4 % de las familias tenían de 3 a 8 hijos; y que en el grupo mayoritario de los matrimonios entre inmigrantes italianos (25.006) el 14% tenían entre 5 y 12 hijos, y 3 o 4 el 25.2%. Por añadidura una mayoría de estas mujeres trabajaba -125.357 sobre 145.998 entre 10 y 100 años, el 85%- . Entre ellas había, es cierto, unas 24.000 que como costureras, cigarreras, modistas, lavanderas, o planchadoras lo hacía en sus propios hogares, al menos durante unas horas, pero las restantes ¿no eran parte de la multitud? ¿Tiene sentido entonces imaginar una ciudad atravesada casi exclusivamente por un público masculino, tal como lo sugieren Huret y los manuales? ¿No era en estos años la "reina prisionera" una figura instalada por la censura en el deseo, infrecuente en la realidad? ¿Y no es la ciudad, esta nueva metrópolis cosmopolita, el escenario para la construcción del naciente mercado matrimonial, libre -o al menos alternativo- respecto de las complejas maniobras tradicionales para la constitución de los acuerdos de parentesco? Como lo ha descrito Rodríguez Molas, la expansión de ese mercado "va siempre acompañada de nuevas pautas en la vida cotidiana: fiestas organizadas por las familias, bailes populares, excursiones cam-

pestres, veladas danzantes, paseos por los bosques de Palermo, corsos de flores, garden-partys en las quintas de Acassuso, Temperley, Ramos Mejía y Lomas de Zamora, veraneos compartidos...". Es sobre este fondo de "tentaciones metropolitanas" donde Cané dibuja la conocida consigna de reclusión femenina y de guerra que se articula con la representación medieval que citamos más arriba: "nuestro deber sagrado es defender nuestras mujeres contra la invasión tosca del mundo heterogéneo, cosmopolita, híbrido que es hoy la base de nuestro país.(...) ¿Quieren placeres fáciles, cómodos o peligrosos? Nuestra sociedad múltiple ofrece campo vasto e inagotable. Pero honor y respeto a los restos puros de nuestro grupo patrio, cada día, los argentinos disminuimos... Cerremos el círculo y velemos sobre él"¹⁰. En "Quilito" de Carlos María Ocantos el exterior adquiere tonos amenazantes, y el hogar es presentado como una verdadera ciudadela asediada que caerá en manos de la "chusma" si la "niña" cede a sus instintos: "como lobos habían rondado su casa, para entrar a saco en ella viéndola bien guardada, engatusando al cordero de su hija. Ya sabían ellos lo que se hacían: atacaban por el lado más débil, más vulnerable; una vez ganada la hija,



la conquista de los padres no era sino cuestión de tiempo. Pero ¡ahí estaba ella, la madre, para velar por todos!".

El trabajo entonces, pero también la institución del descanso dominical, la difusión de la iluminación nocturna, la constitución de la Policía Federal, el desarrollo del sistema de transportes públicos, la construcción de nuevos paseos en la Recoleta, Constitución y Palermo, de nuevos teatros, de los hipódromos, suponen la ampliación del lugar ocupado por las mujeres en el espacio público, y su contracara, la reducción del espacio doméstico.

2 A este punto debemos hacer numerosas distinciones. Para reconocer las características generales de nuestro tema hemos recorrido hasta aquí nuestro período por trazas sinuosas y segmentadas. Pero como es obvio las ideas sobre la casa se modifican a lo largo de este tiempo. Y así como no hay una única mujer, una única casa, inmutables, tampoco es único el signo y características de los manuales y las restantes publicaciones. Volvamos al principio.

La mujer de los magazines femeninos o familiares de las décadas del setenta y del ochenta parece únicamente interesada en asuntos generales, en la moda o en artículos de belleza. Rara vez se encuentran en ellos menciones al cuidado de la casa. Y es comprensible; la lectura es todavía una destreza de minorías, y para esas minorías la casa es la residencia, un artefacto complejo poblado por familias extendidas, sirvientes y empleados, y su gobierno es una tarea más del personal. Sin embargo, desde finales de los setenta algunos manuales ya comienzan a circular, y algunos se escriben y editan en Buenos Aires. ¿Con que objeto? ¿A quien están dirigidos?

Hay que diferenciar primero entre tres tipos de estos libros. Unos son pragmáticas acumulaciones de indicaciones, que parecen dirigidas precisamente a la educación del personal encargado del manejo de las grandes mansiones. Otros, tras la huella de las cartas de Madame de Sevigné, se orientan más bien a forjar la moral de las jóvenes burguesas. Vagamente, las interlocutoras del tercer grupo deberían encontrarse en sectores humildes.

3 Los manuales "técnicos" no fueron escritos en el país. Traducidos, o en su lengua de origen circularon pro-

bablemente entre el personal doméstico de mayor rango y con seguridad entre las profesoras de escuela secundaria, las que propugnaban su uso entre sus alumnas.

Versiones clásicas son la "*Economía e higiene doméstica*" de Appleton (1888, New York), la "*Economie Domestique*" de Scheffer y Amis (1889, Paris) y "*Les secrets de l'économie domestique a la ville et a la campagne*", de A. Heraud (Paris, 1889). Estos libros describen cuidadosa y sistemáticamente las tareas y el vasto universo material de la casa moderna, y tienen el tono neutro del manual profesional. Baste un ejemplo, tomado del segundo, para advertir el tipo de lectora (¿lector?) que el autor imagina; se trata de la lista de materiales que integran la casa, de los que se describen las distintas sustancias y procedimientos de limpieza: "meubles vernis, acajou, noyer et chêne, noyer et chêne presque noir, bois d'Ébène, bois et marbre blancs, marbres, ivoire, glaces et vitres, gravures, cuivres, suspensions dorées, argenterie, toulz, metal anglais, couteaux, cristaux, verres et carafes, porcelaines et objets vernissés, verres de lampes, table, buffet de cuisine, planche à hacher, râtelier a vaiselle, cuivres, fer blanc, fer battu, bouteilles". Que no se trata de un problema ajeno a los porteños lo refleja muy bien "Vida moderna", el conocido texto de Eduardo Wilde. El narrador protesta allí contra la complejidad del nuevo aparato doméstico, se ha radicado en un lejano pueblito "por huir de mi casa donde no podía dar un paso sin romperme la crisma contra algún objeto de arte. La sala parecía un bazar, la antesala ídem, el escritorio ¡no se diga!, el dormitorio o los veinte dormitorios, la despensa, los pasadizos y hasta la cocina estaban repletos de cuanto Dios crió. No había número de sirvientes que diera abasto. La luz no entraba en las piezas por cau-

sa de las cortinas; yo no podía sentarme en un sillón sin hundirme hasta el pescuezo en los elásticos, el aire no circulaba por culpa de los biombos, de las estatuas, de los jarrones (...)". Tan intrincado es ese aborrecible mecanismo que el hijo de un amigo se pierde en sus laberintos: "el pobre niño se había metido en un rincón del que no podía salir porque le cerraban el paso un chifonier, dos biombos, una ánfora de no sé donde, los doce Pares de Francia, ocho caballeros cruzados, un camello y Demóstenes de tamaño natural, en zinc bronceado. ¡Vaya usted a limpiar una casa así!"¹¹.

El manual de Heraud descarta todo artificio retórico. En él están tan ausentes los consejos morales, como los secretos del bordado que suponen un público de damas. No tiene pretensiones científicas, pero ordena su material alfabéticamente con neutralidad técnica, como una colección de enseñanzas prácticas extraídas de distintos autores. La casa es una construcción vasta, aislada, que se supone nueva. Por su segmentación y su sesgo higienista las recomendaciones y descripciones parecen estar dirigidas a construir al "connaisseur" que habrá de mantenerlas más que al operador que las construye. La voz "habitación", por ejemplo, está dividida en los siguientes párrafos: "Assèchement et ventilation du sol", "Dispositions et materiaux propres à prévenir l'humidité du sol", "Moyen d'assurer si une maison est humide", "Moyens de chasser l'humidité des maisons", "Moyen de rendre habitable une maison nouvellement construite", "Moyen d'assainir les appartements fraîchement peints", "Assainissement de l'intérieur des habitations" y "Décoration des habitations par les fleurs artificielles". Plantas, pájaros, artefactos, insectos, sistemas de lavado, de calefacción e ilumina-

ción, bombas de agua, nudos, son los objetos que la obra observa, recorrida hasta la obsesión por la preocupación de los procedimientos que garanticen en cada caso una limpieza adecuada. De los elementos abundan las ilustraciones de despiece, con proyecciones en corte y planta, con perspectivas y minuciosas descripciones de detalle en las que se apelan a artificios modernos como las transparencias parciales.

Muy tempranamente, en 1841, Sarmiento había advertido la necesidad de sistematizar, profesionalizar, la tarea de los trabajadores domésticos. Siguiendo el criterio de Adam Smith, concebía al lujo como el máximo valor agregado a las materias primas mediante la artesanía, y pensaba que los consumos de los sectores "acomodados" motorizaban la economía, "elevando" la condición de los más pobres. El lujo, escribía, "es un canal impetuoso por donde baja la riqueza desde los grandes capitalistas hasta las manos toscas y fuertes que diariamente se ocupan de producir". Desde esta posición auspiciaba la complejización de la casa, para permitir la incorporación de nuevos usos, nuevos instrumentos, nuevos lugares, nuevos materiales. Y para el manejo de estos elementos modernos se hacía necesaria una educación "profesional", especializada. En Santiago de Chile "el arte culinario está en manos de cocineras que no saben leer, haciendo esta sola circunstancia, si la señora no se encarga de ello, imposible que se tiene el ensayo de quinientas recetas que traen los manuales de cocina, de facilísima ejecución, viviendo las familias acaudaladas a merced del primer demonio que se llama cocinera, por no saber otra profesión mejor que darse para vivir". Sin profesionalización de sus operadores la transformación doméstica se hace imposible, lo que a la larga tra-



ba el ciclo de la economía; sin empleados adecuadamente entrenados "las familias ricas no gozan un solo día de felicidad lidiando con la torpeza, la ignorancia e inmoralidad de criados y sirvientas", y "malgastan (dinero) en muebles y llaves rotas (...), en porcelana, cuchillos, cristales y jarrones hechos trizas (...) y en el dinero, alhajas, ropa y otros objetos sustraídos".

En el censo de Buenos Aires de 1887 figuran 29.870 trabajadores "domésticos", a los que podrían agregarse otros empleados en servicios externos, como una parte de las 4515 planchadoras o de las 4536 lavanderas. Confirmando la tendencia a la complejización de la casa de ricos, y en consecuencia la necesidad de esos manuales, en el segundo censo nacional de 1895 se nota un cambio importante puesto que el rubro aparece por primera vez discriminado en "domésticos, mucamos, sirvientes, cocineras y niñeras". El 7,3% de los mayores de 14 años en ese momento se ocupa en este tipo de actividades. La posibilidad de lectura de estos libros es alta si se tiene en cuenta que para la misma fecha en Catedral al Norte, el barrio donde más concentradas estaban las familias de la elite, sólo se registra un 11% de analfabetismo entre este tipo de trabajadores. Un 15% eran franceses, y de todos modos la mayoría

(71%) provenía de países europeos. Debe distinguirse además que había distintas categorías de personal, que iban desde pinches o criados hasta mucamos, chefs y valets de chambre. Como lo expresan los salarios, las familias preferían contratar empleados de nacionalidad inglesa o francesa para los roles de mayor jerarquía y porque posibilitaban el aprendizaje y práctica de esos idiomas¹².

4 Los manuales para las jóvenes y señoras burguesas fueron comunes hasta entrado el nuevo siglo, y se apoyaban en un gran temor que se hace explícito y adquiere fuerza a partir de la crisis de 1890: la disolución de la familia y la disipación de los bienes como resultado de una pérdida de rol productivo para la mujer. Habiendo dejado el manejo de la máquina de habitar en manos de empleados, y de nodrizas¹³ y amas la crianza de los niños, sin un lugar en los combates del "gran mundo" exterior de los hombres, a la mujer burguesa solo le queda la frivolidad, por lo que el lujo comienza a percibirse como un problema. En noviembre de 1891, la redacción de "El Monitor de la Educación Común" editorializa sobre el tema: "Durante el período delirante de grandezas que precedió a esta oscura noche, la familia argentina olvidada de sus puros antecedentes patriarcales, vio relajados los vínculos amorosos de la disciplina doméstica; el insano afán de labrar la riqueza como por ensalmo lanzó a padres y a hijos en todas direcciones, arrastrados por desahogada ambición; el éxito debido al azar hizo perder la confianza en la virtud del trabajo; las riquezas improvisadas relegaron al rincón de las cosas inútiles las ideas de ahorro y economía". La advertencia parece la contracara de descripciones comunes ape-

nas un par de años antes como la de Martín García Merou en "Perfiles y miniaturas", cuando se refiere al ambiente común en los paseos: "se respira en todas partes una atmósfera de bienestar que encanta, las mujeres dejan ver el contorno plástico de las curvas de su cuerpo, ceñido por esas voluptuosas telas estivales, que oprimen la carne juvenil como una malla finísima y añaden un nuevo encanto a la gracia felina de sus movimientos. Los corpiños entreabiertos dejan traslucir el suave reflejo

de las carnes frescas como un botón de rosa, que reciben por la mañana las caricias de las ondas en que apareció Venus a los ojos estáticos de los amantes de la belleza eterna".

Gregorio Araoz Alfaro incluyó a este sector como destinatario de su "Libro de las madres" publicado en 1899 donde alertaba: "¡Cuántas hay que con fútiles pretextos y con la complacencia culpable de esposos y médicos reniegan de su deber de madre (...) Aquí nos referimos (especialmente) a la dama aristocrática, rica o medianamente colocada, que tiene sed de paseos y de diversiones o que se asusta no tanto de la falta de libertad que le impondrá la crianza de su hijo, sino ante todo de que su cuerpo se deforme, de que sus senos se marchiten, y su bella tez se decolore"¹⁴.

En estos años la mujer parece responder todavía a dos modelos extremos: "O bestia de carga, o bestia de lujo, que dice Benavente", resume



una conferencista española. Con anterioridad Sarmiento había descrito esta polaridad arcaica en sus reflexiones sobre la mujer y la civilización. Procuraba insertar entre esos polos la nueva figura "moderna", media, que como veremos enseguida fue construyéndose recién en torno al novecientos. Su análisis refería la evolución histórica de la mujer y proponía tres tipos básicos: la mujer salvaje, la mujer bárbara y la mujer civilizada. Ignorante, sometida al trabajo brutal y a los malos tratos, salvaje es la mujer primitiva, y al describirla Sarmiento parece estar pensando en su versión contemporánea, la compañera del hombre de pueblo, campesino o urbano que describe en el Facundo: ese ser es "el hombre salvaje que lucha incesantemente con la incertidumbre de su existencia, que no tiene hogar fijo, que disputa a las fieras en los bosques la presa que ha de alimentarlo" para quien la fuerza bruta es la

cualidad más apreciada. "Dotada de cualidades tiernas que requieren el descanso y un domicilio fijo para que puedan desarrollarse", frente a esos atributos la mujer es esclavizada y menospreciada. "Todas las cargas pesadas de una vida eminentemente difícil recaerán sobre ella, no obstante su debilidad orgánica, que ya no será considerada sino como una nueva imperfección". En el polo opuesto de esta trabajadora sin descanso Sarmiento dibuja la mujer bárbara, un paso adelante en la evolución del género que habría alcanzado su mejor expresión en los pueblos asiáticos para los que la fuerza física no es lo importante. Esta mujer el producto de un clima ardiente que desarrolla "el gusto por la molice, el lujo y los placeres sedentarios" y por eso solo "servirá a contentar las pasiones del hombre". Es difícil no percibir que su figura se inscribe exactamente en el perfil de la dama ociosa a que estamos haciendo referencia. "La educación será perfectamente adecuada a los fines de su existencia; adquirirá por ella para realizar más sus gracias naturales, todas aquellas habilidades que pueden hacerla más hechicera a los ojos de los hombres, cuya existencia debe embellecer; su industria se ejercitará en todo aquello que pueda deslumbrar a los ojos, o halagar a los sentidos: ejecutará primorosos bordados, sabrá extraer de las flores bálsamos preciosos que perfumen el ámbito que la rodea, ser adiestrada en la danza y en el canto, y en todos los secretos de agradar y de excitar las pasiones del hombre enervado ya por los goces de la molice. El brillo de los diamantes, de la plata y del oro, añadirán un nuevo lustre a su belleza física, base de su mérito".

No resulta claro si se condena el derroche en el lujo excesivo o más bien la autonomía de esos signos respecto

de sus contenidos, su "frivolidad". Esto último parece más plausible si se piensa que como alternativa postula a la mujer pensante, compañera y complemento de su hombre moderno, un trabajador de las ideas. Una mujer que excluye más bien la molice o el tiempo negativo, carente de positividad, del afeite.

Otro matiz del disgusto por el lujo femenino había tenido su manifestación poco antes en Alberdi. A diferencia de Sarmiento, la base principal de su condena no había sido económica sino política. En sus términos era la democracia el "faro" conceptual que debía iluminar las elecciones estéticas, y proponía que todas las producciones de los ciudadanos, "una moda, como una costumbre, como una institución cualquiera, será para nosotros tanto más bella, cuanto más democrática sea en su esencia, es decir, cuanto más sobria, más simple, más modesta fuere, cuanto menos se habrá armado de una pompa insultante a la honrada medianería del común de los ciudadanos". Para las mujeres recomendaba seguir el ejemplo de aristócratas como la Duquesa de Orleans, de quien refiriéndose a su peinado decía: "ni una peineta, ni una flor, ni una cinta adornaba esta cabeza real que habría podido cubrirse de diamantes. No queremos pedir que las demócratas de América se peinen con tanta simplicidad como las nobles de Europa, pero podemos advertir por este ejemplo, que la perfección del buen tono y del buen gusto, estriban en la más alta y refinada simplicidad". Es cierto que quizás con Alberdi hemos retrocedido demasiado a un momento en el que se difundían las sobrias modas inglesas posnapoleónicas, pero sus ideas al respecto no parecen haber cambiado en los años que estamos analizando, y son parte del sector entre arcaico y modernista

de la cultura argentina que después del noventa comienza a construir un republicano "llamado a la sensatez". Así, en 1901 el manual de Emilia M. Salzá recomendaba: "La señora debe tener, pues, mucho esmero en el vestirse y cuidar los menores detalles de su persona y tocador, que ha de estar desprovisto de afeites y elementos inútiles que gastan el buen gusto y la piel, y que convirtiendo a la mujer en una frívola, la alejan de la seriedad que ha de ser su guía y su compañera. Jamás ha de salir la mujer de su habitación sin estar sencillamente arreglada, es decir sin lujo, porque este es un verdadero vicio que conduce a la perdición y a la ruina". La imagen de Alberdi resuena aún en el manual de Bassi (2ª Ed. 1920): "Los verdaderos ricos, los verdaderos nobles, pecan más bien por modestia que por rumbosidad, y si estos proceden así, mejor es seguir su ejemplo que pretender ostentar un poder económico ficticio, o figurar en un rango social ruinoso que llevará fatalmente al derribo". Volveremos más adelante a esta "aristocracia de la sencillez".

Puede completarse el perfil de las lectoras a las que se dirigen los manuales para las damas burguesas acudiendo al volumen que Aurora Stella del Castaño publicó en 1903 como "*Vademécum del Hogar*", y dedicó a su amiga Delfina Mitre de Drago. El libro estaba orientado en su mayor parte a proporcionar modelos e indicaciones para la costura. Sus "niñas" debían colaborar en las tareas del hogar porque de lo contrario se abandonaban en el sofá o pasaban el tiempo arreglando su persona. Son frecuentes las recomendaciones para el trato de los sirvientes, y se explica que la economía "consiste en evitar gastos que sean superfluos y en no omitir los que sean de absoluta necesidad". Al elaborar sus presupuestos, la autora considera

bajo un salario de 250\$ (frente a los 90\$ que podía ganar un capataz del ferrocarril) y cuando a modo de ejemplo se transcribe en detalle una planilla de entradas y gastos del hogar comprobamos que el esposo aporta 600\$, 150\$ se reciben por una casa en alquiler y otros 253\$ ingresan por intereses bancarios. La sirvienta, se aclara, percibe un sueldo de 85\$. Como ha sido observado en el caso de Inglaterra, "uno encuentra que mientras estos libros elaboran sobre todas las tareas que se pueden llamar deberes domésticos, siguen representando a la mujer de la casa como si aparentemente no tuviera nada que hacer".

5 El tercer tipo de manuales que circulan en este período se dirige a las mujeres pobres. El universo de estas lectoras va conformándose desde comienzos de la década del ochenta, posibilitado por la escolarización, y para comprenderlo es necesario advertir la perplejidad que va invadiendo a la elite tradicional ante el surgimiento y crecimiento de los nuevos sectores populares urbanos. ¿Cual es el motivo de esa pobreza?, es su pregunta del millón. Descartada una crítica global al sistema, ¿debe atribuirse a razones raciales?, ¿se origina en condenas bíblicas?, ¿o en factores positivos, de clima e historia? Un sector reformista, sabemos, sostiene que los pobres no progresan por no estar educados para la acumulación, porque dilapidan su capital. "El obrero -se afirma- pretende mejorar su situación turbando el orden social despojando al individuo del derecho de dirigir su trabajo y su capital, dando a la sociedad este derecho, por lo cual el sistema se llama socialista", lo cual sería ruinoso para el país. "Debemos mejorar la suerte del obrero (...). Enseñándole desde los primeros pasos de la escuela el ahorro se



retirarán de ella con este hábito y con un pequeño capital que podría aumentarlo sucesivamente (...). De esta manera en lugar de un destructor de la propiedad habremos formado un propietario"¹⁵.

El pobre "es pobre -enseñaba Alberdi cuando explicaba el sistema económico derivado de la Constitución argentina- las más de las veces porque es vago y holgazán; y no es holgazán por la falta de trabajo sino por la sobra de alimentos (...) La dulzura del clima le suple de cobijo y dispensa de construir techos acabados". La expansión de la propiedad, la construcción de un mercado de trabajo, y la educación debían cambiarlo. Pero los indicios de que esto ocurre son insuficientes, y la educación para el ahorro se constituye en una suerte de obsesión.

Esa obsesión está en el corazón de estos manuales y de las orientaciones educativas. Los reformistas piensan que la condición obrera puede modi-

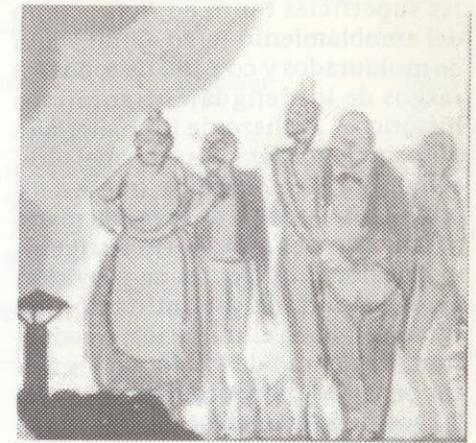
ficarse, e imaginan una sociedad donde las diferencias sociales deberían ser simplemente cuantitativas entre quienes poseen más o menos capital. "Debemos mejorar la suerte del obrero (...) -indican-. Enseñándole desde los primeros pasos en la escuela el ahorro se retirarán de ella con este hábito y con un pequeño capital que podría aumentarlo sucesivamente (...) De esta manera en lugar de un destructor de la propiedad habremos formado un propietario". Se trata de demostrar que en una progresiva y democrática sociedad de iguales todos están en condiciones de corregir su situación social y de obtener los bienes y condiciones de vida a que aspiran. Si esto no ocurre es porque el mecanismo social y económico se ha hecho extraordinariamente complejo, y no están suficientemente difundidos los conocimientos necesarios para formar parte de él y disfrutar de sus beneficios. Pero poco a poco fue aprendiéndose "que el mal manejo del hogar era causa de un aumento de plagas sociales bajo la forma de miseria, de pobreza orgánica con todas sus consecuencias, de alcoholismo, de vicios torpes, etc. Se levantaron estadísticas, se hicieron encuestas, se escribieron páginas y páginas, se visitaron y sometieron a examen los hogares obreros, y el aspecto de miseria sucia y desprolija que se ofreció en todos ellos, ahondó la convicción de que la causa real y evidente de los males señalados era la insuficiencia de preparación en la mujer para llenar sus deberes sociales"¹⁶. "El ahorro -se afirma- es un medio de dominar las pasiones y por lo tanto el camino del perfeccionamiento moral"¹⁷.

La contabilidad estricta se introduce así en la casa, y los manuales presentan con frecuencia modelos de planillas de entradas y salidas de recursos que se recomienda tener siempre al

día. Como ha observado Armstrong, "el carácter femenino y el del hogar se convirtieron en uno solo cuando ella tradujo los ingresos de su esposo en los objetos y el personal que formaban parte de su hogar. Tal intercambio puso en práctica de inmediato un contrato económico que ocultó la naturaleza particular de la transacción del hogar (...) (En estas planillas) el valor queda liberado de su fuente en el trabajo humano y las diferencias meramente cuantitativas sustituyen a las distinciones cualitativas del estatus y el rango que mantenían en pie a la antigua sociedad"¹⁸.

Sin formas públicas de previsión social, se insiste en recomendar que siempre, sea cual fuere la importancia de los ingresos, es necesario separar un monto que no ha de gastarse. Y nunca, nunca, comprar fiado. Un buen ejemplo que todos deberían proponerse: "Una familia obrera desearía adquirir una casa en 2170 \$m/n. Los esposos procuran reunir la décima parte para obtener un préstamo. La mujer consigue economizar tres cuartos de peso por semana, el hombre deja de fumar y de ir al café realizando una economía de cuatro quintos de peso por semana ¿Al cabo de cuanto tiempo reunirán la suma que necesitan?"¹⁹.

Las más diminutas economías son el mecanismo sencillo que permitirá, regido solo por la voluntad, evolucionar en la escala social. Para eso nada debe perderse: las técnicas de uso de los residuos y los restos se constituyen en secretos hacia el buen vivir futuro. Las telas desgastadas se transformarían en acolchados, almohadones, bolsas, repasadores o vendas; los recipientes o cajones, en muebles; ¿no es el puchero una comida de retazos²⁰? Un manual²¹ propone incluso un "arte de emplear los restos", al que dedica un capítulo consistente en recetas para



reutilizar los sobrantes de carne, papas, legumbres o pescados: "dans une maison bien tenue, rien n'est perdu; la ménagère et les enfants doivent y avoir horreur du gaspillage".

Para que la casa sea armónica y sin conflictos debe ante todo aspirar al perfecto funcionamiento de un artefacto técnico. En los últimos años del siglo XIX y los primeros del siglo XX las determinaciones fundamentales para un adecuado funcionamiento del artefacto casa provienen del ámbito del higienismo, cuyos principios, si bien son extensivos a todo tipo de habitación, se hacen determinantes de primerísima prioridad en las recomendaciones para la habitación popular.

Se recordará que el higienismo tiende a construir todos sus artefactos sobre un modelo, el del hospital, y sobre un postulado, el de la lavabilidad total. Esto supone: suficiente disponibilidad de "aire puro" por persona, apertura a la luz solar, superficies absolutamente lisas y lavables, color blanco, eliminación de telas o por lo menos de su superabundancia (cortinados, alfombras, vestidos largos, draperies en general), eliminación de rugosidades y discontinuidades en

las superficies tanto edilicias como del amoblamiento (ergo eliminación de moldurados y con ello de todos los rasgos de los lenguajes figurativos históricos), rechazo de los materiales porosos (la madera, los empapelados, el ladrillo), desconfianza frente a los productos usados o de segunda mano (y con ello del mobiliario antiguo), instalaciones eficientes de provisión de agua potable y eliminación de aguas servidas, eliminación o reducción al máximo de los contactos físicos entre las personas, reducción de la cantidad de muebles. La casa higiénica tiende por eso a resultar fría, impersonal, abstracta, intemporal: es mínima mucho antes de ser modesta o pobre. En 1915 *El Hogar* ilustrará en detalle el ideal de "La casa higiénica" cuya nursery debería ser circular para no acumular polvo ni basuras; cuya terraza debería estar cubierta por una tela metálica antiséptica; donde las comidas deberían ser tratadas con rayos ultravioletas; y en la que debería imponerse la costumbre oriental de dejar el calzado en el exterior²².

Pero la "higiene" no se instala sin producir conflictos con otras demandas y sin generar sus propias perplejidades. Es, ante todo, una técnica basada en una sobresaturación de los elementos de su trilogía sagrada: aire, sol y agua. Una persona consume 13 m³ de aire por cada hora que permanece en una habitación, y esto exige dimensiones que contradicen el desideratum de la especulación inmobiliaria: "el objeto principal que se tiene en vista hoy día en la edificación de una casa, es de emplear cada pulgada de terreno de la manera más provechosa posible, desde el punto de vista de la renta a obtenerse, y por consiguiente, es de importancia secundaria, tanto para el constructor como para el propietario, lo concerniente a salubridad y comodidad de la casa"²³.

Asimismo, se considera que el ángulo de penetración del sol en las habitaciones no debe ser menor de 30°, y si es posible de 45°, lo que fuerza la altura de los locales. La lavabilidad, por otra parte, es un principio de sentido contrario al rechazo de la humedad como factor favorable a la expansión de los microbios: "une maison humide -se dice- vaut son pesant d'arsenic". Además, cuanto más agua contengan los muros, mayor será su transmisibilidad térmica, y mayor la pérdida de calor lo que hará más vulnerables a los seres²⁴. Las pinturas o revestimientos impermeables impiden la evaporación, por lo que son recomendables los materiales porosos, que a su vez acumulan más polvo. "Le microbe de la tuberculose, par exemple, sorti de la poitrine d'un malade par le crachat, peut continuer de vivre de longs mois, peut-être même des années. Le crachat en effet, se dessèche, se réduit en poussières, et les poussières, entraînés par l'air, vont se loger dans les rideaux, les tapisseries ou les angles des murs"²⁵. La defensa frente al ataque de estos infinitos y perseverantes enemigos microscópicos se presenta como condición prioritaria de la casa en la medida en que su debilidad comporta una amenaza para el conjunto del cuerpo social: "en la vida de la ciudad hay tal solidaridad entre sus habitantes bajo el punto de vista higiénico -sostiene el informe Piñeiro²⁶- que no se concibe la salubridad del palacio del potentado sin la del albergue del proletario". Volveremos luego a las restantes condiciones que el higienismo impone, al examinar la formación de los distintos locales de la casa.

Tanto o más que en la fábrica, para ser manejado por una única operadora -la madre-, el mecanismo eficiente necesita de un orden perfecto que, como la contabilidad, impida el derro-

Barrio	Situación higiénica			
	Total cuartos	Buena	Regular	Poca
La Boca	17	2	8	27
Palermo	6	10	9	25
Radio urbano	17	9	2	28
Barracas	11	7	4	22
Flores	9	8	4	21
Total	60	36	27	123

che: del tiempo y del espacio. La Economía Doméstica es "el arte de manejar, dirigir o gobernar la casa y la familia sin perder o malgastar tiempo, trabajo ni dinero (...) El valor del tiempo y nuestro deber de emplear cada hora con algún fin útil son cosas que pocos pueden darse cuenta", leemos en el manual de Appleton.

Como ya vimos en relación al lujo o a la "dulzura" femenina, también el orden es un imperativo cuya ausencia acarrea consecuencias catastróficas: "el desorden y la haraganería de la mujer son elementos de miseria del hogar"²⁷; por el contrario, "cumpliendo el orden cada ser obtiene su propio bien y el de los demás. Del desorden resultan la enfermedad, el dolor, la ruina económica y hasta la muerte de una persona o una nación"²⁸.

La importancia del orden del espacio crece en la medida en que más pequeña es la habitación, por eso "además de fijar un lugar para cada cosa, hay que luchar en el sentido de que cada cosa se conserve en su lugar siempre, porque las cosas en su puesto ocupan menor espacio y ayudan a conservar el orden en todo"²⁹. "El orden en el espacio exige que haya un lugar para cada cosa y que cada cosa este en su lugar. Especialmente los pobres deben aplicarse esa máxima, porque no disponen de suficiente local y no pueden perder tiempo buscando las cosas

cuando olvidan el sitio donde las han dejado"³⁰. El horror a la mescolanza de cosas se convirtió en un topos de las descripciones habituales del conventillo y otras expresiones del hábitat popular. El amontonamiento que se describe en la miserable habitación sería el reflejo de la mescolanza de razas del edificio, y de la que caracteriza al moderno caos metropolitano. Pero además, el pánico al "montón", ¿no está en el origen de esas tabicaciones de seres y cosas que son las habitaciones? Volveremos luego a considerar este tema.

Como muchos autores lo han estudiado, la confusión se rechaza como causa de enfermedad física pero también de decadencia moral. Son válidas todavía las apreciaciones de Michel Foucault respecto de la plaga: "El orden le hace frente; su función es eliminar toda posible confusión: la de la enfermedad, que se transmite cuando los cuerpos se amontonan; la del mal, que se incrementa cuando el miedo y la muerte superan las prohibiciones. Designa para cada individuo un lugar, su cuerpo, su enfermedad y su muerte, su bienestar, por medio de un poder omnipresente y omnisciente que se subdivide de una forma regular e ininterrumpida incluso hasta llegar a la determinación última del individuo, de lo que le caracteriza. Contra la plaga, que es una mezcla, la disciplina des-



pliega su poder, que es el poder del análisis”.

Pero no solo: sin protecciones, restricciones reglamentarias, ni efectivos controles, para los más pobres el orden parece haber llegado a constituir una suerte de forma superior del hacinamiento, como se refleja en una descripción atípica de un cuarto de conventillo: “el matrimonio ocupa un catre de lona; la madre política del esposo se acuesta sobre el cajón donde se guardan todas las prendas de vestir y enseres de la casa, y que además presta el servicio de mesa; al niño mayor se le acomoda sobre unos trapos en el suelo; al mediano se le instala en el lecho en una repisa colocada en la pared y a los dos menores colgados de una percha, a guisa de carteras de viaje o de embutidos”.

¿En que medida el desorden o el descuido caracterizaba verdaderamente la habitación de la mayoría de los pobres? Si se analiza la situación higiénica del interior de los cuartos de conventillo según la muestra relevada por el Departamento Nacional del Trabajo en 1904 los resultados parecen indicar lo contrario: en todos los barrios la mayoría –salvo en el caso de Palermo– se encuentra en “buenas” condicio-

nes, y apenas el 20% del total se revela sucio y desordenado.

El orden en el espacio, ya lo estamos advirtiendo, está íntimamente ligado al orden del tiempo. Por empezar, el tiempo debe ser ocupado de manera absoluta sin permitir divagaciones o el fluir espontáneo de los acontecimientos: “la madre debe ser la primera en levantarse y la última en acostarse; debe estar en las habitaciones, en la cocina, en el patio o en la huerta, si es llegado el caso; impartir ordenes, si es conveniente; hacer ella misma si es preciso; en fin, andar, vigilar, mandar, ejecutar, dar ejemplo constante de actividad, laboriosidad y preocupación”³¹. Es exactamente la imagen que dibuja Ocantos en “Quilito” cuando imagina en Susana a la joven ideal: “A todos atendía Susana, y todo lo ejecutaba a maravilla. Y en el salón, en el escritorio, en el tocador y en la cocina, siempre era la misma, dispuesta y viva, amable y afectuosa. Se levantaba la primera y ya lavada y peinada iba a ver preparar el desayuno de la familia, (...) daba prisa a los criados y les amonestaba suavemente (...). Si no había criados ella lo hacía, y arreglaba los cuartos, y tendía la mesa (...). Misia Gregoria le daba a arreglar los vestidos que la modista no habría conseguido sacar a gusto. Y todavía tenía tiempo de repasar sus lecciones de idiomas, y acompañar a su hermana al paseo, o a tiendas, o a visitas, y también a su madre(...). Desde muy niña fue así Susana, de una pasta que ni amasada por manos de ángeles”.

Con disciplina, postulan los manuales, “se concluye por proceder en todo, con una regularidad casi mecánica, que es como decir con una regularidad casi ideal”³². La regularidad del trabajo se asimila a la de los meca-

nismos vitales, y de este modo se confirma su “naturalidad”: “solo podemos mantenernos bien física y moralmente –nos aseguran– por la repetición de los actos que deben efectuarse en su debido tiempo y lugar”³³. No podemos dejar de asociar esta demanda de regularidad “casi mecánica” con los procesos de taylorización en curso, y en algunos casos la alusión es explícita. Bassi, por ejemplo, sostiene que la mujer debe entrenarse siguiendo el espíritu de esta época “en que no se concibe al individuo sino como una aptitud perfeccionada en tal o cual sentido”.

Como bien ha visto Thompson, “en la sociedad capitalista madura todo el tiempo debe ser consumado, vendido, utilizado: para la fuerza de trabajo es inconveniente simplemente el ‘pasar el tiempo’”³⁴, de manera que sobre el tiempo privado se impone entonces el tiempo social cuya expresión es el reloj. “Prenez l’habitude de ne jamais rester a rien faire (...) Êtes-vous lassez de coudre, faites du crochet ou du tricot. Vous êtes-vous livrées a quelque travail fatigant, à quelque grand netoyage: prenez un livre. Un travail repose d’un autre” recomienda el manual Leune-Demilly. Por eso “debe haber un buen reloj colocado en un lugar bien



visible de la casa, para que todos puedan guiarse por él”³⁵.

Si la mujer pone orden en la serie temporal de sus actos nada queda librado al peligro de la duda y con ello “elle perdra moins du temps a se demander sans cesse ce qu’elle va faire”. He aquí un buen “horario higiénico y económico: 1° levantarse temprano, 2° limpieza y ventilación de la casa, 3° preparación y toma del desayuno, 4° compra diaria de comestibles y su inspección, 5° preparación y toma del almuerzo, 6° descanso, 7° quehaceres domésticos y sociales, 8° preparación y toma de cena, 9° descanso, 10° lectu-

ras y conversaciones útiles y recreativas, 11° arreglo de cuentas de los gastos hechos durante el día, 12° revisión de las habitaciones; reposo”³⁶. A la regularidad de las horas sigue la de los días, y a esta la de los meses y estaciones del año. Se prepararán ciertas comidas los domingos, los martes se ordenará la ropa de cama, se tejerán los abrigos en otoño y el sol del verano secará las conservas.

Pero hay otros significados más ocultos que confieren espesor a la centralidad del reloj en la casa. Jean Baudrillard ha escrito sobre ellos: “la cronometría es angustiosa cuando nos sujeta a las tareas sociales, pero es tranquilizadora cuando se cuantifica el tiempo y lo corta como un objeto que se consume. Todo el mundo ha experimentado de qué manera el tic-tac de un reloj consagra la intimidad de un lugar. Y es porque lo hace semejante al interior de nuestro cuerpo. El reloj es un corazón metálico que nos tranquiliza respecto de nuestro propio corazón”³⁷.

Las limitaciones de esa vida austera que los manuales procuran hacer eficiente no son sin embargo representadas como inconvenientes o como transitorios paliativos; se constituyen por el contrario como condiciones de valor. Conforman, en otras palabras una estética, cuyas características se presentan condensadas en un versito para niñas de Pedro Monlau, autor de varios libros de higiene escolar:

Atmósfera despejada,
Vestido limpio y decente,
sin que en mejillas y frente,
brillen afeites por nada,
la comida moderada,
el beber con discreción,
y cumplir la obligación,
aunque se juegue algún rato,

docilidad, gran recato,
y continua ocupación.³⁸

Es cierto que, armado con “los muebles necesarios, nada superfluo”, un hogar regido según estos valores “a primera vista puede parecer demasiado sencillo, demasiado pobre, a las personas a quienes agradan los adornos sobrecargados, la abundancia de muebles para tropezar con ellos y no saber como moverse en el interior de la casa, pero la gente de buen gusto lo alabará sin dudas (...)”³⁹. La limpieza de las cosas se asimila así a la limpieza moral, y por carácter transitivo la cualidad higiénica del mundo doméstico se eleva a la condición de verdad. Una austeridad, una noción de verdad, y una limpieza moral que se articulan muy tempranamente con los debates estéticos en curso en la cultura occidental, de John Ruskin a Gotfried Semper a Emanuelle Viollet Le Duc. “*¿Ne vous êtes-vous pas déjà aperçues, mes enfants –se interrogan Leune-Demilly– que la propreté embellit tout choses? ¿qu’elle rend gai le mobilier le plus modeste, qu’elle fait reluire les utensilles le plus vulgaires, et peu rendre la maison même du plus humble ouvrier agréable à habiter?*” Para la baronesa Staffe “la más humilde cabaña, si está limpia y ordenada no dará nunca un aspecto de miseria y complacerá aun a los ojos habituados a la magnificencia”. O, como sintetiza otro manualista: “la higiene es el lujo del obrero”⁴⁰; la otra expresión de la aristocracia de la sencillez a la que nos referimos antes.

¿Es legítimo afirmar que estas recomendaciones condicionaron efectivamente el comportamiento y las características de las formas domésticas en nuestro país?

Es difícil determinarlo. En la narrativa nos encontramos con ejemplos

que dan cuenta de que su posesión parece una costumbre difundida: recuérdese la lista de libros de la familia Quillango que se describe en la novela de José María Cantilo, donde figuran manuales de jardinería, de medicina popular y de cocina “lleno de papeles señalando páginas”. Para establecer la cantidad de manuales que llegaron efectivamente a las



mujeres del pueblo rara vez disponemos de datos. Sabemos, por ejemplo, que el “*Libro de las madres*” costaba 3\$ y se publicitaba a página plena en los diarios. A un precio de 2\$, el de Barrantes fue escrito por encargo de la Compañía Sansinena de Carnes Congeladas, la que editó 10.000 ejemplares que se distribuían en las carnicerías, y podemos imaginar que este debió ser uno de los casos de llegada más capilar. También contamos con una indicación valiosa en las reediciones que de muchos de ellos se realizaron. De los 17 que recomienda en 1907 Clotilde Guillén sólo 6 no han pasado de la primera, mientras que se cuentan uno con segunda, 4 con tercera, 2 con quinta, 1 con séptima, 1 con octava, 1 con onceava, y otro con quinceava edición. Se trata, es cierto, de libritos de distribución internacional cuyo éxito no necesariamente refleja su grado de difusión en nuestro país. No son, de todos modos, grandes cantidades. Y cabe además preguntarse ¿cuántos eran verdaderamente leídos?; y aún en ese caso ¿cuántos lograban instalar en

sus lectoras los principios que proclamaban?

Para construir nuestras respuestas no podemos ignorar que en buena medida las formas de vida contemporánea son consonantes con ellos. Y si se tienen en cuenta los comportamientos que fueron caracterizando a los sectores medios, es evidente que muchos de los criterios que hasta aquí hemos venido analizando

se incorporaron finalmente al sentido común. Pero parece desmedido atribuir tanta efectividad en forma directa a esta literatura. Probablemente, más que a partir de su lectura, los manuales debieron incidir en un público masivo mediados a través de dos vehículos principales: la escuela y los magazines femeninos. Aunque existen desde los primeros años del nuevo siglo, estos últimos se difunden masivamente desde finales de la segunda década. En los veinte *El Hogar* tenía una tirada de 82.900 ejemplares semanales, y *Femenil* (1925) alcanzó los 50.000. Si a estas cifras se suma otro tanto de *Para Ti*, *PBT*, *Caras y Caretas* y otras publicaciones menores y se multiplica por dos, suponiendo más de un lector por número, puede decirse que al menos en esta fecha estos medios difundían los enunciados del moderno proyecto doméstico a cerca de medio millón de personas.

En ambos casos el proceso no fue sencillo o lineal, y en la fuerte presión e insistencia orientadas a difun-



dir las normas y características a que debían responder la casa moderna y sus habitantes, pueden intuirse tanto la presencia de normas alternativas en el imaginario popular como los indicios más elementales de un generalizado rechazo. De esta recepción conflictiva pueden localizarse otras evidencias.

Una de ellas reside en el tono irónico con el que con frecuencia se tratan las pretensiones regimentadoras de la economía doméstica en distintas publicaciones. Dos ejemplos.

Uno: Luis Taboada es el autor de *“Las mujeres de su casa”*, un suelto que publica PBT en su N°45 de 1905. Dos amigas comparten una tarde de tertulia y se dedican a criticar duramente a una tercera por la forma desastrosa con que esta conduce las cosas de su hogar. “Yo te aseguro –dice una de ellas– que si me condenasen a vivir así, sin orden ni método, me moría por consunción ¡Cómo que no puedo ver las cosas en desorden!”. La visita comparte el criterio y regresa su propia casa que está también patas para arriba. Nos enteramos finalmente que tras la fachada de la sala de recibo de la anfitriona se oculta un pandemónium más grande todavía.

Otro: en 1916 solían publicarse en *“Crítica”* notas elaboradas con un lenguaje popular en un recuadro llamado

“La musa del suburbio”. El 3 de enero leemos *“La escena diaria. Economía Doméstica”*, donde un hombre (con el aspecto de un compadrito) y una mujer discuten sobre la “nueva ciencia”. La escena transcurre del siguiente modo:

El: “¡Parece mentira, parece!”;

Ella: “¡Oh!...¡Avisá!”;

El: “¡Pero si esto es ir en contra de la economía doméstica!”;

Ella: “Hablá...¿Qué te duele?”;

El: “¡El alma, de ver que las lecciones que mi experiencia va rejunando pa vos, le pase como a la semilla que siembran en los campos fiscales...caen en el zurco y nada! Lo mismo le pasa a mis consejos, abro el zurco, siembro y no me llevás el apunte!...¡Me caigo muerto!”;

Ella: “Pero decí... ¿A que viene el rezongo?”;

El: “Mirá si no tengo razón de que hablar!...”;

Ella: “¡Bah!...¡Un alfiler!...¿Y eso te hace armar esta bronca?...”;

El: “Si...¡Porque la economía de un hogar se percata por las más sencilla e las manifestaciones!...¡Hoy uno, mañana otro...y al final é los treinta yurros...te lo volio dire!”. Y así continúan un buen rato hasta que la mujer se convence de que “el ahorro es la vase de la fortuna”, momento en el que él, como si nada, “preocupado constantemente por las evoluciones económicas que hacen paraísos de los hogares pobres”, le pide unos pesos para poder actuar como presidente “del centro Economistas domésticos donde mi labia va hacer emocionar a las muchedumbres”. Obtenido el pequeño capital, la quincena que la mujer acaba de cobrar, se toma un coche de alquiler con el que en realidad se va a Palermo “a respirar la fresca viruta”.

Las educadoras pensaban que del mismo modo en que tal como los hombres preferían gastar dinero en

tabaco, en la taberna o en otras distracciones, las mujeres derrochaban tiempo y dinero con su “mal gusto”, dejándose embelesar por adornos y chucherías sin valor. “Todas esas ropas y vestidos de colores llamativos, esas cintas chillonas, esas baratijas y otros perendengues que veo llevar a las obreras, todo eso es de un gusto pésimo –leemos-. Si se quiere andar bien vestidas no hay mejor modo que hacerlo con sencillez, más las obreras no pueden ni quieren creerlo”⁴¹. Desde los primeros años de la década del noventa la Economía Doméstica se enseñaba en los programas del cuarto grado de las escuelas primarias⁴², y se dictaba como materia autónoma en el tercer año de las Escuelas Normales⁴³. Es obvio que, como en relación con otros temas, se suponía que los hijos argentinos de los inmigrantes actuarían como vehículos a través de los cuales las estrategias elaboradas por la elite penetrarían en las familias, gracias a la educación obligatoria.

Sin embargo, aún en la primera década del nuevo siglo continúan presentándose problemas de dos tipos. Por un lado las familias parecen resistirse a esa función de la Escuela;



por otro, la propia Economía Doméstica no logra consolidarse según los perfiles amplios de sus enunciados.

Se sabe que “mientras el maestro argentino no tenga influencia sobre el hogar no podrá de manera alguna ocupar su rango importante como factor imprescindible de la sociedad”. Pero para empezar la condición femenina misma parece ser el primer duro obstáculo. Lo suyo es un cúmulo de predisposiciones naturales negativas: “es prudente limitarla en sus caricias para no excederla en sus ternuras; es lógico desviarla del parcialismo de su ferviente amor, que la seduce a ser

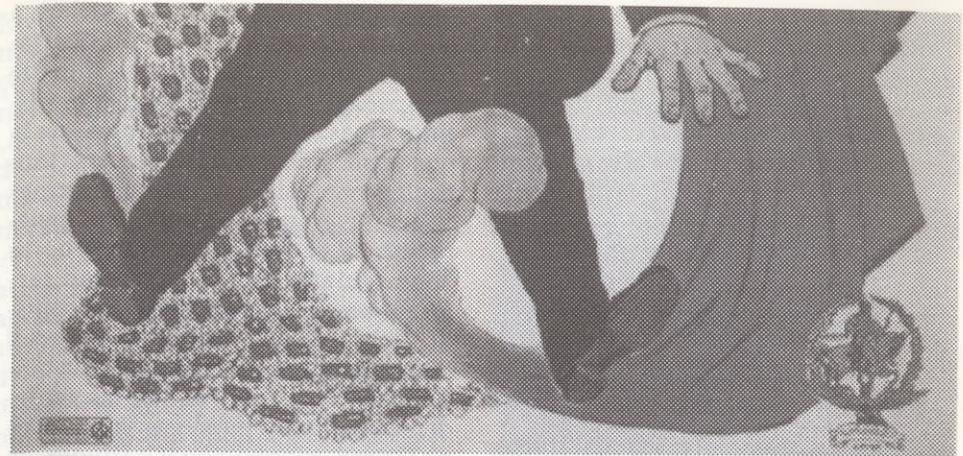
complaciente con las debilidades, desvirtuándola de su lirismo personal para ahogar a tiempo su vanidad, su orgullo, su ociosidad, su bonanza ilimitada conduce a sus hijos a la timidez, su dureza de ánimo forma hombres despiadados, su melancolía es fuente de amargura como su fanfarrosa conducta conduce al escarnio"⁴⁴. En la Escuela Mitre se organiza en 1906 un acto especialmente dedicado a examinar las relaciones entre el hogar y la escuela en el que la directora, María A.M. de Salinas se pregunta "¿porqué el hogar de nuestros alumnos, de nuestras niñas, permanece indiferente, casi hostil para con la escuela de la patria, el segundo hogar?"⁴⁵. Y para eso hay distintas respuestas posibles. Una de ellas es que la gente del pueblo no sabe como educar a sus hijos, y como la escuela es obligatoria y gratuita la permanencia de los niños en ella y las enseñanzas aprendidas son de tal modo boicoteadas que los maestros temen "que la familia contrarie y destruya la obra de la escuela"⁴⁶. Es más, muchos están convencidos de que sencillamente "bastantes padres consideran la escuela como déspota y terrorista de sus hijos y se oponen a justísimas medidas sobre educación y disciplina"⁴⁷.

Las experiencias internacionales muestran ya en 1907 un cuadro de crisis del proyecto de educación doméstica, tal como se advierte en el Congreso Internacional de Higiene de la alimentación. Algunos estiman que el fracaso se debe a las negativas características que atribuyen a los sectores populares, otros a la ineficacia de la escuela.

Y también hay quienes lo atribuyen a la acción de las organizaciones obreras: "una enseñanza doméstica que se presentara como creadora de la paz social tropezaría con las repugnancias del partido socialista -afir-

man-. Podría ver en ella una tentativa de enseñar a la clase obrera a contentarse con un salario insuficiente del que un ama de casa prudente sabría sacar un mínimo de felicidad"⁴⁸. Pero ¿se registraba esa hostilidad en Buenos Aires?

Podemos imaginar que en estos primeros años los socialistas no veían con buenos ojos la estrategia de resolución individual del conflicto social que estaba implícita en las expresiones más liberales del "proyecto doméstico", o mejor, que sentían una mayor atracción por soluciones colectivas para la vida cotidiana. Por ejemplo, en su visita a Bélgica en 1895, Juan B. Justo resulta impresionado por el avance observado en la Maison de Peuple de Bruselas "con sus grandes almacenes y su instalación eléctrica para el alumbrado y para mover las máquinas de coser y calentar las planchas". Aún así, teniendo en cuenta la importancia del higienismo y el peso de figuras como Dickmann, el aspecto "científico" de la educación doméstica debía resultarles convincente. Sabemos que su oposición a las políticas oficiales no se ejercía en bloque y sus demandas no siempre se referían a los salarios de los trabajadores, sino que se combinaban con exigencias impositivas, controles de precios o rebajas, en el caso de la habitación, en los alquileres. Es cierto que los socialistas propugnaron soluciones cooperativas para elevar el nivel de vida de los trabajadores, potenciándolos -así pensaban- para su lucha contra los capitalistas. A partir de 1905 fundaron la Cooperativa el Hogar Obrero, destinada a construir viviendas, y en 1898 se había inaugurado la Cooperativa Obrera de Consumos de Buenos Aires. Pero la acción de este último tipo de organizaciones estuvo dirigida más bien a construir un consumidor



racional, figura que no se oponía sino que coincidía con muchos de los rasgos del "proyecto doméstico" que estamos analizando. Es más, los programas de las escuelas impulsadas por los socialistas incluían cursos de enseñanza práctica; María de Marcellat, dirigente del Centro Socialista Femenino dictaba el curso de Corte y Confección para niñas en la escuela de Morón (1904). En uno de sus estudios sobre el tema, Dora Barrancos nos informa que para la enseñanza socialista "el trabajo era necesario tanto para la formación futura como para la creación de hábitos morales en todas las fases de la evolución, propiciándose así firmeza de carácter y 'natural convicción valorativa, capaz de desdenar la holgura y el hedonismo'"; y concluye que "las labores de las niñas comprendían aspectos exclusivamente 'femeninos' del período, y ninguna ruptura en estas concepciones parece haberse instalado en el seno de las instituciones educativas del socialismo".

Vezzetti ha observado⁴⁹ que algunos teóricos socialistas -Del Valle Ibarlucea, particularmente- se manifestaron tempranamente en favor de los derechos de la mujer, e incluso -en 1902- de su "libertad sexual". Pe-

ro las posiciones de este sector parecen mejor reflejadas en la conocida utopía imaginada por Dittrich⁵⁰, en la que la casa y la familia continúan siendo, perfeccionadas, las células básicas del tejido social. Este conservadurismo "realista" de los socialistas argentinos contrasta con las experiencias intentadas en otros países por comunidades influidas por las ideas socialistas, o en ámbitos en los que estas se articularon con movimientos intelectuales radicales, orientados hacia la "reforma de la vida". Basta pensar en experiencias como las propugnadas desde modos de pensar tan diferentes como los de Melussina Fay Peirce y Marie Stevens Howland en los Estados Unidos⁵¹, o en las reestructuraciones que auspiciaban personajes igualmente opuestos como Henri Oedenkoven en Suiza y Viktor Aimé Huber en Alemania⁵².

El comportamiento de los anarquistas tampoco parece haber sido lineal. Por empezar también había entre ellos quienes -aunque no llegaron a ponerlas en práctica- propugnaban soluciones cooperativas, a la manera de los socialistas. Puede pensarse sin embargo que su tendencia principal los inclinara a las actitudes individuales, di-



solutorias incluso de la unidad familiar. En efecto, en la utopía anarquista de Quiroule⁵³ la familia y con ella la casa individual se disuelven en instituciones colectivas.

Pero abundan los indicios que desmienten, o al menos relativizan esta tendencia. Algunos critican, es cierto, la "opacidad" del mundo doméstico hacia la política puesto que en él "al calor de las afecciones sinceras, en la intimidad familiar es donde pueden dar los frutos más óptimos el árbol de la sociología práctica, donde puede tener su desarrollo más brillante la libertad de conciencia y donde pueden germinar con más facilidad los sentimientos nobles. En su circuito, aparentemente estrecho, convergen todos los resortes de la sociedad, en su sagrado vientre se gestan las generaciones y se moldean las almas"⁵⁴. Es más, "el revolucionario de verdad solo puede conocerse por la obra revolucionaria que haga en lo que esta más cerca, la familia, puesto que esta

obra es imperecedera en lo que lega a la posteridad una generación libertaria"⁵⁵. Como puede verse se trata de una pedagogía doméstica no muy distinta -mas allá de los vocablos- de la que analizamos. ¿Cuáles son los "sentimientos nobles", ¿cuáles las formas concretas en que se gestan esas generaciones? Se rechazan, es cierto, las "dos mujeres" de la polaridad sarmientina. En una sociedad anarquista "habrá menos mujeres-juguetes y menos hombres brutales hasta la bestialidad"⁵⁶; su modelo "de las verdaderas madres no puede ser jamás el tipo vulgar, convencional o frívolo, de las fanáticas e ignorantes mujeres de la sociedad actual"⁵⁷. Pero ¿se avanza mucho más allá? Algunas veces las similitudes con los enfoques "burgueses" son sorprendentes. ¿Se recuerda la imagen de la dama que asegura a su caballero la armadura que transcribimos más arriba? Compáresela con la siguiente, publicada en *La Protesta*: "¡Si supieras cómo se combate con más aliento cuando un corazón de mujer palpita con nosotros, con el mismo entusiasmo y cuando sus brazos en lugar de ligar los vuestros en la pereza son los que los ayudan a vestir la armadura con que debéis bajar contra el enemigo secular de la injusticia, contra el privilegio y la prepotencia". ¿Y la necesidad de que la mujer silencie sus propias pasiones ante el marido?: "Son innumerables las mujeres como tú que en todo tiempo retardaron el advenimiento de las ideas más grandes y más benéficas. No temas, no encontrará tu marido en medio de nosotros los amigos corrompidos que puedan extraviarlo, no somos nosotros, pobre mujer, quienes pueden arrancarlo de tu corazón (...) No lo contrastes porque le turbarás el ánimo sin hacerlo por eso más tuyo". En algunas notas sobre el tema que se publican en *La Protesta* la mujer y el

hogar que se sugieren no difiere demasiado de aquella autoreprimida conductora. "¿No sabéis -nos aseguran- que para la mujer es un gran placer gobernar bien la casa y conducirse de modo que todos los familiares estén contentos y satisfechos? Y no ignoráis que a todo el mundo le gusta verse cuidado por una mujer bonita y acaso sea esta una de las formas más agradables de la coquetería?"⁵⁸. Pero sin exageraciones: se quieren "madres inteligentes amorosas, saludablemente educativas que formen hombres para la libertad y la justicia y no ciegos instrumentos de placer o serviles amas de leche"⁵⁹. "La excitación sistemática de la lascivia acarrea los más grandes daños a la salud física y moral del hombre en particular y una sociedad compuesta de individuos sexualmente sobreexcitados que no conozca el dominio de si misma, las buenas costumbres, el pudor, va derecho a una ruina cierta, porque resulta demasiado obtusa y flexible para perseguir grandes ideales"⁶⁰. También aquí el desvío se paga con el derrumbe. Como para los "burgueses" y los socialistas, la guardiana del hogar parece haber sido el modelo femenino dominante entre los anarquistas argentinos. Pero la guardiana era simultáneamente prisionera: portadora natural de las ideologías reaccionarias, para los anarquistas la mujer debía proteger y ser protegida por los muros del hogar puesto que, en paradójica simetría con el pensamiento católico, la consideraban frágil y fácilmente tentable por el diablo...de la religión.

De manera que podemos inferir que esa "resistencia" a la que refieren los educadores parece expresar más bien



el conflicto entre la homogeneización modernizadora y las múltiples costumbres y usos de raíz arcaica de la población; así como la oposición a la incorporación a la esfera pública de los comportamientos privados, incorporación que iluminaba a los individuos respondiendo a la tendencia panóptica de la que partidos y organizaciones populares no eran ajenos. más allá de sus exageraciones, las normas de la "economía doméstica" eran modernizadoras; su función consistía en articular las representaciones "fuertes" con el mundo de todos los días, y podemos acordar con Armstrong cuando afirma que "este lenguaje -circulando entre lo psicológico y lo económico, así como entre lo individual y el Estado- separó y reconstituyó a uno en relación con el otro y produjo así un discurso, una nueva forma de almacenar información cultural que cambió la totalidad de la superficie de la vida social". A la larga, su transgresión parece haber quedado confinada a la marginalidad, a la vez que su puesta en práctica y posterior desarrollo construyeron algunos de los rasgos paradigmáticos de los sectores medios a lo largo de la primera mitad del siglo veinte ■

Apéndice

Manuales vinculados al hogar

Alimentación

Le Bele, Dr. G.; *L'hygiène de l'estomac et la cuisine*; 1902 (CG).

Hamard, Dr. Maurice; *La viande et ses différents procédés de conservation*; 1902 (CG).

Frank, E.; *Die Chemie der Küche*; 1903 (7ª Ed.) (CG).

Belloqui, Angel; *Harinas y féculas. Pequeña enciclopedia de química práctica de Bellon*; 1903 (3ª Ed.) (CG).

Gautier, Armando; *L'alimentation et les Régimes*; 1904 (CG)

Roeser, Dr. P. H.; *Traité de l'alimentation*, 1906 (CG)

K+NIG, Dr. J.; Porzentuale Zusammensetzung u. Nährwert der Menschlichen Nahrungsmittel; 1906 (CG).

Martinet, Alfred; *Les aliments usuels* (CG).

Roger, Prof. H.; *Alimentation et Digestion*; 1907 (CG).

Moll-Wes, Mme. Augusta; *La cuisine rationnelle des malades et des bienportants*; 1907 (CG).

Castaldi, Dr. Arturo; *Ricettario domestico*; 1909; (3ª Ed.) (CG).

Heraud, A.; *Les secrets de l'alimentation, la ville et a la campagne*. Biblioteque des connaissances utiles; (CG).

Laroude; *La cuisine et la table moderne*, (8ª Ed.); (CG)

Scuderi, A.; *El arte de guisar*; 1920.

Aprenda a cocinar carnes baratas; 1924.

Gherzi, I. y Castoldi, A.; *Recetario doméstico*; 1925.

Scheh, Emilio; *La alimentación en la Argentina*; 1930.

Escudero, p.; *Etude economique de l'alimentation de l'ouvrier à Buenos Aires*; 1933 (Paris).

Escudero, p.; *La solution du probleme de l'alimentation dans les foyers a faibles ressources*; 1933 (Paris).

Economía doméstica en general

Navarro Viola, Miguel; *La familia y la propiedad es la base de la felicidad*; 1848 (Tesis).

Martineau, (BN 186-505) *Household education*, 1861.

Pelletan, Eugenio; *La madre*; Barcelona, 1875 (2ª Ed.).

Pascual de San Juan, p.; *Guía de la mujer o Lecciones de ED para las madres de familia*; 1880 (6ª Ed. Buenos Aires). Declarada texto en Bai-

res, premiada en Barcelona.

Raymond (BN 192-106) *La bonne menagere*. 1885

Appleton (Atkinson, Prof. Florencia; García Puron, Dr. Juan; Sellen, Francisco; Molina, Eduardo); *Economía e higiene doméstica*; 1888, New York (1912 6ª Ed.) (CG)

Scheffer y Amis, Mmes.; *Economie Domestique*, 1889, Paris (5ª Ed.) (CG).

Millet-Robinet, Mme.; *Maison rustique des dames*; 1899 (15ª Ed.) (CG).

Senillosa, Felipe; *La crisis social. El hogar, escuela del deber y del derecho*; 1899.

Aráoz Alfaro, Gregorio; *Libro de las madres*; 1899. (antecedentes Auvard, Comby, Rostchild y Guaita).

Smiles; *"El ahorro"* (citado en Emile Salza [ES]).

Gutiérrez, María Antonia; *El ama de casa* (ES).

Laura, Dr. Segundo; *Consigli alle madri* (ES).

Palma, Amelia; *Consejos a mi hija* (ES).

García Balmaceda, Joaquina; *La mujer laboriosa* (Manual de labores) (ES).

Ives, C.; *Economía Doméstica* (ES)

Martínez, T. S.; *Economía Doméstica* (ES).

Salza, Emilia; *La ED al alcance de las niñas*; 1901 (CG).

Sage, Mme. M.; *La science et les travaux de la ménagère*; 1901 Palma, Amelia.; El hogar modelo; 1902.

Schmid, Franz, Hohnerlein, Max, Merkt, Affons; *Haushaltungskunde*; 1904 (3ª Ed.) (CG).

Stringer, Dr. Wilhem; *Haushaltungunterricht*; 1905 (2ª) (CG).

Castaño, Aurora; *El Vademecum del hogar*; 1906 (3ª Ed.) (CG).

Hercourt, Dr. J.; *La higiene moderna*; Madrid, 1908.

Manual de la Familia cristiana; 1908.

Demaiily, Mme. E.; *Cours d'enseignement menager* (CG).

Cazes, E.; *Notions de sciences avec applications a l'ED. Cours des ecoles élémentaires* (CG).

Schefer et Amis, Mmes.; *Enseignement des travaux de menage* (11ª Ed.) (CG).

Heraud, A.; *Les secrets de l'ED, la ville et a la campagne*. Biblioteque des connaissances utiles; (CG).

Lyford Carrie, Alberta (trad. Bertelli, Rita); *Veinte lecciones de ED*; en Extensión Popular, Boletín N°23 de la Univ. Tucumán; Mayo, 1914.

Climent Ferrer, Federico; *El ama de casa*; 1916.

Vedoya, Manuel; *El poema del hogar*; 1918.

Bassi, Angel; *Gobierno e higiene del hogar* (Curso de Ciencia Doméstica dictado en el liceo de Sritas. anexo a la Univ. Nac. La Plata); Bs. As., 1920. (iniciado en 1894 en Escuela experimental de Esquina).

Velez, Juan J.; *Utilidad de la instrucción de la mujer*; 1920.

Paul Hns. Ltda.; *El libro del hogar feliz*; 1920 circa.

Barrantes Molina, Luis; *Para mi hogar. Síntesis de economía y sociabilidad domésticas*; Bs. As., 1923 (10000 ejemplares).

Bion, A.; *Genésico y libro del hogar*; 1924.

Spangenberg, Renee.; *Informe* (al ministro Le Breton, quien también envió a Bélgica un par de maestras para estudiar el tema) *sobre la ED en los Estados Unidos*; 1925. Trad. en la Escuela Nacional de Agricultura de Casilda. Editado por la Sección de Propaganda e Informes del Ministerio de Agricultura de la RA (BsAs).

Artes femeninas; 1926.

Almanaque Bailly-Bailliere. *Pequeña enciclopedia de la vida práctica*; 1927.

Pirales, A.; *El arte de gobernar una casa*; 1930.

Domenech Mansana, J.; *La casa; cómo se construye y edifica una vivienda. 19??* (cit. en Arcelli).

Estrada, Adelina; *Economía Doméstica*; 1931. (Cit. en Arcelli ed 1938: ED. Anotaciones (...) adaptadas a los programas vigentes en 1er año del Liceo Nacional de Señoritas. Bs. As.

Millet-Robinet; *El ama de casa en el campo*; 1932.

Bachofen, Elisa; *Enseñanza técnica de la mujer*; 1932.

La Martona; *Manual del Hogar* (BN 172-402); 1933.

Barilari de Acevedo; *El libro del hogar*; 1934.

Ponce, Dr. E. V.; *Nociones de higiene y medicina social*; 1936.

Arcelli, María; *Ciencias domésticas. Apuntes de higiene de la habitación*; 1938.

Gambus, *La perfecta mujer en su casa* (BN 252-618), 1937.

Camp T. Lofberg, María; *Mujer en su hogar*; 1942.

Kaufman, Felix; *La vivienda alemana*; 1940.

White, E. G. de; *El hogar y la salud*; 1940.

Climent Ferrer, F.; *La mujer en su hogar*; 1943.

Cortez de Gonzalez, C.; *Gobierno del hogar*; 1943.

Notas

1. "Las escuelas alemanas"; en *El Monitor de la Educación Común* (MEC), 1899-1901, p. 1099.

2. Cfr. Yanovsky, M.; *Anatomy of social accounting systems*, London, 1968 (Trad. cast. Madrid, 1968).
3. Lasch, Christopher; *"The true and only heaven. Progress and its critics"*, New York, London 1991. (Trad. it. Milano 1992).
4. El Católico, I, 16, La madre de familia, Cit. en Recalde, Héctor *"Matrimonio civil y divorcio"*, Buenos Aires, 1986.
5. Sarlo, Beatriz; *"El imperio de los sentimientos"*, Buenos Aires, 1985.
6. Barrantes Molina, L.; *Para mi hogar*, Buenos Aires, 1923.
7. Arcelli, María; *"Ciencias domésticas. Apuntes de higiene de la habitación"*; Buenos Aires, 1938.
8. Armstrong, Nancy; *Deseo y ficción doméstica*; Madrid, 1991.
9. Huret, Jules; *"De La Plata a la Cordillera de los Andes"*; París s/f (circa 1910); cit. en Rodríguez Molas, Ricardo; *Divorcio y Familia Tradicional*; Buenos Aires; 1984.
10. Nerval, Carlos (Miguel Cané); De cepa criolla, cit. en Zanetti Susana, *"La prosa ligera y la ironía"*; Cané y Wilde; Buenos Aires, 1977
11. Wilde, Eduardo; en *Tini y otros relatos*; Buenos Aires, 1961.
12. Cfr. Cárdenas, Isabel Laura; *Ramona y el robot*; Buenos Aires 1986.
13. Sobre el tema cfr. Pagani, Estela y Alcaraz, María Victoria; *Las nodrizas en Buenos Aires, Un estudio histórico* (1880-1940); Buenos Aires, 1988.
14. Cfr. también *"La vida del hogar"* ("debemos difundir el culto del hogar, del home, para que nuestras damas lo prefieran al culto del paseo de la mañana o a la noche...") en EH 15-6-1908.
15. Lapuente; *"El ahorro como institución escolar"* en MEC, 1891, p. 278.
16. Guillén, Clotilde; *"Enseñanza de la cocina en la escuela primaria"*. EMED, 1908, vol. XXVI, p. 187.
17. Lapuente. *"El ahorro como institución escolar"* EMEC, 1891, Vol. II, p. 278.
18. Cfr. también *"La mujer en el hogar"*, EH 15-2-1908, 15. 3. 1908.
19. Salzá, Emilia M.; *La Economía doméstica al alcance de las niñas*; Buenos Aires, 1901.
20. Cfr. *"El puchero"*, conferencias compiladas por G. Lefevre; en EMEC, 1908, Vol. XXVI, p. 145.
21. Leune, A. y Demaiily, E.; *Cours d'enseignement menager. Science et morale*; París 1885 (circa).
22. *"La casa higiénica"* EH 29-1-1915. Cfr. también otras publicaciones como: *Los microbios en los vestidos y en las modas* C y C 31-5-

De la santidad laica del científico Florentino Ameghino y el espectáculo de la ciencia en la Argentina moderna

Irina Podgorny*

"Visitando, allá por 1907, la caverna de Elefanta, cerca de Bombay, Carlos Aldao trabó relación con el Dr. Deacon, Profesor de la Universidad de Columbia, en Nueva York, que al saber su nacionalidad le preguntó si conocía al Dr. Ameghino. De nombre nomás, fue la respuesta de Aldao, '¡Qué hombre admirable!', agrega entonces, Mr. Deacon. 'Nosotros conocemos a la Argentina como el país de Ameghino' (publicado en "La Nación" el 18 de agosto de 1911)

“El prematuro fallecimiento del sabio naturalista, doctor don Florentino Ameghino, deplorado tan hondamente en todo el mundo, ha sido sentido con más intensidad en la ciudad de La Plata (provincia de Buenos Aires, República Argentina), debido a que él residía en ella desde hacía más o menos veinticinco años y era en ella universalmente apreciado, no sólo por las nobles actividades de su inteligencia, sino también por sus bellas cualidades personales de hombre recto y ciudadano integérrimo”¹. De tal manera, se inicia la crónica del funeral civil del director del Museo Nacional de Buenos Aires, Florentino Ameghino, realizado en el Teatro Argentino de La Plata el 18 de septiem-

bre de 1911. Con dicho relato, Alfredo J. Torcelli—amigo de la familia, traductor del italiano, miembro del Partido Socialista, secretario del Instituto de Sordomudos de la provincia de Buenos Aires y por entonces, director del diario "El Pueblo" de La Plata—editó un folleto por orden del Ministro de Obras Públicas de la Provincia de Buenos Aires, José Tomás Sojo. Sería también desde el gobierno de la Provincia, y organizados por el mismo compilador, que se publicarían entre 1913 y 1936 los veinticuatro volúmenes que resultaron de las obras y correspondencia científica de Ameghino, cuyo tomo I, llamado "Vida y obras del Sabio", incluiría aquel folleto fúnebre. Esto fue sólo el inicio del culto público al 'sabio argentino', un fenómeno de particulares características, cuyas derivaciones perduran aún a casi ochenta años de su muerte. Desde entonces Ameghino es venerado como un sabio nacional, que, postergado y hostigado por 'el Gobierno', un supuesto protector de sus enemigos, se habría enfrentado solo con las fuerzas retrógradas de la sociedad. En este marco, Ameghino fue interpretado como quien, desde el trono de la ciencia, se atrevió a actuar contra el régimen conservador y a pensar contra todas las ideas preestablecidas de su tiempo.

Esta visión de Ameghino remite al problema de la percepción pública de la ciencia y a la relación que se establece entre los científicos y el resto de la so-

* UNLP-CONICET Museo de La Plata.

- 1902; *Los quehaceres de Mimita* PBT N°6 1904; *Lecturas del hogar*, EH 29-2-1908; *Aire en las habitaciones* EH 1-2-1911; *Del aseo de nuestra habitación* EH 10-9-1913.
23. Piñeiro, Dr.; *Informe sobre la salubridad de Belgrano*; *Anales de higiene pública y medicina legal*; T. 1, 1893, p. 267.
 24. *La higiene en las construcciones*; *Anales de higiene pública y medicina legal*, T. 1; 1893. Cfr. también *Contra la humedad de las paredes*, C y C 24-5-1902.
 25. Leune, Demailly, *op. cit.*
 26. Piñeiro, *op. cit.*
 27. *El congreso internacional de higiene de la alimentación*; EMEC, Vol. 24, 1907, p. 311.
 28. Barrantes Molina, Luis; *Para mi hogar*; Buenos Aires, 1923.
 29. *Ibidem.*
 30. Bassi, A; *Gobierno e higiene del hogar*; Buenos Aires, 1920.
 31. *Ibidem.*
 32. Salzá, Emilia; *La economía doméstica al alcance de las niñas*; Buenos Aires, 1901.
 33. Thompson, Edward P.; *Tiempo, disciplina del trabajo y disciplina industrial*; en *Sociedad patricia y cultura plebeya* (Ed. It.) Torino, 1981.
 34. Appleton, *op. cit.*
 35. Salzá, *op. cit.*
 36. Baudrillard, Jean; *"El sistema de los objetos"*; 1969; México.
 37. MDEC, Vol. 15, 1895, p. 144.
 38. *La casa moderna*, en Caras y Caretas, N°142, 22-6-1901.
 39. Barrantes; *op. cit.*
 40. *¿Saben ahorrar los obreros?*; EMEC, Vol. 16, 1898, p. 283.
 41. Su contenido era: Principios de la buena administración doméstica; quehaceres domésticos; distribución proporcional del tiempo; reglamentación del servicio; hábitos de orden y sistema; limpieza y ventilación y arreglo de las habitaciones; conservación de alimentos, vestidos y muebles; remedios domésticos; limitación racional de los gastos en consonancia con los ingresos.
 42. Su contenido era: Objetos; importancia y utilidad de la Economía Doméstica; gobierno de la familia; deberes del ama de casa; principios generales para el buen gobierno de una casa. Necesidad y utilidad del trabajo doméstico; distribución del trabajo entre los diferentes individuos de la familia; distribución y economía del tiempo; Estación propia para mejoras en la habitación; compras: oportunidad, ventajas de adquirir ciertos comestibles por mayor; distribución del trabajo para los días de la semana; tareas propias de cada hora del día; ventajas de levantarse temprano y no prolongar la velada. Ingresos y gastos en una casa; necesidad de calcular los gastos de modo que haya siempre algún sobrante; ahorro; empleo de los ahorros crecidos; préstamos; casos en que debe recurrirse a ellos y condiciones en que debe recibirse. Contabilidad doméstica; condiciones de la casa habitación; muebles, aseo y duración; vestidos, conservación y duración; ropa blanca, reparación y renovación. Crianza de animales útiles y ventajas que puede reportar; medios generales para la conservación de sustancias alimenticias; precauciones contra la polilla y contra los insectos parásitos.
 43. Natale, J. A.; *Influencia moral del maestro*; EMEC, T. XX, 1904.
 44. *El hogar y la escuela* EMEC Vol. 23, p. 14, 1907.
 45. *Dificultades de la cooperación entre la escuela y la familia*; EMEC, 1907, vol. 24, p. 208.
 46. *El hogar y la escuela*; EMEC, vol. 29, 1909, p. 129.
 47. *El congreso Internacional de Higiene de la Alimentación*; EMEC, Vol. 24, 1907, p. 311.
 48. Vezzetti, Hugo; Contribuciones preliminares a la historia intelectual de la familia argentina; en *Anuario N° 2*, Subsecretaría de Investigaciones de la Facultad de Psicología de la UBA; 1991.
 49. Dittrich, Julio; Buenos Aires en 1950 bajo el régimen socialista (1908); en F. Weinberg, *Dos utopías argentinas de principios de siglo*, Buenos Aires, 1986.
 50. Cfr. p. ej.: Hayden, Dolores; *The Grand domestic revolution*; Massachusetts, 1983; y Gwendolin Wright; *Moralism and the Model Home*; Chicago/London 1980.
 51. Cfr. Novy, Klaus y Prinz, Michael; *Illustrierte Geschichte der Gemeinwirtschaft*; Bonn, 1985; y Monte Verita. *Berg der Wahrheit*; Milano 1975; y Hartmann, Kristiana; *Deutsche Gartenstadtbeuwegung*; München, 1976.
 52. Quiroule, Pierre; *La ciudad anarquista americana* (1914), en Weinberg; *op. cit.*
 53. *El anarquismo y el hogar*; *La Protesta*; 16-9-1906.
 54. Herrero, José; *Inconsecuencias*; LP; 7-7-1905.
 55. Letoumeau, Ch.; *Los dos sexos*; LP; 13-3-1906.
 56. *La mujer moderna. Su inteligencia y su papel social*; LP; 3-7-1906.
 57. *Mujer*; LP, 14-3-1906.
 58. *La mujer moderna*, *op. cit.*
 59. Giménez, Angel; *Conferencia sobre higiene sexual*; LP, 17-6-1905.
 60. Giménez, Angel; *Conferencia sobre higiene sexual*; LP, 17-6-1905.

ciudad, aspecto desarrollado en el trabajo de Dora Barrancos². En Argentina, ésta es una de las primeras investigaciones en analizar los mecanismos del montaje de una cultura popular basada en la divulgación científica por parte de algunos sectores del Partido Socialista. Por mi parte, en este trabajo me propongo presentar los hitos más importantes en la elaboración del culto a Ameghino y contrastarlo con su biografía para mostrar algunos aspectos de la relación entre ciencia y política en la Argentina moderna³. La vida de Ameghino se entrecruza con la de un campo científico aún débil e incapaz de funcionar por reglas autónomas, en el que el ascenso y el reconocimiento del científico estaban directamente sujetos al clientelismo político y a los lazos sociales, que, en este caso particular, incluía la red de sociabilidad de los genoveses en Buenos Aires. La muerte de Ameghino abre, en cambio, el camino a la apropiación de su biografía por distintos sectores, en especial por los socialistas y por el nacionalismo acuñado por Ricardo Rojas. Las múltiples versiones del mito ameghinista crearon un ejemplo de los logros de un individuo que seguía la moral del trabajo y del estudio en el pródigo territorio argentino pero también, desnudaban, para el público, la injusticia que, el régimen, llamaba orden. Esta vulgata ameghiniana intervino, asimismo, en la formación del intramuros académico, donde la discusión de su obra se vio condicionada por el culto al sabio. Por ello, intentaré esbozar la otra cara de la empresa de divulgación: aquélla conectada a la formación de los mismos científicos y a la configuración del campo de las ciencias naturales. Tanto quienes propusieron la santidad laica de Ameghino como quienes denunciaron la superchería del asunto, no sólo se dirigían a los sectores populares sino también a los estudiantes universitarios y a los gober-

nantes para señalarles su error al desproteger la ciencia nacional o dejarla librada a mitos peregrinos.

El ameghinismo tuvo distintos momentos de auge; el primero –que es el que aquí desarrollo– corresponde al período 1911-1924 e incluye las polémicas sobre la nacionalidad, los elogios de Ingenieros, Lugones, Rojas, el enfrentamiento entre sectores de los centros de estudiantes católicos y la Sociedad Luz, y el debate sobre los restos de la costa atlántica bonaerense que resultaron de las investigaciones de su hermano Carlos. El segundo se da alrededor de 1936 en el 15° aniversario de su muerte, con un nuevo enfrentamiento entre católicos y socialistas. El tercero, a partir de 1940 tiene su culminación en el Congreso Mundial Ameghiniano de 1954 que celebra el centenario de su nacimiento⁴. Es en este momento que la figura de Ameghino se torna un héroe patagónico y se funde la identidad de los dos hermanos. Las múltiples biografías hagiográficas que resultaron de la exaltación ameghinista dan cuenta tanto de su vida y obra como de la intención de transformarlo en un modelo de virtud moral⁵. Asimismo, destacan que su precoz genialidad –emergida en un hogar que no parecía predestinado a ello– debió luchar contra la incompreensión de la barbarie pampeana. En este sentido, la incompreensión del gaucho de las pampas no se presenta diferente a la del ‘Gobierno’, tan bárbaro como el primero por no haber comprendido, sino hasta muy tarde, el valor de su trabajo.

Florentino Ameghino nació en una familia piamontesa que había emigrado al Plata en 1854, tentada por los hermanos del padre establecidos en Luján desde 1850. El nacimiento de Ameghino pudo haber ocurrido en Argentina el 18 de septiembre de 1854 pero, los debates sobre su nacionalidad indican que, en cambio, pudo ha-

ber nacido en Moneglia, Reino del Piemonte, el 19 de septiembre de 1853. Este dato se volvería fundamental para los detractores del ameghinismo mientras que para los socialistas, la furia con que defendieron la argentinidad de Ameghino muestra la ambivalencia con que el partido examinaba el problema de la nacionalidad.

Otro de los temas favoritos del ameghinismo fue la genialidad autodidacta sustentada por el empeño de una madre, el apoyo del padre, los pocos años en la escuela primaria municipal de Luján y un maestro de grado, que supo entrever el destino universal de su alumno. El mismo maestro, al que en 1911 se le agradecería dándole un puesto en el escenario del funeral civil, lo estimuló en 1868 a continuar en la Escuela Normal de Preceptores de Buenos Aires, que le dio el título de ‘subpreceptor’ con el que inicia su trabajo de ayudante en la escuela de Mercedes. Allí, en 1871, empezó a coleccionar fósiles de mamíferos y antigüedades indígenas, una conducta nada anómala en las ciudades de campaña de la segunda mitad de siglo XIX. En estos pueblos, donde el ocio y la curiosidad de maestros, sacerdotes, dueños de campos, empleados públicos y médicos/boticarios competían tanto con los proveedores de las casas europeas de objetos de historia natural, como con el coleccionismo de los políticos de Buenos Aires y la naciente organización de la práctica del naturalismo en la Argentina. Florentino Ameghino, un coleccionista más de antigüedades prehistóricas, consultaba las bibliotecas de amigos de Buenos Aires, describía sus hallazgos, y empezaba a pedir en los círculos porteños el reconocimiento a su trabajo como naturalista. Para ello planteó –estimulado por Giovanni Ramorino, el profesor genovés de Historia Natural del Colegio Nacional de Buenos Aires– haber hallado pruebas del hombre fósil en las cercanías de Mercedes.



Recordemos que en 1863 la Universidad de Buenos Aires había creado el Departamento de Ciencias Exactas y que en 1869 se creaba en Córdoba la Academia Nacional de Ciencias, donde se radicaron los científicos contratados en Alemania, entre otros Federico Kurtz, Oscar y Adolf Doering. En Buenos Aires, el Museo Público –luego Museo Nacional– mantenía su carácter de gabinete de estudio para el uso casi exclusivo de su director Hermann Burmeister y del grupo a quien él autorizaba. Los naturalistas de la generación de Ameghino no tenían credenciales universitarias, con las excepciones de Eduardo L. Holmberg (médico de la Universidad de Buenos Aires), Samuel Lafone Quevedo (Magister en Cambridge), Estanislao Zeballos (estudiante de ingeniería y de derecho) y de los científicos alemanes e italianos⁶ que habían traído sus títulos desde Europa. Los otros –Francisco P. Moreno, los hermanos Félix y Enrique Lynch Arribálzaga, Juan Bautista Ambrosetti, Miguel Lillo, Félix Outes– si pasaron por la uni-

versidad no llegaron a poseer título alguno. A diferencia de los hermanos Carlos y Florentino Ameghino, aquéllos eran hijos o parientes políticos de las familias de “viejos criollos” del Plata y del Noroeste argentino y compartían una sociabilidad de escuelas, asociaciones y clubes comunes⁷.

Mencionemos también el estado de la discusión sobre la posibilidad de establecer la antigüedad del hombre a través de las técnicas de la geología y la paleontología, que se estaban dando en el nuevo campo de la arqueología prehistórica. En los círculos de la geología y de la prehistoria victorianas, los inicios de la década de 1860 son testigos del desmoronamiento del concepto de un hiato divisor entre la era humana y la era de los animales extinguidos. A la vez que se aceptaba la idea de prehistoria, como un período de la humanidad con una profundidad temporal que se podía contar en cientos de miles de años, se reconocía el salvajismo de los primeros habitantes de Europa. Constituyéndose la prehistoria como el estudio de estos estadios comunes a toda la humanidad, la arqueología prehistórica surgió como un campo donde el trabajo conjunto de geólogos, paleontólogos y antropólogos, y también la cooperación internacional, no sólo eran deseables sino también elementos claves en la consolidación del mismo⁸. Sin embargo, una de las mayores dificultades consistía en el establecimiento de la antigüedad de los hallazgos. En Europa, desde 1860 no había dudas sobre la convivencia del hombre con animales extinguidos en épocas cuaternarias pero la posibilidad de un ‘hombre fósil terciario’ se debatió seriamente en Francia y Gran Bretaña entre 1870 y 1910. El origen poligénico de la humanidad no se descartaba dado que África y Asia proveían múltiples ejemplos de hombres y mujeres fósiles. En Amé-

rica, en cambio, el problema se sumaba al origen y a la antigüedad del poblamiento de un mundo que se juzgaba más joven. En Estados Unidos, la Smithsonian Institution, a partir de 1890, defendió la idea de un poblamiento americano en tiempos postglaciales, es decir en una época reciente con una fauna y flora similares a las actuales. En América del Sur, los hallazgos de los Ameghino se sumaban a los de Lagoa Santa realizados por Peter Lund en Brasil en 1844.

No es de extrañar entonces que el viaje a los centros europeos fuera la manera de consolidar la práctica y el entrenamiento en la arqueología geológica y de obtener las credenciales que las sociedades científicas argentinas repartían por reglas que, por entonces, Ameghino desconocía. Aunque Alemania era el país donde se contrataban los científicos para fundar las ciencias en Argentina, París y Londres eran los focos de atracción de los naturalistas del Plata⁹. Hacia la Exposición Universal de París partió Ameghino, en 1878, con sus colecciones de huesos y antigüedades, con el apoyo de comerciantes de Mercedes y el costo del transporte de los numerosos cajones a cargo de la Comisión Argentina para esta gran feria internacional. La exposición universal, un lugar de exhibición de los productos y recursos naturales de los distintos países participantes, atraía a curiosos, científicos, coleccionistas y proveedores del comercio de la historia natural de París, Londres y Estados Unidos¹⁰. Allí Ameghino actuó como intermediario de otros argentinos y vendió parte de sus fósiles al coleccionista norteamericano Edward Cope. La autodidaxia de Ameghino cerraría sus páginas en el Museo de Historia Natural de París, donde trabajó con el profesor Henri Gervais en el laboratorio de anatomía comparada, además de participar en

las excavaciones de Chelles, uno de los sitios paradigmáticos de la prehistoria francesa. Allí aprendió y discutió las maneras de interpretar la estratigrafía geológica, las clasificaciones zoológicas y la tecnología prehistórica. Consolidó también, aquella otra cara de la práctica académica del fin de siglo; es decir, el protocolo y las conductas a seguir entre sabios y sus patrocinantes, entre las que se contaban la cita, la correspondencia y el envío de publicaciones, la calidad de las ilustraciones científicas y la importancia de la prioridad en la clasificación de un nuevo género/especie. Ameghino, sin embargo, alimentaría por años su imagen de genio emergido en la llanura donde la misma naturaleza le habría revelado su historia y secretos.

Por otro lado, casi todas sus biografías hicieron énfasis en dos elementos opuestos: la posición marginal de Ameghino frente a una supuesta actitud oficial que lo ignoraba y el reconocimiento universal a sus méritos. Con respecto a estos últimos, sus investigaciones se abocaron principalmente a los siguientes problemas: demostrar la contemporaneidad de la fauna fósil con el hombre (*La antigüedad del hombre en el Plata, 1880*); establecer los principios de una zoología matemática, es decir las bases para una clasificación evolutiva de los géneros y especies (*Filogenia 1884*), clasificar y determinar su posición filogenética y estratigráfica de los mamíferos fósiles hallados en el territorio argentino (*Contribución al estudio de los mamíferos fósiles de la república Argentina, 1889/90*), armar el árbol filogenético de la humanidad según sus principios matemáticos y los hallazgos del ‘hombre fósil’ en Argentina. Ameghino fue aceptado en las sociedades científicas europeas, mantenía una fluida correspondencia en francés y/o italiano con los paleontólogos europeos y norteamericanos, participaba de intensas dis-

usiones a nivel internacional, publicaba en las principales revistas francesas, inglesas y alemanas y sus artículos eran aceptados, así se tratara de la búsqueda en Patagonia de un fósil viviente. El origen terciario de la humanidad –un problema que se discutía también en París en relación al hombre terciario del Viejo Mundo– fue uno de los temas que en la Argentina luego de su muerte, sobreviviría con más fuerza como parte del áurea de la grandeza –o de la nimiedad– ameghineana.

En relación a su postergación es cierto que al regresar de París, la vida de Ameghino fue atrapada por una serie de alianzas y promesas tan poco estables como la política y la economía argentinas de entonces. Y también, por la ingenuidad de su parte frente a las leyes sancionadas y las palabras dadas. Sin embargo, la cronología de sus penurias podría estructurarse con otra paralela que incluyera tanto los cargos obtenidos como los proyectos fracasados a raíz de alianzas impredeciblemente inoportunas. Los cuatro volúmenes publicados de sus cartas exhiben múltiples ejemplos de las intrigas, urdidas la más de las veces con la asesoría constante del académico Oscar Doering, que no siempre lograron sus propósitos. Entre las alianzas y proyectos de resultado poco feliz para Ameghino se cuentan: la asociación con Moreno y con el ministro Pizarro –en contra de Burmeister– para fundar un gran Museo Nacional para la federalizada Buenos Aires en 1881; la jefatura del personal científico de la expedición andina a la Patagonia del Instituto Geográfico Argentino; el nombramiento –jugada ganada por Berg a pesar que Ameghino contaba con el apoyo del ministro Ballestra– en el Museo Nacional ante el retiro de Burmeister en 1892; la promesa de la revuelta radical de La Plata en 1893 de destituir a Moreno y nombrarlo director del Museo; la organización

—bajo los auspicios del Gobernador Luciano Leiva— del museo provincial que Santa Fe proyectaba crear en 1894; y la imposibilidad —ya como Director del Museo Nacional de Buenos Aires— de lograr un nuevo edificio para la institución. Destaquemos que el tropo del Ameghino postergado por el Gobierno surge en sus cartas publicadas en los diarios, pero en la correspondencia con su círculo más íntimo, aparece claramente que sólo aceptaría cargos públicos en los que la independencia y el uso del tiempo para sus investigaciones no se viesan cuestionados. Desde 1892 un nuevo interlocutor epistolar ayudó a difundir esta idea de la marginalidad en la que trabajaba el genial librero pidiéndole opiniones sobre la educación: aparece en escena el maestro Víctor Mercante, formado en la escuela de Paraná, radicado en San Juan y a quien Ameghino ‘honró’ con comentarios elogiosos sobre sus museos escolares. A principios de siglo, Rodolfo Senet de la Escuela de Dolores, otro maestro aficionado al naturalismo y a la creación de métodos pedagógicos, iniciaría la divulgación de la obra de Ameghino en las revistas de educación. Estos maestros de provincia se imaginaron a sí mismos: solos, aislados, con bibliotecas fragmentarias, no podían vislumbrar las redes de intrigas políticas en las que Ameghino participaba.

Sin embargo, la visión mil veces consagrada en sus biografías, que lo retrata como una figura tratada con injusticia por un régimen que no lo incorpora por ser un hijo de inmigrantes, tomando otra acuñada en “Filogenia”¹¹, olvida que Ameghino ocupó un lugar central en las ciencias en la Argentina desde 1880 hasta su muerte. Por entonces era aceptado como miembro de las asociaciones científicas de Buenos Aires y Córdoba, daba conferencias ante el público ilustrado porteño, la Sociedad Rural y el Club Industrial, contaba

con el apoyo de Estanislao Zeballos y del senador Juárez Celman, ingresaba al círculo privado de Holmberg/Ambrosetti y de los académicos alemanes de Córdoba, y sus publicaciones eran reseñadas en la prensa de Buenos Aires. En junio de 1884, luego de las alianzas necesarias, la Academia Nacional de Ciencias —que ya antes había subsidiado su trabajo— lo eligió catedrático de Zoología. En febrero de 1885 Ameghino debía pedir licencia en su cargo porque el ministro de guerra, Benjamin Victorica, lo designaba, junto con Holmberg y Kurtz, para realizar una expedición fluvial al Chaco. Ameghino fue invitado por Francisco Moreno a colaborar en el gran museo argentino fundado en 1884 en La Plata e, inmediatamente, renunció a sus cargos cordobeses. En 1886 vendió sus colecciones al Gobierno la Provincia de Buenos Aires bajo las siguientes condiciones: una suma de 16 a 20 mil nacionales, el cargo de Subdirector con 200 nacionales de sueldo y fondos para excursiones y publicaciones, una casa en el parque del Museo de La Plata y un empleo para su hermano Carlos para la búsqueda y extracción de fósiles. En mayo de ese año, había recibido el título de Doctor Honoris causa de la Facultad de Ciencias Físico-matemáticas de la Universidad Nacional de Córdoba. Tenía entonces 31 años (ó 32, de haber nacido en Moneglia) y no parecía sentirse marginado quien escribía en “La Nación” de Buenos Aires, le recomendaba a Mitre a un corresponsal científico para su diario y quien, además, autorizaba a usar sus opiniones como avaluos públicos en la prensa porteña para interceder ante distintas instituciones o ganar el favor de los lectores. “La Nación” sería también la arena, donde en diciembre de 1887 quiso resolver su enfrentamiento con Moreno publicando su irridada e irritante renuncia y por la cual fue exonerado de su cargo. Optó enton-

ces por abrir la librería “Rivadavia” en La Plata, que, junto con “El Glyptodon” de Buenos Aires administrada por su hermano Juan, las propiedades que tenía en La Plata, el apoyo de Eleazar Garzón¹² y la venta de colecciones paleontológicas a los museos europeos, le servirían para mantener a su familia, subvencionar el trabajo de campo de su hermano Carlos y publicar en 1891, en forma particular, la *Revista Argentina de Historia Natural*.

De ninguna manera esto significa el olvido de los políticos o de los otros practicantes de las ciencias de Buenos Aires: en febrero, Drago, Luis M. Gonet, Matienzo, Naón y los Piñero, entre otros, le ofrecen asociarse a ellos en “la fundación de una Sociedad Científica que se ocupase del estudio de las ciencias represivas bajo el punto de vista de la Psiquiatría y de la Antropología”. En Marzo, durante una entrevista con el ministro Wilde, acuerda los 4000 ó 5000 nacionales necesarios para imprimir las ilustraciones del catálogo de los mamíferos fósiles de la Argentina para la Exposición de París de 1889, cuyo texto se publicaría en las *Actas* de la Academia de Córdoba¹³. La publicación de esta obra modifica grandemente el círculo de corresponsales, dado que la distribución de la misma había sido diseñada por Doering y por Ameghino, para hacerse citar y conocer por los paleontólogos europeos y por las bibliotecas científicas internacionales.



Esta obra da origen a una serie incontable de felicitaciones; al inicio de la relación con Hermann von Ihering, paleontólogo alemán radicado en Brasil; y a la renuncia de Moreno a la Academia de Ciencias por haber publicado, además de las cartas que años antes Ameghino le había dirigido a Gonet, un largo insulto en su contra.

También difunde el nombre de sus ocasionales aliados a través de varias especies fósiles¹⁴ y la dedicatoria a Juárez Celman, ya presidente de la República. Ameghino no era el único en bautizar nuevas especies con nombres de políticos, Doering, por ejemplo había homenajeado a los conquistadores del desierto y fundadores de la Nación con dos gasterópodos: el *Eudioptus avellanedae* y el *Plagiodontes rocae*, especies de caracoles que viven asociadas en la naturaleza y que arrastran con ellos las banderas del avance del Estado argentino¹⁵. Desde este punto de vista, las especies vivas y fósiles dan indicios también de las redes de reciprocidades en las que se daba la práctica de la ciencia y de la fascinación que ejercía entre los políticos entrar a la inmortalidad a través de la inscripción en el orden de la naturaleza.

Los cargos y encargos académicos de Ameghino no dejaban de acumularse y, en 1897, la Universidad Provincial de La Plata se inauguraba con los discursos de Dardo Rocha y el suyo. Con sus primos César y Arturo, formó parte de las facultades de esta universidad que nunca lograría consolidarse y a la que en mayo de 1900 iba a presentar su renuncia indeclinable como catedrático de

Mineralogía y Geología. Sin embargo, la facultad no la aceptó, pidiéndole que se tomara "el tiempo que necesite para evacuar los trabajos que le impiden hacerse cargo de ella por el momento". También en 1900, el gobernador del Chubut lo designó miembro de la comisión platense de propaganda en pro de la Biblioteca circulante del Territorio; Ameghino no pudo negarse ya que Florencio Basaldúa, secretario de la gobernación, apoyaba el trabajo de Carlos en la Patagonia. En 1902 murió Berg. Ameghino se apresuró a escribirle al presidente Roca y al ministro González e hizo que Basaldúa hablara con Mitre: el 19 de abril de 1902 Joaquín V. González le envía el decreto nombrándolo Director del Museo Nacional. González en 1905 le propondría la cátedra de antropología en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Buenos Aires, que Ameghino rechazó argumentando que sus investigaciones absorbían todo su tiempo¹⁶.

Un tema favorito del anti-ameghinismo consiste en la enemistad con Moreno, que sin embargo, terminó públicamente en 1907, cuando organizó un acto por el premio que Moreno recibió de la Royal Geographical Society de Londres. Para entonces todos se sentían participantes de la ciencia argentina: cooperarían en la organización del Congreso Científico Internacional Americano realizado en Buenos Aires como parte de los festejos del Centenario, y, por propia experiencia, cada uno había aprendido que los favores políticos ocasionales no alcanzaban para mantener las instituciones ni las empresas científicas que el Estado asumía. En 1910, Ameghino, como Director del Museo Nacional, fue uno de los vicepresidentes honorarios del Congreso Científico junto a los ministros nacionales y los rectores universitarios¹⁷. En julio de 1911 la pierna engargenada a raíz de una dia-

betes que Ameghino no aceptaba padecer, lo recluyó en La Plata, donde murió en su casa el 6 de agosto.

En la vida de Ameghino, además de un carácter difícil, pueden destacarse dos cosas. La primera, la publicidad que cobran los conflictos y las discusiones entre científicos a través de los diarios y periódicos principales de Buenos Aires y La Plata. Esta visibilidad del científico en la prensa se relaciona con la búsqueda del apoyo público a los distintos bandos y habla de la imposibilidad de dirimir los problemas con reglas propias en un campo demasiado permeable y todavía no clausurado en sí mismo. Zeballos, ante el escándalo 'Berg' en 1892, ve el asunto claramente y le exige a Ameghino que cierre el debate en los diarios porque no le hace bien a la ciencia argentina, que ya necesita solucionar sus problemas en el secreto de los participantes. La segunda, el modelo de su relación con el Estado, o de la relación entre ciencia y Estado, definible en Ameghino por el deseo de una absoluta independencia para hacer lo que quiere. En los años que siguen a su experiencia cordobesa y platense fue partidario de manejarse como en una empresa privada o familiar, con ayuda a través de suscripciones, subsidios del gobierno y apoyo logístico a las investigaciones de campo. El alarde de su libertad se vio minado por las sucesivas crisis económicas y el agotamiento del pequeño capital que le permitía mantener su parte de la práctica científica y, por ello, la búsqueda del empleo estatal. Este, asimismo, se relaciona con el prestigio del cargo, la posibilidad de disponer de más tiempo para sus investigaciones y, muy importante para alguien que acumulaba cientos de cajones de huesos, de un gran espacio para acomodar sus colecciones. Es cierto que en su presentación y legitimación frente a los políticos y los interlocutores más lejanos, la utilidad pública de

su trabajo fue un tópico constante: ayudarme es ayudar a la patria. De esta manera Ameghino mantenía el modelo de los arqueólogos franceses, cuya Sociedad Científica se resistió a la cooptación por el Estado hasta muy entrado este siglo. El modelo opuesto era, indudablemente, el de Moreno, cuya megalomanía solo era superada por su afán de colocar toda la naturaleza del territorio bajo el control del Estado argentino, encarnado en esa prolongación de él mismo que era el Museo de La Plata. De todos modos, el grupo entero de naturalistas argentinos puede describirse con los términos que Basalla usó para definir el tipo del científico colonial: un grupo pequeño que depende por completo de las instituciones y tradiciones científicas externas, entrenado por lo menos en parte en el extranjero o con las bibliotecas, instrumentos y laboratorios europeos¹⁸. La búsqueda de una tradición científica nacional los tomaría como base y Ameghino sería, para muchos, el profeta y el pilar de la ciencia argentina.

"Ha fallecido el único sabio que teníamos"

El elogio a los sabios y la entronización del científico como personaje iluminado que, armado únicamente con la razón, se enfrentaba a las tinieblas de la ignorancia y de la religión, fue una idea que se extendió rápidamente por la Europa moderna. Entre otros, Alexander von Humboldt, Félix de Azara y Charles Darwin tuvieron sus homenajes y una canonización que oscilaba entre lo universal de la ciencia y la reivindicación local/nacional por haber generado al genio¹⁹. En los tres casos mencionados, las naciones europeas ostentaban su condición de cuna del genio, pero también las nue-

vas naciones americanas pudieran alabar a sus pródigos territorios por haber despertado lo que Europa mantenía aletargado. En el caso de Ameghino, en cambio, el culto al sabio unió el orgullo por la argentinidad de la cuna del genio y por la del paisaje que lo generó. En este sentido, para algunos, Ameghino se transformaría en un símbolo de la grandeza y capacidades de los argentinos, resultantes de la fusión de suelo, ideales laicos e historia. A partir de 1915 y, sobre todo en las publicaciones del Partido Socialista o en las de sus afiliados, Ameghino sería un paladín de la lucha contra el oscurantismo de la Iglesia Católica. Sus enemigos, tan agnósticos como él, pasaron, sin embargo, a ser descriptos como católicos y antievolucionistas. En el contexto de esas recreaciones, surgió el ameghinismo como doctrina; en la arena política, los bandos científicos de fines del XIX se combinaron libremente dando origen a oposiciones tales como ciencia-religión, evolucionismo-antievolucionismo, libertad creadora-connivencia con el Estado. Ameghino —como símbolo de la cultura argentina laica— se transformó en el símbolo de la ciencia progresista nacional. La creación de la figura de Ameghino como la de un arquetipo moralizador para niños y maestros se inscribe tanto en el marco de laicización progresiva del país, que incluía la creación del género de la divulgación de la palabra científica y de la liturgia escolar nacional, como en el de la institucionalización de las ciencias naturales. La oposición a los símbolos de la cultura laica y la resistencia a adoptar a Ameghino como símbolo por parte de los católicos y de otros grupos, transformaron al sabio en un ejemplo de la capacidad de mistificación y fetichismo de los socialistas y de los ignorantes. Desde estos grupos, derribar a Ameghino llevó a negar su obra en un

todo y a buscar en la tradición de la ciencia argentina, símbolos que pudieran combatirlo.

Sin dudas, los homenajes oficiales y civiles a Ameghino tuvieron, una frecuencia y persistencia no comparable a los ofrecidos a otros científicos americanos²⁰. Como era la regla, la necrológica del Director del Museo Nacional fue publicada en todos los diarios de Buenos Aires, desde "La Nación" que hablaría del "luto de la familia argentina" hasta "La Vanguardia", donde Angel Giménez lo haría un empleado de última categoría del ferrocarril de la Provincia en Luján, hijo de humildes artesanos, pobre, modesto y perseverante: "Fue llevado a la Dirección del Museo Nacional, pero allí no pudo realizar su aspiración de ponerlo al alcance del pueblo, sacándolo del viejo e inadecuado edificio, teniendo que concretarse a sus estudios". Ameghino, como ferroviario, representaba al trabajador que con su disciplina y los ideales del Partido Socialista se había elevado por encima de la oligarquía local. Giménez, como "admirador de los grandes hombres que impulsan el progreso humano" llamaba a continuar y difundir su obra. Los periódicos de La Plata hicieron lo suyo, ensalzando que había muerto un hijo del suelo de la provincia, reseñando su biografía siempre en los mismos términos, negando o enfatizando los conflictos con otros científicos o con los políticos del régimen²¹. El muerto empezaba a ser afiliado a luchas de las que jamás había participado y a ocupar el panteón de gigantes con los otros dos muertos que merecían ese lugar: Sarmiento y Mitre. Al sepelio concurren delegaciones de las instituciones científicas, del gobierno nacional y provincial, centros de estudiantes, representantes de las universidades de Buenos Aires y La Plata²². Los hermanos, a la vez que recibieron las condolencias de las escuelas normales y de las federaciones estudiantiles, entre-

garon a Florentino a la familia argentina: el féretro, en vez de depositarse junto a los de sus padres y esposa, se guardó en el panteón de los maestros de la Provincia de Buenos Aires en el cementerio de La Plata. De esta manera, Florentino, sin descendencia ni familia que lo precediera, aparecía en su muerte como un ser emergido de la voluntad de educación que se asociaba al gremio de los maestros argentinos. La Universidad de Buenos Aires, sin embargo, no perdió la oportunidad de expresar en el pésame que, en vida, el muerto se había negado reiteradamente a ocupar la cátedra porteña y, en verdad, Florentino no dejaba hijos pero tampoco discípulos. Hasta entonces nada que escapara a las reglas de homenaje a quien moría en un cargo que dependía directamente del Ministerio de Instrucción Pública de la Nación.

Ni aún hubiese sido de extrañar el grandioso funeral civil, ceremonia organizada por el Círculo de Periodistas Platenses en el aniversario del nacimiento de Ameghino en el Teatro Argentino de La Plata. Cabe recordar que los funerales civiles eran ceremonias que si bien honraban a un muerto, no se asociaban al sepelio: se realizaban en los aniversarios de las muertes o nacimientos de las figuras del culto cívico. El funeral Civil de Ameghino fue una ceremonia que colmó el escenario y las localidades del Teatro Argentino de La Plata. La iniciativa había sido del diario "El Pueblo", dirigido por Alfredo J. Torcelli y a ella se sumaron, además de algunos de los oradores en su sepelio, Jean Jaurés²³ e inmensas delegaciones de estudiantes. El ceremonial recayó en los funcionarios de la Provincia, quienes encargaron un busto del sabio e hicieron imprimir 2500 ejemplares del retrato y del folleto que recogía la crónica del homenaje. El funeral tuvo tres partes: la científica, la literaria y la musical, a cargo de Tomás Puig Lómezz, Holmberg, Ingenieros, Senet, y la ban-

da de policía de la Provincia de Buenos Aires. Las rectoras del liceo y de la escuela Normal de La Plata adjudicaron todas las plazas de la cazuela del teatro al personal docente y alumnas de ambos establecimientos, el paraíso del teatro le correspondió a los alumnos de las escuelas y facultades de la Universidad. En el escenario se colocaron cien sillas, ocupadas por las delegaciones, los hermanos de Florentino y Carlos D'Aste, su maestro primario. La platea se llenó con un público que, el 16 de septiembre, había agotado las entradas para ver un "funeral romano nutrido en los principios del civismo y humanitarismo". Los funerales civiles fueron varios: el primero, había sido el 15 de agosto de 1911 en el teatro Colón de Rosario organizado por la Escuela Normal Nacional No 2, y el tercero, en 1912 en Buenos Aires, organizado por la Sociedad Científica Argentina. Por otro lado, en Corrientes, el profesor de la escuela normal regional, Juan W. Gez dio una conferencia en su homenaje que fue publicada por el Consejo Superior de Educación de la provincia, mientras que en la Biblioteca Popular de Paraná, Juan Zubiaur había pronunciado otra en su memoria el 18 de septiembre de 1911. El público de los funerales era básicamente el gremio de las maestras y los estudiantes universitarios, es decir los futuros científicos y profesores de escuela. La amplia repercusión entre los maestros normales se relacionaba con la difusión de la imagen de Ameghino que Mercante y Se-

net habían iniciado años antes en revistas de educación y manuales para maestros. Estos funerales, donde el cuerpo del muerto no tenía cabida reforzaban la idea del científico como un ser en el que el cuerpo no contaba: el espíritu del sabio está allí donde sus cultores lo veneran, en el caso de Ameghino, las maestras y los estudiantes de la escuela y la universidad públicas argentinas. La voluntad de desestimar el cuerpo aparece también en el relato, que Torcelli difunde como "Vida del

sabio", acerca del desarrollo de la diabetes y de la gangrena que finalmente desembocará en la muerte. Torcelli demuestra, con las evidencias que le brindan los relatos de su amigo Spegazzini, de sus hermanos y de sus médicos, la indiferencia de Ameghino frente a un cuerpo enfermo y un pie en estado de descomposición²⁴.

Inmediatamente, se estableció el debate acerca de cuál era la mejor

manera de mantener el culto cívico al sabio argentino. Desde "La Vanguardia", el Partido Socialista exigía la publicación de las obras completas oponiéndose a la mera erección de un monumento a su memoria. De todos modos, a tres días de la muerte de Ameghino, el presidente de la Nación Roque Sáenz Peña y el Ministerio de Justicia e Instrucción Pública solicitan hasta 25.000 pesos al Congreso Nacional para el monumento. Algunos senadores y diputados de las cámaras de la provincia de Buenos Aires presentaron en



1911 un proyecto para invertir hasta 20.000 pesos en otro que se colocaría en el parque del Museo de La Plata. El proyecto pasó a comisión, a archivo y fue reflatado en el período de 1913 cuando la suma se elevó a 40.000 pesos. Entre los argumentos para su aprobación, figuraba la urgencia para la Provincia en que fuera ella la primera en honrar a su hijo. En la Cámara de Senadores se despertó el debate acerca de quién debía realizarlo. Ya el grupo 'Ars' de La Plata había manifestado "El monumento a Ameghino debe ser realizado por Yrurtia", esgrimiendo que la argentinidad de Ameghino sólo podía ser plasmada por un artista que por comunidad de suelo supiera interpretar este espíritu. El grupo 'Ars' atacaba los proyectos –que como el del monumento a la Independencia nacional habían sido encargados a escultores extranjeros. Finalmente, en la ley se estableció una cláusula dando preferencia a un argentino o extranjero residente en el país. La ley fue promulgada el 27 de agosto y reglamentada el 20 de octubre de 1913. El monumento nunca se hizo pero las discusiones en las cámaras muestran cómo Ameghino empezaba a transformarse en pretexto para construir e interpretar una cultura argentina alimentada por el territorio.

Víctor Mercante –ya una conspicua figura de la Universidad Nacional de La Plata– había sugerido durante el sepelio de Ameghino levantar el recuerdo "en Luján, frente a la casa misma donde vio la luz, para que la juventud argentina en caravana, el 18 de septiembre de cada año, rehaga la niñez de este hombre extraordinario, como la juventud inglesa rehace la de Shakespeare y la toscana la de Galileo, y reciba el fortificante efluvio del ambiente que hizo al gran hombre". El Consejo Escolar de Luján inició el 19 de agosto de 1911 los trámites ante la Dirección General de Escuelas de la Provincia para adquirir la casa

natal de Ameghino y en su terreno edificar una escuela que llevara su nombre. En septiembre, el mismo Consejo iniciaba una suscripción escolar para erigir un pilar y el busto del sabio, mientras que el comisionado municipal pedía al Ministro de Gobierno de la Provincia, autorización para bautizar un parque no inaugurado con el nombre de "Ameghino". En 1915, Luján tenía su biblioteca "F. Ameghino" y en 1916, la 'casa natal' ostentaba las placas de homenaje al muerto colocadas por la Sociedad Luz y por la biblioteca "Florentino Ameghino" de Buenos Aires. Sin embargo, no fue la casa del sabio sino la tumba en el cementerio de La Plata la que se constituyó en el destino de las peregrinaciones anuales de las federaciones estudiantiles de la Provincia de Buenos Aires, realizadas por lo menos en los cinco años que siguieron a su muerte.

La serie de calles con el nombre de "Ameghino" empezó en la municipalidad de Zárate el 24 de agosto de 1911. Las escuelas, con la número 9 del distrito 8° de la Capital Federal, donde el busto de Ameghino sería inaugurado en 1923 por Lucas Kraglievich. Años después, en 1926, una de las universidades populares de cuño radical –presidida honorariamente por Marcelo T. de Alvear, Ricardo Rojas, Diego Molinari y Alfredo Palacios– adoptó su nombre y le hizo un himno²⁵. En julio de 1912 en la Cámara de Diputados de la Provincia de Buenos Aires se presentó un proyecto de ley por el que el pueblo de "Halsey", partido de General Pinto, pasaría a llamarse "Ameghino". El proyecto tenía por objetivo crear un Juzgado de Paz en dicho vecindario, que no respetaba el nombre que figuraba en su plano primitivo y decreto de creación: "Las medias lunas". "Halsey" era el nombre de la estación del Ferrocarril Oeste más cercana y el del introductor de los carneros merinos al país. El introductor del proyecto, V. Graciano, consideraba

que los nombres con títulos más o menos legítimos a la consagración nacional se estaban agotando: todo guerrero, político y diplomático tenía ya su pueblo, sus calles y sus plazas. La pampa, con su riqueza, generaba hechos y ciudades más rápido que la palabra diera tiempo a buscarse. "Ameghino" solucionaría la falta de nombres con otro resultado del crisol pampeano: el del sabio que hizo conocer a la Argentina en el mundo. La ley al respecto fue sancionada el 12 de septiembre de 1913. Rojas postuló que el topónimo debía castellanizarse y pasar a ser "Ameguinia" en base a lo que él consideraba la influencia que tenía la nomenclatura geográfica en la formación de la conciencia colectiva de una nación.

El 17 de diciembre de 1912, el Gobierno de la Provincia de Buenos Aires aceptó la oferta de Juan y de Carlos Ameghino para publicar todas las obras científicas y la correspondencia del mismo género por cuenta de la Provincia, en su taller de impresiones oficiales y aceptando la condición impuesta por los hermanos, de contratar a Torcelli como director del trabajo. La fundamentación del decreto incluía los grandes méritos de Florentino, pero destacaba que "esa inmensa labor intelectual de carácter exclusivamente científica está diseminada en diarios, revistas, opúsculos y libros ya escasos unos y agotados otros, que es indudablemente necesario reunir para bien de la ciencia, a fin de que los estudiosos puedan disponer de ella, como texto de consulta para investigaciones ulteriores" Los fundamentos destacaban el valor científico de la obra sin menciones a la argentinidad. Torcelli trabajó en ello hasta 1936: el tomo I apareció en 1913. La edición de las obras se hizo regularmente por entregas previstas en el índice del volumen anterior. En 1921, la publicación se interrumpió por dos periodos gubernativos en el tomo XII y recién en

1932, en la gobernación de Federico Martínez de Hoz aparecería el XIII con el plan predicho once años antes. El último –los índices– se publicó en 1936 durante la gobernación de Manuel Fresco, de la cual César Ameghino –abogado y primo de Florentino– era Ministro de Hacienda. Huelga destacar que Torcelli no siguió las sugerencias que Lugones dio acerca de corregir el castellano de Ameghino. Las Obras completas fueron distribuidas en las Bibliotecas Públicas municipales y provinciales.

El 23 de agosto de 1911, el diputado nacional Francisco Pascasio Moreno presentó a la Cámara un proyecto de ley por el que se autorizaba al Poder Ejecutivo a adquirir de los herederos –sus hermanos– con destino al Museo Nacional, las colecciones paleontológicas y antropológicas, biblioteca y manuscritos de Ameghino. "No debe demorarse un momento la adquisición por el estado de todo cuanto sirvió a esa noble actividad [...]. Contentarnos con su monumento y consentir que se extraigan del país esas colecciones, sería causar serios perjuicios a la Nación". El proyecto pasó a la Comisión de Instrucción Pública y fue tratado el 11 de septiembre de 1912, el mismo día que se trataba el proyecto sobre yacimientos y ruinas arqueológicos y paleontológicos²⁶. En el debate –inexistente por cierto– fue Gonnet quien presentó el proyecto de la comisión que distinguía entre la expropiación de las colecciones y, por otro, la compra de los manuscritos y biblioteca. Angel Gallardo, nuevo director del Museo Nacional, había manifestado la conveniencia indiscutible de la adquisición. Gonnet recurrió a la fama pública de Ameghino: "los señores diputados saben quién fue el doctor Ameghino" y, asimismo, recogió la imagen de José Ingenieros "ante todo y por sobre todo, [Ameghino era] un gran filósofo".

La ley 9080 sobre ruinas y yacimientos arqueológicos y paleontológicos pretendía consagrar la cooptación por el Estado de los estudiosos, coleccionistas y de las sociedades científicas, que por dicha ley, hubiesen debido subordinarse al control de la Nación. Asimismo, la expropiación de las colecciones de Florentino Ameghino ayudaba a cerrar esta historia del científico independiente, que desde su identidad y méritos personales, había competido con la credibilidad de las instituciones científicas de la República.

Ameghino en las versiones de Rojas, Lugones e Ingenieros. Santo de los maestros, ejemplo de los niños

En la década de 1910 la empresa de fundar una cultura argentina es asumida por Rojas, Lugones e Ingenieros. Los tres tomarían a Ameghino como una de las bases sobre la que podía edificarse. En 1912, en el primer aniversario de la muerte y bajo los auspicios de la Sociedad Científica Argentina se realizó un acto público presidido por el Ministro de Instrucción Pública de la Nación. Para honrar su memoria Ricardo Rojas “como quien cumplió un acto sacerdotal” – pronunció un sermón laico, incluido en 1921 en su libro “Los arquetipos”. Allí se presentaba “nuestra raza” a través de distintos arquetipos individuales. En tal obra, el panteón de varones ilustres estaba constituido por Belgrano el patricio, Güemes el caudillo, Sarmiento el educador, Pellegrini el estadista, Ameghino el sabio, Guido el poeta. Para Rojas éstas eran figuras ejemplares que honrarían aquello que él denominaba “nuestra raza en formación” a la vez que fundaban una nueva moral y un nuevo civismo. Ameghino merecía este sitio por diversas razones. La primera lo ligaba con el tronco he-

roico e hispano de la raza, que había luchado por fijar su lengua en América: Ameghino –hijo de inmigrantes, interlocutor del mundo– había escrito su doctrina en el idioma cívico del país. Afirmación falsa ya que parte de su obra la escribió en francés, pero que a Rojas le servía de pretexto como elogio del castellano, a punto tal de proclamar este idioma como órgano expresivo de las ciencias. La segunda, la tierra y el suelo de la patria, cuya posesión espiritual Ameghino habría consumado al hallar “los huesos de nuestros manes prehistóricos”. La tercera, la mancomunación en constituir la nacionalidad argentina con el estado laico como instrumento de civilización: la ciencia y el estudio de la naturaleza por interés filosófico le daban significación política y nacional a pesar de haberle faltado en vida todo apoyo oficial. En su historia de la literatura argentina, en 1922 Rojas inicia “Los modernos” con la figura de Ameghino, colocándolo como piedra de toque del enfrentamiento entre el Estado argentino con la Iglesia católica, un conflicto en el que Ameghino no había participado pero que en 1922 lo tenía como objeto de disputa. Las fuentes de Rojas para crear al “Ameghino” de la literatura son mencionadas por él mismo y demuestran por sí solas la parcialidad de la información: Lugones, Ingenieros, Ambrosetti, Mercante. Rojas había reflexionado también sobre las señales de Dios hacia el pueblo argentino que Ameghino había descubierto al proponer que *el hombre pampeano, el primer “argentino”, partió de aquí a poblar la tierra.*

En 1914, y como resultado de un encargo de la Sociedad Científica Argentina, Leopoldo Lugones escribe su “Elogio de Ameghino”, publicado primero como folletín en “La Nación” (28 de febrero al 14 de marzo), el libro aparece publicado en Buenos Aires encabezado por la protesta sobre la ley argentina de

propiedad literaria. La desobediencia a la autoridad es uno de los rasgos de Ameghino que Lugones destaca con unción, recubriéndolo de los rasgos que quiere para el hombre de la civilización argentina. Otros son de indudable resonancia personal como la fidelidad conyugal y el interés en la luna. Para analizar a Ameghino, Lugones despliega toda su batería científica, procedente de lecturas autodidactas como la grafología y la frenología que le permiten basar en evidencias físicas los rasgos del carácter ameghineano. Cuvier era uno de los autores admirados por Lugones y, a diferencia del resto de los autores que se encargaron de comparar a Ameghino con Darwin, en el “Elogio” todos los paralelismos serán tejidos con la vida del sabio francés. En este libro, Lugones –como Rojas– argumentará sobre la grandeza de la pampa y, especialmente, sobre el papel de Ameghino por haberla hecho conocer en el mundo.

Lugones inicia el “Elogio” con una descripción de las impresionantes salas de los mamíferos fósiles de los museos de Londres y París –que visitó durante su estadía en Londres en 1914– donde se topa con los hallazgos pampeanos. La riqueza fosilífera de las Pampas tuvo para Lugones dos papeles: modelar el pensamiento de Cuvier, Darwin y Ameghino; el otro, ayudar a configurar un país, no por el orgullo falso –como quiere Rojas– de la continuidad con esa “no Argentina” del pasado sino por predestinar el desarrollo de una tradición científica que la deleve²⁷. Lugones, a diferencia de Rojas y por defensa a su profesión literaria, destaca el inco-



recto castellano de Ameghino y recomendación, en el caso de una reedición de sus trabajos, una depuración del idioma para no fomentar los malos ejemplos. Por lo tanto combate la despreocupación de Ameghino –ensalzada por Rojas y Mercante– por no buscar la forma bella de la verdad científica. Asimismo ataca el argumento de la “importancia patriótica” de la antigüedad de los restos humanos en Argentina y en cualquier otro sitio del planeta. “Cuando este fenómeno se produjo, ninguna tierra era lo que es hoy” además que “la civilización argentina es europea [...]

calificar, pues, de argentinos a los hombres fósiles hallados en la Argentina actual, y a su rudimentaria civilización, es caer en el ridículo [...] Es Ameghino lo que vale en la ocasión, no los hombres fósiles yacentes en su lecho de polvo”²⁸. Todo intento en contrario –en los que los paleontólogos y antropólogos norteamericanos y europeos así como Ame-

ghino habrían caído– son para Lugones puerilidades, exasperaciones patrióticas, comezones de imperialismo, resultantes de la falsa oposición entre patria y humanidad y que la guerra mundial parecía fomentar.

Sería José Ingenieros el que insistiría con más fuerza en difundir el mito de Ameghino como uno de los fundadores de las bases culturales argentinas. Así, edita en 1919 y dedicado “a los maestros de escuela, el gremio que dio a la patria los nombres ilustres de Sarmiento, Ameghino, Almafuerte”, un compendio explicativo de las doctrinas donde, además, relata la historia de su interés por las mismas. Como

Lugones, Ingenieros había “redescubierto” a Ameghino en Europa “estudiando ciencias naturales en las universidades de Heidelberg y Lausanne”, y se propone iniciar una serie de artículos sobre la doctrinas y las teorías antropogénicas. En la “Revista de Filosofía” se publicarían varios artículos póstumos de Ameghino y desde allí se crearía la figura del Ameghino filósofo con el credo ameghineano como base. En “La cultura argentina”, Ingenieros reeditaría “La antigüedad del Hombre en el Plata” en 1918, “Filogenia” en 1915, además de una selección de escritos realizada por Torcelli, llamada “Doctrinas y descubrimientos”. Su biografía tendría que haber aparecido en el “Diccionario de intelectualidades argentinas” de la misma colección. Estas ediciones, que se difundieron a través de las bibliotecas populares no católicas, reproducían las obras iniciales de Ameghino, divulgando el estado de la arqueología geológica de casi cuarenta años atrás, con sentido de palabra sagrada y profética. Con ellas iban, además de las afirmaciones que en la ciencia de la década de 1910 ya no se podían sostener, las quejas y las denuncias anteriores a la participación de Ameghino en los proyectos e instituciones científicas argentinas.

Por otro lado, había sido Víctor Mercante uno de los primeros en insistir en la adscripción del “sabio” al gremio de los maestros. Según sus panegiristas, su pasado docente y la supuesta formación autodidacta lo emparentaban a Sarmiento. Ya antes de su muerte, el tópico de la autodidaxia de Ameghino apareció en los libros de metodología normal. En 1908, Senet definía, en sus lecciones para los maestros, las formas de educación, reconociendo tres principales: la individual o espontánea, la social o refleja y la escolar o sistemática. Para la primera, que correspondería a la que se dan

a sí mismos los talentos, los genialoides y geniales, los tres ejemplos históricos eran, Valentín Duval, Ameghino y Sarmiento. Senet desestima –por los peligros que entraña– el valor de la educación espontánea pero la pondera en el caso de sus ejemplos²⁹. Por otro lado, Ameghino pasó rápidamente a ser un personaje de los libros de lectura, de educación moral y cívica publicados por editoriales argentinas, que empezaban a ser escritos por los maestros normales o profesores de las secciones pedagógicas universitarias locales. Uno de los primeros en incluirlo como ejemplo de conducta es el de Ernesto Nelson, profesor de la Universidad Nacional de La Plata donde su imagen de hombre virtuoso e independiente se constituye en sendas parábolas morales al estilo de los catecismos cívicos³⁰. En 1913, José María Aubin, maestro normal cuyos textos tenían gran éxito en Editorial Estrada, había incorporado a Ameghino en *Destino* cuarto libro de lectura, como símbolo de “una gran vida y un noble ejemplo”. Allí Aubin resumía la biografía escrita por Ingenieros, a la vez que presentaba su vida y obra, emparentándolo con Belgrano a partir del suelo de sus antepasados: la tierra de Oneglia en la provincia de Génova. A la enumeración de todas sus publicaciones –en el orden y en el momento biográfico en que aparecieron– le sigue el significado que tales obras tuvieron, en tanto la mayor gloria que le daban progresivamente a la ciencia argentina. En suma, esta vulgata ameghineana, dirigida a los maestros y estudiantes de la escuela pública, creó un cuerpo nuevo que se dio en llamar ‘ameghinismo’ y que postulaba que Florentino había sido –además de un profeta– el sabio argentino por antonomasia. En el ameghinismo, la obra carecía de importancia frente a la biografía fabulada y la queja congelada de

los primeros años de los 80. Los debates que desencadenó hablan de ello. El ameghinismo congregó a periodistas, científicos, militares, políticos, sacerdotes durante los trece años que siguieron a su muerte. Esta corriente no tuvo correlato con ninguna de las teorías científicas en boga fuera de la Argentina dado que su objeto principal fue el culto al sabio nacional y tuvo el singular efecto de concentrar las discusiones antropológicas, geológicas y paleontológicas hasta 1930.

El ameghinismo y los debates en torno al culto

Mientras Torcelli iniciaba la edición de las *Obras Completas*, Carlos Ameghino continuaba la obra de su hermano, aumentando los descubrimientos de hombres fósiles americanos y demostrando con ello “la verdad anunciada en las profecías de Florentino”. En 1914, en las barrancas de la costa atlántica bonaerense, Carlos halló pruebas de la antigüedad terciaria de un hombre inteligente e industrial: una flecha de cuarcita incrustada en el fémur de un precursor del toxodonte. A ello se sumaba el hallazgo de huesos humanos fósiles en Catamarca. La ciencia sudamericana había tenido su profeta de la pampa y sólo quedaba honrarlo como santo civil del país.

Los primeros debates sobre la obra de Ameghino se dan en el marco del conflicto con los centros de estudiantes católicos y en el de la creación de marcos de cultura popular alternativos a los dominados por los socialistas y los reformistas laicos. Los opositores al comisionado del Ejecutivo Provincial en Luján, que había promovido los homenajes locales, impugnaron la veracidad del lugar de nacimiento de Ameghino: su fe de bautismo no aparecía en los archivos parroquiales. ‘Los curas’ fueron

acusados, entonces, de haber sustraído el documento para que la basílica no tuviera la competencia de las peregrinaciones a la casa natal del sabio. En 1915 aparece la copia del acta de nacimiento y de bautismo de “Fiorino Ameghino”, inscrita el 19 de septiembre de 1853 en la Parroquia San Saturnino de Moneglia. El conflicto lujanense fue amplificado por “La patria degli Italiani”, el “Giornale d’Italia” y por los socialistas en puja con los católicos. En 1916 Torcelli editó –por su cuenta– un folleto que tituló “La nacionalidad de Ameghino”, donde defendía, a ultranza y falazmente, el nacimiento en Luján. Inventaba un penoso viaje de los padres y la muerte de Fiorino a bordo del barco, recurría a los testimonios de los genoveses que los habían visto llegar, a los recuerdos familiares, a la autoridad de los políticos intachables (Zeballos, Mitre, Sarmiento y aún Juárez Celman), pero sobre todo, a las afirmaciones de Ameghino. Si Ameghino dijo que había nacido en Luján, así era: todo individuo sabe dónde ha nacido, ¿cómo lo ignoraría el sabio? Los panegiristas del Partido Socialista dieron por concluida la cuestión y la Sociedad Luz en 1916 puso su placa en la casa natal³¹. Asimismo, Adolfo Dickmann, diputado en la Legislatura de Buenos Aires, propuso en las cámaras destinar parte del presupuesto del año 1917 a la expropiación y conservación de la casa de Ameghino en Luján. A ello se opuso el diputado católico Nicanor G. de Nevares quien esgrimió las pruebas de la nacionalidad italiana. En consecuencia se nombró una comisión investigadora que nunca se expidió al efecto. Como parte de este debate, los socialistas difundieron la idea de la enemistad de Ameghino hacia la Iglesia católica y en particular contra la imagen de la Virgen de Luján.

La Liga patriótica, enemiga de los centros de cultura popular y de la reforma universitaria, atacaría a Ameghino

en 1919, promoviendo el culto a Francisco Moreno. En el sepelio de Moreno el 23 de noviembre de 1919 en el cementerio de la Recoleta, Manuel Carlés se dirigió a la juventud argentina: "Jóvenes que despertáis a la vida y que dudáis del patriotismo y mostráis tibiezas en vuestros sentimientos nacionalistas, *venid a esta tumba* para aprender que la patria esta en la entraña de la tierra [...] Venid a esta tumba y hallaréis la senda para continuar la tradición perínclita de la patria"³². A partir de allí los dos muertos reavivarían su enfrentamiento con ideales más ampulosos: para los socialistas Moreno pasaría a ser un antievolucionista asociado a las fuerzas reaccionarias de la sociedad aunque su tumba no llegara a despertar los fervores que sí había despertado la de Ameghino en La Plata.

En 1915 se iniciaban tanto la desconfianza hacia la obra de Carlos Ameghino como los conflictos entre los herederos científicos de Florentino, es decir, el grupo sobreviviente de su generación, el grupo de los ex-colaboradores como el abogado aficionado a la historia Luis María Torres y el grupo de los que se habían formado en el ameghinismo en la escuela o en la universidad. Entre estos últimos, se cuentan Milcíades Vignati, Lucas Kraglievich, Martín Doello Jurado y Antonio Serrano³³. El teniente coronel Antonio A. Romero –un antiguo colaborador– acusó a Carlos y a su gente: Torres, el preparador Santiago Pozzi y el naturalista viajero Lorenzo Parodi, de "entretejer la crónica impresionista de la prensa diaria de la Capital" para, a través del ruido, conseguir empleos y cátedras. En 1916 Carlos, como presidente de la Sección Paleontología, participó de la primera reunión nacional de la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales en Tucumán. Allí presentó los objetos y hallazgos del terciario y se aprobó por unanimidad la moción de

"proceder a investigaciones geológicas comparativas y fisiográficas" para solucionar el problema de la edad de los estratos en los que aparecían dichos hallazgos. Con esta moción se cuestionaba el uso exclusivo de los restos faunísticos para datar la edad de los estratos. Por su parte, desde el Colegio El Salvador y la revista católica *Estudios* de Buenos Aires, el P. J. M. Blanco, profesor de Historia Natural del Seminario Pontificio de Buenos Aires, denunciaba el fetichismo de los socialistas. En 1916 Blanco dio cuatro conferencias en el salón de actos públicos del Salvador con la intención de combatir las banderías de secta, que sobre la base de la debilidad de la niñez, tomaban como incuestionables las teorías de Ameghino. En 1917 Blanco atacó dos artículos de "La Razón": uno sobre "Ameghino filósofo", el segundo sobre la conferencia de Garret Servis "El hombre no desciende del mono". Si bien este artículo no nombraba a Ameghino, los ameghinistas más acendrados empezaban a defender la tesis de una línea de evolución americana que llevaba directamente al hombre³⁴.

En efecto, entre 1918 y 1919 Carlos –director interino del Museo Nacional en el período 1917-1923– se convenció de la existencia del hombre mioceno de las pampas y presentaba la evidencia a la Sociedad Physis. Carlos Ameghino creía que mientras Europa se hallaba habitada por una raza inferior, la de Neandertal, América estaba poblada desde antes o contemporáneamente por una raza de hombres que, a juzgar por el instrumental de Miramar, sólo era comparable al *Homo sapiens*. En 1918 Romero insistió con sus críticas, publicándolas en los *Anales de la Sociedad Científica Argentina*. Le sale al cruce Milcíades Vignati, profesor normal de 24 años y responsable ad-honorem de las colecciones de paleoantropología del Museo Na-

cional. En este panfleto, Vignati acusó a la Sociedad Científica de dar cabida a aficionados. Por su parte, Eric Boman, un arqueólogo sueco radicado en Buenos Aires, publicaba un estado de la cuestión en el *Journal de la Société de Americanistes* de París donde no se expedía sobre el asunto. En 1921, uno de los artículos de Blanco atacó directamente al corazón del ameghinismo: los hallazgos de Carlos Ameghino y su ayudante Parodi fueron calificados de farsa y mistificación³⁵. Desde la *Revista Chilena de Historia y Geografía* llegó la reseña que Blanco haría publicar y que Boman luego contestaría: "No nos explicamos por qué tantos ilustres sabios argentinos y extranjeros, que residen en la vecina República, no han sido antes suficientemente claros al tratar esta materia. Y verdaderamente me extraña que Boman, que debe estar muy al cabo de estas cuestiones no haya dicho ni una palabra en el trabajo que acerca de los hallazgos de Miramar publicó en el *Journal*". Blanco reprodujo en *Estudios* tanto la respuesta que Boman publicó en la *Revista Chilena de Historia y Geografía* como dos notas que atacaban al ameghinismo en toda su dimensión³⁶. Es decir, la carta de Antonio Serrano, profesor normal de Paraná y presidente de la "Asociación Estudiantil Museo Popular", donde felicitaba a Boman por su obra esclarecedora diciéndole: "debiera hacerse circular muy particularmente entre los maestros argentinos, quienes se sienten muy ameghinistas, sin haber leído un solo libro de don Florentino (se lo digo por experiencia: soy maestro argentino)" y por otro, el tes-



timonio de Fernando Lahille, jefe de la sección de zoología aplicada del Ministerio de Agricultura, tomado de "El Pueblo" del 12 de abril de 1922. Blanco sostenía que la comunicación de Lahille al congreso de Tucumán de 1916 –donde expresaba sus dudas respecto a la autenticidad de los hallazgos de Miramar– había sido censurada por Carlos Ameghino y Martín Doello Jurado. La nota de Boman³⁷ recapitula las opiniones contrarias al valor probatorio de las piezas osteológicas descri-

ptas por Florentino, precedentes de la crítica de Ales Hrdlicka en 1912 y de Marcellin Boule en 1921 (Museo de Historia Natural de París) Boman le da la razón a Laval acerca de lo curioso que es que "ninguno de los pocos antropólogos que aquí existen haya hecho conocer al público en qué consisten las teorías de Ameghino y lo que argumentan los especialistas en cuanto a ellas, dos cosas sobre las cuales son enteramente ignorantes los aficionados y profanos que componen los *ameghinistas*,

quienes se guían por reclames de periódicos y por la propaganda de ciertas personas que explotan dichas teorías con fines políticos u otros fines ajenos a la ciencia". Boman –un protestante a quien le desagrada confirmar los datos del Padre Blanco sobre Parodi– no duda de las capacidades de Carlos Ameghino pero exige de sus colegas prolijidad e imparcialidad científica en la determinación del "in situ", de la autenticidad de los hallazgos y de la edad geológica de los estratos pampeanos: "la ciencia de nuestros días no admite afirmaciones y cuentos de personas profanas a ella ni convencen a nadie los reclames de los diarios".

Indudablemente se estaba pidiendo

do la clausura del debate en el sentido de cerrarlo a los no profesionales. Boman murió en 1924, poco antes de la sesión en que la Sociedad Argentina de Ciencias Naturales discutió el trabajo donde Outes y Frenguelli abogaban por la edad cuaternaria de los estratos³⁸. Dicha sesión de naturalistas universitarios tuvo lugar el 26 de julio y el 2 de agosto. Carlos Ameghino no fue invitado así como tampoco Senet ni Mercante. La discusión se estableció entre Lucas Kraglievich, ayudante técnico de Paleontología del Museo Nacional, y Joaquín Frenguelli, médico naturalista italiano que trabajaba en la Universidad Nacional del Litoral como profesor de Geología y paleontología. Outes –viejo criollo– apoyaba al segundo. El debate metodológico entre paleontólogos y estratígrafos se unía a las impugnaciones acerca de la legitimidad de los científicos extranjeros a insertarse en la tradición de investigación nacional fundada por Florentino Ameghino. Kraglievich había publicado un artículo en mayo en *Renovación* en contra de los investigadores europeos que seguían llegando al país a ocupar los cargos que eran para los graduados universitarios argentinos. Frenguelli y Outes³⁹ lo acusaron de xenofobia “acentuada con la amenaza moreiresca o el desplante arrablero”, de querer erigir la memoria de Ameghino en símbolo de nacionalidad; y de utilizar argumentos efectistas⁴⁰. El debate trajo citas en todos los idiomas de los trabajos de geología y paleontología más recientes. La clausura del tema quedó garantizada no sólo por la jerga científica sino también por el traslado de las investigaciones a zonas donde fuera geológicamente más fácil determinar la edad de los estratos. La pampa quedaría largos años consagrada por la santidad de su profeta. Sería imposible discutir sobre sus estratos sin que el fantasma de

Ameghino despertara las acusaciones más graves: la socialización de los universitarios y de los maestros en el ameghinismo había tejido una estrecha asociación entre el sabio y la Argentina.

Parte de las ciencias naturales cerraron el campo alrededor de la defensa o el ataque al ameghinismo mientras la paleontología europea y norteamericana seguía por otros caminos como por ejemplo, las nuevas ideas acerca de los mecanismos de la evolución.

En 1936, el paleontólogo George Gaylord Simpson, se asombraría y se preguntaría por qué se entonaban himnos a Florentino Ameghino en el decrepito edificio del Museo Nacional. Allí, compartía con Carlos Ameghino el lugar de trabajo y los recuerdos sobre sus hallazgos en el paraíso perdido de las eras geológicas, mientras analizaba los materiales que su hermano había descrito. Ante los ojos de un observador externo, parecía que parte de la ciencia argentina consistía en olvidar la investigación y en desestimar las ideas que circulaban en los medios internacionales, para dedicarse, en cambio, a agradecer al destino el haber enviado a Ameghino a esta tierra de magníficos gliptodontes. Parte de las ciencias naturales había cerrado el debate alrededor de la defensa o el ataque al ameghinismo, mientras la paleontología europea y norteamericana seguía por otros caminos, como por ejemplo, las nuevas ideas acerca de los mecanismos de la evolución. En Buenos Aires y La Plata, las ciencias naturales sin utilidad pública inmediata se estructuraron alrededor de un mito que podía darles cierta fuerza en la obtención de mayores recursos y lugares de trabajo. Sin embargo, el mito ameghinista y los ataques que sufrió en el contexto por el control de los centros de estudiantes y de cultura popular, fueron la base no de una política científica, sino de pom-

posos actos circunstanciales que perpetuaban y transformaban los contenidos de una vida heroica. De esta manera, Florentino Ameghino –desde su tumba– acabó por devorarse a sus herederos ■

Agradecimientos

Este artículo se origina durante la escritura de mi tesis, le agradezco a Guillermo Ranea sus ideas y sugerencias de entonces. El trabajo de relevamiento en diarios de Máximo Farro me permitió documentar la realización de las peregrinaciones a la tumba del sabio, descubiertas con Laura Miotti me-

diante la placa de 1915 que se conserva en el espantoso monumento del cementerio de La Plata. A Luis Rossi le agradezco las notas publicadas en la Revista de Filosofía. Los recuerdos de Alberto Rex González me brindaron algunas pistas mientras que las preguntas de María I. Martínez Navarrete, Patricia Geli, Beatriz Medina y Xenia Mejía me ayudaron a estructurar este artículo. No debo olvidar agradecer a los bibliotecarios del Museo Etnográfico, del Museo de La Plata y del Ibero-Amerikanisches Institut de Berlín. José A. Pérez Gollán compartió conversaciones sobre Ameghino, sus cartas y sus cultores y también la búsqueda de rastros ameghinistas por La Plata y Buenos Aires. Los errores son de mi autoría.



Notas Bibliográficas

1. Funeral civil de homenaje a la memoria del sabio naturalista Dr. Don Florentino Ameghino en La Plata, Lunes 18 de septiembre de 1911, La Plata: Taller de impresiones oficiales, 1911. p. 7.
2. Dora Barrancos, *La escena iluminada*. Ciencia para los trabajadores. Buenos Aires: Plus Ultra, 1996.
3. Mucha de la información de la biografía se

basa en su correspondencia, en particular las cartas 243, 270, 280, 283, 295, 299, 303, 329/35, 376, 386/91, 394, 396/7, 412, 452, 453, 461/2, 472/4, 484/5, 488/9, 492/6, 502, 505/6, 520, 511, 974, 1156/61. publicadas en *Obras completas y correspondencia científica*, 20-23, 193-1935, La Plata: Taller de impresiones oficiales.

4. El 6 de setiembre de 1954, como parte del fortalecimiento de las relaciones diplomáticas

entre Argentina y la Unión Soviética, se festeja el centenario del nacimiento de Ameghino en los salones del Museo Politécnico de Moscú. Organizada por la Sección Ciencias Naturales de la Sociedad de Relaciones Culturales con el Extranjero y por el Instituto de Paleontología de la Academia de Ciencias de la URSS, la sesión estuvo presidida por el retrato de Ameghino y por el embajador argentino, Leopoldo Bravo. Los paleontólogos soviéticos se preparaban para participar en el Primer Congreso Mundial Ameghiniano de Ciencias Naturales e Históricas americanas que se realizó en Luján, San Antonio de Areco, Mercedes y Mar del Plata en 1954.

5. Los folletos sobre Ameghino son incontables. Entre los más difundidos se cuentan: Ambrosetti, Juan Bautista, 1912 "Doctor Florentino Ameghino, 1854-1911", *Anales del Museo Nacional de Historia Natural de Buenos Aires*, 22: 7-72; Debenedetti, Salvador, 1911 "Ameghino; una faz de su obra" *Nosotros*, 5, 6, 32: 217-222. Buenos Aires; Márquez Miranda, Fernando 1951 *Ameghino. Una vida heroica*. Buenos Aires: Nova; Sociedad Luz 1936 *Ameghino, Homenaje de la Sociedad Luz en el XXV aniversario de su muerte, 1911, agosto 6-1936*, Buenos Aires: Federación Gráfica Bonaerense. Prólogo de Angel Giménez; Angel Cabrera *El pensamiento vivo de Ameghino*. Buenos Aires: Losada; José Ingenieros 1919 *Las doctrinas de Ameghino, la tierra, la vida y el hombre*, Buenos Aires: Rosso, 1920, Mercante, Victor 1911 "Florentino Ameghino; su vida y su obra", *Revista Archivos de Pedagogía y Ciencias Afines*, 9: 93-132. La Plata.

6. Montserrat, M. "La influencia italiana en la actividad científica argentina del Siglo XIX" En: *Ciencia, historia y sociedad en la Argentina del siglo XIX*, Buenos Aires: CEAL: 1993.

7. Es notable que las descripciones del carácter privado de Ameghino cambian según el cronista y el círculo social en el que se mueve. Las visiones del hijo de Holmberg lo muestran como un hombre inseguro, mientras que Torcelli describe un hombre desenvuelto en el círculo de los genoveses y en el de la familia.

8. A. Bowdoin van Riper *Men among the mammoths. Victorian science and the discovery of human prehistory*. Chicago y Londres: The University of Chicago Press, 1993 y el clásico Glyn Daniel *El concepto de Prehistoria*, Barcelona: La-bor, 1968.

9. De ellos, sólo Holmberg hablaba alemán.

10. Las principales casas europeas y norteamericanas aparecen mencionadas en Susan Sheets-Pyenson *Cathedrals of science. The development of colonial natural history museums du-*

ring the late nineteenth century, Kingstn y Montreal: McGill-Queens University Press, 1988.

11. "A propósito de *Filogenia*: No se vea en ella un trabajo literario. Ahora puedo insistir con mayor razón sobre este punto por cuanto viéndome en la obligación de procurarme el alimento cotidiano atendiendo un comercio de librería, escribo cada renglón de esta obra entre la venta de cuatro reales de plumas y un peso de papel, condición poco favorable, por cierto, para dar a mis ideas formas literarias elevadas" *Filogenia. Principios de clasificación transformista basados sobre leyes naturales y proporciones matemáticas*. Edición de las *Obras completas*, 4, 1915: 220. En este párrafo, Ameghino se queja de su suerte pero, sobre todo, se separa de la literatura. Sus divulgadores, por el contrario, hicieron énfasis en el abandono con que el Gobierno trataba al único sabio nacional. *Filogenia* se publicó con el mecenazgo de Zeballos.

12. La colaboración de Garzón la había gestionado Oscar Doering. Garzón prestaba cincuenta mulas en el territorio del Deseado con la condición que las colecciones pasaran a la Universidad de Córdoba. Se inició cuando el primero pertenecía a la Universidad, y continuó al asumir la gobernación de esta provincia y la banca de diputado nacional.

13. El problema lo iba a plantear la salida de Wilde del ministerio. Con la obra ya impresa y todos endeudados, Ameghino y Doering diseñan nuevas alianzas en el gabinete y en las cámaras. Invocan el apoyo moral del Presidente Juárez Celman para que la impresión pueda subvencionarse mediante la suscripción pública de 400 ejemplares. El asunto entra al ritmo de las Cámaras que cierran el período de 1889 sin resolución al respecto. A solicitud de Ameghino, el ministro Posse intercede y, mediante acuerdo de Ministros, se aprueba la entrega de 5000 nacionales. La renuncia del gabinete en abril de 1890 la posterga una vez más. Los diputados consideran que no son momentos favorables y la revolución deja a Ameghino en una situación económica desventajosa. Finalmente, en diciembre de 1890, Ameghino consigue la aprobación en las cámaras y el dinero.

14. Entre otros Wilde (*Haplodontherium Wildei*), Holmberg (*Megamys Holmbergii*), Moyano (*Pachyrucos Moyani*), Doering (*Cardiotherium Doeringii*), Scalabrini (*Palaehoplophorus Scalabrini*, *Perimys Scalabrinianus*) junto a Bravard (*Scalabrinitherium Bravardi*) y Roth (*Scalabrinitherium Rothii*), Burmeister (*Megamys Burmeisteri*, *Toxodon proto-Burmeisteri*, *Neoracanthus Burmeisteri*), Brackebusch (*Neoracanthus Brockebuschianus*), Cope (*Scilodon y Diodomus*

Copei), Moreno (*Panocthus Morenii*), Zeballos (*Glossotherium y Oxyodontherium Zeballosii*), Ambrosetti (*Euphilus Ambrosettianus*), Kurtz (*Euphilus Kurtzi*), Spegazzini (*Trachytherus Spegazzinianus*), los Lynch (*Plexochoerus Lynchi*), Berg (*Hoplophorus Bergii*) cf. Florentino Ameghino *Contribución al conocimiento de los mamíferos fósiles de la República Argentina*. Obra escrita bajo los auspicios de la Academia Nacional de Ciencias de la República Argentina para ser presentada a la Exposición Universal de París de 1889. Buenos Aires: Pablo Coni. 1889.

15. *Informe oficial de la Comisión Científica agregada al Estado Mayor General de la Expedición al Río Negro (Patagonia)*, Buenos Aires: Ostwald y Martínez. 1881.

16. Sería Robert Lehmann-Nitsche el profesor de la primera cátedra de Antropología en América del Sur. Este introdujo las resonancias de las ideas filogenéticas de Ameghino en el curso de Paleontología dictado en 1904 en aquella facultad y también lo haría en la cátedras de antropología de La Plata (1906) y Buenos Aires, donde el programa de 1909 del profesor suplente Félix Outes dedicaba una bolilla a los géneros ameghineanos. Senet dictó un curso de Antropología en la Sección Pedagógica de la Facultad de Derecho de La Plata con dos bolillas dedicadas a las ideas de Ameghino. En 1912, Lehmann Nitsche dirigió una tesis sobre "El atlas de Monte Hermoso". Robert Lehmann-Nitsche "La antropología de la enseñanza universitaria argentina", *Humanidades*, 1, La Plata, 1921. pp. 437-451. Teodoro de Urquiza *Nuevas investigaciones sobre el Atlas de Monte Hermoso*, Museo y Facultad de Ciencias Naturales. La Plata. 1912.

17. Ese año Ales Hrdlicka y Bailey Willis, en misión de la Smithsonian Institution, visitan a Ameghino, estudian las colecciones y recorren los sitios del hombre primitivo sudamericano. Los resultados de este viaje -contrarios a las hipótesis de Ameghino- serían publicadas en 1912 cuando Ameghino ya había muerto, cf. Hrdlicka, Holmes, Willis, Wright y Fenner *Early Man in South America*, Bureau of American Ethnology, 52, Washington, 1912; y Podgorny, I. y G. Politis "It is not all roses here. Ales Hrdlicka's travelogue and his trip to Buenos Aires in 1910", *Revista de Historia de Arte y Arqueología*, 3. Campinas, e. p.

18. George Basalla, "The spread of Western science", *Science* 156: 611-22. 1967.

19. Ver por ejemplo *Glorias del caballero Azara en el siglo XIX*, Madrid: Pérez Dubrull, 1854.

20. Tal densidad de homenajes llamó la atención de, entre otros, George Gaylord Simp-

son, uno de los paleontólogos más importantes de este siglo. Sus comentarios al respecto merecen citarse: "On a date that I did not record but that I believe was 6 August 1931. I was studying the Ameghino Collection in the old Museo Nacional de Historia Natural on Calle Perú in Buenos Aires. [...] I became aware of a growing stir in one of the halls. Investigating, I found that there was a formal assembly. There was of course, as is customary in formal assemblies, some speech-making, but what I remember most clearly was a group of young people singing something unfamiliar to me but sounding like an anthem. The words that caught my attention were repetitions of 'Gloria, gloria a Ameghino!' The sixth of August, 1931, was the twentieth anniversary of the death of Florentino Ameghino, and that makes me think that I do correctly recall the date of this gathering. Twenty years after that death not only were children singing his praises but also, as I soon learned, among non scientist in Argentina any suggestion that Florentino had ever been mistaken was met with unbelief and resentment. And yet [...] The Florentino worship has abated now among the growing number of his able Argentine successors in paleontology and even to considerable extent among Argentine laymen" Simpson, G. G. 1984. *Discovers of the lost world. An account of some of those who brought back to life South American mammals long buried in the abyss of time*. New Haven: Yale University Presspp. 75-76.

21. En particular con Moreno, quien entonces era Diputado nacional. "La Vanguardia" atacaría a Máximo Paz por haber exonerado a Ameghino.

22. Hablaron en el acto del sepelio, Ingenieros como representante de la Sociedad de Psicología, Holmberg, como amigo y delegado de la Facultad de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires; Ambrosetti, como amigo y delegado de la Universidad de Buenos Aires; Agustín Pénola, en representación de los empleados del Museo Nacional; Lafone Quevedo, representando al Ministro Nacional de Instrucción Pública y al personal del Museo de La Plata; Francisco Legarra, presidente de la delegación platense de la Asociación de Maestros de la Provincia; Mercante, delegado de la UNLP, Vicente Castro por la Sociedad Científica Argentina, Clemente Zamora delegado del Centro de Estudiantes de Ingeniería de Buenos Aires, y el coronel Antonio Romero.

23. La participación de "Juan Jaurés" fue resultado de una casualidad. Agustín Alvarez y Enrique del Valle Iberlucea, vicepresidente y

secretario general de la Universidad, lo habían invitado a La Plata para visitar su Museo. Torcelli los esperó en la estación de trenes y los hizo participar del funeral. "Saludado por una fragorosa ovación, el más grande y elocuente de los tribunos franceses" esbozó una arenga sobre la obra del homenajeado. En las lecturas morales de las que Ameghino es personaje, se lo presenta asimismo como un individuo ajeno a todos los placeres del mundo: nada de alcohol, café ni tabaco.

24. Sería erróneo suponer con esto que el cuerpo del científico carecería para todos de importancia retórica; Lugones, por el contrario, se detendría en las sensaciones y en el análisis frenológico de sus rasgos.

25. Himno Florentino Ameghino. Himno oficial de la Universidad "Florentino Ameghino", letra de Marcos J. Ferraris y música de Samuel Casarino:

Tu nombre es el lema, ilustre Ameghino
que ostenta y aclama, la Universidad
Y es timbre de gloria, del pueblo Argentino
que esculpe en el bronce, de la Eternidad
Los hombres y niños, que van a las clases,
do guardan su efigie, con creciente amor,
son hijos del pueblo, y aprenden las bases,
que forman patriotas de arraigo y honor
Coro

Maestros y alumnos: unidos marchemos
Cantando al gran sabio, con aire marcial
Vivemos su nombre: con ansia entonemos
Un Himno de gloria, viril, y triunfal.

26. cf. Endere y Podgorny, "Los gliptodotes son argentinos: la ley 9080 y la creación del patrimonio nacional", *Ciencia Hoy*, e. p.

27. "Y esto, porque, como decía nuestro sabio, la Pampa es la página geológica más completa que la eventualidad de los fenómenos naturales nos ha conservado: comprobación sugere, sin duda, de magníficos destinos; pues sea que considerándola con criterio positivista, veamos en ella una causa, o que bajo un concepto idealista, la apreciemos como un efecto trascendente, ella comporta para el país donde se la verifica una ventaja natural, dadas las consecuencias que en tal sentido apareja toda predisposición favorable, y el papel cada vez más importante de la ciencia en el desarrollo de la civilización. La geología y la paleontología de un país deben influir sobre dicho desarrollo, tanto como la geografía, aunque sus resultados sean menos perceptibles e inmediatos. Tendríamos ya una demostración de este postulado en la evidente predilección científica que manifiesta la inteligencia argentina. Es desde luego, la inclinación natural hacia el libro abierto; pero co-

mo la emancipación de los espíritus estriba principalmente en la ciencia, una y otra cosa irán así, constituyéndonos el país más libre; es decir, el más feliz y el más fuerte. La riqueza paleontológica de nuestro territorio, tanto la obra del sabio que hubo de organizarla con perspectiva superior, cobra de esta suerte toda su importancia social" Lugones, *Elogio de Ameghino*. Buenos Aires, 1915, 18-19.

28. Lugones *op. cit.* pp. 70-72.

29. Senet R. *Metodología* Buenos Aires: Caubaut 1908, p. 10.

30. *Moral y civismo, libro primero para 3° Y 4° grados* por Ernesto Nelson, Editorial Kapelusz, Buenos Aires; Juan Manuel Cotta (director de la Esc. Nacional N.º. 92 y Profesor del CN de Dolores) "Ejemplos. Lecturas morales para formar el carácter de los niños", Buenos Aires: Caubaut, 1916 con ilustraciones de Fortuny.

31. Angel Giménez -el mismo que había hecho ferroviario a Ameghino- comentaba en 1916: "La modesta choza que aún se mantiene en pie [...] no puede ser erigida en monumento nacional, dicen los católicos. Y cómo va a serlo, si allí, frente a ella, se levanta la basílica de la virgen, la sede del comercio de amuletos y promesas de los frailes Lazaristas y Maristas, que pueden ver algún día perdida la fe del pueblo, que los abandonará, para ir a buscar la verdad, a inspirarse visitando la casa del noble sabio" cf. "La iglesia católica contra Ameghino", *Nuevos Tiempos*, Buenos Aires, 1916.

32. "La Nación", 24/11/1919 y "Hay en mi tierra una tradición sentimental" suelto editado por la "Liga patriótica Argentina".

33. Esta polémica ha sido relatada por Leonardo Daino en "Exégesis histórica de los hallazgos arqueológicos de la costa atlántica bonaerense", *Prehistoria bonaerense*, Olavarría, 19179. pp. 93-195.

34. P. Blanco (Graco Nebel) "¡Ameghino filósofo!", *Estudios*, 13, octubre de 1917, pp. 277-279, y "Otra vez 'La Razón'", *Estudios*, 13, noviembre de 1917, pp. 338-342. En 1918, "La cultura argentina" destacaba: "Hoy día se han despertado dos tendencias en contra de la obra de Ameghino, una científica que combate denodadamente la obra del sabio, otra de tendencia puramente religiosa ha publicado panfletos irrespetuosos [...] Esta triste propaganda con el antifaz de científica, debe ser neutralizada, porque no sólo es perjudicial al interés general, sino que es cobarde, pues sus panfletos son anónimos. Pero, péseles a los señores fanatizados por las creencias, llegará el día en que las generaciones de mañana, más liberales, más estudiosas y más preocupadas lo honra-

rán y su nombre y su obra perdurará a través de los años y de los siglos, como un portento, es decir como lo que fue, un portento científico, un sabio". Juan Cánter "Florentino Ameghino", *El tabaco*, 1, 8. Buenos Aires. 1918.

35. Blanco, J. M: "Las bolas de Parodi, ¿serán bolas?", *Estudios*, 20, pp. 31-35, 1921.

36. "Hablan los hombres de ciencia del país sobre las asendereadas teorías de Ameghino", *Estudios*, 22, Buenos Aires, 1922, pp. 428-445.

37. "Los vestigios de industria humana encontrados en Miramar (República Argentina) y atribuidos a la época terciaria", *Revista Chilena de Historia y Geografía*, 39, 1922, pp. 330-352.

38. "Posición estratigráfica y antigüedad relativa de los restos de industria humana hallados en Miramar", *Physis*, 7, Buenos Aires, pp. 277-398.

39. Outes concluye "protesto en nombre de mi argentinidad, que no es de ayer, de ese mal entendido nacionalismo; y espero que la Sociedad argentina de Ciencias Naturales no tolerará que tales fermentos prosperen en su seno, pues, de no hacerlo así, sufriría un menoscabo en su prestigio y contribuiría a la formación de odiosos sectarismos". Frenguelli-Outes *op. cit. nota 38*, pp. 339.

40. Kraglievich argumenta: "para este propósito de descubrir la verdad yo no rehuyo la colaboración de los estudiosos extranjeros capaces de ilustrarnos y ojalá vinieran muchos y sabios. Pero estoy resuelto a no permitir que se destruya la obra realizada por los investigadores del país durante largos años, sino con documentaciones fehacientes" Frenguelli-Outes *op. cit.* pp. 327.

PUNTO DE VISTA

PUNTO DE VISTA

Revista de cultura / N° 57 / Abril 1997

Riachuelo: paisaje con ruinas / ¿Tiene futuro la izquierda? / Barthes administrador / Fútbol ¿cultura popular? Escriben: García Helder • Gorelik • Silvestri • Sarlo • Chejfec • Altamirano • Cheresky • Godio • Legoff • Alabances

Suscripciones: Argentina, tres números \$18 / Exterior, seis números, u\$s 40. Cheques y giros a nombre de Beatriz Sarlo, Casilla de Correo 39, Suc. 49, Buenos Aires

Prometeo Libros

Libreros especializados
Av. Corrientes 1916 - Capital Federal
Tel.: 01-953-1165 – Fax: 01-952-4486

Ofrecemos una mayor y mejor
Actualización Bibliográfica

Importación directa desde Estados Unidos, Francia, España y México

- Revistas culturales españolas
- Suscripción a Publicaciones periódicas españolas

Servicio de venta a distancia
Efectivo y Tarjetas Visa/Argencard/Mastercard

*Disponemos, para todo tipo de consultas,
de una dirección de
Correo Electrónico:*

prometeo@amtp1.aminter.com.ar

Dichos y hechos del gobierno peronista (1946-55) Lo fáctico y lo simbólico en el análisis histórico

Noemí M. Girbal-Blacha*

1. Los argumentos de la historia

“**D**iversidad de historias, singularidad de los historiadores; pluralidad de procesos, subjetividad de maneras de escribir y de hacer”¹; así subraya Antoine Prost la distancia frente al modelo de una *historia ciencia* que se afana por construir la verdad absoluta. La afirmación de Prost no significa en modo alguno que el historiador no tenga la libertad de sostener su propia explicación. Su preocupación es dilucidar las exigencias metodológicas que corresponden al régimen de veracidad propia de la historia, es decir, al que se desplaza entre literatura y ciencia. La complejidad de rutas por las que transita la historia, hace casi prohibitivo fijar esquemas de evolución lineal.

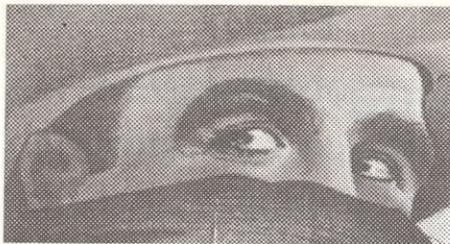
¿Qué significa entonces el arte de escribir para el historiador? ¿Cómo hace hablar a los documentos de un género especial, que son en sí mismos obras de arte?, se pregunta George Duby. En este contexto, el interés por la reflexión epistemológica cobra hoy en la disciplina histórica un valor creciente, especialmente en relación con la necesidad de desmitificar las certidumbres consagradas. Es imposible, pues, creer que los hechos se imponen por sí mismos, que las verdades de la historia son eternas, ya que la

historia siempre es escrita por historiadores inmersos en un tiempo y un medio que influyen en las explicaciones del objeto conocido que él nos proporciona.

La jerarquía científica de la historia se relaciona con su función social, toda vez que ella se vincula estrechamente con el fundamento de la identidad nacional, del espíritu crítico y de la ciudadanía; y si bien la primera se puede construir –según Prost– alrededor de una leyenda, las otras dos necesitan de un “*régimen de verdad*”, no exento de opinión, que es ineludible².

El debate actual se inscribe, por lo tanto, en el reencuentro de dos tradiciones epistemológicas, ninguna de las cuales, por sí mismas, parecen satisfacer hoy a los historiadores. La historiografía francesa da muestras acabadas de ese debate. El modelo de las ciencias experimentales de Claude Bernard y la voluntad de erigir la historia en ciencia domina en esta historiografía desde fines del siglo XIX y se plasma en 1876 en la *Revue historique*. Por otra parte, la ruptura de *Annales* y su rechazo a la historia acontecimental, no implica una nueva propuesta metodológica. Febvre, Bloch, Lefebvre, Labrousse, y más tarde, Braudel, emprenden una crítica de la problemática y de los objetos de la historia, pero no de los métodos empleados por sus predecesores. La tradición epistemológica anglosajona será la encargada de subrayar mucho después la implicancia del sujeto-historiador en la his-

* CONICET/ U.N.L.P./ U.N.Q.



toria que escribe. La época de los primeros Annales, los libros de R. G. Collingwood en Gran Bretaña. la destreza de Carl Becker demostrada en la Conferencia Anual de la American Historical Association en 1931 critican la pretensión de la historia en favor de la objetividad, pero no avanzan más allá.

Recién hacia los años 1970 la historiografía francesa entra en un período de dudas y la "verdad absoluta" es puesta en cuestión por las críticas múltiples, Michel Foucault aborda –bajo la influencia del espíritu del 68 francés– una postura desmitificadora y denuncia una suerte de "golpe de Estado" por parte de la historia y de los historiadores, para imponer a los lectores una determinada visión del mundo.

La "linguistic turn" americana, refuerza poco después estas críticas aplicando a los escritos históricos los métodos de una crítica literaria renovada ella misma por el psicoanálisis. La lingüística y la semiótica a través de los trabajos de Hayden White refutan toda pretensión del discurso histórico a hacer conocer la realidad. Los historiadores resultan a la luz de esta evaluación, sólo generadores de un discurso sobre el pasado³.

La respuesta de los historiadores –Roger Chartier, Krzysztof Pomian, Philippe Boutry, entre otros– no se hace esperar. Ellos sostienen que el texto histórico no sólo está sujeto a reglas lingüísticas y literarias; por el contrario se caracteriza por su reporte de la realidad que pretende hacer conocer, y por eso es histórico. Como expone

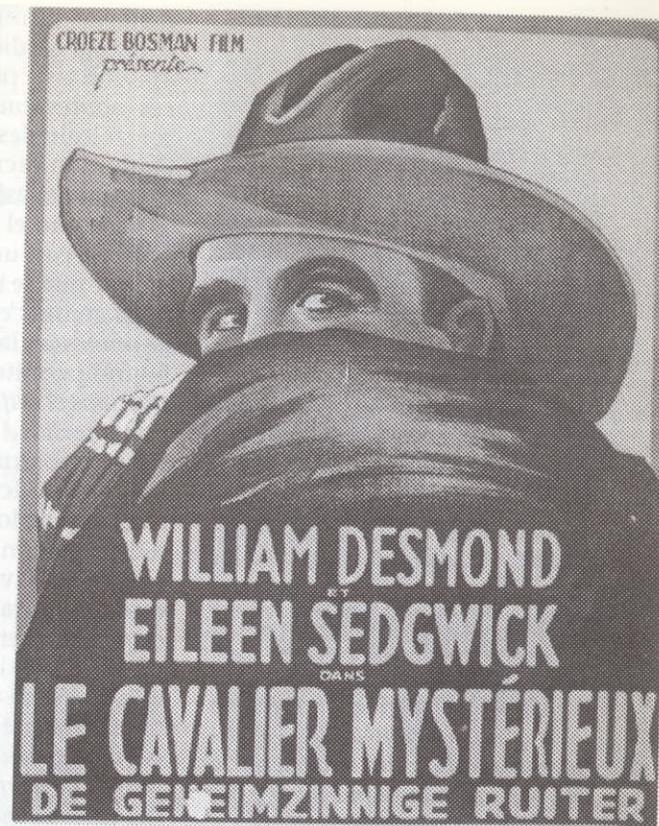
Paul Veyne en esos años 1970, "la explicación narrativa y la construcción literaria del relato son compatibles con la realidad de los hechos y la verdad de las explicaciones"⁴. Esta es la posición que hoy comparte la mayoría de los historiadores, que descreen de las grandes interpretaciones y juzgan imposibles las síntesis ilusorias que ponen en peligro una historia comprensiva. Hoy se acepta la pluralidad de interrogantes, la diversidad metodológica y la variedad de fuentes, es decir, se acepta un mosaico de verdades que no son necesariamente complementarias y acumulativas⁵.

El método concebido como un conjunto de procedimientos intelectuales cualesquiera sean; puede entenderse como un instrumento que respeta esos proceder y plantea preguntas a las mismas fuentes para obtener como resultado conclusiones verdaderas aunque no únicas e indiscutibles. En tal sentido *relato y cuantificación de la información* son recursos complementarios para la epistemología histórica. El primero resume la dimensión diacrónica, singular, acontecimiento; en tanto la dimensión sincrónica, generalizadora, estructural se expresa por cuadros y gráficos. Un estudio que analice el poder de la sociedad debe tener en cuenta –al decir del lingüista Trum Van Dijk– un recurso de control social como el discurso público, porque "la lucha por el poder es también la lucha por la palabra"⁶. En una historia económica y social ambos niveles de análisis son necesarios, aunque sus estructuras argumentativas difieran y su uso no sea exclusivo de los historiadores. La historia teje con el relato y el cuadro una trama, una cadena; pasando de una estructura argumentativa a otra, recurriendo a todos los métodos posibles, tanto a la ejemplificación como a la validación estadística. En este

sentido la temática que a continuación se aborda en este estudio pretende dar un ejemplo interesante, donde se confrontan ambos procedimientos para construir –desde el juicio crítico– la explicación histórica referida a los mitos y realidades, a lo simbólico y lo fáctico de algunos perfiles del nacionalismo económico peronista puesto en práctica en la Argentina entre 1946 y 1955.

2. La economía peronista: lo fáctico y lo simbólico

La reforma de la economía nacional es un verdadero desafío para "el coronel de los trabajadores", que después del triunfo electoral del 24 de febrero de 1946, asume –el 4 de junio de ese año– la Presidencia de la República. La redistribución del ingreso en favor de la pequeña y mediana industria del país, se convierte en la base de la política mercadointernista que Juan Perón ejecuta. La reforma financiera de 1946, el I.A.P.I. (Instituto Argentino para la Promoción del Intercambio) que desde entonces funciona como ente autárquico monopolizando el comercio exterior argentino y derivando las ganancias obtenidas de la venta de productos agropecuarios hacia el sector industrial, permiten al Estado dirigista y planificador liderado por Perón actuar sobre el diagnóstico elaborado por el Consejo Nacional de Posguerra respecto de la realidad socioeconómica del país.



La necesidad de transformar "una economía al servicio del capital" en otra dispuesta a colocar el capital al servicio de la economía, para revertir su connotación "colonial", lo llevan a planificar y proclamar la "independencia económica" con la firma consagratoria de un acta en la histórica Casa de la Independencia Argentina, en Tucumán, el 9 de julio de 1947. Lo simbólico del acto envuelve la realidad, los hechos, que conducen a la nacionalización de nuestra economía⁷.

Con la "recuperación económica los ferrocarriles son argentinos. Los teléfonos son argentinos. El gas es del Estado", recuerda *El Manual del Peronista* y uno de los tantos libros de lectura para primer grado superior aprobados por el Ministerio de Educación de la Nación en 1952⁸. "Los argentinos tenemos, gracias a



Perón, el honor de poseer una poderosa Flota Mercante de Ultramar [...] Las comunicaciones favorecen el desarrollo de la cultura, promueven la Economía y el intercambio y contribuyen a la Defensa Nacional. Perón nacionalizó durante el Primer Plan, todas las comunicaciones", informa el Segundo Plan Quinquenal, en su versión para niños cursantes del quinto y sexto grados de la escuela primaria⁹.

El propósito de "dar unidad a la educación del pueblo argentino, formando su conciencia histórica, fijando los objetivos mediatos e inmediatos y exaltando la voluntad ferviente de servir a Dios, a la patria y a la humanidad", como expresa Perón en mayo de 1949, alimenta los mensajes de un discurso cargado de simbolismos que envuelve en un halo mítico varias de las reformas económicas que lleva adelante el Estado nacionalista y popular que él lidera¹⁰.

La difusión de la "doctrina de independencia económica" se convierte en un objetivo en sí mismo y se insiste desde el ámbito del poder en que "la economía ha de orientarse con un amplio espíritu de justicia distributiva. Enseñando a respetar el capital, como que él es trabajo acumulado, pero enseñando también que él no puede ser nunca factor de opresión y esclavitud nacional o internacional"¹¹.

La pendular "tercera posición", la redistribución del ingreso, la justicia social, la soberanía política y la independencia económica, como principios que dan sustento a la doctrina pero-

nista, se difunden una y otra vez por diversos medios de comunicación y aprendizaje, para convalidar y –a veces– sobrevaluar realizaciones, para reforzar lealtades y generar consenso, reclamando sacrificios cuando las circunstancias así lo exigen.

Si como el Presidente Juan Perón afirma –con un lenguaje sencillo, directo y que se identifica con el común de la gente– "con orgullo de argentino y de peronista", las realizaciones de su gobierno permiten "levantar sobre sus estructuras el edificio de la realidad política y de la realidad social", cómo no revalorizar la repatriación de la deuda externa, la adquisición por parte del Estado Nacional de los servicios públicos y la redistribución del ingreso a través del crédito en favor de la producción industrial y agraria en el contexto de un dinámico mercado consumidor interno. Es a partir de estos argumentos que Perón se considera el creador de "un sistema de economía social, y de haberlo asegurado como realidad nacional por la independencia económica", base del pleno empleo y de la "justicia social" de la cual se beneficiarían entonces los por él revalorizados "descamisados", a través de un discurso que toma al pasado glorioso de la Nación y sus héroes máximos como referencia.

Las realizaciones acompañan el discurso, la voluntad política; el pueblo se siente protagonista y principal beneficiario de ellas; pero cómo conjugar los hechos y los dichos en el ámbito de este gobierno nacionalista y popular que hace del discurso un instrumento de seducción y de poder. Este es el objetivo esencial de este estudio que intenta confrontar el enfoque discursivo y el estadístico, en relación con tres cuestiones claves del nacionalismo económico peronista: la repatriación de la deuda externa, la nacionalización de los servicios y la distribución del crédito.

2.1. Dichos y hechos acerca de la repatriación de la deuda externa

Para un gobierno de rasgos nacionalistas y populares como el que Juan D. Perón inaugura en 1946, la recuperación de la deuda externa argentina representa una singular y simbólica demostración de poder e independencia en la toma de decisiones. Da consistencia a la "tercera posición" y se constituye en un hecho de alta significación doctrinaria, en un componente valioso para la memoria oficial, como marco referencial al cual adscriben sus experiencias los sectores populares¹².

El rescate total de nuestra deuda externa se logra en 1952. El Estado peronista destaca entonces que el país deudor de \$12.500.000.000 se convertía en acreedor por más de \$5.000 millones¹³. El tema alimenta el discurso oficial desde tiempo atrás. Forma parte de la independencia económica consagrada en Tucumán el 9 de julio de 1947 y acompaña cada alocución presidencial desde 1946, cuando el Presidente Perón califica a nuestro crédito como "fuerte y sano".

A la luz de la estadística el período 1947-51 indica una tendencia a la baja en las tasa de interés en consonancia con la estabilidad económica, una



creciente emisión de títulos de la deuda pública interna que poco atrae el interés del ahorro nacional, y una marcada disminución de la deuda externa que se salda en 1952, con el pago de m\$n 12.649.471 perteneciente a las 2 últimas cuotas semestrales del empréstito argentino-británico contenido en el Convenio Roca-Runciman (1933). Se gesta entonces una situación inédita en la historia argentina desde el préstamo Baring Brothers de 1824¹⁴.

La gran existencia de divisas en el país al finalizar la Guerra Mundial en 1945 y el superávit de la balanza comercial entre 1946-48 (reiterado en 1953-54) se aplican a la repatriación

de la deuda externa, en tanto se expande la deuda interna consolidada y crece el endeudamiento total del país. La primera pasa de m\$ⁿ 7.653.178.974 en 1946 a m\$ⁿ 47.017.950.526 en 1955. La deuda total –por su parte– se quintuplica en ese mismo período, pasando de m\$ⁿ 10.647.260.499 en 1946 a m\$ⁿ 51.473.793.270 un decenio después. El ritmo de crecimiento del endeudamiento se hace vertiginoso a partir de 1951, cuando deja sentir sus efectos perjudiciales la inflación que desde 1949 –cuando se reforma la Carta Orgánica del Banco Central– acompaña a ritmo cada vez más acelerado a la economía nacional¹⁵.

El discurso poco informa acerca de estas alternativas y en la memoria colectiva se graba de modo casi indeleble el contenido del discurso oficial que rescata –una y otra vez– la trascendencia de la repatriaciones de la deuda externa, que si bien tiene contundencia real, coloca tras un infranqueable telón el importante incremento del endeudamiento total que vive la Argentina peronista. En medio del cambio de rumbo de la economía nacional, a partir de 1950, el silencio se extiende a temas tales como el acercamiento del país a los Estados Unidos, a través del Eximbank, que en 1950 acuerda a la Argentina un préstamo por 125 millones de dólares destinados a saldar las deudas con los comerciantes norteamericanos. El mutismo sobre los efectos de estas medidas abarca tanto a la ley de inversiones extranjeras de 1953 como a los acuerdos firmados con la California Standard Oil.

Recién en 1955, "en tiempos de crisis universales", el Presidente Juan Perón alude elípticamente a este acercamiento al capital externo, cuando en un breve párrafo del discurso inaugural de las sesiones ordinarias de la Asamblea Legislativa, el 1° de mayo, y en relación con la extracción del petróleo

argentino, indica casi como justificación del viraje que "con plena conciencia del significado y de las proyecciones del problema, entendemos que se sirve a los verdaderos intereses del país al posibilitar, dentro de las normas fundamentales de nuestra Constitución, el aporte de recursos adicionales extranjeros"¹⁶.

Como contrapartida y paradójicamente, en la memoria de los argentinos permanece grabado, más allá del cambio operado en la economía por el Estado peronista, un discurso que destacaba hasta un lustro antes un destino de grandeza para el país; aquél que recuerda que "con el dinero argentino de los bancos y con el dinero argentino que nos produjeron los buenos negocios que hicimos con la venta de nuestra producción [...] recuperamos nuestra deuda exterior [...] compramos luego los ferrocarriles, los teléfonos, los puertos, los transportes aéreos y marítimos, los seguros y reaseguros, los servicios de gas, de obras sanitarias, de elevadores de granos, innumerables usinas eléctricas del país"¹⁷.

2.2. Lo simbólico y lo real acerca de la nacionalización de los servicios públicos

La nacionalización de los servicios públicos es uno de los baluartes de la plataforma electoral triunfante en los comicios nacionales del 24 de febrero de 1946, eje vertebrador de la proclamada independencia económica y un aspecto sustancial de la "lucha antiimperialista" impulsada por el peronismo. En ese mismo año es cuando se inician las gestiones diplomáticas y económicas para nacionalizar los ferrocarriles de propiedad británica y el 1° de mayo de 1947 –cuando caducan las exenciones a favor de estas empresas acordadas por la "Ley Mitre" de 1907– el Presidente Juan Perón inaugura las sesiones legislativas ordinarias dando cuenta

de la culminación exitosa de las negociaciones entre el I.A.P.I. y los representantes de los ferrocarriles anglo-argentinos.

El 13 de febrero de 1947 la compra de las vías ferroviarias británicas en £135.500.000 y la adquisición de bienes y propiedades en el país de compañías asociadas y subsidiadas por £14.500.000 (un total de m\$ⁿ 2.482.500.000) es un hecho y cumple –en palabras de Perón– con la "realización máxima de los anhelos patrios en el orden de la recuperación económica"¹⁸. Al decir de Mr. Ryan, el representante de la misión británica, con esta transferencia se cierra formalmente un "período de noventa años de vinculación de los empresas de capital británico en la República Argentina"¹⁹.

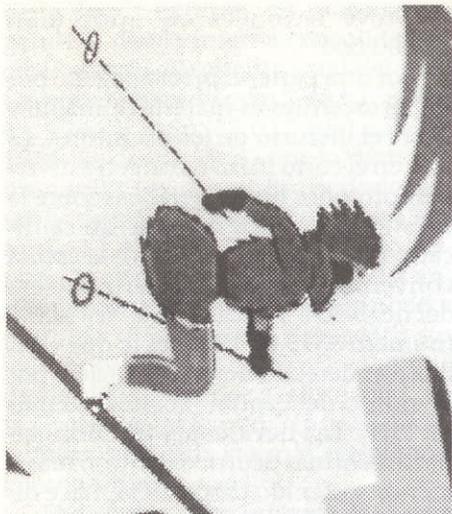
El Presidente de la República hace de la "reconquista de los servicios públicos" una bandera doctrinaria, un puntal en la lista de logros de su gestión y un emblema de su política nacionalista y popular de independencia económica. Su mensaje a toda la sociedad es claro en ese sentido cuando explicita que "no se podía dejar en manos extranjeras, un elemento tan importante para la defensa de la Nación"²⁰. Nada dice –en cambio– de los reiterados intentos británicos para fusionar sus empresas ferroviarias, de la caída de la inversión en este rubro y de los deseos empresariales por liberarse del por entonces poco redituable negocio del riel.

Ningún discurso recoge el contenido de la nota que el 11 de marzo de 1947 el ministro Ramón Cereijo enviara al titular de la cartera de Obras Públicas General (R) Juan Pistarini, donde se reconocía la difícil situación financiera de la Administración General de los Ferrocarriles del Estado, "cuyos recursos actuales resultarán insuficientes –reconocía Cereijo– para solventar los gastos de explotación". El déficit

se prevé entonces en unos m\$ⁿ 73.400.000²¹.

Por otra parte, el precio pagado por los ferrocarriles es materia opinable y nutre el discurso de los opositores. Es más en el corto plazo da origen a diversas opiniones historiográficas sobre la cuestión. Aquéllos no retacean calificativos para poner de relieve la escasa conveniencia económico-financiera del negocio e indicar que la "Ley Mitre" (número 5315 de 1907) es la que establece el derecho de expropiación por el monto del capital reconocido más un 20%. Las devaluaciones monetarias argentinas ocurridas a ritmo más o menos sostenido desde 1935, hace difícil que se respete el valor de los ferrocarriles declarado en el decenio de 1920. La inflación altera los valores de todos los bienes de capital, a lo cual se añade la depreciación por el uso y la vida útil de los bienes que el Estado argentino pretende enajenar. En 1945 el *Buenos Aires Herald* informa que los capitales británicos invertidos en líneas ferroviarias que se explotan en la Argentina alcanzan a 277 millones de £; es decir, casi el doble de la suma pagada por el gobierno argentino²². De todos modos, la especulación en acciones y su traspaso a manos de interesados en la venta de los ferrocarriles, no pueden ignorarse.

Al momento de concretarse la transacción, la situación económico-financiera del Reino Unido es difícil. En medio de un clima próximo a la cesación de pagos, el 20 de agosto de 1947 suspende la convertibilidad de la libra esterlina a otras monedas. La Argentina teme por sus 40 millones de £ bloqueadas y la compra de los ferrocarriles se advierte como una operación redituable económica y políticamente para el Estado peronista. Más allá de lo equitativo o no del precio pagado por los ferrocarriles ingleses, la Argentina abona por ellos el precio convenido



haciendo uso del derecho de expropiación pero como resultado de la libre negociación.

Completa con esta operación la adquisición de los ferrocarriles extranjeros que iniciara el 17 de diciembre de 1946 al comprar los activos físicos, directos e indirectos, existentes en el territorio argentino de las compañías ferroviarias de capital francés: la Compañía General de Ferrocarril de Santa Fe y la Compañía de Ferrocarril de Rosario a Puerto Belgrano. El precio global de los bienes se fija en m\$N 182.796.173,98, que debe pagarse mediante acreditación en una cuenta especial abierta a nombre del Gobierno francés en el Banco Central de la República Argentina; asegurando el Estado argentino la transferencia a Francia en francos franceses al tipo de cambio vigente en el mercado libre. Entre 1946 y 1949 nuestro gobierno adquiere la totalidad del capital accionario de 15 empresas ferroviarias de capitales británicos (12) y franceses (3)²³.

La compra que insume buena parte de las divisas argentinas atesoradas durante la Segunda Guerra Mundial, responde a los principios de la doctrina peronista de lograr una Argentina

"socialmente justa, políticamente libre y económicamente independiente", y en ese sentido, la nacionalización de los ferrocarriles contribuye a esos logros y se solidariza con los principios sustentados por algunos representantes del amplio espectro político nacional como Alfredo Palacios, Osvaldo Magnasco, Estanislao S. Zeballos, Celestino L. Pera, Pablo Nogués, entre otros.

La nacionalización de otros servicios públicos: gas, teléfonos, energía; la creación en 1946 de la Dirección de Centrales Eléctricas del Estado que el Plan Quinquenal transforma en Dirección Nacional de la Energía de la cual surgen otros entes autárquicos, consolida la envergadura del programa de nacionalizaciones del Estado peronista, que tres años más tarde se preservan a través del artículo 40 de la flamante Constitución Nacional de 1949. La prestación de los servicios públicos es valorada como *"una de las funciones principales del Estado, garante del bien común"* y su nacionalización se percibe como una medida *"aconsejada por razones políticas, como la seguridad del Estado, y por consideraciones económicas, como el acrecentamiento de la producción [...] y un instrumento de la reforma social"*²⁴.

Una vez más lo fáctico y lo simbólico se confrontan, a veces se oponen, y el historiador navega por ambos para elaborar, a través del juicio crítico aplicado a las fuentes, una interpretación de la realidad pasada capaz de trascender el registro que de ella tiene la memoria colectiva, que cede ante la seducción del discurso nacionalista y popular peronista, para consensuarlo u oponerse; como resultado del ejercicio impulsado desde el Estado –identificado sobre todo después de 1950 con el partido– para sectorizar a la sociedad argentina en dos bandos irreconciliables: peronistas y antiperonistas.

2.3. Mitos y realidades en la distribución del crédito

"Niño: En la Nueva Argentina, la moneda se acumula sólo en la medida que lo imponga la defensa nacional. El Gobierno la facilita a quien la requiera [...] El crédito tiene una función social: ayuda a producir nuevo trabajo y nueva riqueza para el bien común"²⁵. Así difunde el gobierno peronista los alcances de su política monetaria y crediticia y de su planificación económica. En este caso el mensaje está destinado a los niños que en 1953 cursan el quinto o sexto grados de la escolaridad primaria, y a quienes –además– se les explica los objetivos y el significado de la planificación económica, de la organización popular, el valor del trabajo, la importancia de la previsión, de la educación, de la ciencia y la tecnología y las características del quehacer gubernativo en favor de la salud pública, la vivienda, el turismo, la acción agraria e industrial, el comercio, así como los beneficios del cooperativismo y el valor de los recursos naturales y su defensa por parte del Estado.

También en este caso –como en los anteriores– la huella que en la memoria colectiva deja el discurso y el mensaje que él encierra, resulta una de las notas de mayor persistencia en la estrategia implementada por el jefe de gobierno y líder del partido. Los receptores se convierten así en verdaderos propagadores y protagonistas de la propaganda gubernamental, que acre-



cienta el mito de las realizaciones dirigidas a los sectores populares y a sostener el perfil nacionalista de la gestión.

La reforma financiera de 1946 que estatiza la banca y nacionaliza los depósitos propicia un sistema crediticio al servicio de la producción; capaz de asegurar la doctrinaria *"justicia social"* y promover la redistribución del ingreso en favor de la pequeña y mediana industria que produce para el mercado interno, haciendo uso –en gran medida– de materias primas nacionales. La reforma así propuesta supone reemplazos en el elenco dirigente y cambios en la estructura de poder existente.

La diferenciación de áreas productivas para la asignación del crédito en relación con las distintas entidades bancarias, marca una primera diferen-

cia con etapas anteriores. El Banco de la Nación Argentina toma a su cargo el crédito agrario y comercial, el Banco de Crédito Industrial Argentino –creado en 1943– se ocupa del préstamo dirigido a la industria, el Banco Hipotecario Nacional a financiar con garantía hipotecaria las transacciones urbano-rurales y la Caja Nacional de Ahorro Postal encausa el revalorizado ahorro público²⁶.

En esa tónica económico-financiera, hasta 1949 el I.A.P.I. (entidad autárquica que monopoliza el comercio exterior argentino) puede derivar las ganancias obtenidas de una coyuntura de precios internacionales cereales altos y precios mínimos abonados por el Instituto al productor, en favor del crédito industrial. El intervencionismo directo del Estado se hace sentir y los resultados económicos del I.A.P.I. siguen los vaivenes de la economía nacional, que en 1950 pone en práctica el cambio de rumbo y decide la "vuelta al campo". Entonces el Instituto se convierte en subsidiario de la producción agraria. A sus utilidades de 560,9 millones de m\$N obtenidas en 1948, le suceden las pérdidas por 540,5 millones de m\$N, durante la emergencia económica de 1952 y nunca se recuperaría hasta su liquidación, dispuesta por decreto ley 2539 de 1955²⁷.

El crédito distribuido por el Estado nacional a través del sistema bancario nacionalizado, acompaña tanto la etapa de crecimiento y reconversión industrial de la economía argentina, como su reorientación en favor del agro a partir de los años '50; cuando una política, más liberal le otorga un perfil diferente, más tradicional, vinculándola al agro, a la inversión externa y a la reorientación crediticia en un marco de inflación creciente y racionalización. Sólo en ese momento el Presidente Juan Perón admite "que el sentido de nuestra independencia económica no es aislacio-

nista" y hace una propuesta para que puedan "venir a nuestro país todas las empresas extranjeras que deseen y puedan trabajar libremente y tal vez con mayor libertad que en cualquier parte del mundo"²⁸.

Por entonces sólo se escuchan los ecos de las palabras que pronunciara Perón ante la Asamblea Legislativa el 1° de mayo de 1948, cuando anuncia que "la revolución económica que para ser completa incluye la reforma social, es el signo de nuestra hora"²⁹, y destaca el valor funcional asignado al crédito en favor de la industria radicada de manera equitativa en las diversas regiones del país, como expresión de lo que Perón denomina el "auténtico federalismo".

Vista la situación a la luz de los números, la cuestión se torna más compleja. En el quinquenio 1943-47 el número de establecimientos efectivamente crece de 65.803 a 101.884, cuando el discurso oficial registra "el índice más destacado de la evolución de la potencialidad industrial del país". No obstante, y a pesar de la prédica oficial, esos establecimientos afirman su tendencia de concentración en la Capital Federal (27%), Buenos Aires (28%), Santa Fe (13%) y Córdoba (10%); es decir, en la zona tradicionalmente más desarrollada del país, como respuesta al creciente consumo interno de las zonas urbanas³⁰.

La distribución del crédito acompaña esa concentración. El Banco de Crédito Industrial Argentino, que durante la primera década de existencia beneficia a 43.800 empresas con préstamos por m\$N 19.039,1 millones, concentra sus operaciones en beneficio de las empresas que se radican en la región pampeana. En 1945 estos créditos representan el 79,8% de su cartera total; en 1948 ascienden al 88,9% y durante el proceso de cambio de rumbo económico desciende pero tan solo al 83,6% durante 1952 y al 79,2% en 1955. El censo industrial de 1954 refle-

ja la concentración fabril geográfica y por ramas. La ciudad de Buenos Aires aporta entonces el 64% de la producción industrial argentina, superando el 58% que registraba dos décadas antes. Los datos censales no coinciden con la información del discurso oficial que señala que "el 75% de las inversiones del Plan Quinquenal se efectuó en el interior de la República y el 25% en el Gran Buenos Aires"³¹. Alrededor de un 50% del producido lo aportan los establecimientos fundados antes de 1930.

Las grandes empresas y sociedades anónimas contribuyen con algo más del 40% de la producción total allí radicada. Los rubros textil, metalúrgico, de la construcción, de la alimentación, del transporte y, en general, de los que se asocian a la expansión del mercado interno y la urbanización, como las papeleras, las cristalerías, usinas eléctricas, cementeras y químicas, son los mayores dinamizadores de la economía de los años 1930 y 1940.

La confrontación entre discurso y estadística advierte que el gobierno peronista impulsa cambios pero propicia continuidades³².

En 1947 el Banco de Crédito Industrial que aporta el 19% del total de préstamos bancarios del país, registra un 36,7% de la totalidad de sus operaciones destinada a pequeños presta-

mos de hasta m\$N 5.000, en tanto un 33,2% es absorbido por 37 operaciones superiores al millón de pesos. En 1952 del conjunto de préstamos de fomento industrial un 34,1% se otorgan a Sociedades Anónimas, un 30,7% a las Sociedades de Responsabilidad Limitada y 11,4% a las por entonces promovidas entidades cooperativas, que en 1945 se benefician con créditos de este Banco por m\$N 183.000 y un quinquenio después reciben m\$N 12.768.000 por ese concepto³³.

El crédito genuino al pequeño empresario y a las industrias de crecimiento reciente en una época de bonanza para la economía argentina –con un agro que ve decrecer su importancia– es la imagen de estos años que ha persistido en la memoria de los argentinos. Efectivamente, un análisis de los créditos acordados, indica una preferente ayuda financiera al sector textil y al metalúrgico, especialmente hasta 1950; pero sin que el crédito a los grandes y medianos productores agrarios y a las

importantes empresas exportadoras de cereales (Dreyfus, Bunge y Born, La Plata Cereal Co., etc.) se viera interrumpido.

El ramo textil recepciona un 25% promedio de los montos prestados entre 1948 y 1955 por el Banco Industrial. Entre las 63 hilanderías de algodón beneficiadas con este crédito en 1952, hay pequeños talleres, pero tam-



bién grandes fábricas como *Alpargatas S.A.*, instalada en Buenos Aires en 1884 y que en virtud de su "sólida situación patrimonial y reconocida solvencia moral" se hace acreedora a sucesivos acuerdos por 5 y 10 millones de pesos con destino al pago de jornales, aguinaldos y compra de materias primas, hasta totalizar una deuda con el Banco de m\$*n* 19.500.000 en 1953, a la que puede agregarse la que mantiene con el Banco de la Provincia de Buenos Aires por valor similar y con el Banco de la Nación Argentina, que le asigna sucesivos créditos por 1 y 2.000.000 \$³⁴. También *Textil Oeste S.A.* figura entre los grandes establecimientos del ramo beneficiado con sucesivos créditos del sistema bancario y que en 1953 se encuentra entre los grandes deudores del Banco Industrial, del de la Nación Argentina y del de la Provincia de Buenos Aires³⁵. *Manufacturas Forti Argentina S.A.*, "La Bernalesa", *Establecimiento Argos*, *Pablo Buder S.A.*, *Textil Ituzaingo S.A.*, *San Andrés S.A.C.I.F.*, entre otros, adeudan al Banco Industrial, para 1954, sumas que en promedio rondan los m\$*n* 10.000.000.

La metalurgia y la siderurgia, dinamizadoras de la industrialización, se asocian al sector fabril militar radicado en Córdoba; en otros casos, a la producción de máquinas textiles y –a partir de 1950– agrícolas. También en este rubro, junto a los préstamos acordados a los pequeños y medianos talleres, se ofrecen otros, por montos mayores, a los grandes establecimientos como *Siam Di Tella*, *Tamet*, *La Cantábrica*, *Gurmendi* y la poderosa laminadora *Acindar* instalada en Rosario, que reciben préstamos del Banco Industrial y del Banco de la Nación Argentina, por sumas que oscilan entre los 5 y los 10 millones de pesos, con destino a evolución, pago de jornales y cancelación de deudas. Para 1953 las empresas mencionadas adeudan al

Banco Industrial montos que rondan los m\$*n* 20.000.000 promedio³⁶.

En 1950, el cambio de rumbo de la economía argentina con un retorno a la producción agraria, cobra fuerza. "Tan importante como la industrialización del país, es la producción agropecuaria", afirma el Presidente de la República el 1° de mayo de ese año; para añadir en favor de la "campaña de reactivación agraria" que "todo cuanto hemos hecho ha sido precisamente para asegurar un promisorio porvenir a la economía agropecuaria"³⁷.

El discurso oficial da un giro sustancial y avanza con términos directos para descalificar las críticas opositoras y de los más altos sectores del agro, proponiéndose al mismo tiempo alentar la inversión agraria, reforzar la política de subsidios desplegada desde el I.A.P.I. a partir de los años '50 y reactivar la producción agropecuaria a través del crédito de habilitación rural (de bajo interés y largo plazo de reintegro) extendido a los más diversos sectores del campo argentino, completando el impulso tecnológico agrario promovido desde el Estado. De todos modos, un análisis cuidadoso de la composición de los préstamos acordados antes y después de 1950 indica que los grandes productores rurales, estancias, frigoríficos, exportadores de cereales y acopiadores también reciben el beneficio del crédito oficial durante la etapa de promoción industrial.

Los frigoríficos *Swift* y *Sansinena*, por ejemplo, se hacen acreedores a préstamos del Banco de la Nación Argentina a partir de 1946 por valores que oscilan entre los 4 y 5 millones m\$*n* y 4 y 2 millones m\$*n*, respectivamente. Desde 1950 el beneficio alcanza a *Wilson y Cía*, quien obtiene créditos para compra de hacienda y pago de jornales, a pesar de su deuda con el Instituto Nacional de Previ-

sión Social; en medio de una política nacional decidida a impulsar los frigoríficos regionales del litoral y del conurbano para abastecer el mercado interno³⁸.

La C.A.P. (Corporación Argentina de Productores de Carnes) que en 1946 registra un activo de \$ 77.019.783,22 y un capital líquido de \$ 52.359.886,28, recibe sucesivos créditos del Banco de la Nación Argentina y a fines de 1947 le adeuda más de \$ 6.000.000³⁹. Una corriente prestataria que se mantiene en favor de sociedades anónimas agroganaderas, grandes estancias, empresas dedicadas a la fabricación de maquinaria agrícola y consignatarios de hacienda y grandes empresas comercializadoras de granos, como *Bunge y Born Ltda.* S. A., *Louis Dreyfus y Cía. Ltda.* que se hacen acreedores a acuerdos por m\$*n* 2.000.000 y m\$*n* 4.000.000, respectivamente, entre 1946 y 1948⁴⁰. La tendencia se reitera en las operaciones del Banco de la Provincia de Buenos Aires, donde estas firmas también obtienen los beneficios del crédito de esta entidad bancaria bonaerense.

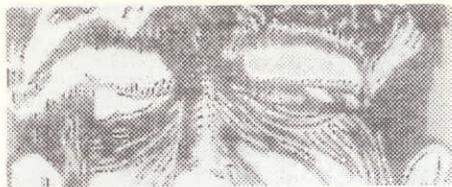
Grandes y pequeños créditos dirigidos a la industria y al agro, antes y después del cambio de rumbo económico ocurrido en 1950, se registran a través de la estadística que, confrontada con el discurso, fija precisiones con respecto a las innovaciones pero también consigna las continuidades del nacionalismo económico puesto en práctica por el peronismo.

Después del Plan de Emergencia de 1952, el crédito bancario procura adaptarse a las directivas presidenciales y a las del Segundo Plan Quinquenal, que intentan mejorar la capacidad técnica de la industria, alentando al agro y reduciendo costos. Se insiste desde entonces en la "selección crediticia"⁴¹.

Una y otra vez mitos y realidades se confunden y se expresan a través de un discurso directo, reivindicato-



rio, que obliga al consenso, que destaca las realizaciones que el Estado peronista hiciera efectivas hasta 1949 y cuyos ecos se prolongan en el tiempo al calor de la propaganda oficial. El mensaje está dirigido al "auténtico pueblo argentino: al de nuestros hombres y mujeres humildes, al de nuestros ancianos y de nuestros niños, al de nuestros trabajadores; al heroico y esforzado pueblo de los descamisados para quienes reclamo la gloria y el honor de haber abierto en la historia de la humanidad el capítulo de esta Nueva Argentina", recuerda Perón en mayo de 1951⁴². Ellos son los voceros y los protagonistas de la construcción de la memoria oficial, que se nutre de logros identificados en las figuras de Juan Perón y Eva Perón, pero también de sutiles omisiones que el gobierno nacional perfila y refuerza a través de un discurso nacionalista y popular, que impregna la vida cotidiana de los argentinos y la trasciende.



3. A modo de balance

La repatriación de la deuda externa, la nacionalización de los servicios públicos, los alcances de la pendular tercera posición, la distribución del crédito en favor de los sectores bajos y medios de la sociedad, de los cuales la estadística da cuenta, son algunos de los símbolos más notorios del nacionalismo económico peronista sostenidos por un discurso directo y de gran difusión. Estos hechos que el discurso destaca dejan su huella casi indeleble en la memoria colectiva, hasta conformar una homogénea y casi mítica lectura de esta gestión gubernativa.

Esa lectura no es la única posible. A partir de algunas cuestiones que el discurso oficial omite y que la estadística o los documentos reservados o de escasa difusión registran, es factible reinterpretar los dichos y hechos de la economía peronista y hacerlo a la luz de una explicación más compleja y multicausal; los perfiles que asume entonces esa relectura presenta a la gestión gubernativa de 1946-55 como menos monolítica, más heterogénea, que reconoce profundos cambios pero que también asegura continuidades. El aumento de la deuda interna argentina, los alcances de la oportunidad financiera de la nacionalización de los servicios públicos y los argumentos de las empresas vendedoras, la instrumentación de operativas crediticias dirigidas a financiar a las grandes empresas de los diferentes rubros industriales –muchos de ellos

tradicionales– y a los grandes productores agrarios y comercializadores de cereales, así como el empleo de esos préstamos de bajo interés para pagar salarios, aguinaldo, vacaciones, deudas, etc.; la creciente concentración económica regional en beneficio del Gran Buenos Aires y el eje metropolitano, el crédito acordado por el Eximbank a la Argentina en 1950, la sanción de la ley de radicación de capitales extranjeros de 1953 y los acuerdos con la California Oil Co., quizás por asumir una connotación más liberal, se reducen a su mínima expresión en los discursos oficiales y la oposición hace caso omiso de ellos. La memoria colectiva parece no guardar registro de esos hechos, que –no obstante– también dejan su huella en la sociedad y la economía del país; resultando indicadores claros de que es el propio gobierno peronista quien después de 1950 revisa su política económica y social e introduce significativos ajustes, que se profundizan –pero que no se inauguran– con la “Revolución Libertadora” de septiembre de 1955.

Plantear estos matices de la gestión peronista a partir de la confrontación entre el discurso y los hechos, no sólo es necesario sino que resulta un ejercicio intelectual indispensable, estimulante y enriquecedor, para recorrer críticamente los laberintos del complejo pasado argentino y contribuir a matizar sus explicaciones más allá de los mitos que, con extraordinaria fuerza histórica, envuelven y –a veces– distorsionan y homogeneizan la interpretación de los hechos. Coincidir lo fáctico y lo simbólico, distinguir –a la luz del juicio crítico– lo mítico y lo real que la memoria colectiva tiende a fusionar, confundir o parcializar, es –o debe ser– la función primordial del trabajo intelectual que lleva a cabo el historiador ■

Notas

1. Antoine Prost, "Histoire, vérités, méthodes. Des structures argumentatives de l'histoire", en *Le débat, histoire, politique, société* 92, nov.-déc. 1996, Paris, Gallimard, p. 126-130. Douze leçons sur l'histoire, Paris, Seuil, 1996.
2. George Duby, "L'art, l'écriture et l'histoire", en *Le débat...* op. cit., pp. 174-191. Antoine Prost, "Histoire..." op. cit., pp. 127-128.
3. Antoine Prost, "Histoire..." op. cit., p. 130. Pueden consultarse: Jean Boutier et Dominique Julia (dir.), *Passés recomposés. Champs et chantiers de l'Histoire*, Paris, Ed. Autrement, Série mutations 150-151, janvier 1995. Bernard Lepetit (dir.), *Les formes de l'expérience. Une autre histoire sociale*, Paris, Albin Michel, 1995. Fernando Devoto, "Itinerario de un problema: "Annales" y la historiografía argentina (1929.- 1965)", en *Anuario IEHS* 10, Tandil, IEHS/ Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1995, pp. 155-175.
4. Paul Weyne, *Comment on écrit l'histoire*, Paris, Seuil, 1971.
5. Jacques Revel, "Micro-análisis y construcción de lo social", en *Anuario IEHS* 10, Tandil, IEHS/ Facultad de Ciencias Humanas de la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires, 1995, pp. 125-143. Un estudio más exhaustivo de la temática en: Jacques Revel (dir.), *Jeu d'échelles. La micro-analyse à l'expérience*, Paris, Hautes Études, Gallimard/Seuil, 1996.
6. Clarín, Buenos Aires, domingo 3 de agosto de 1997, sección opinión, pp. 20-21.
7. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1949, Buenos Aires, 1949, T. 1, pp. 34 y ss.
8. Manual del Peronista. Presentación de Fermín Chávez, Buenos Aires, Ediciones Los Coihues, 1988 (primera edición 1948). Blanca A. Casas, *El alma tutelar*, libro de lectura para primer grado superior, Buenos Aires, Editorial Luis Lasserre, 1954, 4ta. edición, pp. 37 y 50.
9. El segundo Plan Quinquenal al alcance de los niños, Buenos Aires, Editorial Luis Lasserre, 1953, pp. 47-48 y 51.
10. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1949, Buenos Aires, 1949, T. 1, p. 34. Ricardo Sidicaro, "Contribuciones para el estudio de las ideas políticas de Perón", en *Estudios Sociales* 8, Santa Fe, primer semestre de 1995, pp. 31-48. Sobre la actuación del Estado dirigista: *Dinámica Social*, 8, abril de 1951, p. 34. Noemí M. Girbal-Blacha, "Mitos y realidades del nacionalismo económico peronista (1946-1955)", en *Actas del Congreso de AHILA, Liverpool*, setiembre de 1996 (en prensa).
11. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1949, Buenos Aires, 1949, T. 1, p. 37.
12. Para una valoración de las etapas del nacionalismo argentino: Marysa Navarro Gerasi, *Los nacionalistas*, Buenos Aires, Editorial Jorge Alvaraz, 1969. Enrique Zuleta Alvarez, *El nacionalismo argentino*, Buenos Aires, 1975, 2 vols. Cristián Buchrucker, *Nacionalismo y peronismo. La Argentina en la crisis ideológica mundial (1927-1955)*, Buenos Aires, Editorial Sudamericana, 1987. Oscar Terán, "Nacionalismos argentinos (1810-1930)", en *Revista de Ciencias Sociales* 1, Quilmes, Universidad Nacional de Quilmes, nov. 1994, pp. 31-40. Para un encuadre latinoamericano del problema: Carlos De La Torre, "Los significados ambiguos de los populismos latinoamericanos", en José Alvarez Junco y Ricardo González Leandri (comp.), *El populismo en España y América*, Madrid, Editorial Catriel, 1994, pp. 44-54.
13. Manual del Peronista... op. cit., p. 25.
14. José María García Vizcaino, *La deuda pública nacional*, Buenos Aires, EUDEBA, 1972, pp. 173-176.
15. Noemí M. Girbal-Blacha, "Reforma financiera y crédito a la producción: el caso del Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1946-1950", en *Revista CICLOS en la historia, la economía y la sociedad* 3, Buenos Aires, 2º semestre de 1992, pp. 73-93. José María García Vizcaino, *La deuda...* op. cit., pp. 247-248.
16. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1955, Buenos Aires, 1955, T. 1, p. 18.
17. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1950, Buenos Aires, 1950, T. 1, p. 15.
18. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1947, Buenos Aires, 1948, T. 1, pp. 14-15.
19. José María García Vizcaino, *Tratado de política económica argentina*, Buenos Aires, EU-

- DEBA, 1974, T. 1, p. 243.
20. El Segundo Plan Quinquenal... *op. cit.*, p. 51.
 21. Noemí M. Girbal-Blacha, "Producción agraria, tarifas y fusión ferroviaria en la Argentina (1900-1908)", en *Revista de Historia de América* 111, enero-junio 1991, pp. 7-30. Departamento de Hacienda de la Nación, *Memoria correspondiente al año 1947*, Buenos Aires, 1948, T. II, 2da. parte, pp. 1702-1703.
 22. "Gran Bretaña en la evolución de la economía argentina", en *Buenos Aires Herald*, Buenos Aires, 1945.
 23. José María García Vizcaino, *Tratado de...* *op. cit.*, pp. 251-252 y 266.
 24. Arturo E. Sampay (comp.), *Las constituciones de la Argentina (1810-1972)*, Buenos Aires, EUDEBA, 1975, p. 504.
 25. El Segundo Plan Quinquenal... *op. cit.*, p. 45.
 26. Noemí M. Girbal-Blacha, *Historia del Banco de la Provincia de Buenos Aires. Gestión del doctor Arturo Jauretche (1946-1950)*, Buenos Aires, Banco de la Provincia de Buenos Aires, 1993.
 27. Noemí M. Girbal-Blacha, *Historia del Banco... op. cit.* I.A.P.I. *Memorias 1948-1954*, Buenos Aires, s/f. Sobre la reforma financiera: Aldo Arnaudo, *Cincuenta años de política financiera argentina (1934-1983)*, Buenos Aires, El Ateneo, 1987, pp. 49-85.
 28. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1950, Buenos Aires, 1950, T. 1, pp. 17-18.
 29. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1948, Buenos Aires, 1948, T. 1, p. 38.
 30. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones*, 1949, Buenos Aires, 1949, T. 1, p. 38. Banco de Crédito Industrial Argentino, *Memoria y balance 1947*, Buenos Aires, 1948, p. 25.
 31. Banco de Crédito Industrial Argentino, *Memoria y balance 1953*, Buenos Aires, 1954, p. 29. *Ibidem* 1955, Buenos Aires, 1955. Jorge Schvarzer, *La industria que supimos conseguir. Una historia político social de la industria argentina*, Buenos Aires, Planeta, 1996, pp. 216-217.
 32. Banco de Crédito Industrial Argentino, *Memoria y balance 1953... op. cit.* Jorge Schvarzer, *La industria que supimos...* *op. cit.*
 33. Banco de Crédito Industrial Argentino, *Memoria y balance 1947... op. cit.*, p. 13; *Ibidem* 1952, Buenos Aires, 1953, p. 57. *Dinámica Social* 7, marzo 1951, p. 35.
 34. Leandro Gutiérrez y Juan Carlos Korol, "Historia de empresas y crecimiento industrial en la Argentina. El caso de la Fábrica Argentina de Alpargatas", en *Desarrollo Económico* 111, vol. 28, oct.-dic. 1988, pp. 401-424. Banco Industrial de la República Argentina (BIRA), *Informes sintéticos acerca de las condiciones económicas de las diversas ramas de la industria argentina*, Buenos Aires, 1954, T. 1, pp. 55. Archivo del BANADE. (BIRA), *Libro de acuerdos 1953*, T. 3, sesión del 30 de junio, f. 10-11. Archivo del Banco de la Nación Argentina, *Libro de Actas del Directorio, febrero de 1947*, T. 8, f. 33.
 35. Archivo del BANADE. (BIRA), *Libro de acuerdos 1953*, T. 1, sesión del 13 de octubre, f. 18; T. 1, sesión del 3 de dic., f. 8. Noemí M. Girbal-Blacha, *Historia del Banco... op. cit.*
 36. Archivo del BANADE. (BIRA), *Libro de acuerdos 1950*, T. 3, sesión del 22 de junio, f. 128 y 199; año 1951, T. 4, sesión del 27 de dic., f. 544-545; año 1953, T. 2, sesión del 29 de set., f. 47-48. BIRA, *Informes sintéticos... op. cit.*, pp. 96-110. Archivo del Banco de la Nación Argentina, *Libro de Actas del Directorio*, 24 de junio de 1947, T. XXI, f. 20; 1 de julio de 1947, T. XXII, f. 21; 22 de octubre 1947, T. 38, f. 28 (Acindar); 22 de enero de 1947, T. 5, f. 12; 17 de junio de 1947, T. XX, f. 26; 19 de enero de 1948, T. 49, f. 28 (Siam Di Tella Ltda.).
 37. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones, 1950... op. cit.*, pp. 18-19.
 38. Archivo del BANADE. (BIRA), *Libro de acuerdos 1952*, T. 3, sesión del 28 de mayo, f. 109; 1953, T. 2, sesión del 28 de julio, f. 34. Noemí M. Girbal-Blacha, *Historia del Banco... op. cit.* Archivo del Banco de la Nación Argentina, *Libro de Actas del Directorio, año 1946*, T. f. 10; año 1947-48, T. 3, f. 24; T. 6, f. 14; T. 7, f. 2; T. 20, f. 13; T. 23, f. 15; T. 31, f. 17 y 20; T. 34, f. 18; T. 46, f. 18; T. 48, f. 19; T. 50, f. 14.
 39. Archivo del Banco de la Nación Argentina, *Libro de Actas del Directorio, año 1946*, T. 2, f. 157; año 1947, T. 5, f. 19; T. 7, f. 13; T. 8, f. 30; T. 9, f. 13; T. 10, f. 19; T. 17, f. 25; T. 43, f. 25.
 40. Archivo del Banco de la Nación Argentina, *Libro de Actas del Directorio, año 1947*, T. 7, f. 13; T. 12, f. 26; T. 19, f. 18; T. 42, f. 10; T. 5, f. 23; T. 9, f. 21; T. 12, f. 23; T. 35, f. 19; T. 41, f. 25.
 41. Archivo del BANADE. (BIRA), *Libro de acuerdos 1953*, T. 2, sesión del 16 de abril, f. 10-12; T. 1, sesión del 2 de junio, f. 42-43; T. 3, sesión del 30 de dic., f. 48-50; 1954, T. 4, sesión del 17 de nov., f. V-VIII. BIRA, *Informes sintéticos... op. cit.*, pp. 97-103.
 42. Cámara de Senadores de la Nación, *Diario de Sesiones, 1951... op. cit.*, p. 6.

Las búsquedas de la historia Reflexiones sobre las aproximaciones macro y micro en la historiografía reciente

Fabián Alejandro Campagne*

Frente a tanta discusión en torno a la práctica historiográfica denominada habitualmente con el rótulo de "microhistoria", pueden realizarse con seguridad al menos algunas aseveraciones con las cuales una gran mayoría de especialistas se mostrarían de acuerdo. En primer lugar, que la denominada microhistoria produjo fenómenos y *boom* editoriales a los que la disciplina no estaba habituada. En la Argentina de la primera mitad de la década del '90 pudieron percibirse ecos de este fenómeno, en torno a obras colectivas como la *Historia de la Vida Privada* dirigida por Philippe Ariès y Georges Duby¹ y en menor medida a partir de la *Historia de las Mujeres* a cargo de Duby y Michelle Perrot². En ambos casos niveles de ventas que bordearon la condición de best-seller continúan aún como un extraño fenómeno que, lejos de preanunciar un vuelco del público lector hacia obras de difusión generadas en ámbitos académicos, se interrumpió bruscamente, sin que tengamos aún respuestas claras del por qué de su inicio y menos aún razones que expliquen su abrupto fin. Pero fuera del ámbito argentino, pocas dudas caben de que Montaigne, village occitan de Emmanuel Le Roy Ladurie, *Il formaggio e i vermi* de Carlo Ginzburg, o *The Great Cat Massacre* de Robert Darnton³, se hallan entre las obras históricas que, gestadas en

ámbitos académicos y por historiadores profesionales, alcanzaron uno de los mayores éxitos editoriales de la segunda mitad del siglo.

Una segunda afirmación de la cual podemos estar seguros se refiere al carácter fuertemente ideologizado que adquirió en muchos casos, consciente o inconscientemente, el acercamiento y la crítica al auge de la práctica microhistórica. Ya en 1979, en un conocido artículo publicado en *Past and Present*, Lawrence Stone⁴ atribuía el retorno a la narración y a los enfoques cualitativos a un perceptible declinamiento en el compromiso ideológico de los profesionales de la historia, y por otra lado a los resquebrajamientos de los grandes modelos explicativos, de aquellos paradigmas dominantes que se habían buscado en los marxismos o en los estructuralismos⁵. Por su parte Ruggiero Romano, en un artículo reciente que no es sino una encendida apología de la historia económica y de su *status* superior en el marco de la disciplina, describe a los partidarios de la *nouvelle histoire* como a un grupo que no deja de ser una minoría ruidosa, y que a su entender no hacen más que seguir modas⁶. En una de sus obras recientes Romano reafirma la mayor capacidad explicativa y relevancia epistémica de los enfoques macro sobre los acercamientos microhistóricos⁷. La microhistoria es así vista como una renuncia flagrante a la gran historia, a la historia total, a los grandes relatos y a las macro-explicaciones,

*UBA.

ejemplo de decadentismo estetizante post-moderno y del fin del progresismo, epítome máximo de *l'histoire en miettes*, en la que el pueblo aparecerá no como fuerza social capaz de modificar la sociedad sino como materia estética en sus hechos y gestos cotidianos⁸.

En tercer lugar la producción microhistórica ha contribuido a la toma de conciencia de los historiadores de que su discurso, cualquiera que sea el objeto o forma, es siempre una narración. No tanto en el sentido que a la expresión le daba Georges Duby en 1980, en sus diálogos con Guy Lardreau, cuando afirmaba que la historia es una disciplina subjetiva, un arte antes que una ciencia, un género literario que se distingue de la novela sólo por el afán de verdad que razones éticas y estéticas le imponen al investigador. Ni tampoco en el sentido de Hayden White, considerando a la historia como una operación que no aporta un grado de conocimiento de lo real demasiado diferente de aquel aportado por una novela, pues las narraciones históricas son ficciones verbales cuyas formas tienen más en común con sus contrapartes en la literatura que con aquellas en las ciencias⁹. Sino que la aceptación de los historiadores profesionales del carácter intrínsecamente narrativo del discurso histórico se sustenta preferentemente en las reflexiones de Michel de Certeau⁹, Paul Ricoeur o Jacques Rancière. Denominar historia narrativa a la vieja historia *èvenementielle* resulta así un deslizamiento conceptual¹⁰, pues toda historia, aún la más estructural, serial o cuantitativa, está construida siempre a partir de las formas que regulan la producción de narraciones, lo cual no significa que el discurso histórico no pueda susstraerse a la literatura y otorgarse un *status* de ciencia¹¹. Narración y ficción ya no son concebidos como sinónimos por el historiador¹².

Aquí acaban las precisiones en torno a la crítica de los enfoques micro en la práctica historiográfica. La palabra práctica se impone. Resulta difícil individualizar los "textos fundantes" del microanálisis histórico¹³. De hecho, la microhistoria parece no haber estado basada en textos teóricos o manifiestos¹⁴. El carácter muy empírico de la aproximación inicial explica por qué no existe un texto fundador, una carta teórica de la microhistoria. El mismo término parece incluso haber surgido a mediados de la década de 1970 como una etiqueta pegada a una caja vacía que había que llenar¹⁵. Hay quienes han sugerido que el inspirado artículo que Carlo Ginzburg publicara en 1979, *Spie. Radice di un paradigma indiziario*, constituía un verdadero fundamento teórico implícito de la microhistoria. La pretensión ginzburgiana de fundamentar un paradigma científico del estudio de lo individual¹⁶ fue tomado por muchos literalmente como un hecho consumado, en el sentido de que los años '70 habrían presenciado efectivamente un cambio de paradigmas, un triunfo póstumo de Seignobos sobre Simiand¹⁷, afirmación que surgía de la identificación apresurada entre el método indiciario de Ginzburg y la historia cualitativa-antropológica, dando por supuesto que el italiano descartaba la viabilidad de la historia serial o la de los macro-relatos, cuando en realidad en la década siguiente se embarcaría en uno de los más ambiciosos intentos de enfoque macrohistórico que recuerda la historiografía contemporánea, su fascinante *Storia notturna*¹⁸.

Un segundo ensayo de fundamento teórico puede atribuirse a una obra de Peter Burke publicada en 1987 y dedicada a la historia antropológica de la Italia de la modernidad temprana. En este libro Burke describe a la *historical anthropology* con términos que podían

atribuirse a la práctica microhistórica: 1) un enfoque cualitativo concentrado en casos específicos; 2) un enfoque deliberadamente microscópico focalizado en pequeñas comunidades, como el *Montaillou* de Le Roy Ladurie, para obtener entonces más profundidad, así como mayor color y vida; 3) una concentración en la *thick description*, la interpretación de la interacción social en una sociedad dada en términos de las normas y categorías de la propia sociedad; 4) la preocupación por el lugar que el simbolismo ocupa en la vida cotidiana, con el objetivo explícito de demostrar la manera en que las rutinas y los rituales aparentemente más triviales poseen un rol importante en el mantenimiento y refuerzo de una determinada visión del mundo; 5) la referencia a la gran tradición teórica que no se fundamenta en autores como Marx o Weber, sino en los modelos de intelectuales como Emile Durkheim, Arnold van Gennep, Marcel Mauss, Clifford Geertz, Victor Turner y Pierre Bourdieu¹⁹.

Pero si no resulta sencillo hallar manifiestos teóricos de la microhistoria, tampoco lo es encontrar investigaciones ejemplares a las que atribuir carácter fundacional. De todas formas, un análisis superficial de las principales producciones concretas de la práctica microhistórica permite aseverar que tres fueron los campos de estudio fa-



voritos para el ejercicio concreto de este enfoque historiográfico: a) las aldeas o pequeñas comunidades humanas, en particular aquellas del ámbito rural; b) los individuos excepcionales que revelaron un comportamiento exótico para los parámetros de su tiempo; c) los rituales y las manifestaciones simbólicas de carácter preferentemente público. Los estudios de Le Roy Ladurie sobre el Montaillou cátaro del principio del siglo XIII²⁰ (1975), y sobre el sangriento carnaval de la ciudad delfinesa de Romans, en febrero de 1580²¹ (1979), constituyen ejemplos modélicos de la primera y de la tercera tendencia. Menochio Scandella, el molinero friulano de la segunda mitad del siglo XVI²² (1976), es por su parte paradigma impuesto del segundo de

los ámbitos de estudios favoritos del enfoque microhistórico.

Al decir de Jacques Revel, la microhistoria nació de hecho como una reacción y como una toma de posición respecto de un cierto estado de la historia social. La microhistoria tiene, desde este punto de vista, valor de síntoma historiográfico²³.

De hecho existen indudablemente muchos ejemplos anteriores de historiadores que rozaron la práctica microhistórica en la totalidad o en parte de sus estudios, en momentos en que el término no se había aún siquiera acuñado²⁴. Así por ejemplo, Claudio Sánchez Albornoz publica en 1926 en Madrid sus *Estampas de la vida en León hace mil años*, una ciudad que en el siglo X no tendría muchos más habitantes que muchas de las comunidades estudiadas con posterioridad por los microhistoriadores. Lejos de rehuir la narración como herramienta del conocimiento histórico, Sánchez Albornoz describe con detalle obsesivo hasta los menores aspectos de la vida en la capital del reino astur-leonés, logrando en particular en la reconstrucción del mercado y de la corte un colorido y vivacidad pocas veces alcanzados por los historiadores de las generaciones subsiguientes²⁵.

Algunos otros historiadores recurrieron a enfoques que se acercaban sustancialmente a una reducción de la escala del objeto de estudio, como el libro que el norteamericano Ralph Giesey, discípulo de Ernst Kantorowicz, dedicara en 1960 a las peculiares prácticas funerarias reales iniciadas en Francia en 1422 y continuadas hasta 1610, y que consistían en la entronización de una efigie del rey muerto encargada de representar la majestad real en su faz pública entre el momento del deceso y el entierro del monarca²⁶. También pueden encontrarse ejemplos en el ám-

bito del estudio de la alta cultura y en la historia de las ideas, como la investigación sobre Giordano Bruno y sus relaciones con el hermetismo, que la historiadora británica Frances Yates da a conocer en 1964²⁷, y cuya capacidad de reconstrucción de los sutiles e invisibles hilos que comunican entre sí las complejas manifestaciones de la cultura renacentista permiten inferir una puesta en práctica *avant la lettre* de un paradigma indiciario como el que delinearía Carlo Ginzburg quince años más tarde; no resulta casual que tanto Yates como el italiano abreviaran de la tradición historiográfica sostenida por el Instituto Warburg de la Universidad de Londres. En 1967 el antropólogo e historiador español Julio Caro Baroja publica dos volúmenes titulados *Vidas Mágicas e Inquisición*, en los que a partir de los ricos archivos de la Inquisición de Toledo traza una serie de diecisiete estudios de caso, algunos apenas esbozados, referidos a las más variadas formas de la marginalidad religiosa urbana y rural de la Castilla de los siglos XVI y XVII²⁸. Un último ejemplo de monografías cercanas a la producción microhistórica anteriores al auge de los años '70, puede hallarse en el frecuentemente olvidado ensayo que Eric Hobsbawm y George Rudé dedicaran a la revuelta ludista del Capitán Swing, en la Inglaterra de la década de 1830²⁹.

No obstante, ninguno de estos libros puede considerarse como un ensayo de microhistoria con las características que esta práctica adquirió en la década de 1970. En cambio, el estudio que Carlo Ginzburg dedica en 1966 a los *benandanti*, peculiar grupo de campesinos friulanos que creían librar batallas nocturnas en éxtasis contra los enemigos de sus cosechas, es ya una obra claramente adscribible a la nueva tendencia. Resulta interesante el hecho de que este libro, similar a *El queso y los gusanos*, en algunos aspectos in-

cluso más sugestivo e interesante, pasara desapercibido, provocando un impacto historiográfico muy inferior al que diez años más tarde ocasionaría la historia del molinero³⁰.

Indudablemente a fines de los años '60 el paradigma historiográfico sustentado en la construcción de grandes relatos y en abordajes macro-históricos, poseía aún toda su enorme vitalidad. De hecho hasta mediados de la siguiente década se conocerán aún varias importantes obras con estas características, como *Industry and Empire*, de Eric Hobsbawm (1968); *The rise of the Western World*, de Douglas North y Robert Thomas (1973) *New Lineages of the absolutist state*, de Perry Anderson (1974); *The Modern World-System I*, de Immanuel Wallerstein (1974); *Time on the cross. The economics of American Negro slavery*, de Robert Fogel y Stanley Engerman (1974); *Crise du féodalisme*, de Guy Bois (1976); y *Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe*, de Robert Brenner (1976)³¹.

Al mismo tiempo los enfoques cuantitativos y seriales invadieron el ámbito de los estudios históricos de la cultura. Tal vez los ejemplos más célebres fueron el estudio dedicado en 1965 por François Furet a la *librairie real*, la oficina pública francesa que en el siglo XVIII concedía los permisos de impresión y ejercía la censura sobre toda la producción del libro en Francia³²; y en segundo lugar la tesis doctoral que Michel Vovelle presentara en 1971 en la Universidad de Lyon, en la que abordaba el estudio de la des-cristianización provenzal durante el siglo XVIII a partir del análisis de los testamentos³³.

No obstante pronto comenzaron a notarse ciertos síntomas de agotamiento en la producción de grandes relatos y de enfoques globales macro-históricos, y en particular de la histo-

ria social a la francesa: el privilegio conferido al estudio de agregados lo más masivos posibles; la prioridad dada a la cuantificación en el análisis de los fenómenos sociales; la elección de una duración suficientemente larga que permitiera observar las transformaciones globales³⁴. El historiador argentino Tulio Halperín Donghi percibía ya en 1977 con agudeza cierto estado de ánimo de la práctica historiográfica: "Precisamente por ello se hace más notable que la historiografía francesa no haya reconquistado el rumbo del que por un momento apareció tan segura. En la obra posterior de Braudel se advierte esa inseguridad de derrotero (...); un libro como *Capitalismo y civilización material*, en el que el flujo de datos no es por cierto menos torrencial que en *La Méditerranée*, parece a ratos sustentado por la obstinada esperanza de que a fuerza de acumularlos su sentido se revelará súbita y simultáneamente al autor y al lector (...). Una evolución análoga encontramos en Pierre Goubert, que había dado en *Beauvais et le Beauvaisis* una imagen compartimentada y cuantificada de la vida de una región (...) libro sin sorpresas, de una perfección técnica a la que la ausencia de cualquier audacia en la exploración tornaba a la larga casi sofocante (...)"³⁵.

Si bien resulta atinada la opinión de Ruggiero Romano respecto de que la tradición de la historia global de inspiración braudeliana nunca se perdió de manera definitiva en la historiografía francesa, pues continuó viva en autores como Michel Morineau, Pierre Toubert o Denis Lombard³⁶, desde la segunda mitad de la década de 1970 se asistió al auge historiográfico y editorial de las producciones asociadas con la *nouvelle histoire*, y a los nuevos enfoques cualitativos y antropológicos. Entre estas circunstancias resulta notablemente llamativo que grandes cul-



tores de la historia socio-económica transformaran desde mediados de los años '70 su especialización académica, convirtiéndose en representantes de las nuevas tendencias historiográficas. Entre los ejemplos más conocidos se encuentran los de Le Roy Ladurie y Jean Delumeau. El primero evolucionó de una monografía como *Les Paysans de Languedoc* a obras como *La bruja de Jasmín* o la obsesivamente detallada historia de la familia Platter, pequeños burgueses de origen suizo protagonistas de una notable historia de ascenso social³⁷. Delumeau, por su parte, presenta como tesis doctoral a fines de la década de 1950 un exhaustivo estudio de la Roma del siglo XVI, para culminar desde fines de los años '70 publicando una extensa serie de investigaciones sobre historia de las mentalidades, iniciada con su historia del miedo en Occidente³⁸.

¿Qué buscaron en la microhistoria, de manera consciente o inconsciente, los historiadores que desde mediados de los años '70 volcaron sus esfuerzos hacia dicha modalidad de investigación? Sostendremos aquí que el auge en la utilización de enfoques micro para el estudio del pasado corrió detrás de la búsqueda de las siguientes dimensiones de la realidad histórica en las cuales la historiografía inmediatamente anterior parecía no haber reparado:

Una búsqueda del acontecimiento

La microhistoria constituyó, luego del fracaso relativo de algunos intentos previos, una solución viable para el complejo problema de la recuperación del acontecimiento como objeto de estudio válido para el historiador. El más importante de todos los intentos anteriores fue sin duda el esquema braudeliano de los tres tiempos, el tercero de los cuales correspondía a la dimensión de la antigua *histoire événementielle*. No obstante, y al margen de las complejas relaciones entre las tres partes del *Mediterráneo*, explicitadas entre otros por Paul Ricoeur³⁹, la propuesta de Braudel se asemejaba en exceso a una mera superposición de las formas modernas de ejercicio historiográfico (geografía histórica e historia social) sobre el viejo esquema de la historia política de corte cronístico. La tercera parte del *Mediterráneo*, considerada al margen del resto del libro, no es sino una versión exacerbada de la historia descriptiva de hechos militares y diplomáticos en la mejor tradición decimonónica⁴⁰.

La colección *Trente journées qui ont fait la France*, fundada por Gerard Walter a fines de la década de 1960, fue otro intento de recuperación del acontecimiento. Por ella desfilaron obras dedicadas a la coronación imperial de Carlomagno (25 de diciembre del año 800), al asesinato de Enrique IV (14 de mayo de 1610), o a la toma de la Bastilla (14 de julio de 1789). Pero sin duda la obra más apreciada que produjo esta colección fue *Le dimanche de Bouvines-27 juillet 1214*, volumen dedicado por Georges Duby a la batalla en la cual Felipe Augusto triunfara sobre una poderosa coalición de reyes enemigos. En el prólogo de la segunda edición realizada en 1984, Duby recordaba la sorpresa que embargó a muchos de sus colegas cuando se enteraron que había

aceptado escribir sobre un acontecimiento, siendo que "los historiadores que como yo se decían discípulos de Marc Bloch y Lucien Febvre (...) marginaban el acontecimiento, se negaban a narrarlo, dedicándose por el contrario, a plantear y resolver problemas". Duby justifica entonces a continuación su decisión de escribir finalmente el libro: "Por supuesto que sigo pensando como Fernand Braudel (entrevista en *Le Monde*, 14 de diciembre de 1979) que la simple crónica cotidiana, que no tiene nada de singular y que se reproduce sin escándalo, puede ser el indicador de una realidad perdurable y, a veces, maravillosamente, de una estructura, y que por eso es necesario considerarla. Pero también pienso que precisamente porque produce escándalo, porque aparece abultada por las impresiones de los testigos, por las ilusiones de los historiadores, porque da mucho que hablar, porque su irrupción suscita un torrente de discursos, el acontecimiento sensacional adquiere un valor inestimable. Por todo aquello que, bruscamente, ilumina"⁴¹. No obstante estas afirmaciones, la obra de Duby y la de sus colegas que participaron en la mencionada colección no lograron proponer una solución satisfactoria al problema de la recuperación del acontecimiento, en tanto que en sus libros los hechos que precisamente les daban título no eran sino una excusa para desarrollar otras temáticas, una puerta de entrada para reflexionar sobre el fenómeno de la guerra medieval, en el caso de Duby, o sobre el problema del tiranicidio en el marco de la monarquía absoluta, en el caso del libro dedicado por Mousnier al asesinato de Enrique IV⁴².

Sería precisamente la microhistoria la que retomaría gran parte de los desafíos mencionados por Duby, en tanto hizo precisamente de la recuperación de la crónica diaria un indicador



de realidades perdurables, valorando a los acontecimientos sensacionales por aquello que bruscamente ponen de manifiesto.

Una aproximación reciente al estudio de acontecimientos de la historia político-militar, en un marco que podría denominarse como microhistórico, se halla constituido por los análisis del discurso de los diferentes testimonios documentales que se conservan sobre un mismo hecho. La historiadora Patricia Seed ha realizado con estas características un estudio de las distintas variantes del relato del encuentro entre Pizarro y Atahualpa en Cajamarca, narraciones de un mismo acontecimiento que presentan entre sí sustanciales diferencias. Respecto del famoso episodio en el que un airado Atahualpa arroja al suelo un ejemplar de la Biblia que le había alcanzado el fraile Valverde, Seed afirma que la clase de historia sobre el otro que el narrador deseaba contar era la que determinaba la manera en la cual el libro sagrado dejaba las manos del fraile⁴³. Lucette Valensi ha hecho lo propio con la batalla de Alcazarquivir (4 de agosto de 1578), la batalla de los tres reyes, en la cual pierden la vida Sebastián de Por-

tugal y los dos sultanes pretendientes a la corona marroquí. La obra de Valensi no trata de narrar la batalla, sino de hacer la historia de las diferentes narraciones de la cual ha sido objeto, la puesta en intriga considerada como un proceso relacionado con el funcionamiento de la memoria colectiva: la formación de los rumores y su inserción en la leyenda, así como el pasaje de la acción al mito⁴⁴. La microhistoria parece recuperar así al acontecimiento como producto de un proceso de construcción y no como una clave transparente para la comprensión de la realidad histórica.

Una búsqueda del individuo

Los representantes de las dos primeras generaciones de los Annales prestaron siempre una adecuada atención al hecho de que la importancia otorgada a los procesos y a las estructuras como protagonistas últimos de la historia no debía opacar el papel decisivo que los individuos tienen como actores sociales del cambio y de la transformación de las mismas estructuras de las cuales son emergentes. *Les rois thaumaturges* (1924) de Marc Bloch, *Le problème de l'incroyance au XVI^e siècle. La religion de Rabelais* (1942) de Lucien Febvre, y la segunda parte del *Mediterráneo* de Braudel (1949), denominada *Destinos colectivos y movimientos de conjunto*, son sobradas muestras de lo que afirmamos.

No puede decirse sin embargo lo mismo de muchas obras posteriores. Así, la tendencia anunciada por los 8 primeros volúmenes de *Séville et l'Atlantique* de 1601 a 1650, de Pierre y Huguette Chaunu, llega a su paroxismo con algunas obras de Le Roy Ladurie, como aquellas dedicadas a la historia del clima, o su polémico artículo sobre *L'histoire immobile*, publicado en los *Annales* paradójicamente el mismo

año que veía la luz el *Montaillou*. El estudio del clima tenía como objetivo, antes que las fluctuaciones menores, la determinación de grandes tendencias imperceptibles para quienes las vivieron, proponiendo así una minuciosa reconstrucción que se convierte, sin embargo, en una historia sin hombres⁴⁵. El artículo de los *Annales* proponía por su parte una explicación en clave neomalthusiana y fuertemente estructuralista, de la aparente estabilidad de la demografía y de la economía del Antiguo Régimen. Le Roy Ladurie se definía como estructuralista en un sentido amplio, es decir a partir de la aplicación de un método viejo como el saber mismo, destinado a aprehender los fenómenos más allá de su manifestación consciente, y a sistematizar sus relaciones y transformaciones a partir de un pequeño número de variables. Así, postulaba en Francia la existencia entre 1300 y 1730 de una eco-demografía tradicional, que funcionaba en base a ciclos recurrentes, que se caracterizaba por su estabilidad y por la lentitud del cambio, por un notable equilibrio ecológico y un cuasi equilibrio demográfico, por las constantes más que por las transformaciones (de allí el concepto de *histoire immobile*), y cuyo funcionamiento estaba regulado por mecanismos autocorrectores⁴⁶. Un sistema que se auto-estabiliza y genera mecanismos propios que bloquean el crecimiento económico, no deja entonces demasiados resquicios para la intervención humana. Los hombres son actores de un escenario y de una trama que no puede controlar y que explica en última instancia por sí misma la evolución histórica del período.

No resulta entonces extraño que la etapa historiográfica iniciada desde mediados de los años '70 haya estado signada por lo que Angelo Torre denomina el paradigma de la práctica, tendiente a afrontar el estudio de la diver-

sidad etnográfica y del cambio social a través del comportamiento concreto de los sujetos y de los protagonistas⁴⁷. Como ha insistido Giovanni Levi, el trabajo de los microhistoriadores ha estado siempre centrado en la búsqueda de una descripción más realista del comportamiento humano, empleando un modelo de acción y conflicto del comportamiento del hombre en el mundo que reconoce su relativa libertad más allá, pero no fuera, de la coacción de prescriptivos y opresivos sistemas normativos. Así es como toda la acción social es vista como una permanente negociación, manipulación, elecciones y decisiones del individuo. La cuestión es por lo tanto definir los márgenes de la libertad concedida al individuo a través de los intersticios y contradicciones de los sistemas normativos que lo gobiernan⁴⁸. De allí la decisión de considerar las relaciones interpersonales como el sujeto histórico correcto, y la fortuna ambigua del término estrategia que verdaderamente tiene un significado hiperracionalista, pero que por otra parte es garante de un protagonismo que la tradición historiográfica atribuía solamente a las élites⁴⁹.

Como lo demuestran dos bellos libros de encuadre microhistórico, dedicados a los períodos que cronológicamente limitan el modelo de historia inmóvil propuesto por Le Roy Ladurie, es también posible presentar a los individuos como protagonistas de obras dedicadas a fenómenos como la peste y como la muerte⁵⁰.

Una búsqueda de los hombres sin voz

Uno de los objetivos más claramente explicitados por la microhistoria fue el de rescatar aquellos discursos de los sectores, grupos y clases sociales marginados, tanto sea de la realidad de su tiempo, cuanto del protagonis-

mo en los libros de historia. Así, el primer párrafo de *El queso y los gusanos* de Carlo Ginzburg dice: "Antes era válido acusar a quienes historiaban el pasado, de consignar únicamente las gestas de los reyes. Hoy día ya no lo es, pues cada vez se investiga más sobre lo que ellos callaron, expurgaron o simplemente ignoraron. ¿Quién construyó Tebas de las siete puertas? pregunta el lector obrero de Brecht. Las fuentes nada nos dicen de aquellos albañiles anónimos, pero la pregunta conserva toda su carga"⁵¹. En el postfacio a *El retorno de Martin Guerre*, de Natalie Zemon Davis, una extraordinaria historia de bigamia y doble identidad en la Francia de mediados del siglo XVI, Ginzburg vuelve a sostener ideas similares: "esta contraposición entre historiadores y novelistas aparece ya lejana. Hoy los historiadores reivindican el derecho de ocuparse no sólo de la gesta pública de Trajano, Antonino Pío, Nerón o Calígula, sino también de las escenas de la vida privada de Arnaud du Tilh, llamado Pansette, de Martín Guerre, de su mujer Bertrande. Con erudición e imaginación, pruebas y posibilidades, Natalie Zemon Davis ha mostrado que se puede escribir también la historia de hombres y mujeres como ellos"⁵². Al respecto también resulta llamativo el título de una compilación norteamericana reciente de artículos microhistóricos realizada por E. Muir y G. Ruggiero: *the Lost People of Europe*⁵³. La microhistoria venía así a demostrar que la escasez de testimonios sobre los comportamientos y actitudes de las clases subalternas del pasado es una regla con excepciones.

Lo dicho hasta aquí adquiere una relevancia particularmente importante en el caso de la historia de las mujeres y de la recuperación de los discursos femeninos durante mucho tiempo ignorados. El descubrimiento de una cantidad relativamente abun-



dante de textos autobiográficos escritos por mujeres, en particular a partir del siglos XVI, se constituye en un medio útil para conocer mejor y más íntimamente, casi con familiaridad, el período y el ambiente en el que vivieron⁵⁴. Pero si bien los textos escritos por mujeres expresan la conciencia y la necesidad de relación con el propio universo de pertenencia, es igualmente cierto que transparentan subjetividades individuales. El yo femenino que se perfila en las historias de vida escritas por mujeres refleja una subjetividad condicionada que se expresa no contra la red de pertenencias y nexos sino a través de ella. Una escritura con estas características oscila entre una doble polaridad: por un lado es expresión de autonomía; pero por otro, es señal de aceptación, de adecuación a un modelo externo, en tanto que eran páginas impuestas por el confesor, pedidas por el grupo al que pertenecían las autoras, suscitadas por Dios o por las palabras de un predicador. Su constitución como sujetos se realiza mediante esta transacción implícita⁵⁵.

En otros casos, la excepcionalidad de su comportamiento fue la que forzó a los propios hombres a poner por escrito las experiencias femeninas, como en el ejemplo de Lucrecia de León, la joven visionaria que dictaba a eminentes notables laicos y eclesiásticos sueños apocalípticos que parecían pre-

sagiar todo tipo de catástrofes para la España de Felipe II⁵⁶. O como el caso de Agnes Bowker, una joven inglesa de veintisiete años, que comparece en 1569 antes los tribunales laicos y eclesiásticos del Leicestershire por haber dado a luz un gato, prodigio que llega a oídos de la propia reina y de su ministro Cecil, preocupados por las historias de milagros que por entonces difundían sus adversarios católicos, como parte de la campaña contra un gobierno volcado definitivamente hacia la Reforma⁵⁷. La historia de Agnes proporciona valiosa información sobre la vida laboral, familiar y sexual de las jóvenes sirvientas de la campiña inglesa del siglos XVI. En este contexto, una de las producciones más originales de la historiografía de los años '90 lo constituye el ensayo que Natalie Zemon Davis dedicara a la vida de tres extraordinarias mujeres del siglo XVII: la judía Glikl bas Judah Leib, cuya biografía en yiddish mezcla cuentos folklóricos con anécdotas acerca de sus dos matrimonios, sus doce hijos y sus negocios como mercader en Hamburgo y Metz; Marie de l'Incarnation, ursulina con inspiraciones místicas y misionera en la región de Quebec, cuyas cartas constituyen una rica fuente de información sobre los hurones, algonquinos e iroqueses; y finalmente Maria Sibylla Merian, naturalista alemana, autora de un innovador trabajo sobre los insectos tropicales, basado en sus estudios de campo realizados en el Caribe y en Surinam.

Finalmente un último grupo importante, del cual han comenzado a recuperarse algunos hilos de una voz perdida hace tiempo, lo constituyen los locos y alienados, como aquella Lady Eleanor Davis que profetizaba la muerte de sus enemigos políticos en la Inglaterra inmediatamente anterior a la Revolución de 1640⁵⁸; como el salvaje del Aveyron, hallado vagan-

do por los bosques de uno de los departamentos del sur de Francia en 1788⁵⁹; como Martin, aquel joven trabajador de la región de Chartres que creía haber presenciado en enero de 1816 la aparición de un arcángel⁶⁰; como el Pierre Rivière asesino de su madre y sus hermanos en 1835⁶¹; o como aquel conjunto de voces colectivas anónimas que poblaron el Hospital de los Inocentes de Sevilla entre 1436 y 1840⁶².

Una búsqueda de la excepción

Pretensión oculta u objetivo reconocido, la microhistoria buscó hurgar detrás de las estructuras. El énfasis puesto por la historiografía braudeliana en la conversión de procesos, estructuras, colectivos o series numéricas en protagonistas casi excluyentes de la historia, impidió el reconocimiento de realidades particulares que quedaban así ocultas a la vista de los historiadores. El enfoque microanalítico permitió aprehender realidades y sujetos excepcionales que, lejos de invalidar los grandes procesos y relatos macrohistóricos, los matizaban y enriquecían de manera notable, frecuentemente por medio de aquel principio de sentido común que convierte a la excepción en confirmación de la regla.

El acercamiento a un proceso por definición macrohistórico como es la crisis del siglo XVII permite ilustrar las anteriores afirmaciones. El concepto global de crisis no se invalida porque el historiador descubra regiones, aldeas o explotaciones específicas que, lejos de haber sido víctimas de la tendencia secular, pudieron no sólo escapar de la situación normal de crisis reflejada por la caída de todos los macroindicadores económicos, sino incluso medrar y mejorar su posición relativa a lo largo del siglo. Uno de los ejemplos más notables lo constituye



la gigantesca abadía española de la Santa Espina, en la provincia de Valladolid, cuyas 6.000 has. la convertían en el siglo XVII en la mayor propietaria del clero regular de la provincia. Una tendencia al incremento del patrimonio y a la gestión directa, estrategias pensadas y puestas por escrito de manera explícita por monjes emprendedores, aseguraron al abadengo una situación privilegiada durante la crisis, a diferencia de los graves problemas enfrentados por la nobleza laica peninsular⁶³. Pueden encontrarse otros ejemplos de estrategias individuales que produjeron formas notablemente exitosas de ascenso social y de consolidación del patrimonio familiar durante los peores momentos de la crisis del siglo⁶⁴.

En otros casos los estudios microhistóricos pueden no tanto reforzar modelos explicativos preexistentes cuanto ponerlos en duda, obligando a su reformulación. Así por ejemplo, algunos estudios han demostrado la ine-

xistencia de un lazo necesario entre protoindustria e industrialización, al detectar regiones que volcadas mayoritariamente a la producción textil de carácter domiciliario en los siglos XVI y XVII, se convierten en el siglo XVIII en regiones completamente desindustrializadas⁶⁵; o han comprobado que los procesos de cercamiento y *enclosures* en algunos condados del campo inglés no tuvieron una importancia decisiva ni una relación causal directa con la revolución industrial⁶⁶.

Finalmente, la vía de la excepcionalidad propuesta como principio epistémico por la microhistoria, permite matizar y en muchos casos demoler estereotipos de enorme fuerza que dificultan al historiador la comprensión cabal de los procesos económico-sociales realmente existentes. Así ocurre cuando de los archivos emergen nobles económicamente emprendedores, alejados del absentismo en el manejo de sus bienes rurales⁶⁷, o incluso financiadores y prestamistas de la propia burguesía urbana⁶⁸. De la misma manera, el ejemplo del abadengo vallesolitano de la Santa Espina asombra a quienes compartan la tendencia a considerar a las propiedades monásticas y a los bienes de manos muertas como epítome de la irracionalidad económica del Antiguo Régimen. También el análisis micro detecta ejemplos de "traición de la burguesía" en períodos tan aparentemente alejados de dicha tendencia como son las últimas décadas del siglo XVIII y las primeras de la centuria siguiente. Por último, la microhistoria ha revelado cómo la elección de la vida religiosa y la entrada en un convento podía significar para muchas mujeres una verdadera forma de liberación, en muchos casos la única posible, de las presiones y limitaciones propias de su clase, familia o entorno, así como una afirmación de su propia personalidad o una

posibilidad de ejercicio de cuotas de poder a las que nunca hubieran accedido en una sociedad civil dominada por completo por los hombres; se trata de una visión a contraluz del estereotipo tradicional que atribuye a la mayoría de las vocaciones religiosas del *Ancien Régime* un carácter forzado y cercenador de las posibilidades de desarrollo individual de las hijas de las familias de la nobleza y de la burguesía acomodada⁶⁹.

Una búsqueda de la visión de los nativos

Como una consecuencia de las búsquedas del individuo y de los hombres sin voz, la microhistoria se adentró en la búsqueda de la visión del nativo, exacerbando el componente historicista que se encuentra latente en nuestra disciplina desde sus mismos orígenes. Así, la experiencia historiográfica de Heródoto puede ser entendida esencialmente como un ejercicio de compresión del otro⁷⁰; en tanto que el punto de vista de los contemporáneos fue también uno de los elementos a partir de los cuales Lorenzo Valla sentó, a mediados del siglo XV, las bases de la moderna historia científica luego de su exitoso análisis de la apócrifa *Donatio* de Constantino⁷¹.

En la historiografía reciente, el énfasis en la importancia de la visión del nativo en tanto principio epistémico se halla asociado con la figura del historiador Robert Darnton, cuyo ensayo de interpretación de una extraña broma jugada por los aprendices de una imprenta parisina a mediados del siglo XVIII, dio lugar a una de las más difundidas polémicas historiográficas de los últimos años⁷². Darnton ha sido fuertemente influido por la antropología interpretativa de Clifford Geertz⁷³, cuya definición de cultura como un entramado de significados comparti-

dos, demostraría ser peculiarmente operativa para el estudio de los sistemas simbólicos, así como una herramienta de análisis útil para la historia cultural. Un punto de partida ideal para la aplicación del modelo de Darnton es la detección de anomalías que resulten en primera instancia incomprensibles para el investigador actual. Detrás de una serie de bromas del siglo XVIII cuyo significado no comprendemos, como la matanza de gatos de la calle *Saint-Séverin*, o cuya gracia no percibimos, como las violaciones de mujeres perpetradas por Jacques-Louis Ménétra y su violento grupo de amigos artesanos⁷⁴, puede detectarse todo un entramado de símbolos capaz de revelar aspectos insospechados de mundos culturales desaparecidos.

El método más apropiado para acercarse al conocimiento de los sistemas simbólicos es el estudio de acontecimientos públicos observables, los cuales deben ser examinados en el contexto más amplio de la vida social. El aparentemente inocuo acto de arrancar las puertas de un pequeño burgo toscano como Monte Luppò, en la década de 1630, revela sin embargo un insospechado y nuevo terreno de competencia entre estado e Iglesia, como eran la sanidad y la higiene públicas⁷⁵. Los extraños disfraces adoptados por el rey Juan II de Castilla durante un extenso mes de festejos en la ciudad de Valladolid, en mayo de 1428, esconden una amplia gama de mensajes dirigidos a los enemigos políticos de la monarquía, así como reflejan de manera inequívoca la exitosa coyuntura política por la que atravesaba en aquel momento la habitualmente convulsionada corona castellana⁷⁶. Las desconcertantes *guerre dei pugni*, aquellas extrañas batallas a puñetazos por el control de los puentes venecianos, acontecimiento que durante los siglos XVI y XVII apasionaban por igual a la

plebe y al patriciado de la ciudad, permiten acceder una vez indagado su sentido profundo a la peculiar configuración de la relación de clases en Venecia, así como a los límites reales del poder estatal frente a las formas más incontrolables de la cultura plebeya⁷⁷. De la misma manera, muchos otros acontecimientos pintorescos y en primera instancia de difícil desciframiento, como el incendio que Camilla la Magra, prostituta romana, perpetra contra la puerta de la casa de una colega rival en la Roma de 1559⁷⁸, o la profanación que a mediados de 1609 sufre la tumba de Thomas Lawrence, vecino ejemplar en la aldea inglesa de Balsham 1609, pero miembro prominente de la secta de la Familia del Amor⁷⁹, o bien la condena a prisión que sufre Michael Goesle por haberse presentado un 31 de agosto de 1804 en la sala pública del ayuntamiento de la ciudad alemana de Laichingen en ropa de trabajo, en lugar haberlo hecho vistiendo el solemne traje de domingo⁸⁰, todos estos sucesos esconden y revelan, detrás de un entramado de símbolos que han perdido a nuestros ojos actuales parte de su significado original, un núcleo de tensiones sociales y conflictos de clase de gran importancia para la comprensión de la sociedad del *Ancien Régime*.

Una búsqueda de lo invisible

Uno de los principios unificadores de toda la investigación microhistórica es la creencia de que la observación microscópica va a revelar factores no observados previamente⁸¹. Variar la distancia focal de un objetivo no significa solamente agrandar o reducir las dimensiones de un objeto en la mira, significa modificar la forma y la trama: cambiar la escala de representación en cartografía no equivale a representar una realidad, más grande o más peque-



ña, que permanece igual, sino a transformar el contenido de la representación, es decir elegir lo que se puede representar⁸². La reducción de la escala de análisis llevada a cabo por los microhistoriadores no creó una realidad nueva sino que permitió acceder a una serie de objetos de estudio que hasta entonces habían permanecido invisibles a los ojos del investigador.

Existe por lo tanto un mundo de realidades a las que resulta imposible acceder si no es por medio del análisis microhistórico. Ninguna curva de precios, ningún cuadro estadístico de compra-ventas, ningún índice de empleo, permitiría percibir fenómenos como el carácter fuertemente personalizado de los mercados de tierra⁸³, de capitales⁸⁴ y de trabajo⁸⁵ en la sociedad del Antiguo Régimen europeo. Únicamente un enfoque micro como el utilizado con la comunidad novohispana de Tepeaca, ha permitido determinar el verdadero papel de la comunidad indígena en la producción para el mercado colonial, frente a la distorsionada visión unilateral que se desprendía del estudio de las grandes haciendas y de los grandes conglomerados urbanos⁸⁶. Sólo un análisis documental de carácter detectivesco, fuertemente indiciario, ha permitido aportar evidencia desconocida sobre las verdaderas causas de la condena de Galileo Galilei de 1633⁸⁷; o ha logrado determinar con precisión fecha, comitente y programa iconográfico de obras pictóricas claves del Renacimiento como las de Piero della Fran-

cesca⁸⁸. La reducción de la escala de observación ha podido también aportar elementos importantes para la comprensión de un fenómeno cultural desconcertante como la caza de brujas de los siglos XV a XVIII: una mayor precisión en la cronología de la construcción del estereotipo satanizado del sabbat⁸⁹; el papel real del antisemitismo en la conformación del estereotipo de la conjura⁹⁰; el rol determinante de los vecinos en el inicio de las persecuciones locales, con una dinámica propia al margen de los aparatos represivos de la Iglesia y del Estado⁹¹. Muchos otros fenómenos insospechados surgen a la luz gracias al enfoque microhistórico, como los límites reales de la difusión del cristianismo en el campo europeo medieval y moderno, simbolizados por la canonización de un perro⁹² o por la persistencia de la creencia en combates y procesiones en éxtasis de origen chamánico⁹³; así como también el grado de difusión de supersticiones y formas de la mentalidad mágica en las grandes metrópolis europeas de los siglos XVI y XVII, aún entre los propios sectores de la oligarquía y el patriciado dominantes⁹⁴; o finalmente, la utilización de la acusación de herejía como arma política y como freno efectivo al ascenso social de los grupos burgueses de origen judeoconverso⁹⁵.

A modo de conclusión

La escala de observación constituye una herramienta básica del historiador, pero no conforma por sí misma el elemento central capaz de definir un determinado paradigma organizador de la disciplina. Sin embargo resulta curioso que la irrupción de investigaciones microhistóricas desde mediados de la década de 1970 haya sido percibida por muchos especialistas como

la irrupción de un nuevo paradigma historiográfico⁹⁶, cuando en realidad, en ningún momento, se puso en duda seriamente el elemento más profundo de la gran revolución sufrida por la disciplina en el primer tercio del siglo XX: el supuesto epistemológico que suele denominarse como "historia problema", sin duda el abismo principal que separa a Huizinga, Bloch, Pirenne o Febvre de los anteriores cultores de la historiografía positivista. Las trayectorias intelectuales de historiadores que, dedicados durante la primera parte de su producción historiográfica a investigaciones macrohistóricas, se dedican en un segundo momento exclusivamente a trabajos de enfoque micro, tal el caso paradigmático de E. Le Roy Ladurie, no puede de ninguna manera generalizarse hasta abarcar a la totalidad de sus colegas.

La oposición entre enfoques macro y microhistóricos es artificial y podría resultar banal dedicar demasiado espacio a demostrarlo. Al decir de Giovanni Levi, hasta la acción aparentemente más diminuta de un individuo que se dirige a comprar una determinada cantidad de pan, abarca actualmente hasta el más lejano y amplio sistema de todos los mercados de pan del mundo. Sólo una paradójica y significativa distorsión de perspectiva sugeriría que la vida comercial de una villa no posee ningún interés más allá de su significado en escala local⁹⁷. Cada actor histórico participa en procesos y se inscribe en contextos de dimensiones y niveles diferentes, desde lo más local a lo más global. No existen dos versiones alternativas de la realidad histórica, una macro y la otra micro, pues ésta se constituye a partir del conjunto de estos niveles más muchos otros intermedios (que Jacques Revel sugiere sería necesario individualizar de manera experimental)⁹⁸. Lo que tienen en



común programáticamente las mejores muestras de la producción microhistórica es precisamente la insistencia en el contexto, es decir exactamente lo contrario de la observación aislada del fragmento⁹⁹.

La utilización de los enfoques macro y micro como herramientas igualmente válidas y necesarias se halla presente claramente en trabajos como *La sociedad feudal*, de Bloch, y más aún en *El Mediterráneo* de Braudel: ambos historiadores construyen sus obras a partir de un ir y venir continuo entre macro y microhistoria, entre *close-ups* y vistas extensas o extensísimas, de modo de poner continuamente en discusión la visión total del proceso histórico¹⁰⁰. Menos dudas caben aún de que esta perspectiva es la que abrigaba Febvre en sus trabajos sobre Lutero o Rabelais que, lejos de poder considerarse como biografías individuales, son



ambiciosos frescos de la cultura del siglo XVI entendida como totalidad.

La historiografía reciente ha proporcionado diferentes soluciones prácticas al problema de las relaciones no excluyentes entre enfoques macro y micro. Carlo Ginzburg se encuentra entre los autores que con más frecuencia han utilizado escalas de observación variables de acuerdo con las necesidades de su producción historiográfica concreta. Así, una obra microhistórica como *I Benandanti* introduce al autor en una problemática que lo inducirá a publicar, veintidós años después, *Storia notturna*, investigación que lejos de poder catalogarse como microhistórica, pretende abarcar inconmensurables escenarios espaciales y temporales¹⁰¹. Existen muchos otros ejemplos similares: Le Roy Ladurie se topa por primera vez con los hechos del sangriento *Carnaval de Romans* en su macrohistórico estudio social sobre el Languedoc¹⁰²; Alan Macfarlane toma contacto con la problemática del individualismo en la sociedad y la mentalidad inglesas de la modernidad temprana, a partir de un trabajo previo sustentado en un análisis micro de las acusaciones de brujería en las aldeas rurales del condado de Essex¹⁰³; Jaime Contreras escribe un extenso estudio sobre el tribunal inquisitorial de Galicia para después reducir aún más la escala de análisis y centrar su investigación en un sonado proceso tardío contra judaizantes españoles de la segunda mitad del siglo XVI¹⁰⁴.

Rechazando explícitamente la oposición entre estudios de caso e historia serial, Bartolomé y Lucile Bennassar decidieron dedicar la primera parte de *Les Chrétiens d'Allah*, un estudio sobre los renegados cristianos en el Mediterráneo de los siglos XVI y XVII, a las "historias particulares", y la segunda parte a "una historia plural: las series". Para ambos autores la controversia entre los defensores de ambos enfoques es un ejemplo perfecto de esos debates falsos que tanto deleitan a los historiadores franceses. Se mantiene la extrema riqueza de los testimonios con sus facetas múltiples, pero si se acumula este género de pruebas el historiador se vuelve a encontrar con la norma: el estudio de casos no podrá convertirse en la panacea de la investigación histórica, y la historia serial no está condenada a borrar las diferencias, a velar las oposiciones, a excluir a los inconformistas¹⁰⁵. La misma solución experimental adopta el historiador norteamericano John Putnam Demos en *Entertaining Satan*, una investigación sobre la caza de brujas en las colonias de Nueva Inglaterra durante el siglo XVII. El libro se divide en cuatro partes: biografía, psicología, sociología e historia, *four corners of one scholar's compass, four viewpoints overlooking a single field of past experience*. Dicha solución permite al historiador jugar con los más variados enfoques y escalas de observación, oscilar de la evocación al análisis, del testimonio individual a los cuadros estadísticos¹⁰⁶. Pionero en este aspecto ha sido *Venice and Amsterdam*, de Peter Burke (1974), un estudio comparativo sobre las élites de dos importantes ciudades europeas del siglo XVII; partiendo de una muestra de 563 individuos, suficientemente grande como para utilizar métodos cuantitativos, y a la vez suficientemente pequeña como para permitir un ensayo de antropología histórica, Burke consigue unificar en su

libro las historias individuales con las series estadísticas¹⁰⁷.

Algunos representantes de la historia económica han combinado el enfoque microhistórico propio de las historias locales con un marco temporal anclado en la larga duración. Proponiendo al estudio de caso como una reflexión explícita sobre procesos y estructuras varias veces seculares, aquél se convierte en puerta de entrada para el estudio de fenómenos macrohistóricos, como la transición del feudalismo al capitalismo—tal el caso de la monografía dedicada a la abadía de la Santa Espina entre 1147 y 1835¹⁰⁸—o la relación conflictiva entre sociedades indígenas y conquistadores españoles por el control de un recurso esencial como el agua—tal el caso del estudio del valle de Atlixco entre los siglos XV y XVII¹⁰⁹.

Recientemente han visto la luz en universidades anglosajonas una serie de monografías que proponen la utilización de fuentes eminentemente cuantitativas en espacios geográficos reducidos, tan caros al enfoque microhistórico: los protocolos de visitas eclesiásticas en dos distritos del ducado luterano de Württemberg¹¹⁰, los archivos parroquiales del pequeño estado de Brandenburg-Ansbach-Kulmbach¹¹¹, y los legados testamentarios de la diócesis inglesa de Salisbury¹¹². En los tres casos el objetivo explícito es la historia de las creencias religiosas y de las relaciones entre cultura oficial y cultura local, así como la recuperación de sectores sociales sin voz como los habitantes de las áreas rurales de la Europa preindustrial. Resulta difícil catalogar esta nueva forma de producción historiográfica que combina marco microhistórico, métodos estadístico-cuantitativos, historia cultural, enfoque serial, y pretensiones antropológicas de recuperación de la visión de grupos marginados.



Otras formas complejas de combinación de enfoques macro y microhistóricos pueden hallarse en un libro particularmente notable, *La naissance de l'intime*, extensa investigación escrita por Annik Pardailhé-Galabrun con la colaboración de 51 estudiantes parisiños de humanidades. A partir del estudio de los inventarios notariales *post-mortem*, y de la conformación de una muestra que abarca 3.000 hogares parisiños entre los años 1620 y 1790, la autora y sus colaboradores han logrado reconstruir hasta los menores detalles de la vida material cotidiana, analizando las viviendas y sus características desde todos los ángulos posibles: formas de propiedad y de arrendamiento, la casa vista desde el exterior en el espacio parisino, la organización del espacio interior, la sociabilidad, los elementos de confort, la decoración, la vida espiritual y cultural (libros, imágenes de devoción, objetos de piedad). La cantidad de hogares relevados obligó a los autores a recurrir a la historia serial: la obra comienza con una calurosa introducción de Pierre Chanu, figura paradigmática de dicha modalidad de investi-

gación en sus múltiples evoluciones, y termina con el consabido apéndice de cuadros estadísticos. No obstante, esta metodología está puesta aquí al servicio de una de las aproximaciones microhistóricas más extremas entre todas las intentadas por la historiografía reciente, pues el objetivo último es la reconstrucción de la vida material de los sectores medios parisinos de los siglos XVII y XVIII hasta en sus menores aspectos¹¹³.

La producción historiográfica continúa a pesar de las polémicas teóricas y metodológicas; tal vez incluso incentivada por las mismas. El carácter eminentemente práctico del trabajo microhistórico, sus tardíos manifiestos teóricos, aportan una última prueba respecto de sus inexistentes pretensiones de fundar un nuevo para-

digma de la investigación histórica. Las historias de vida no cobran sentido fuera de los múltiples contextos en los cuales se integran. De la misma manera, el estudio de procesos y la historia global no poseen justificaciones valederas para rechazar el estudio de los protagonistas individuales, de los detalles invisibles que lo pueden colocar en la pista de una lectura distinta de todo el conjunto. La tarea del historiador embarcado en la pretensión de describir, evocar y comprender el pasado resulta siempre compleja. No puede permitirse entonces desechar ninguna herramienta, proscribir ningún enfoque, anular ningún método: si la búsqueda de Dios está en los detalles, es sabio recordar que a los ojos del hombre religioso su ser es también infinito ■

(Ruggiero Romano, *Coyunturas opuestas. La crisis del siglo XVII en Europa e Hispanoamérica*, México, FCE, 1993, p. 147).

8. Cfr. François Dosse, *L'histoire en miettes. Des "Annales" a la "nouvelle histoire"*, Paris, 1987.

9. Michel de Certeau, *La escritura de la historia*, México, Universidad Iberoamericana, 1993.

10. Cfr. Fernando Devoto, "Repensando una antigua polémica entre historiadores y sociólogos. El debate Simiand-Seignobos y algunos dilemas de la historiografía contemporánea", en *Entre Taine y Braudel. Itinerarios de la historiografía contemporánea*, Buenos Aires, Biblos, p. 71.

11. Cfr. Jacques Rancière, *Los nombres de la historia. Una poética del saber*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1993, p. 17.

12. Remito a las páginas que Paul Ricoeur le dedica a la obra magna de Braudel sobre el Mediterráneo y Felipe II: "... sólo juntos, los tres planos de la obra constituyen una cuasi trama, una trama en el sentido amplio de Paul Veyne. Sería un error limitar al tercer plano la similitud de la obra con el modelo narrativo de la construcción-de-la-trama; perderíamos así el principal provecho de este trabajo: abrir una nueva cantera para la noción misma de trama, y por ende, para la de acontecimiento" (Paul Ricoeur, *Tiempo y narración. Configuración del tiempo en el relato histórico*, México, Siglo XXI, 1995, tomo 1, p. 347).

13. Cfr. Edoardo Grendi, "¿Repensar la microhistoria?", en *Entre pasados. Revista de Historia*, 10, Buenos Aires, comienzos de 1996, p. 132.

14. Giovanni Levi, *Sobre microhistoria*, Buenos Aires, Biblos, 1993, p. 9. El artículo original apareció en Peter Burke (ed.), *New Perspectives on Historical Writing*, Cambridge, Polity Press, 1991.

15. Carlo Ginzburg, "Microhistoria: dos o tres cosas que se de ella", en *Entre pasados. Revista de Historia*, 8, comienzos de 1995, p. 51.

16. Carlo Ginzburg, "Indicios. Raíces de un paradigma de inferencias indiciales", en *Mitos, emblemas, indicios. Morfología e Historia*. Barcelona, Gedisa, 1989, pp. 138-175.

17. Cfr. Fernando Devoto, *op. cit.*, pp. 67 y ss.

18. Cfr. Carlo Ginzburg, *Historia Nocturna. Un desciframiento del aquelarre*, Barcelona, Muchnik, 1991, *passim*.

19. Peter Burke, *The historical anthropology of early modern Italy. Essays on perception and communication*, Cambridge University Press, 1987 (Cito por la primera reimpresión de 1994) pp. 3-4.

20. Ver nota 3.

21. Emmanuel Le Roy Ladurie, *El carnaval de Romans. De la Candelaria al miércoles de Ceniza, 1579-1580*, México, Instituto Mora, 1994 (primera edición en francés en 1979).

22. Ver nota 3.

23. Jacques Revel, "Microanálisis y construcción de lo social", en *Entre pasados. Revista de historia*, 10, Buenos Aires, comienzos de 1996, p. 142.

24. La historia específica de la palabra ha sido realizada por Ginzburg. Ver nota 15.

25. Claudio Sánchez Albornoz, *Una ciudad hispano-cristiana hace un milenio. Estampas de la vida en León*, Buenos Aires, Editorial Nova, 1947 (Esta que cito es la cuarta edición y primera impresa fuera de España). Para la descripción del mercado ver pp. 30-56.

26. Cfr. Ralph Giesey, *Le roi en meurt jamais. Les obsèques royales dans la France de la Renaissance*, Paris, Flammarion, 1987 (La edición original en inglés fue publicada en 1960 a partir de una tesis doctoral defendida en 1954).

27. Cfr. Frances Yates, *Giordano Bruno y la tradición hermética*, Barcelona, Ariel, 1983. Un enfoque y una perspectiva similares adopta Yates en *El Iluminismo Rosacruz*, México, FCE, 1981 (1972).

27. Ver al respecto Historia de las imágenes e historia de las ideas. La escuela de Aby Warburg, Introducción, selección y textos por José Emilio Burucúa, Buenos Aires, Ceal, 1992, introducción y pp. 133-135; Carlo Ginzburg, "De A. Warburg a E. H. Gombrich. Notas sobre un problema de método", en *Mitos, emblemas, indicios...*, *op. cit.*, pp. 38-93.

28. Cfr. Julio Caro Baroja, *Vidas Mágicas e Inquisición*, Madrid, Istmo, 1992, segunda parte.

29. Cfr. Eric Hobsbawm y George Rudé, *Revolución Industrial y revuelta agraria. El Capitán Swing*, Madrid, Siglo XXI, 1978, segunda parte (primera edición londinense en 1969).

30. El propio Ginzburg había realizado observaciones acerca de las diferencias entre los climas historiográficos de 1966 y 1976 en K. Luria y R. Gandolfo, "Carlo Ginzburg: An Interview", *Radical History Review*, 35, abril 1986, pp. 95-96.

31. Existen traducciones castellanas de todas estas obras, a excepción del libro de G. Bois: Perry Anderson, *El estado absolutista*, México, Siglo XXI, 1979; Immanuel Wallerstein, *El moderno sistema mundial I. La agricultura europea y los orígenes de la economía mundo-europea en el siglo XVI*, México, Siglo XXI, 1979; Douglas North y Robert Thomas, *El nacimiento del mundo occidental. Una nueva historia económica (900-1700)*, Madrid, Siglo XXI, 1978; Ro-

Notas bibliográficas

1. *Historia de la vida privada*, bajo la dirección de P. Ariès y G. Duby, Madrid, Taurus, 1987, 5 vv. (En 1990 aparece en España la edición en rústica en 10 vv., y en 1991 se realiza la primera edición argentina en este formato).

2. *Historia de las Mujeres en Occidente*, dirigida por Georges Duby y Michelle Perrot, Barcelona, Taurus, 1992-1993, 5 vv.

3. En todos los casos hay traducción castellana: E. Le Roy Ladurie, *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324*, Madrid, Taurus, 1981; Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos. El cosmos, según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1981; Robert Darnton, *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, FCE, 1987.

4. Cfr. Lawrence Stone, "The revival of Narrative: Reflections on a New Old History", *Past and Present*, 85, 1979.

5. Roger Chartier, "La historia hoy en día: desafíos, propuestas", *Anales de Historia Anti-*

gua y Medieval, vol. 28, Universidad de Buenos Aires, 1995, p. 47.

6. Ruggiero Romano, "Historia cuantitativa, historia económica e historia: algunas consideraciones sobre la historiografía francesa de hoy", *Anales de Historia Antigua y Medieval*, vol. 28, Universidad de Buenos Aires, 1995, pp. 63 y 69.

7. "Sé perfectamente que podemos encontrar una ciudad, un pueblo o una región donde se registra un aumento de la población; donde el comportamiento del movimiento de los precios no es en rigor el mismo para el trigo que para la mantequilla, los tejidos o los metales, y en alguna zona de Europa podremos encontrar cultivos de plantas industriales prometedoras; pero el "hecho" permanece: Europa atraviesa por una crisis secular. La estructura agrícola europea cede hacia fines del siglo XVI, pues sobre esta crisis estructural se abate la gran crisis coyuntural de 1619-1622, y la crisis se prolonga fácilmente hasta 1730-1740"

bert Fogel y Stanley Engerman, *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos*, Madrid, Siglo XXI, 1988; T. H. Aston y C. H. P. Philpin, *El debate Brenner. Estructura de clases agraria y desarrollo económico en la Europa preindustrial*, Barcelona, Crítica, 1988, pp. 21-81.; Eric Hobsbawm, *Industria e Imperio. Una historia económica de Gran Bretaña desde 1750*, Barcelona, Ariel, 1977; G. Bois, *Crise du féodalisme. Économie rurale et démographie en Normandie Orientale du début du 14e au milieu du 16e siècle*, Paris, Presses de la Fondation Nationale des Sciences Politiques, 1976.

32. François Furet, "La librairie del reino de Francia en el siglo XVIII", en Armando Petrucci (comp.), *Libros, editores y público en la Europa Moderna*, Valencia, Edicions Alfons el Magnànim, 1990, pp. 169-206. El texto francés fue publicado originalmente en *Livre et société dans la France du 18e siècle*, I, Paris, 1965, pp. 3-32.

33. Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIe siècle*, Paris, Éditions du Seuil, 1978 (Esta es una edición abreviada de la tesis completa publicada en 1973).

34. Jacques Revel, *op. cit.*, p. 142.

35. Tulio Halperín Donghi, "La cuantificación en historia: trayectorias y problemas", en F. Korn (comp.), *Ciencias Sociales: palabras y conjeturas*, Buenos Aires, 1977, pp. 197-198.

36. Ruggiero Romano, *op. cit.*, pp. 63-68.

37. *Les Paysans de Languedoc*, Paris, Flammarion, 1966; *La bruja de Jasmin*, Madrid, Argos Vergara, 1984; *Les siècle des Platter I: Le mendiant et le professeur, 1499-1628*, Paris, Fayard, 1995.

38. Jean Delumeau, *Rome au XVIe siècle*, Paris, Hachette, 1975 (versión reducida de la tesis doctoral original); *El miedo en Occidente (siglos XIV-XVIII). Una ciudad sitiada*, Madrid, Taurus, 1989 (primera edición francesa en 1978).

39. Ver nota 12.

40. Cfr. Fernand Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, FCE, 1981, vol. 2, tercera parte, pp. 338-787. (Cito según la primera reimpresión de la edición española de 1976, realizada a su vez de acuerdo con la segunda edición francesa corregida y aumentada de 1966).

41. Georges Duby, *El domingo de Bouvines, 24 de julio de 1214*, Madrid, Alianza, 1988, pp. 7-8. (La primera edición fue publicada por Gallimard en 1973).

42. Cfr. Roland Mousnier, *L'assassinat d'Henri IV, 14 mai 1610*, Paris, Gallimard, 1992 (1964).

43. Cfr. Patricia Seed, "Failing to Marvel: Atahualpa's Encounter with the World", en

Latin American Research Review, vol. 26, 1, 1991, pp. 7-32.

44. Cfr. Lucette Valensi, *Fables de la mémoire. La glorieuse bataille des Trois Rois*, Paris, Éditions du Seuil, 1992.

45. Luego de una media docena de artículos sobre la historia del clima publicados en la década de 1960, Le Roy Ladurie da a conocer a comienzos de los '80 una obra de síntesis, *Histoire du climat depuis l'an mil*, Paris, Flammarion, 1983.

46. Emmanuel Le Roy Ladurie, "L'histoire immobile", *Annales, E. S. C.*, 29e. année, 3, mayo-junio 1974, p. 676 y pp. 679-684.

47. Angelo Torre, "Percorsi della pratica, 1966-1995", *Quaderni Storici*, a. XXX, 3, diciembre 1995, p. 799.

48. Giovanni Levi, *op. cit.*, pp. 12-13.

49. Edoardo Grendi, *op. cit.*, pp. 132-133.

50. Cfr. María José de la Pascua, *Vivir la muerte en el Cádiz del Setecientos (1675-1801)*, Cádiz, Fundación Municipal de Cultura, 1990; Elisabeth Charpentier, *Une ville devant la peste. Orvietto et la peste noire de 1348*, Bruselas, De Boeck Université, 1993.

51. Carlo Ginzburg, *El queso y...*, p. 13.

52. Carlo Ginzburg, "Postfazione", en Natalie Zemon Davis, *Il Ritorno de Martin Guerre. Un caso di doppia identità nella Francia del Cinquecento*, Torino, Einaudi, 1984.

53. Cfr. E. Muir y G. Ruggiero (comps.), *Microhistory and the Lost People of Europe*, Baltimore, 1991.

54. Ottavia Niccoli, "Introducción" a *La mujer del Renacimiento*, Madrid, Alianza, 1993, p. 17.

55. Giulia Calvi, "Introducción" a *La mujer barroca*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 12-19 y 27.

56. Cfr. Richard Kagan, *Los sueños de Lucrecia. Política y profecía en la España del siglo XVI*, Madrid, Nerea, 1991.

57. Cfr. David Cressy, "De la fiction dans les archives ? ou le Monstre de 1569", *Annales, E. S. C.*, 48e. année, 5, septiembre-octubre 1993, pp. 1309-1329.

58. Natalie Zemon Davis, *Women on the Margins. Three Seventeenth-Century Lives*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press, 1995.

59. Cfr. Roy S. Porter, "Lady Eleanor Davis, la loca", en Giulia Calvi (editora), *La mujer barroca*, Madrid, Alianza, 1995, pp. 51-68.

60. Cfr. *El salvaje del Aveyron. Psiquiatría y pedagogía en el Iluminismo tardío*, Introducción, notas y selección de textos de Augusto Montanari, Buenos Aires, CEAL, 1978.

61. Cfr. Philippe Boutry y Jacques Nassif, *Martin l'archange*, Paris, Gallimard, 1985.

61. Cfr. *Moi, Pierre Rivière, ayant égorgé ma*

mère, ma soeur et mon frère... Un cas de parricide au XIXe siècle présenté par Michel Foucault, Paris, Gallimard, 1973.

62. Cfr. Carmen López Alonso, *Locura y sociedad en Sevilla: historia del hospital de los inocentes (1436?-1840)*, Sevilla, Diputación Provincial, 1988.

63. Cfr. José Miguel López García, *La Transición del feudalismo al capitalismo en un señorío monástico castellano. El Abadengo de la Santa Espina (1147-1835)*, Valladolid, Junta de Castilla y León, 1990; para el siglo XVII puede verse un trabajo más breve, "Las economías monásticas ante la crisis del siglo XVII. Fray Hernando de Aedo y la reorganización de la abadía de la Santa Espina", en *Congreso de Historia Rural, siglos XV al XIX*, Madrid, Universidad Complutense, 1984, pp. 659-679.

64. Cfr. Jerónimo López Salazar Pérez, "Una empresa agraria capitalista en la Castilla del XVII: la hacienda de D. Gonzalo Muñoz Treviño de Loaisa", *Hispania* 148, Madrid, 1981, pp. 355-407.

65. Cfr. Michael Zell, *Industry in the Countryside. Wealden Society in the Sixteenth Century*, Cambridge University Press, 1994.

66. Cfr. Robert C. Allen, *Enclosure and the yeoman. The agricultural revolution in the Midlands*, Oxford, Clarendon Press, 1992.

67. Cfr. Jerónimo López de Salazar Pérez, *op. cit.*

68. Cfr. Angel Gracia Sanz, "El crédito a principios del siglo XVI en una ciudad de Castilla: la nobleza urbana como financiadora del comercio y de la industria en Segovia, 1503-1508", en *Studia Historica. Historia Moderna*, vol. 5, Salamanca, 1987, pp. 77-89.

69. Cfr. Judith Brown, *Afectos vergonzosos. Sor Benedetta, entre santa y lesbiana*, Barcelona, Crítica, 1989; Massimo Firpo, "Paola Antonia Negri, monja angélica (1508-1555)", en O. Niccoli (edit.), *op. cit.*, pp. 35-64; Gabriella Zarrì, "Ginevra Gozzadini dall'Armi, dama de la nobleza boloñesa", en *ibid.*, pp. 149-176; Florence Koorn, "Elisabeth Strouven, la mujer religiosa", en G. Calvi (edit.), *op. cit.*, pp. 135-156; Anna Scattigno, "Juana de Chantal, la fundadora", en *ibid.*, pp. 157-188.

70. Cfr. François Hartog, *The Mirror of Herodotus: The Representation of the Other in the Writing of History*, Berkeley, University of California Press, 1988; Stephen Greenblatt, *Marvelous Possessions. The Wonder of the New World*, Oxford, Clarendon Press, 1991, cap. 5.

71. Cfr. Eugenio Garin, *La revolución cultural del Renacimiento*, Barcelona, Crítica, 1984, pp. 239 y ss.

72. Robert Darnton, *op. cit.*, pp. 81-108; la polémica en torno al libro de Darnton se encuentra traducida al castellano en Eduardo Hourcade, Cristina Godoy y Horacio Botalla, *Luz y contraluz de una historia antropológica*, Buenos Aires, Biblos, 1995.

73. En una conferencia brindada el 26 de agosto de 1996 en el Auditorio de la Fundación Banco Patricios, de Buenos Aires, Robert Darnton reconoció que el ensayo que estaba exponiendo al público "was written in a state of unrepentant Geertzismo" (Robert Darnton, *Fraternity, or the Dangers of Geertzismo*, conferencia dactilografiada).

74. *Ibid.*, p. 5

75. Cfr. Carlo Cipolla, *¿Quién rompió las rejas de Monte Lupo?*, Barcelona, Muchnik, 1984.

76. Cfr. Teófilo Ruiz, "Festivités, couleurs et symboles du pouvoir en Castille au Xve siècle. Les célébrations de Mai 1428", *Annales, E. S. C.*, 46e. année, 3, mayo-junio 1991, pp. 521-546.

77. Cfr. Robert C. Davis, *The War of the Fists. Popular Culture and Public Violence in Late Renaissance Venice*, Oxford University Press, 1994.

78. Cfr. Elisabeth S. Cohen, "Camilla la Magra, prostituta romana", en O. Niccoli (edit.), *op. cit.*, pp. 197-230.

79. Cfr. Christopher Marsh, "The gravestone of Thomas Lawrence revisited (or the Family of Love and the local community in Balsham, 1560-1630)", en Margaret Spufford (edit.), *The World of Rural Dissenters, 1520-1725*, Cambridge University Press, 1995, pp. 208-234.

80. Cfr. Hans Medick, "Une culture de la considération. Les vêtements et leur couleur à Laichingen entre 1750 et 1820", *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 50e. année, 4, julio-agosto 1995, pp. 753-774.

81. Giovanni Levi, *op. cit.*, p. 19.

82. Jacques Revel, *op. cit.*, p. 145.

83. Cfr. Giovanni Levi, *La herencia inmateral. La historia de un exorcista piomontés del siglo XVII*, Madrid, Nerea, 1990, capítulo 3; Claudia Evangelisti, "Angela Vallerani, viuda (1559-c. 1600)", en O. Niccoli (edit.), *op. cit.*, pp. 233-270.

84. Cfr., Ulrich Pfister, "Le petit crédit rural en Suisse aux XVIe-XVIIIe siècles", en *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 49e. année, 6, noviembre-diciembre 1994, pp. 1339-1358; Paul Servais, "De la rente au crédit hypothécaire en période de transition industrielle. Stratégies familiales en région liégeoise au XVIIIe siècle", *ibid.*, pp. 1393-1410; Gérard Delille, "Le trop et le trop peu: capitaux et rapports de pouvoir dans un village de l'Italie du Sud (XVIIe-XVIIIe siècles)", *ibid.*, pp. 1429-1442.

85. Cfr. Jürgen Schlumbohm, "Quelques problèmes de microhistoire d'une société locale. Construction de liens sociaux dans la paroisse de Belm (17e-19e siècles)", *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 50e. année, 4, julio-agosto 1995, pp. 775-802.

86. Cfr. Juan Carlos Garavaglia y Juan Carlos Grosso, "Comerciantes, hacendados y campesinos. Un mercado local en el valle poblano (Tepeaca, 1792)", Tandil, agosto de 1987, versión preliminar dactilografiada.

87. Cfr. Pietro Redondi, *Galileo herético*, Madrid, Alianza, 1990.

88. Cfr. Carlo Ginzburg, *Pesquisa sobre Piero*, Barcelona, Muchnik, 1981.

89. Cfr. Claudio Bondi, *Strix. Medichesse, streghe e fattuchiere nell'Italia del Rinascimento*, Lucarini, Roma, 1989 (el autor estudia seis juicios individuales por brujería entre 1375 y 1588); Giuseppe Farinelli y Ermanno Paccagnini, *Processo per stregoneria a Caterina de Medici, 1615-1617*, Milán, Rusconi, 1989.

90. Cfr. Robert Po-Chia-Hsia, *Trent 1475: Stories of a Ritual Murder Trial*, Yale University Press, 1992.

91. Cfr. H. C. Erik Midelfort, *Witch Hunting in Southwestern Germany, 1562-1684*, Stanford University Press, 1972 (el estudio se basa en la región de Baden-Württemberg); Robert Muchembled, *Les derniers b*chers: un village de Flandre et ses sorcieres sous Louis XIV*, Paris, Ramsay, 1981; Emmanuel Le Roy Ladurie, *La bruja de Jasmín*, Barcelona, Argos Vergara, 1984 (los acontecimientos estudiados transcurrieron en la aldea languedocina de Estanquet); Alan Macfarlane, *Witchcraft in Tudor and Stuart England. A regional and comparative study*, Prospect Heights (Ill.), Waveland Press, Inc., 1991 (el estudio se basa en el condado de Essex).

92. Cfr. Jean Claude Schmitt, *La herejía del santo lebré*, Barcelona, Muchnik, 1984.

93. Cfr. Carlo Ginzburg, *I Benandanti. Stregoneria e culti agrari tra cinquecento e seicento*, Turín, Einaudi, 1966.

94. Cfr. Jean-Michel Sallmann, *Chercheurs de trésors et jeteuses de sorts. La quête du sumaturel à Naples au XVIIe siècle*, Paris, Aubier, 1986; Ruth Martin, *Witchcraft and the Inquisition in Venice, 1550-1650*, Oxford, Basil Blackwell, 1989.

95. Cfr. Jaime Contreras, *Sotos contra Riquelmes. Regidores, inquisidores y criptojudíos*, Madrid, Anaya y Mario Muchnik, 1992.

96. Cfr. Fernando Devoto, op. cit., passim;

Ruggiero Romano, "Historia cuantitativa...", passim.

97. Giovanni Levi, *Sobre microhistoria...*, p. 16.

98. Jacques Revel, op. cit., pp. 150 y 154.

99. Carlo Ginzburg, "Microhistoria: dos o tres cosas...", p. 67.

100. *Ibid.*, p. 63.

101. Cfr. Carlo Ginzburg, *Storia notturna...*, op. cit.; *I Benandanti...*, op. cit.,

102. Cfr. Emmanuel Le Roy Ladurie, *El Carnaval de Romans...*, op. cit.; *Les paysans du Languedoc...*, op. cit.,

103. Cfr. Alan Macfarlane, *The Origin of the English Individualism: the Family, Property and Social Transaction*, Oxford University Press, 1978. Las obras anteriores sobre enfoques microhistóricos son *Witchcraft in Tudor and Stuart England...*, op. cit., y *The Family Life of Ralph Josselin, a Seventeenth Century Clergyman. An Essay in Historical Anthropology*, Cambridge University Press, 1970.

104. Cfr. Jaime Contreras, *El Santo Oficio de la Inquisición de Galicia*, Madrid, Akal, 1982. La obra microhistórica posterior es *Sotos contra Riquelmes...*, op. cit.

105. Bartolomé y Lucile Bennassar, *Los cristianos de Alá. La fascinante aventura de los renegados*, Madrid, Nerea, 1989, p. 14.

106. John Putnam Demos, *Entertaining Satan. Witchcraft and the Culture of Early New England*, New York, Oxford University Press, 1983, pp. 3-15.

107. Peter Burke, *Venice and Amsterdam. A Study of Seventeenth-Century Elites*, Cambridge, Polity Press, 1994, pp. xvii-xviii.

108. Cfr. José Miguel López García, *La Transición del feudalismo...*, passim.

109. Cfr. Juan Carlos Garavaglia, "Atlíxco: l'eau, les hommes et la terre dans une vallée mexicaine (15e-17e s.)", *Annales. Histoire, Sciences Sociales*, 50e. année, 6, noviembre-diciembre 1995, pp. 1309-1350.

110. Bruce Tolley, *Pastors and Parishioners in Württemberg During the Late Reformation, 1581-1621*, Stanford University Press, 1995.

111. C. Scott Dixon, *The Reformation and rural society. The parishes of Brandenburg-Ansbach-Kulmbach, 1528-1603*, Cambridge University Press, 1996.

112. Andrew D. Brown, *Popular piety in late medieval England. The Diocese of Salisbury, 1250-1550*, Oxford, Clarendon Press, 1995.

113. Cfr. Annik Pardailhé-Galabrun, *La naissance de l'intime. 3000 foyers parisiens, XVIIe-XVIIIe siècles*, Paris, PUF, 1988.

En Debate



El mundo por hacer. Una propuesta para el análisis de la cultura juvenil en la Argentina de los años setenta

Alejandro Cattaruzza*

I. Hacia fines de 1974, en un pueblo del sur de la Provincia de Santa Fe de aproximadamente 2.000 habitantes, un grupo de jóvenes comenzaba a explorar algunos de los modos de la que por entonces era la cultura alternativa; eran no más de diez, de entre quince y veinte años, y cultivaban un aspecto leve y genéricamente hippie, al menos todo lo hippie que se admitía en el pueblo. La experiencia del teatro se encontraba entre las que llevaban adelante, recuperando quizás sin saberlo una tradición antigua entre los activistas sociales y las vanguardias estéticas. La música que escuchaban e intentaban ejecutar seguía con celo las pautas del rock, no sólo las del nacional, ya fortalecido con éxitos de ventas, sino también las propuestas por extranjeros clásicos como The Doors, Janis Joplin, sin dudas los Beatles. A ellos se sumaba una vertiente más folk proclive a alguna forma de denuncia social: Crosby, Still, Nash y Young, y a su izquierda Joan Báez y Bob Dylan.

Entre quienes formaban parte del grupo se contaban unos pocos que, al mismo tiempo, era militantes de agrupaciones plenamente políticas: algunos de ellos participaban en la Federación Juvenil Comunista, mientras otros, en cambio, eran miembros de la Juventud Peronista vinculada a la or-

ganización Montoneros. El ocaso del emprendimiento, ocurrido en los primeros tiempos de la dictadura instalada en 1976, comenzó cuando se sucedieron allanamientos en varios domicilios paternos. Los procedimientos policiales tenían como objetivo declarado –y al menos en esta ocasión, probablemente cierto– la represión de aquellos jóvenes sospechados de consumir drogas, lo que de hecho ocurría. En un golpe a ciegas, sin embargo, la policía fue a dar a la casa de una pareja de aquellos padres que se hallaba encuadrada en el Partido Comunista.

Unos tres años antes de aquella fecha inicial, se celebró en el Luna Park de la ciudad de Buenos Aires un recital, a cargo de algunos músicos “progresivos”, pioneros del rock nacional en trance de hacerse masivo: Lito Nebbia, Billy Bond, entre otros. El recital transcurría sin mayor novedad, hasta que desde el escenario se convocó a quienes se hallaban en las tribunas populares a “tomar” las plateas. La represión policial fue rápida, y en la salida, tumultuosa, ya convertida en protesta casi política, grupos de la Juventud Peronista –que como otras agrupaciones empezaban a ver en los recitales la oportunidad para efectuar algún tipo de acción de propaganda– encabezaron la destrucción de vidrieras, carteles de publicidad y semáforos¹.

He elegido estas dos historias trun-
cas, comunes, con la certeza de que

*UBA/UNR.

ellas son retazos de una trama mayor, síntomas, si se prefiere, de procesos sociales profundos. En la Argentina, entre 1966 –quizás 1969– y 1975 aproximadamente, la movilización social y la protesta obrera, estudiantil y popular constituyó un contexto en el que episodios de esta naturaleza fueron frecuentes. En ellos aparecían cruzados y sin mayor diferenciación modos diversos de crítica al orden de las cosas, acciones clásicas de la militancia tradicional de la izquierda con nuevas formas de la “cultura juvenil de masas”², sensibilidades fundadas en la exaltación de la personalidad individual con otras de fuerte vocación colectiva, experiencias que inaugurarían un compromiso político duradero con vidas en las que la actitud crítica resultó vaga y efímera. En un anticipo de proposiciones que retomaré más adelante y con la intención de diseñar una agenda de problemas a investigar, debo señalar que es esa aparición de una cultura juvenil de masas, que se inclinaba con facilidad a alguna forma de crítica social, uno de los problemas centrales que debe asumir quien pretenda historiar los setenta³.

Los estudios disponibles, sin embargo, no parecen haber atendido, en general, a esta cuestión. El funcionamiento del sistema político, la acción de las organizaciones armadas, el fenómeno de la violencia, la represión en el caso de la dictadura militar, han sido algunos de los temas privilegiados por historiadores, sociólogos, politólogos y periodistas. Pensar los setenta desde estas perspectivas y con estos ejes temáticos tiene un impacto directo en el modo de configurarlos como problema: se trataría de un período en el cual la política, en sentido estricto y analizada en la corta duración, constituye la clave explicativa global. Quedan así en la oscuridad procesos menos espectaculares que una manifestación, más sordos y opacos,

pero de gran importancia para la vida de las gentes. Por otra parte, existe cierta tendencia a instalar a los activistas en el centro del escenario. Sin duda, quienes militamos jugamos un papel importante en el período, pero a nuestro alrededor se agruparon miles de jóvenes cuyos modos de sociabilidad, de establecer relaciones afectivas y sexuales, de enfrentar a la autoridad en el grupo familiar y fuera de él, se vieron modificados por compartir ciertas convicciones generales que contribuyeron a sostener la “nueva ‘autonomía’ de la juventud como estrato social independiente”⁴.

II. El punto de partida construido para proponer otro enfoque de los años setenta se asienta en convicciones de diversa naturaleza. Una de ellas se refiere a la productividad, en términos intelectuales, de seguir ejecutando una historia cultural concebida como un capítulo de la historia social. Un capítulo que no es el único, que tampoco contiene el secreto para la interpretación global del proceso, pero que resulta imprescindible: se trata de reconstruir cómo los hombres concibieron el mundo, su pasado y su futuro, y de qué manera esas concepciones actuaron efectivamente en sus vidas⁵.

El efecto inicial de aplicar esta perspectiva a nuestro objeto de estudio es su parcial reformulación. Para una mirada atenta a los procesos culturales, los años setenta en la Argentina aparecen vinculados a un clima internacional que ha sido abordado reiteradamente. La internacionalización de la cultura de la juventud y el papel de los medios de comunicación en tal proceso son fenómenos que, a nuestro juicio, no pueden dejar de tenerse en cuenta en el análisis de la Argentina del período. Desde ya, no se trata de subsumirlos en una serie de fenómenos internacionales, sino de

preguntarnos qué dicen de una sociedad peculiar.

De esta manera, parece posible ofrecer a discusión una primera proposición: una entrada en clave generacional permite dar cuenta de cuestiones importantes también para la historia argentina. Un planteo tal no sólo se funda en la opinión de que ciertas tendencias presentes en los países centrales –expansión numérica del sector juvenil, posibilidad tendencial de ampliación de la capacidad de consumo de ciertos grupos populares, posible crecimiento de la matrícula universi-



taria– se verificaron aún parcial y patológicamente aquí. También se apoya en la convicción de que los jóvenes en cuestión procesaron masivamente su experiencia en tanto tales. Cómo cruzar este agrupamiento con otros fundados en las pertenencias de clase es una pregunta todavía sin respuesta.

Desde ya, había en la propia tradición cultural nacional, y en la latinoamericana, antecedentes de una actitud “juvenilista”: en los años veinte las vanguardias y los emprendimientos político-culturales herederos de la Reforma de 1918 habían planteado en términos generacionales, aunque no exclusivamente⁶. Ensayando una mirada más amplia y de mayor duración, Roger Hausheer –dando forma propia a opiniones de Isaiah Berlin– ha sugerido que los hippies y los hijos de las flores “podrían presentar a Herder como su santo patrono”⁷.

Pero a fines de los años sesenta el

proceso se hizo masivo. El resto de la sociedad, los medios de comunicación, el mercado, los propios intelectuales jóvenes insistían en que el corte etario era significativo. Como he sostenido, en el horizonte internacional se cuenta con una producción abundante acerca de estos temas; un buen ejemplo de la situación puede hallarse en un trabajo citado desde el inicio en las bibliografías sobre el asunto. Se trata del libro *Poder estudiantil*, que Alexander Cockburn y Robin Blackburn compilaron en 1969. La obra apareció en inglés en la *New Left Review*, luego en *Penguin Books* y fue traducida

rápidamente al castellano; entre los autores, los dos mayores eran Perry Anderson y Tom Nairn, de 29 y 31 años respectivamente, mientras la edad de los demás oscilaba entre los 20 y los 28.

En la Argentina, y sólo en carácter de indicio, debe registrarse aparición de las primeras revistas especiales para jóvenes; también puede observarse aparición de las tendencias que hacían del sector juvenil un segmento de mercado específico⁸. Quizás pueda vincularse a este complejo de procesos la creación de multitud de agrupamientos políticos que eran juveniles aún sin plantearse, así como la aparición, por primera vez como organización de masas, de las varias formaciones de la Juventud Peronista.

No parece entonces aventurado señalar que también en la Argentina tuvo lugar la aparición de una “cultura juvenil [que] se convirtió en la matriz de la revolución cultural en el sentido más

amplio de una revolución en el comportamiento y las costumbres”⁹, en un proceso entramado aquí con aquel otro de movilización social. El trabajo sobre las estadísticas disponibles permitiría corregir o ratificar este presupuesto, e incluso percibir la profundidad de los cambios y su localización espacial, lo que haría posible retornar a la discusión acerca de las líneas de modernización –un término equívoco, pero admitido– en la sociedad argentina. En lo que hace a los jóvenes, dudo que el fenómeno fuera más específicamente urbano que cualquier otro relacionado con la cultura de masas.

Otra cuestión que parece tener alguna importancia es la de la posibilidad de existencia de subculturas juveniles¹⁰, y el índice de problemas a indagar debe incluir la cuestión de sus relaciones: ¿se solapaban, eran por el contrario cerradas, tenían fronteras precisas? Esta cuestión queda pendiente, aunque podemos sí señalar con algún apoyo empírico que los límites se trasponían con facilidad –mucho mayor que la actual–, y que en todos esos ámbitos la crítica a lo que solía llamarse “el sistema” era generalizada. Naturalmente, en quienes asumían una actitud militante más ferviente, esa crítica buscaba inscribirse en alguna tradición; la construcción de genealogías por parte de estos activistas tendía a recuperar las líneas de reflexión que, desde los tempranos sesenta, venían sacudiendo a las formaciones de la izquierda, vieja y nueva. Como ellas, buscaba horizontes internacionales: quizás Althusser, menos Marcuse, sin duda Fanon y Guevara, entre otros. Los grupos que provenían del catolicismo ya habían comenzado, años atrás, una reconsideración de la propia actitud ideológica que había llevado a muchos de ellos a una aproximación al marxismo y a un compromiso político con el peronismo; Camilo Torres, el encuen-

tro de Medellín y Hélder Cámara eran las referencias más evidentes.

Esta reconstrucción parcial ha sido ensayada ya por algunos autores; menos evidente resulta, en cambio, el horizonte de referencias que podían construir quienes, militando, lo hacían en algún grupo que pueda llamarse de derecha. Indagar la articulación de sus planteos con el clima generacional puede resultar de algún interés.

Pero en las franjas amplias de quienes no se habían incorporado a la lucha política, aquella crítica se apoyaba en conjuntos aún más heterogéneos de autores, textos y referencias ocasionales. La vasta producción surgida del Mayo Francés, que incluía libros con fotografías y recopilaciones de graffitis; las declaraciones de algunas estrellas de rock denunciando la agresión norteamericana a Viet Nam, reproducidas por los diarios y la televisión; las letras de los temas de grupos de rock nacional como Alma y Vida, Pedro y Pablo o Almendra, que sin inconveniente se sumaban a Viglietti o Quilapayún; los posters de Guevara o los que incluían los versos de Nicolás Guillén; los textos –viejos o nuevos– de Perón; la producción revisionista, desde José María Rosa a Abelardo Ramos; los trabajos de Hernández Arregui; los libros en rústica de líderes juveniles, entre hippies y miembros de alguna de las formas de la nueva izquierda –que fueron fugaces *best-sellers*–; todo ello contribuía a alentar una actitud contestataria que se hallaba en expansión, imprecisa, quizás débil, en muchas ocasiones sin traducción política reconocible, pero que operaba efectivamente en la conciencia de aquellos jóvenes.

Es precisamente esta expansión lo característico de los años setenta. Mucho más que de líneas de pensamiento del todo nuevas –aunque debe reconocerse que algunas de ellas lo eran efectivamente– se trata de un proceso que

hizo de la actitud de denuncia y constataría una suerte de fondo común de creencias entre muchos jóvenes, compartida parcialmente entre los distintos agrupamientos sociales y políticos que los cobijaban.

De todas maneras, en la Argentina, donde la inestabilidad política era permanente desde al menos 1955, y donde la proscripción del peronismo y la general represión de la disidencia eran ya casi características de larga duración en el mundo político, la crítica del estado de las cosas parecía, al mismo tiempo, más difundida que en otros períodos: no eran sólo los jóvenes los disconformes, y la protesta obrero-estudiantil halló en el Cordobazo su episodio máximo¹¹. También otros grupos sociales parecían asumir posiciones críticas; todavía queda pendiente el análisis de la relación entre la radicalización de la juventud y este otro proceso más amplio, que puede vislumbrarse en algunos datos puntuales, que refieren a un público integrado al mercado de bienes culturales. *Z*, la película de Costa Gavras que denunciaba el asesinato de un diputado opositor en una nunca nombrada *Grecia*, y *Queimada*, de Gillo Pontecorvo –cuya *Batalla de Argel* formaba parte de la enciclopedia obligatoria de cualquier militante, junto a *La hora de los hornos*– eran éxitos de público en el circuito comercial¹².

Las listas de best sellers, cuya confección dista de ser rigurosa, permiten sin embargo la reconstrucción de algunas tendencias generales entre ese público urbano. Ellas señalan que, entre 1968 y 1971 se leía –cuando menos, se compraba– una biblioteca también heterogénea: a fines de 1968, el *Manual de zoncercas argentinas* de Arturo Jauretche se mezclaba con textos de Dani el Rojo y una recopilación de polémicas sobre Marcuse; también figuraba allí Louis Althusser. En junio de 1969, *El libro hip-*

pie de Jerry Hopkins aparecía junto a *¿Quién mató a Rosendo?* de Rodolfo Walsh. Dos meses después, Marcuse se ubicaba junto al propio Walsh. De cualquier manera, un contraejemplo revela la cautela con la que deben tratarse estos datos: antes del éxito de *Z*, que lograba convocar a 170.000 personas en ocho días, la película más vista en una semana había sido *Operación Trueno*, de la saga de James Bond¹³.

Estas aproximaciones generales a las pautas de consumo masivo de bienes culturales eluden las dificultades de la recepción, si entendemos que aquel consumo nunca es sólo tal cosa, y que los públicos otorgan, secreta y misteriosamente, sentidos diversos a los textos en cuestión. Reconstruir esos procesos de atribución de sentido es particularmente difícil para el historiador, aunque no imposible. En una primera aproximación, contamos al menos con algunos indicios de cómo ciertos emprendimientos destinados a alcanzar aquellos públicos ampliados y letrados, leían y proponían leer producciones de este tipo; en esa propuesta de lectura es posible descubrir destellos de las propias sensibilidades políticas. Así, por ejemplo, en *Periscopio*, JPL firmaba un comentario sobre *Z* apuntando que se trataba de una obra “apta para los tirones liberales”; agregaba luego: “La democracia griega (y no sólo ella) consistía en destruir las libertades y la riqueza nacional, bendiciendo tanta abyección con un Parlamento y unas elecciones. Ese es, sin duda, un crimen, y de él participaba Lambrakis [el diputado opositor cuya muerte a manos oficialista evoca la película] con su mandato legislativo. Su muerte, entonces, cobra un sentido especial que Vassilikos deja de lado: ella prueba que es el Sistema el que no sirve, no los hombres”. En 1971, un comentario de *Primera Plana* a *Morir de Amor*, una película de André Cayatte, indicaba por el contrario, interpellando

al propio director: "Quizás usted mismo sea un viejo liberal de la *ancient gauche*. Y eso: ¿Por qué tiene que estar mal?"¹⁴

He señalado que en una sociedad movilizada y cada vez más proclive a oponerse a la dictadura militar de comienzos de los setenta, la cultura juvenil se iba constituyendo alrededor de una crítica general al sistema. Venían a superponerse así al menos dos diagnósticos de naturaleza diferente, uno formulado por actores políticos y fuerzas sociales amplias y "tradicionales" que apuntaba a aislar a la dictadura de la sociedad, y situaba al conjunto de los partidos —con el cada vez más acelerado reconocimiento al peronismo, que se expresó en La Hora del Pueblo y culminó en el FREJULI— en un bloque antagonico con ella. Los jóvenes, a su vez, identificaban también dos espacios, que eran concebidos de modo diverso: el sistema y sus críticos; el imperialismo y los movimientos de liberación; los oprimidos y los opresores.

No era nueva esta tendencia a pensar la sociedad y el escenario de la política divididos en dos bloques homogéneos y enfrentados en un combate que, suponíamos, debía ser final. Por el contrario, se alineaba con una actitud recurrente en la política argentina del siglo XX. Bien mirado el punto, una construcción de base muy semejante era la que había puesto en juego el radicalismo durante mucho tiempo, luego el peronismo, y aún algunas de las formaciones de la izquierda en los años veinte y comienzos de los treinta. La cultura política argentina no había incorporado a su tesoro ideológico la noción de la existencia de posibles, y respetables, representaciones políticas plurales. La apreciación de la democracia —en tanto conjunto de procedimientos institucionales que permitiera procesar conflictos de manera más o menos pacífica— como un valor no sólo no formaba parte del



conjunto de imágenes que aquellos jóvenes ponían en juego, sino que en muchas ocasiones era vista como una eficaz y peligrosa pantalla que ocultaba las verdaderas relaciones de dominación. Combinadas, la desconfianza hacia los mecanismos de representación, avalada por la proscripción del peronismo y aún de los partidos en conjunto, la identificación de combates que eran más importantes que los que podían librarse alrededor del funcionamiento de las instituciones tradicionales, y que podían ganarse, y la tendencia a suponer la existencia de dos bloques hicieron que muchas de las versiones juveniles del problema político argentino fueran notoriamente sumarias.

Es probable que contribuyera a ratificar estas tendencias uno de los procesos más interesantes de los que se desplegaron en el campo intelectual en la Argentina desde fines de los años cincuenta: el de reinterpretación del fenómeno peronista por parte de algunos grupos de la izquierda¹⁵. Esa relectura fue animada, entre otros fenómenos, por los planteos que desde el propio peronismo realizaban hombres como Cooke. Las experiencias de colaboración de activistas peronistas y de izquierda en el seno del sindicalismo

combativo, en particular la desplegada en la C.G.T. de los Argentinos, brindaron la ocasión para nuevas consideraciones en el mismo sentido. Muchos de los núcleos militantes que actuaron hacia 1970 heredaron las líneas de aquellas reflexiones.

Pero en otra dimensión, la masividad que, como forma identificatoria juvenil-popular, —incluyendo vastos sectores de los "grupos medios", tradicionalmente antiperonistas— adquirió la Juventud Peronista hacia 1972 no puede ser explicada sólo por aquella reflexión teórica. Puesto en otros términos, se trata de comprender, si se retorna a las proposiciones que he efectuado, cómo algunos jóvenes lograron construir imaginariamente un peronismo capaz de contener las inquietudes que los agitaban, incluso aquellas que iban más allá de la política: "hacerse peronista —señalaba un joven militante de izquierda convertido hacia 1970— servía para acercarse a los trabajadores y también para pelearte con tus padres"¹⁶. Un movimiento proscrito, que exhibía sin dudas un fuerte componente obrero y popular, se convertía en esa versión en un elemento más de la tensión intergeneracional en una nueva vuelta interpretativa. Naturalmente, en este asunto se revelan las líneas de pertenencia a agrupamientos sociales diversos: es probable que para muchos jóvenes miembros de los sectores populares y obreros la identidad peronista viniera a continuar la tradición familiar.

A su vez, la fuerte presencia de núcleos de militantes que se habían forjado en la universidad, permite el bosquejo de algunas conjeturas. La salida de los universitarios a la sociedad, que alentaba los intentos de inserción en la fábrica y en el barrio, espacios míticos a los que se llegaba con una actitud que atribuía a sus habitantes los mejores saberes y virtudes, ¿puede ser vista como

una herencia lejana del anhelo de ciertos reformistas, puesto en acción de un modo tal que sus iniciales impulsores serían incapaces de reconocer?

III. Los argumentos que entiendo centrales en este artículo, tal como los he propuesto, pueden plantearse de este modo. En primer término, creo que la irrupción, hacia fines de los años sesenta, de una cultura de la juventud en la Argentina constituye un proceso de importancia. Esa cultura juvenil asumió un tono general crítico frente al orden social y político; el fenómeno distintivo del proceso fue la expansión de esa actitud crítica, que se apoyaba en tradiciones diversas, ocasionalmente contradictorias, que sin embargo lograban articularse en el imaginario juvenil, sosteniendo prácticas y actitudes. Es ese espacio, vasto y contradictorio, el que resulta específico de la coyuntura, mucho más que las subculturas militantes de cualquier signo, aún las contraculturales; sobre el debe desplegarse el esfuerzo de investigación, al que este artículo intenta ofrecer un conjunto de líneas posibles de trabajo. La pregunta que me parece importante refiere entonces no a los presupuestos ideológicos de una organización armada ni a los de aquellos jóvenes que partían hacia El Bolsón en busca de una alternativa a la sociedad urbana, sino a los muchos otros que los veían con simpatía, compartían algunas de sus propuestas, y combinaban sin mayor reparo ideas, fragmentos de tradiciones y posiciones ideológicas que hoy parecen contradictorias.

Es posible, sin embargo, detectar en ese mundo de creencias juveniles un núcleo de convicciones compartidas, muy primordiales en su formulación, poco desplegadas desde el punto de vista de la argumentación, pero sólidas y sobre las cuáles casi no se duda-

ba; quizás, fueran semejantes en su naturaleza a lo que Collingwood denominaba "constelaciones de proposiciones absolutas". Casi puede suponerse que ellas resultaron la condición de posibilidad para que pensamientos tan diversos pudieran sostener prácticas parcialmente comunes.

Una de estas convicciones compartidas indicaba que lo que solía llamarse el sistema era esencialmente injusto. Esta presunción adoptaba distintas fórmulas, que podían reconocer estirpes ideológicas variadas, y hallaba en la explotación, el imperialismo, la alienación, la transformación de las relaciones humanas en relaciones de poder¹⁷, algunas de sus evidencias. Se entendía, por otra parte, que el sistema se fundaba en una violencia inicial, primordial. Esta presunción de existencia de una violencia inicial generaba un efecto importante: contribuía a legitimar los argumentos de quienes sostenían la necesidad —o al menos la posibilidad— de derrocar al régimen a través de la lucha armada. El pacifismo, actitud difundida en muchos movimientos juveniles de los países centrales, en particular en los Estados Unidos, no parece haber sido un elemento central en la Argentina; quizás en este punto, el viejo lazo cultural que privilegiaba el horizonte europeo siguiera operando.

Es posible formular algunas preguntas en torno a la cuestión de la violencia. Existe cierta tendencia, tanto en los trabajos académicos como en opiniones de circulación mucho más amplia, a entender que la violencia guerrillera fue entre 1970 y 1976 un fenómeno específico del período; en versiones que, ocasionalmente, continúan el relato anterior, el terrorismo de estado instaurado oficialmente en 1976 constituye casi una respuesta natural a aquella amenaza, en lo que Mario Ranalletti ha llamado, críticamente, la "tesis del caos reinante"¹⁸. Es en principio difícil de-

sestimar la percepción de la violencia política como uno de los elementos propios de nuestro problema, y no es esa mi intención. Pero debiera precisarse aquello que es propio del período, más allá de la presencia de organizaciones armadas que aspiraran a reemplazar un orden social por otro. La violencia en la Argentina de los sesenta no había estado ausente, fuera bajo la forma de la llamada Resistencia Peronista o de los modos ensayados para reprimirla; los primeros intentos —pobres— de establecer focos de guerrilla rural tuvieron lugar también por entonces. Los últimos tiempos, cuando menos, de los gobiernos del propio Perón habían sido el momento de atentados contra manifestaciones oficialistas, bombardeos de la población civil, quema de iglesias... Tampoco debe olvidarse que en los primeros años de la década de 1930 amplias zonas de la militancia radical y buena parte del aparato partidario se hallaban en estado insurreccional, desde ya, con objetivos más modestos que la construcción nacional del socialismo, pero en actividad siempre permanente y fracasada. Si se toma nota de estas cuestiones, debe intentarse una explicación que eluda la tentación de la reducción cuantitativa, cuyo núcleo menos sofisticado indica que la violencia en los setenta era peculiar porque los atentados eran muchos. No se trata, desde ya, de subsumirla en un fenómeno siempre igual a sí mismo; quizás la operación a realizar consiste en identificar como problema el de la violencia en el sistema político argentino a lo largo del siglo XX.

Otra de las convicciones de las que participaban los distintos sectores de aquella cultura juvenil era la que refería a la posibilidad de impulsar un cambio profundo, que en realidad se hallaba casi al alcance de la mano: la revolución era deseable y cercana. Naturalmente, los modelos de sociedad que

habría de nacer de tal transformación diferían entre sí, y en su divulgación los militantes más formales tenían un papel destacado. Para las izquierdas argentinas, la revolución cubana había operado como un impulso en ese mismo sentido; sin embargo, fue un fenómeno de impacto fundamentalmente entre los militantes, que también contaban con otros nortes en la geografía de la revolución: China, Argelia, Viet Nam, la Unión Soviética solo para los miembros del Partido Comunista. La derrota del sistema sería, desde ya, final; en esa fórmula, se hace particularmente difícil deslindar las nuevas presencias de los elementos heredados de la cultura política argentina.

Las certezas que evocamos circulaban también, con perfiles menos nítidos, por fuera de las agrupaciones políticas; allí las dimensiones del cambio previsto y deseado probablemente fueran más íntimas, y han dejado huellas menos visibles para el historiador. Sin embargo, se las suponía conectadas de algún modo con aquella otra transformación general.

Así, una cuestión cuya resolución solía ser inestable era la de la relación entre la idea de formar parte de algún proceso de liberación colectivo, social, y la dimensión individual de tal presupuesto. Eric Hobsbawm ha señalado, en lo que parece ser una reflexión sobre el caso europeo pero con aspiraciones de validez más amplias, que "la liberación personal y la liberación social iban [...] de la mano y las formas más evidentes de romper las

ataduras del poder, las leyes y las normas del estado, de los padres y de los vecinos, eran el sexo y las drogas"¹⁹.

Es posible que el argumento cubra a buena parte de los sujetos sociales a los que hemos aludido, y que logre dar cuenta de las posiciones colectivas asumidas en el seno de aquella cultura juvenil. Sin embargo, para los militantes de grupos particularmente reducidos o del aparato militar de alguna organización, el problema era diverso²⁰. En tales espacios, la subordinación a la causa se había impuesto, naturalmente, a otras cuestiones, lo que resultaba del todo razonable en virtud del modo de lucha que se planteaban. Esta era, por otra parte, una vieja actitud de la iz-



quierda, en la que de manera polémica insistía Hobsbawm hacia 1973, dibujando una vez más el horizonte de sus preocupaciones como revolucionario y la envergadura de sus interlocutores: "Quien crea que la moralidad de los viejos militantes anarquistas era libre y fácil no sabe de qué está hablando. El amor libre (en el cual creían apasio-

nadamente) significaba no beber alcohol, no tomar drogas y practicar la monogamia sin estar casados"²¹.

La idea que indicaba que el sistema no podía —ni debía— ser pensado desde su centro, planteada de varios modos, formaba parte de la constelación de convicciones juveniles. Este supuesto, o alguna de sus versiones, recorre ciencias sociales, subyace en propuestas políticas, sostiene prácticas culturales. Así como el hippismo insistía, al me-

nos declamatoriamente, en la retirada de la ciudad moderna, como una condición para hacer eficaz la denuncia de sus males, los teóricos de variado tipo de revoluciones "de la periferia al centro" hallaban en las masas campesinas, y aún en los grupos marginales, los sujetos posibles del cambio social. Los grupos de rock y sus seguidores discutían el modo de crear sistemas de difusión alternativos a los de las grandes empresas; muchos pedagogos se planteaban pensar "desde el oprimido" y aún las versiones más toscas de la teoría de la dependencia insistían en las ventajas que el capitalismo imperialista otorgaba a las clases obreras de sus propios países, sobre la base de la explotación de las naciones colonizadas, en las que afinaba la única posibilidad revolucionaria.

En los grupos de jóvenes que asumían la militancia, es posible que resonaran los ecos de las propuestas de Fanon. Con esa presencia vino a coincidir otra actitud, expresada en lenguaje menos formal, que recogía viejos tópicos del pensamiento occidental remozados. La recuperación de las culturas nacionales o regionales, existentes o imaginarias, que se entendían oprimidas por la acción imperialista, formó parte de ese sistema de creencias. En el caso de la Argentina, es posible que la presencia del peronismo, que iba redefiniendo su identidad al menos discursivamente, haya alentado esas líneas de pensamiento que podían devenir en posiciones que con precaución podemos llamar nacionalistas.

Quizás uno de los mayores desafíos, y por ende uno de los frentes de investigación y reflexión más importantes, sea la explicación de los modos en que la constelación de ideas que he mencionado lograba articularse; es posible suponer, incluso, que resulte más pertinente indagar si efectivamente lo hacía. Isaiah Berlin ha propuesto una cla-

ve que, a mi juicio, no resulta del todo satisfactoria, pero que ofrece la posibilidad de seguir una pista. En un trabajo sobre Sorel, Berlin confronta el pensamiento del autor que analiza con el de quienes alentaban la "intranquilidad radical" a comienzos de los setenta: los Panteras Negras, Fanon, Guevara, Mao, entre otros. Más allá del resultado del contrapunto, Berlin entiende que "los jóvenes revolucionarios de nuestro tiempo" impulsan "una revuelta en contra del ideal racionalista de un armónico sistema social feliz [...] en el que las cuestiones últimas están reducidas a problemas técnicos, solubles mediante técnicas apropiadas. Esta es la visión de un mundo cerrado que repele moralmente el joven de hoy"²².

IV. Hacia 1993, Jim Sheridan evocaba la historia de Gerry Conlon a través de su película *En el nombre del padre*, que retomaba un libro autobiográfico. La historia que quiero recordar comienza con Daniel Day-Lewis, como Conlon, robando una casa en Belfast a comienzos de los setenta; mientras lo hace, simula tocar una pieza de rock con una guitarra eléctrica imaginaria que es en verdad un simple palo. Las fuerzas de ocupación inglesas están vigilando la ciudad, y sus miembros confunden el palo en cuestión con un arma. Precavidos, disparan sus fusiles y los ladrones van a dar en la huída a un depósito de armas clandestino del IRA, cuyos militantes ponen en marcha una operación casi insurreccional para cubrir no a los ladrones sino las armas de la organización. La escena termina con un breve levantamiento barrial, reprimido por la fuerzas inglesas, en el que el propio Conlon participa con fervor. Apremiado por los militantes a quienes ha puesto en riesgo, Conlon parte hacia Londres, para recalcar en una comuni-

dad hippie; de uno de los jóvenes que vive allí saldrá la denuncia, infundada, que convertirá a Conlon en el responsable de un atentado particularmente sangriento realizado por el IRA.

Es este complejo de malos entendidos y gestos heroicos una metáfora sumaria de los setenta, como los he planteado aquí. Marginales vagamente nacionalistas, militantes clandestinos de moral rígida, simpatizantes de la organización que al tiempo son fumadores de marihuana y hippies, sublevaciones barriales que mezclan motivos sociales con diferenciaciones nacionales organizadas en términos culturales. Es esta, a mi juicio, la trama que debe ex-

plicarse también para la Argentina, y ella señala algunos de los problemas a indagar. Es posible, si se despliegan investigaciones sobre estos asuntos, que podamos comprender más acabadamente el final que Leopoldo Marechal, joven vanguardista en los veinte, más tarde hombre del peronismo y defensor de la Cuba revolucionaria, eligió para su *Megafón*, aparecido en 1970: a la continuación de la gesta de su héroe muerto, decía Marechal, "serían invitadas las nuevas y tormentosas generaciones que hoy se resisten a este mundo con rebeldes guitarras o botellas Molotov, dos instrumentos de música" ■

Notas bibliográficas

1. Esta es una versión breve de los datos consignados en las memorias, inéditas y sin concluir, del padre de uno de los integrantes del grupo, y de los obtenidos en entrevistas con algunos de estos jóvenes. No he intentado, desde ya, poner en práctica los procedimientos de la historia oral, sino que he utilizado el material documental como mero portador de algunas referencias. Esa misma perspectiva hace que las polémicas sobre la memoria y la historia no resulten aquí del todo pertinentes; entre la amplia bibliografía disponible, ver I. Olábarri: "La resurrección de Mnemósine: historia, memoria, identidad", en I. Olábarri y F. Capistegui [dirs.], *La 'nueva' historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996. Los datos referidos al recital, pueden consultarse en *Así y Clarín* de 11/11/71.
2. Sobre este asunto, aunque no se refiere a la situación argentina, y en lo que hace al sentido atribuido a tal noción, ver E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, en particular página 322 y siguientes. Puede consultarse también *Revolucionarios. Ensayos contemporáneos*, Barce-
- lona, Ariel, 1978, capítulo V, que reúne trabajos publicados por Hobsbawm desde fines de los sesenta y hasta 1973. La bibliografía sobre la juventud –no sólo referida a estos años– es particularmente vasta y su momento más destacado, en los últimos tiempos, fue el de la publicación de la *Historia de los jóvenes*; una aproximación inicial puede hallarse en L. Britto García, *El imperio contracultural: del rock a la postmodernidad*, Caracas, Nueva Sociedad, 1991. Ver también Stuart Hall, *Los hippies: una contra-cultura*, Barcelona, Anagrama, 1970. Para el caso argentino, remito a la guía bibliográfica que publicó la Subsecretaría de la Juventud en 1989. Acerca de la bibliografía sobre el Mayo Francés, sugerimos consultar el elenco de textos propuesto por J.-P. Bernard, "Un 'pensée 68?'" en Pascal Ory [dir.], *Nouvelle histoire des idées politiques*, Paris, Hachette, 1987.
3. Debo señalar que los planteos que realizaré en este trabajo deben mucho a las discusiones con los alumnos de seminarios de grado, posgrado y de tesis, dictados en la Facultad de Filosofía y Letras. De allí han surgido líneas de trabajo en curso, algunas de las cua-

- les se han desplegado sobre temas tales como la actitud de los partidos de la izquierda tradicional frente a la cultura juvenil (Martín Barral), la experiencia de la Comunidad Tierra de Moreno, que se constituyó en lugar de cruce de experiencias vinculadas a la nueva sensibilidad estética, la militancia social y el compromiso político (Mónica Mendoza), y a la "naturalidad" de la violencia rastreada en obras de ficción (Vera Carnovale). En este último caso, debo agradecer también la mención de la frase de Leopoldo Marechal con la que se cierra este artículo.
4. Cfr. E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, página 326.
 5. No es este el lugar para asumir las discusiones sostenidas alrededor de las características, objetos y métodos de la historia de las ideas, la historia intelectual, la historia cultural y otras cercanas, a las que podrían sumarse las que se libran alrededor de la historia social y su llamada crisis. La evolución y el estado de las primeras polémicas mencionadas puede reconstruirse, en sus líneas generales, a través de los siguientes textos: R. Chartier: "Historia intelectual e historia de las mentalidades. Trayectorias y preguntas" [1982] en *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, Barcelona, Gedisa, 1992; [VV.AA.]: "Un dibattito sulla storia delle idee" en *Rivista di Storia della Storiografia Moderna*, Roma, año XI, número 3, 1990; R. Darnton, "Intellectual and cultural history", en *The kiss of Lamourette*, New York, 1990; I. Olabarri y F. Capistegui [dirs.], *La 'nueva' historia cultural: la influencia del postestructuralismo y el auge de la interdisciplinariedad*, Madrid, Complutense, 1996, en particular la intervención de Peter Burke titulada "Historia cultural e historia total". Para la situación en la historiografía argentina, consultar Alejandro Herrero y Fabián Herrero: *Las ideas y sus historiadores*, Santa Fe, UNL, 1996. Sobre la historia social, sugiero la consulta de J. Casanova, *La historia social y los historiadores*, Barcelona, Crítica, 1991; R. Chartier, "Las líneas de la historia social", un breve balance publicado en *Historia Social*, Valencia, número 17, 1993 y J. Revel, "Microanálisis y construcción de lo social", en *Entrepasados*, Bs. As., año V, número 10, 1996.
 6. Ver, por ejemplo, el artículo de Fernando Rodríguez titulado "Inicial. Revista de la nueva generación". La política en la vanguardia literaria de los años veinte", en *Estudios Sociales*, Santa Fe, año 5, número 8, 1995.
 7. Cfr. R. Hausheer, "Introducción" al libro de

- I. Berlin *Contra la corriente. Ensayos sobre historia de las ideas*, México, FCE, 1983, página 38.
8. La revista *Primera Plana* ofrece múltiples ejemplos de este fenómeno.
9. Cfr. Eric Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, Barcelona, Crítica, 1995, página 331
10. Acerca de este asunto, ver Peter Burke "Historia cultural e historia total", en *La 'nueva' historia cultural...*, citado.
11. Sobre los problemas vinculados con la participación juvenil y estudiantil en el proceso abierto con el Cordobazo, recomendamos el sugerente artículo de Juan Carlos Torre "A partir del Cordobazo", en *Estudios*, Córdoba, número 4, julio/diciembre 1994.
12. Ver, entre otras fuentes posibles, *Periscopio*, Bs. As., año 1, número 35, 19/05/1970, página 13.
13. Ver *Primera Plana*, Buenos Aires, número 311 de diciembre de 1968, número 337 de junio de 1969 y número 345 de agosto de 1969; sobre Z, consultar *Periscopio*, citado.
14. Cfr. *Periscopio*, citado, página 48, y *Primera Plana*, Bs. As., año IX, número 455, 19/10/1971, página 54.
15. Ver O. Terán, *Nuestros años sesentas. La formación de la nueva izquierda intelectual en la Argentina*, Bs. As., Puntosur, 1991.
16. Entrevista realizada a FD en 1989.
17. Ver, al respecto, Michel de Certeau, La toma de la palabra y otros escritos políticos, México, Universidad Iberoamericana, 1995, página 76. En lo que hace a la presencia en la izquierda argentina de líneas de pensamiento que insistieran en que "no hay crítica convincente del orden social que no incorpore como una de sus dimensiones centrales la crítica de la vida cotidiana", consultar Horacio Tarcus, *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*, Bs. As., El Cielo por Asalto, 1996. La cita, que evoca planteos de Marcos Kaplan realizados en 1960, en página 145.
18. Ver M. Ranalletti, *Notas sobre la visión de la historia argentina reciente*, ponencia presentada en las V Jornadas Interescuelas de Historia-Primeras Jornadas Rioplatenses de Historia Universitaria, Montevideo, 1995, passim.
19. Cfr. E. Hobsbawm, *Historia del siglo XX*, citado, página 334.
20. Ver, en lo que hace a aspectos culturales de la militancia armada, el interesante trabajo de Pablo Pozzi, "Los perros", en *Taller*, Bs. As., N° 2, 1997.
21. Cfr. E. Hobsbawm, *Revolucionarios*, citado, página 307.
22. Cfr. Berlin, citado, página 414.

Galería de textos



Formación cultural de la nación en la Alemania del siglo XIX*

Dieter Langewiesche

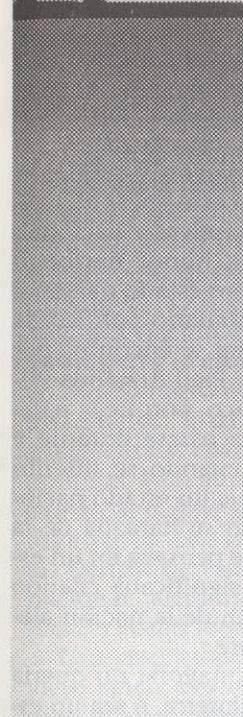
Las personas intentan encontrarle un sentido al pasado, para su futuro y presente personal, a través de representaciones históricas. La historia sirve como argumento político, de modo tal que la lucha política se convierte en lucha histórica. ¿Qué representaciones sobre la nación alemana se desarrollaron en las luchas del siglo XIX? Esta pregunta tan simple ha sido poco analizada hasta ahora. Acaso algo desde la historiografía, pero esto es poco. El que concibe a la nación como una imaginación cultural, no debe leer solamente las interpretaciones divulgadas por los historiadores, sino que debe buscar representaciones históricas entre el pueblo. Encontrarlas no es sencillo.

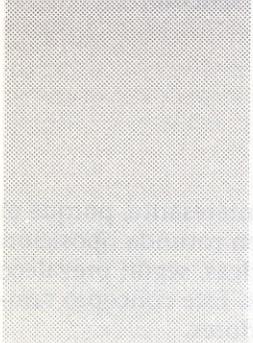
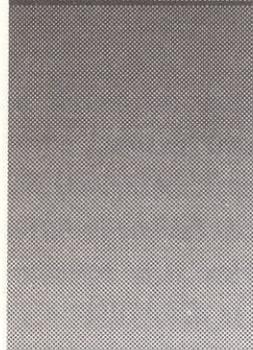
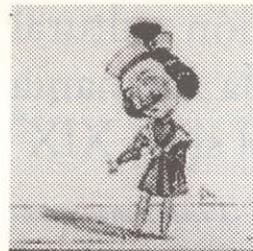
Nacionalismo federativo de los primeros movimientos nacionales

El habla ofrece un acceso muy interesante, porque el estado de cosas relatadas está en rotunda oposición con las representaciones históricas, según prevalece en la opinión pública hasta hoy día. Este concepto también se mantiene entre los historiadores.

Es muy fácil describir las representaciones históricas dominantes en Alemania: la creación de un estado nacional alemán está en la lógica de la historia, por eso el estado nacional creado de manera conjunta es progresista. En

* En: Hettling Manfred und Nolte, Paul, *Nation und Gesellschaft in Deutschland*. Historische Essays. Verlag C. H. Beck München, München, 1996.





este punto nuestros libros de texto coinciden con los discursos de los presidentes federales y con los diarios. Los integrantes de las demostraciones masivas de Leipzig en 1989 también lo vieron así: "¡Nosotros somos una Nación!". Este convencimiento tiene una larga tradición, aunque no tan larga como lo sugieren las representaciones históricas. Apareció con el encanto del primer estado nacional alemán en 1871, y fue válido a través de todas las corrientes políticas como garantía de progreso. La clase burguesa liberal lo celebró como el cumplimiento de sus sueños nacionales. Los socialistas también lo aceptaron como imprescindible, aunque rechazaban su estructura concreta: un estado dividido en clases con una sociedad dividida en clases, pero aun así un estado nacional. Así lo vio Karl Marx y luego la República Democrática Alemana (RDA). A pesar de que el aspecto histórico de los dos estados alemanes fue opuesto, en este punto coincidieron: la historia alemana se representó en el estado nacional como forma de organización política.

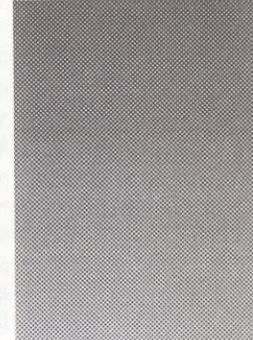
Pero cuando se leen las fuentes históricas se comprueba con sorpresa que el término estado nacional no existía en el vocabulario político de los alemanes hasta mediados del siglo XIX, por lo menos no era usual. En aquel tiempo se hablaba mucho de nación y surgieron infinidad de palabras compuestas con este vocablo: unidad nacional, iglesia nacional, pensamiento nacional, conciencia nacional, teatro nacional, honor nacional, amor a la nación, odio a la nación, pero estado nacional evidentemente no pertenecía al vocabulario político de los alemanes. Hasta ahora esta palabra se encontró por primera vez en un escrito político de Paul Achatius Pfizer del año 1842¹. Éste es un caso único, porque la palabra estado nacional recién empezó a usarse durante y después de la revolución de 1848, cuando se intentó constituir por primera vez en Alemania un estado nacional unificado. Anteriormente cuando se hablaba de la nación alemana, evidentemente no se pensaba en un estado nacional unificado. ¿Pero qué significaba cuando los alemanes, antes de 1848, hablaban de la nación alemana, cuya fractura querían descartar?

Es muy fácil comprobar lo que la mayoría no quería un estado central como Francia o Inglaterra, o sea un estado con un jefe y con un gobierno centrales. Sólo una minoría republicana quería acabar con todo. Pero no tenía éxito: la mayoría estaba de acuerdo con la división de Alemania en muchos estados individuales, y otros añoraban la división estatal, aún mayor, del Sacro Imperio Romano Germánico. La vida de la mayoría de las personas estaba organizada, estatal y culturalmente, de

acuerdo con esta gran división. El que estaba de acuerdo con mantenerla no era considerado reaccionario, ni enemigo del progreso; recién después de la creación del Estado Nacional, en 1871, se lo consideró así. En la primera mitad del siglo XIX esta gran división era considerada progresista, la gente estaba orgullosa de ella, la defendía, pero igual querían ser una nación. La famosa conversación de Goethe con Eckermann, en 1828, sobre "la manera en que la unificación alemana sería posible y deseable", es un claro ejemplo para esta postura: un campo económico común y sin límites para personas y mercaderías, derechos uniformes, pero continuación de las muchas dinastías. En estas dinastías Goethe veía el progreso cultural y económico de Alemania. Estaba convencido de que si no existía la gran división en estados, no había homogeneidad en las condiciones de vida.

Grandes sectores de los primeros movimientos nacionales compartían esta postura. Se quería una nación alemana unificada, pero integrada por todos los estados alemanes existentes. A esta postura yo la denomino "carácter nacional federativo". Federativo tiene un sonido positivo en el idioma alemán. Por eso, desde 1871 hasta hoy, no se acostumbra a denominar federativo a este primer carácter nacional, sino que se lo denomina particularista. La elección de la palabra cae en un juicio apreciativo. Desde 1871 el movimiento nacional alemán, en la práctica, no quería saber más nada con sus comienzos federativos. Con el estado nacional a la vista, las organizaciones nacionales borraron el recuerdo de su pasado federativo y lo convirtieron sólo en antecedente del nuevo estado nacional. Pero la nación alemana y los distintos estados "particularistas" recién se convirtieron en antagonistas, cuando estos estados rechazaron reformas políticas. Pero aún en la revolución de 1848 el estado nacional, al que se aspiraba, no debía destruir a los distintos estados. El nuevo estado nacional debía ser federalista. Dentro de este federalismo de la nueva mentalidad nacional alemana seguía viviendo el viejo imperio (Reich) como idea de futuro.

Una nación alemana unificada, según el ejemplo del viejo Reich, era la imaginación del pasado con vista al presente y al futuro. Esta mentalidad era anticentralista, federativa y quería mantener los distintos estados, apuntaba a la diversidad cultural y era abierta a los vecinos europeos. A principios de 1860 los belgas, los holandeses y los suizos participaron en los grandes festivales corales de Alemania. Festejaban en conjunto y recordaban su historia común como partes de un Reich que nunca estuvo unido a nivel estatal. Naturalmente esto sólo





eran recuerdos históricos, porque el reconocimiento de una historia común en el viejo Reich supranacional, no condecía con las esperanzas de un estado nacional unificado. En realidad este ensanche europeo no era un caso normal. Generalmente el Reich era interpretado como una imagen multinacional.

La idea de un Reich nacional alemán sin un estado unificado recién se quebró cuando, después de tres guerras, surgió el estado alemán nacional unificado. Ahora también se equiparaba nación con estado nacional unificado, federalista aún –no comparable con el centralismo francés– pero estado unificado al fin. Si desde la fundación del estado nacional alemán la vieja idea de Reich fue conjurada, ahora adquiriría un significado totalmente distinto. Reich significaba medir al estado nacional alemán con el contorno del viejo Reich: demandar los territorios perdidos y solicitar su ampliación territorial. Principalmente se pensó en Austria, hasta que los nacional-socialistas pervirtieron totalmente el concepto de Reich. En realidad, el concepto de Reich siempre quedó igual, pero su significado cambió totalmente. De una nación unida cultural y económicamente, totalmente anti-centralista, sin estado unificado, se pasó a un programa avasallante de conquista territorial con aniquilamiento de otros estados y culturas.

Fiestas nacionales federativas para los diez años de la fundación del Reich

Las fiestas eran medios tradicionales para acercarle a la gente modelos culturales. Los movimientos políticos modernos también implantaron este instrumento tradicional. Ejemplos sobresalientes son los grandes festejos por la Revolución Francesa y por la Independencia de los EE. UU. En Alemania todas las organizaciones nacionales aprovecharon del mismo modo la posibilidad de actuar públicamente. En el entendimiento de aquellos actuantes estas fiestas representaban a la nación alemana. Por eso, los que querían participar de ellas, debían adecuarse al modelo cultural de formación civil de los educadores de la nación. Dentro de estas normas el primer lugar lo ocupaba “el orden”. La nación alemana no necesitaba un jefe supremo que la controlara, era capaz de organizar libremente su autonomía administrativa, sin caos y sin tumultos. Las descripciones existentes de estas fiestas lo recalcan sin excepción y los estatutos de las asociaciones participantes estaban adaptadas a lo mismo.

El pueblo era considerado parte de la nación, si respetaba estas normas. Las asociaciones corales luchaban a

favor de las canciones folklóricas, porque la mayoría del pueblo bajo no las cantaba, sino que vociferaba canciones plebeyas. Sobre esto también se quejaban la mayoría de los escritores, oradores y cantantes de la primera mitad del siglo XIX. El pueblo todavía no cantaba canciones folklóricas, había que educarlo para que se integre culturalmente a la nación.

Formación nacional como deber cultural –esta exigencia se ponía abiertamente en escena en las fiestas nacionales–. En 1859, durante las fiestas a Schiller, el pueblo alemán enalteció su unidad cultural. Schiller fue realizado como “prototipo de su nación”: “porque todos somos Schiller, porque en él vemos la forma de expresión más aguda y más clara con la que todos estamos moldeados, él es el poeta del pueblo alemán”. Su nombre oculta “la unidad nacional en un terreno puramente intelectual”: “aquí todavía existe el antiguo y sacro Reich alemán”². A Schiller se le puede adjudicar el rol de creador nacional, porque consideraba al “pueblo” como grandeza ética: “si Shakespeare trataba irónicamente al pueblo como una multitud voluble, Goethe solamente lo recreaba a través de rasgos individuales en sus escenas populares de *Egmond*. Schiller fue el primero que lo consideró como un todo en su capacidad, como el portador más digno de su brillante conductor, como lo graficaba en su poesía”³.

El “pueblo” en las fiestas a Schiller se convertía en “nación”, porque a través de su participación ordenada en la fiesta se integraba a los valores de la nación, que se veían asomar en Schiller. La nación reclamaba unidad, pero además diversidad federativa. Se elogiaba a “la Alemania multiforme y dividida, a todos estos individuos del pueblo tan distintos en su temperamento y en su dialecto y tan divergentes en sus opiniones sobre estado y religión”⁴. En las fiestas a Schiller se podían tolerar dos patrias, sin percibirlo como una contradicción: el estado propiamente dicho y el país dividido en muchos estados individuales. En Stuttgart, un concurrente a la fiesta nacional alemana y a la fiesta popular suabia, las veía iguales: “En el esplendor de la patria chica... se me presentó el esplendor de la patria grande. En mí se despertaron deseos y esperanzas en un orgulloso: ‘Aquí siempre bien Wurtemberg’”⁵. No se embanderaba solamente con la bandera nacional (negra-rojoro), sino que también se izaban las de todos los estados y ciudades y en muchos sitios flameaban las banderas de todos los estados alemanes. En Karlsruhe “también ondeaba la cruz roja de Suiza y el estandarte estrellado de los norteamericanos”. En Brunswick, una fami-



lia inglesa izó la bandera británica en su hotel y la prensa lo remarcó con aprobación⁶. En 1859 no todos los festejantes le rendían tributo a la imagen federativa de la nación alemana y al deseo de armonía entre las naciones. Pero esto no era lo frecuente, donde se notaba con más fuerza era en el sur de Alemania y en Austria.

Pocos años después de las fiestas a Schiller se llevaron a cabo las grandes fiestas nacionales de los tiradores, de los gimnastas y de los cantantes. Después de la primera de estas fiestas, la fiesta de los tiradores, en Francfort del Meno en 1862, se volvió a preguntar por el tipo federativo de nacionalismo alemán, poco antes de la creación del estado nacional que borró eficazmente el recuerdo colectivo de esta tradición. En la descripción de la fiesta hay litografías en colores que permiten ver la imagen federativa en la escenificación de la nación alemana⁷. Así se ejemplificaron de manera destacada y no sólo a través de discursos y poesías que se imprimieron con motivo de la misma.

La fiesta se escenificaba en un ambiente delimitado, sitiado por edificios y vallas, dentro de los cuales los tiradores eran responsables como representantes de la nación alemana. Los estados alemanes saludaban con sus banderas y con sus escudos, y por todas partes se veían los colores negro-rojo-oro de la bandera alemana. El salón de fiestas se había construido especialmente para este fin. No se festejaba más en una iglesia, como se acostumbraba antiguamente. La fiesta nacional era autárquica, pero mantenía un matiz religioso, ya que el salón tenía forma de cruz.

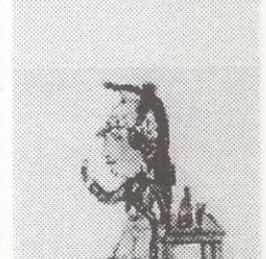
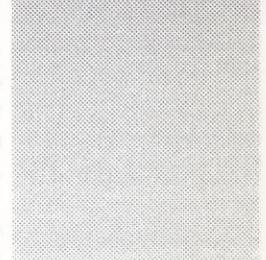
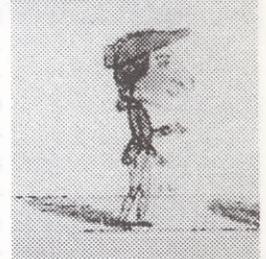
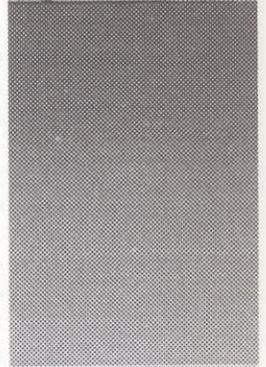
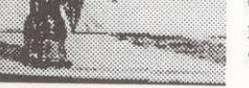
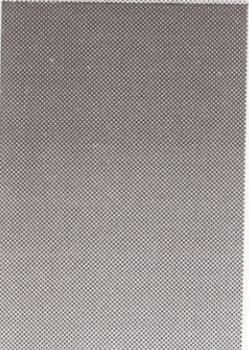
Este salón estaba encabezado por un templo de ofrendas coronado con una Germania, símbolo central de la nación alemana, y abierto políticamente a todos los ideales, desde el promonárquico hasta el republicano. Durante la revolución de 1848/49, también se lo utilizó en caricaturas. La Germania de los tiradores, de veinte metros de altura, se mostraba pacífica: sostenía la corona para el ganador, y tenía apoyados el escudo y una espada y debajo, las banderas de los estados alemanes. La descripción oficial de la fiesta la tilda de "majestuosa".

La Germania también actuó en el festival. La litografía la muestra rodeada por tiradores que le rinden homenaje. En otra ilustración le alcanza armas a los tiradores. En el festival se representó, en verso, la historia alemana desde la época de los germanos; incluida también Suiza, a través de la evocación del juramento de Rütli. Después de la guerra de los Treinta Años la historia del Reich aparece como una historia de decadencia, influenciada por "el egoísmo de los príncipes y fraccionada por el odio

entre hermanos". La decadencia de la nación recién fue detenida por la clase burguesa. Este desenlace se mostró en muchas fiestas, omnipresente también en los festivales líricos de Suabia. La nación festiva burguesa se glorificaba como una poderosa fuerza histórica, pero no se mostraba ni republicana, ni centralista. Le pedía una unión a sus monarcas en la cual el pueblo pudiera marchar al frente. Exigía su herencia histórica, aquella que era interpretada como nacional. Desde la batalla de Teutoburg hasta las guerras contra los turcos y contra Napoleón, desde Carlos el Grande hasta Blücher y el barón von Stein, pasando por el príncipe Eugenio, la historia se fusiona con un enaltecimiento de la nación, que se ve simbolizado en el "roble alemán", un "monumento fundido en bronce" que estaba en el salón de fiestas. Se esperaba que "el pueblo alemán" lo considerara "como un símbolo de adquisición de su lucha por la unidad".

Cómo se podía lograr esta unidad no lo determinaban ni la escenificación de las fiestas ni los discursos alusivos. "Toda Alemania lo debe ser" era un modelo de pedido que también resplandecía como inscripción en el "roble alemán". Pero la nación festiva buscaba el espaldarazo de los príncipes, y el salón de fiestas enfrentaba a los visitantes con la proclama por una nación federativa: "Nosotros queremos un único pueblo de hermanos", anunciaba una pancarta y prometía el carácter simbólico de los colores negro-rojo-oro, tomados como federativos, pero incorporados a los escudos de todos los estados alemanes y a las banderas de todos los círculos de tiradores, cuyos miembros aun se mostraban anticentralistas en su vestimenta. Las litografías los muestran en sus trajes típicos. La nación de los tiradores no se vestía con ropas burguesas, sino que mostraba su procedencia regional. Los tirolese y los suizos se presentaban en trajes considerados históricos. El pensamiento de la nación moderna, en ese tiempo apenas tenía cien años, se disfrazaba para rodearse de un aura histórico. Es bien visible que la historia fue escenificada como instancia de identificación. La enseñanza de la historia patria se presentaba en escena con disfraces (trajes típicos). No hacía falta testimoniarla con conocimientos históricos. La historia patria se podía interpretar con los ojos: viendo desfilar ballesteros y armas de la guerra de los Treinta Años que confirmaban el pasado nacional de los alemanes, o, cuando los arqueros y "los viejos alemanes" la remontaban hasta los tiempos de los germanos.

La nación de tiradores era masculina pero festejaba con la familia. El "pueblo unido y hermanado" llevaba a la fiesta a las mujeres y a los niños. Lo muestran las lito-



grafías y las descripciones de las fiestas, que mencionan los bailes. Las mujeres representaban sus papeles habituales. En los desfiles formaban su propio grupo, reunidas alrededor de un gran bouquet floral. Pero desempeñaban funciones oficiales en la entrega de premios y en la despedida de los tiradores tiroleses.

La fiesta nacional comenzaba en un salón cerrado pero terminaba instalándose en toda la ciudad. Una de las litografías muestra una calle engalanada con banderas. No es casual que sea la representativa calle Eschenheimer, ya que no deseaban la participación de las "clases bajas". El cobro de entrada y un regimiento de organizadores las mantenía alejadas de esta nación festiva, que entendía "pueblo" como norma de cultura y no como descripción social. En el salón de fiestas la gente vestía con trajes típicos o con ropa civil elegante, marcando así una distancia contra la entrada de personas no gratas.

Solamente en dos litografías se puede ver al pueblo mezclado con la nación activa: al retirarse los tiradores suizos, a la salida de la fiesta, está separado del resto de la nación por rejas de hierro y por su vestimenta. Mira y festeja. Apartada, fuera del lugar de la fiesta, funciona una feria, que también está representada en una litografía. En ella se ve que participantes de la fiesta, vestidos con trajes típicos, se retiran por poco tiempo para participar de los festejos de la gente que ellos consideraban menos digna. Ni siquiera en este momento de armonía y de festejo nacional se le permitía a la clase baja el acceso a la nación, que aquí quería declarar y pedir su unidad.

Berlín:
una lucha por los símbolos del nuevo estado nacional

El nuevo estado alemán surgió de tres guerras. Que no fueran guerras tradicionales, guerras de gabinete con ganancia territorial para el monarca triunfante, no hubiera sido posible sin la gran formación nacional que las precedió. Esta formación fue tan poderosa, que todos los grandes señores tuvieron que ponerse a disposición de la nación, incluso las monarquías. Lo hacían de mala gana, pero lo hacían. Cuando se creó el estado nacional —de manera distinta a la que lo hubieran querido la mayoría de los movimientos nacionales— se continuó con la formación interna de la nación, que estaba intervenida por la cultura en gran medida. Comenzó una franca lucha por los símbolos, una lucha por los adornos culturales del estado nacional. Entre 1872 y 1873 se llevó a cabo públicamente esta lucha, en la nueva capital.

En 1873 se inauguró la Columna Triunfal. El que pasa por Berlín no puede dejar de verla. Era el monumento de la Prusia triunfadora que se presentaba como estado formador de la nación militar. Fue proyectada en el año 1864 como monumento recordatorio del triunfo sobre Dinamarca, en 1866 se retocó el diseño después del triunfo sobre Austria y luego fue modificada nuevamente y erigida como monumento recordatorio del triunfo prusiano-alemán sobre Francia⁸.

En 1872, un año antes, la nación burguesa también descubrió su monumento. Hoy día todavía existe pero casi nadie lo conoce, ni siquiera figura en mi plano de la ciudad. Es el monumento a Friedrich Ludwig Jahn en el campo de las liebres⁹.

"Jahn, el padre de la gimnasia", fue uno de los héroes de la nación burguesa, y en el descubrimiento del monumento fue homenajeado como representante de ella. "Su corazón patriótico" ha colocado, a través "de la reanimación del sentimiento nacional y del fortalecimiento de la fuerza del pueblo", la piedra fundamental para el estado nacional, en contra de los príncipes. Porque él "encontró el motivo principal por el cual se mantenía a los burgueses y a los campesinos alejados de la política. Veía a la gran mayoría del pueblo sometida por la nobleza y por el clero, dentro de la burocracia débil y poco comprensible de la Confederación Germánica, obedeciendo ciegamente, moralmente ahogados, con todos sus ideales muertos y con todas las esperanzas de la remota y muy elogiada libertad alemana perdidas. Él veía que muchas dinastías alemanas se pervertían bajo el descuido del dominio francés".

El mensaje era inequívoco: la nación que se veía personificada por Jahn reclamaba su participación en el estado nacional, que consideraba obra suya: realización y preludio a lo nuevo. Se pedían más reformas y se dirigía la mirada a "todos los elementos internos antinacionales, enemigos de la formación y de la libertad del pueblo".

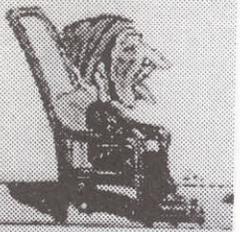
La nación burguesa festejaba "por el orden". La creciente diversidad histórica del Reich, ahora, que el estado nacional estaba creado, comenzaba a adquirir otras valencias. La comprensión entre los distintos estados era nueva, pero, durante el descubrimiento del monumento a Jahn, no ocupaba el primer plano. Los clubes de gimnasia de todas partes del Mundo enviaron piedras a Berlín para construir el pedestal del monumento. Estaban representadas las regiones alemanas en su totalidad, como también clubes de gimnasia de Buenos Aires y de Río de Janeiro, de Praga, de Aussig, de Kronstadt en Transilvania, de Washington, de Nueva York, de St. Louis, de





Pennsylvania, de Manila y Melbourne. Algunos habían sido fundados por emigrantes alemanes y se llamaban "Sociedad Alemana de Gimnasia". En este conjunto de piedras no se quería reconocer el deseo de expansión del Reich unificado. Más bien se consideró un "símbolo visible de unión entre todos los deportistas alemanes, vivieran o no en su patria". Al mismo tiempo, documentaba la diversidad estatal y cultural que continuaba en el Estado Nacional. Ahora la Nación Alemana estaba en el centro y reconocía a Prusia como primera potencia. Jahn, el "alma teutona" (Th. Nipperdey), se ofreció a ella como símbolo nacional. Que en el pedestal del monumento hubiera 63 piedras de provincias prusianas, solamente 41 de los restantes estados alemanes y 8 de Austria, mostraba en forma absolutamente evidente cuál era el centro de gravedad de la Nación Alemana.

La nación deportiva invitó a su fiesta al rey de Prusia y Kaiser (emperador) alemán, que no asistió, así como tampoco el príncipe heredero y los otros dos príncipes Hohenzoller, que habían sido invitados. Todos tenían compromisos más importantes.



La monarquía prusiana no sólo ofendió a la fiesta nacional burguesa, sino que un año después, erigió la Columna Triunfal como su propio monumento nacional. Por lo menos se lo consideró monumento de la Nación Prusiana. Ésta era una manera completamente distinta de autorrepresentación: la nación burguesa totalmente excluida de la fiesta y del monumento, en el cual estaban representados el rey y Kaiser, el príncipe heredero, otros príncipes, generales y Bismark. La nación se presentaba solamente en formación militar, como ejército, y en figuras mitológicas: Kaiser Barbarrosa, Germania y Borussia, como materialización de otros estados alemanes.



Asimismo la nación, esa nación cuya obra había sido la formación nacional antes de la creación del estado nacional, era excluida de la fiesta. Solamente había invitados, rigurosamente separados por jerarquías: en el centro la corte y el ejército, después los representantes estatales, eclesiásticos, de ciudades vecinas, lisiados de guerra, de asociaciones leales al soberano y entre otras, también, asociaciones femeninas. El pueblo se debía conformar mirando de lejos el desfile militar. En síntesis, una fiesta con un testimonio muy claro: el Estado Nacional Alemán estaba representado por el rey de Prusia y Kaiser, por el ejército prusiano y por el estado de Prusia.

En la retrospectiva ambas fiestas representan una lucha simbólica por la hegemonía cultural en el nuevo Estado Nacional. Los dos bandos, que aquí festejaron por

separado la creación del Reich, perdieron. Esto se transluce a través de los símbolos culturales. Los monumentos que erigió la monarquía a fines del siglo XIX, en gran escala, no fueron aceptados como monumentos nacionales, como tampoco lo fueron los que se erigieron para los héroes burgueses. En las últimas décadas, antes de la Primera Guerra Mundial, sobre el final del primer Estado Nacional Alemán, surgieron nuevos monumentos que anticipaban la nación populista: ni monárquicos, ni liberal-burgueses, sino que buscaban algo nuevo, distinto al Estado Nacional existente. Esto nuevo tenía que evocar el pasado, pero debía ser germano. El monumento Kyffhäuser es una expresión de ese cambio de conciencia nacional que se iniciaba. El gran monumento a Bismark, en Hamburgo, también pertenece a esa nueva generación de monumentos nacionales. Estaban planeados el monumento a la Batalla de las Naciones en Leipzig en 1913 y varios otros que no pudieron realizarse porque estalló la Primera Guerra Mundial.

Límites de la formación cultural nacional

Dicho en forma aguda y un poco exagerada: la Nación Alemana era una criatura urbana, era una creación de protestantes y era una nación de hombres.



a. El pueblo común era considerado de manera muy marginal. Los campesinos recién fueron incluidos en mayor escala en el proceso de formación nacional a fines del siglo XIX, igual que en Francia. Esta dilatación en la formación nacional alemana fue muy poco investigada. Tanto en Alemania occidental como oriental debe haber habido inhibiciones ideológicas para esto. En ambos lados las organizaciones nacionalistas masivas de fines del siglo XIX, eran consideradas exclusivamente instrumentos de manipulación del viejo poder aristocrático, que quería impedir la democratización. Fueron principalmente historiadores americanos e ingleses los que demostraron que estas organizaciones de nacionalismo agresivo, tanto interior como exterior, no fueron totalmente devotas ni esclavas del Estado, sino que en parte expresamente opositoras y ampliadoras de la participación política y cultural para una extensa franja de la población. Para entender este nacionalismo agresivo de fines del siglo XIX y principios del siglo XX, hay que reconocer que esta ampliación de las oportunidades de participación no responde sólo a fines democráticos, sino también a objetivos antidemocráticos (antiparlamentario, antisemita). Este nacionalismo antidemocrático



fue el que finalmente consiguió incluir, en mayor escala, a los campesinos en la formación nacional.

b. El movimiento nacional alemán siempre sostuvo que era religioso por encima de todo. Sin embargo su cultura estaba totalmente acedada por el protestantismo. En las fiestas nacionales se cantaban canciones protestantes, se honraba a Lutero, se evocaba la Reforma vinculándola a la revolución alemana y se enaltecía la victoria militar sobre el ejército francés en 1870, como una victoria del Dios protestante sobre el católico, que no había podido ayudar a los franceses, ni anteriormente a los austríacos. En 1871, para festejar el aniversario de ese triunfo, todas las sociedades corales cantaron el canto de alabanza del protestantismo: Una patria sólida es nuestro Dios. Un cura católico, que en 1859 durante los festejos a Schiller, se negó a cantarlo en su iglesia, lo denominó "la Marsellesa de los protestantes"¹⁰.

El concepto alemán sobre nación estuvo atravesado desde un principio por una fuerte distancia cultural entre protestantismo y catolicismo. A fines del siglo XVIII, cuando exploradores del norte de Alemania publicaron trabajos realizados en el sur católico, lo hicieron como etnólogos que habían descubierto tribus desconocidas: extraños en su actitud, poco instruidos, pensamientos mágicos —precisamente católicos—¹¹. Los católicos, por su lado, tomaron distancia del nacionalismo moderno con más intensidad y por más tiempo que los protestantes. Muchos católicos percibieron que el nacionalismo obraba como una especie de religión secular. Lo valoraron como un fenómeno de la secularización general, lo cual no los hizo inmunes, pero fortificó su rechazo. Finalmente el catolicismo alemán no pudo eludir al proceso de nacionalización, pero mantuvo una determinada distancia. En la Primera Guerra Mundial todavía llaman la atención las diferencias entre prédicas de guerra de católicos y de protestantes.

A la historiografía alemana, le pasó inadvertida por mucho tiempo la discrepancia, dentro del movimiento nacional, entre el autorretrato ultrarreligioso y la inoculación protestante. Hoy día aún no es un tema importante para muchos historiadores. El fundamento protestante de la historiografía alemana es sólido y duradero.

c. Como en toda Europa, en Alemania, la nación moderna surgió prioritariamente como un pensamiento masculino, celebrado por hombres. La nación prometía igualdad ciudadana, pero las mujeres no tenían los mismos derechos. Eso era muy claro y no daba lugar a discusiones. Los miembros de una sociedad coral o de gimnasia siempre eran hombres, nunca mujeres, y menos

aún entre los tiradores. En 1846 hubo una gran fiesta de gimnasia en Heilbronn y el orador que pronunció el discurso de apertura, como eran tiempos muy difíciles, dijo: "Nuestra época exige individuos, hombres, hombres íntegros. Hermanos, aquí tienen resumida vuestra tarea en tres palabras, que muchos todavía no quieren entender: individuos, hombres, hombres íntegros"¹².

Pero no quedó así. Aquí está demostrado nuevamente que el concepto de la nación era igualitario por principio, aunque la nación masculina lo quería rechazar. A la larga no podría ser excluido ningún grupo que prometiera igualdad de derechos, salvo por expulsión total de la nación. El movimiento feminista alemán utilizó la proclama de igualdad de derechos en su favor. Estaba impregnado de nacionalismo y en la Primera Guerra Mundial vio, en la democracia social, la oportunidad de obtener la tan ansiada igualdad de derechos dentro de la nación alemana. Como recompensa de su participación en "el frente", en Alemania, las mujeres obtuvieron el derecho al voto y en Francia un lugar en la conmemoración de los difuntos, porque la guerra nacional exigió que la nación honrara a todo muerto por igual. La "nacionalización de la muerte" había comenzado en Francia con la Revolución Francesa y alcanzó su punto máximo en la Primera Guerra Mundial. Naturalmente la igualdad de derechos de la guerra y de la muerte en la guerra sólo fue un mito, pero, según acuerdo de todos los investigadores, un mito democrático. A este mito pertenecían la igualdad y la libertad, como también la secularización de la esperanza cristiana de redención. A través de esta conmemoración colectiva, la nación le otorgó inmortalidad a todos los muertos por la patria, garantizada por los "altares de la patria" que se erigieron en homenaje a ellos. Esta igualdad de derechos, en la conmemoración de la muerte y del sufrimiento por la patria, alcanzó también a las mujeres. En Francia, fue después de la Primera Guerra Mundial y en Alemania, si no me equivoco, recién después de la Segunda Guerra Mundial. Cerca del monumento a Jahn podemos ver el monumento a las mujeres que trabajaron en la remoción de escombros. Es más pequeño que el monumento a Jahn, y ninguno de los dos puede competir, ni de lejos, con el tamaño y la ubicación de la Columna Triunfal. En lo antedicho se puede reconocer cómo terminó —por ahora— la lucha cultural por los símbolos de la nación ■

Traducción: Ingrid C. Specht

Notas

1. P. A. Pfizer, *Reflexiones sobre derecho, estado e iglesia*, Stuttgart 1842, p. 288, demostrado por M. Meyer, *Libertad y poder. Estudio sobre el nacionalismo de los alemanes del sur, principalmente los liberales de Baden 1830-1848*, Francfort, 1994, p. 196. Pude exponer una primera colaboración sobre este tema en un texto presentado en el curso de científicos de Berlín, en una rueda de colegiados. Agradezco mucho todos los llamados recibidos.
2. Las fiestas a Schiller, en *Diario de la mañana para lectores ilustrados*, 1859/2, pp. 1085-88. Las fuentes se las agradezco al trabajo magistral de Tübinger de Andreas Baisch, las fiestas a Schiller del año 1859 en el dictamen de la formación liberal del pueblo, 1995.
3. M. Carriere, discurso solemne en Munich, en: *Monumento a Schiller*. Edición extraordinaria, tomo 2, Berlín, pp. 5-21, aquí p. 12.
4. *Sobre tierra y mar. Diario general ilustrado*, Stuttgart 1859/2, p. 754.
5. *Diario de la mañana para lectores ilustrados*, 1859/2, p. 1149.
6. Baisch, p. 50 y siguiente.
7. La fiesta general alemana de los tiradores en *Francfort del Meno*, julio 1862. Un álbum. Con utilización de escritos del comité central, publicado por el Dr. Heinrich Weismann. Con reproducción de 23 placas. Con la colaboración de varios escultores dibujados por Ferd. Carl Klimsch, Francfort del Meno 1863. Todos los derechos de la obra con el autor.
8. W. Wassermann, Descubrimiento del monumento a la Victoria en Berlín el 2 de septiembre de 1873. Reproducción completa de la historia y realización del monumento, de sus relieves y pinturas, así como de las festividades de su descubrimiento, Berlín 1873. Sobre la Columna Triunfal existe mucha literatura, pero que no admite la relación con el monumento a Jahn.
9. C. Euler, El monumento a Jahn en el campo de las liebres en Berlín. Una representación completa de su historia y descripción de las festividades realizadas para su descubrimiento el 10 y el 11 de agosto de 1872, Leipzig 1874 (*suplemento del Diario alemán deportivo 1873-1874*).
10. *Diario eclesiástico protestante para la Alemania evangélica*, 1859, p. 1134 y siguiente.
11. H. Schmidt, *Viaje a través de las provincias alemanas entre la instrucción tardía y el romanticismo nacional y el problema de la variación cultural*: Friedrich Nicolai, Kaspar Riesbeck y Ernst Moritz Arndt, en: H. Berding (editor), *Conciencia nacional e identidad colectiva*, Francfort 1994, pp. 394-442.
12. Citado según D. Langewiesche, "... pareced fuertes para el pueblo y la patria..." Para el rol político y social de los gimnastas entre 1811 y 1871, en: O. Grupe (editor) *¿Propiedad cultural o cultura física? El cambio en el deporte y en la ciencia deportiva*, Tubinga 1990, pp. 22-61, aquí p. 43.
13. R. Koselleck y M. Jeismann (editor), *El culto político a los muertos. Monumentos a los muertos en la guerra, en la actualidad*, Munich, 1994.

Entrevista



Historia, tradición e identidad política en el Brasil Entrevista a José Murillo de Carvalho

Jorge Myers*
Elías Palti*

José Murillo de Carvalho recibió su doctorado en ciencia política de la Universidad de Stanford (California) y ha hecho contribuciones notables a la historia política de Brasil. Ha publicado *A escola de Minas de Ouro Preto: o peso da glória* (1978), *A construção da ordem: a elite política imperial* (1980), *Os bestializados: o Rio de Janeiro e a República que não foi* (1987), *Teatro de sombras: a política imperial* (1988) y *A formação das almas: o imaginário da República no Brasil* (1990). Recientemente se encontró en nuestro país con motivo de la aparición en castellano de este último libro, el que ha sido publicado por la Universidad de Quilmes.

— Para comenzar, podría contarnos cómo surge *A formação das almas*.

— Mi formación es sobre todo en historia política (he obtenido mi doctorado en los Estados Unidos), pero mi trabajo ha sido principalmente acerca del siglo XIX, el primer siglo de la historia independiente de Brasil. Y en este periodo el problema fundamental ha sido el de la formación del Estado brasileño. Yo pienso que un problema común a todos los países de América Latina en este periodo inicial, por causa de la independencia,

era, parafraseando a Marx, el problema de la acumulación primitiva de poder. Este problema general en Brasil tuvo sus especificidades respecto a otros países debido a su sistema monárquico de gobierno que era único en América. Pero a este problema de la formación del Estado se le añadió otro a fines del siglo pasado con la introducción de la República: el de la formación de la Nación. Yo creo que en otros países de América Latina, los de origen español, las luchas por la independencia y las guerras civiles durante todo un siglo habían creado una relación entre Nación y Estado más próxima que en Brasil. En Brasil la formación del Estado estuvo separada de la formación nacional precisamente porque debido a la monarquía hubo una transición relativamente pacífica si se compara con los otros países de América española. Entonces, en el caso de Brasil, el problema de la formación de la Nación, de la construcción de una identidad nacional, cobró fuerza a fines del siglo pasado, con la quiebra de la monarquía y especialmente con el fin de la esclavitud. Esta era otra característica que teníamos en común con Cuba pero no con otros países hispanoamericanos. El fin de la esclavitud colocó el eje del problema en la incorporación de los antiguos esclavos en la sociedad brasileña; y el fin de la monarquía instaló el problema de cómo introducir nuevos valores políticos en Brasil. Fue

* U.N.QUI.

al completar mi estudio del siglo diecinueve –que se concentraba en comprender cómo el Estado estaba constituido en Brasil– que surgió para mí como problema la cuestión de cómo se había construido la nación, de cómo se podía relacionar la Nación con el Estado de una manera más intensa. Este es el tema de mis dos libros que tratan del inicio de la República en Brasil. Con la instauración del nuevo régimen republicano hubo una transformación muy importante desde el punto de vista político, aunque no desde el punto de vista social. Este régimen tuvo dificultades para implantarse y para desarrollar una nueva lealtad en la población. Porque en Brasil, y esto es típico también de este país, en la introducción de la República no hubo una revolución social. Incluso, si bien hubo transformaciones respecto a su sistema político, las mismas se produjeron de un modo relativamente pacífico. Hubo, sí, algunos años después revueltas, y una guerra civil, pero en el proceso mismo de implantación de la República no hubo participación popular. En este sentido, la República tuvo que crear mecanismos para suscitar una lealtad política en la población que hasta entonces tenía valores más tradicionales –valores religiosos y, en algún sentido, valores monárquicos. Lo que yo hago en mi libro, que ha sido traducido ahora al castellano, es discutir estos mecanismos, estos instrumentos de convencimiento y persuasión de la población, en tanto servían para conquistar no solamente sus mentes, sino también sus corazones, para el nuevo régimen y para llevarlos a identificar el mismo con la Nación. Yo creo que este es un proceso típico de Brasil.

– A partir de lo que dijo quisiera notar lo que percibo como un cierto cambio en

su trayectoria intelectual. En su tesis doctoral su planteo era un poco distinto. Hablaba allí de un divorcio entre el Estado y la sociedad civil, y el énfasis estaba entonces puesto no en ver cómo desde el Estado se difundían ciertos valores y se creaba un sentido de nacionalidad, sino en cómo desde el Estado se creaba una sociedad civil, a la que se la consideraba inexistente. Cuando se pasa al período republicano parece que se invierte esta relación. La sociedad pasa a ser un ámbito bastante convulsivo, pero, en todo caso, fuente de transformaciones, mientras que el Estado se torna una instancia que, además de sumamente excluyente, no acierta ya a canalizar energías dinámicas que ahora provienen de la propia sociedad. Se instalaría ahora una fisura que separa al Estado de una categoría nueva, que antes no aparecía, la Nación.

– Creo Elías que tienes razón. Sin duda, durante el Imperio, y esto guarda relación con la existencia de la esclavitud, el problema de la Nación no aparecía con fuerza; era una relación entre el Estado y la sociedad. Todo el esfuerzo del Estado pasaba por tentativas de control político y administrativo. El problema era cómo el Estado conseguiría encuadrar a la sociedad. Esta era una cuestión relacional que se vinculaba con la racionalización, con la modernización, pero no con los elementos afectivos que involucran la idea de Nación. Por otra parte era difícil que esta última relación apareciera, a causa de la esclavitud. Los esfuerzos del gobierno Imperial, en el sentido de cooptar sectores sociales, pasaba exclusivamente por sectores de la élite. Entonces controlaba las escuelas [superiores], el Instituto Histórico, pero esto no decía nada respecto a qué pasaba, por ejemplo, con la escuela primaria: no había allí una "educación cívica". Yo creo que sólo con la instauración de la República surgió el problema de la na-

ción en Brasil. De allí el recurso a símbolos y metodologías políticas que antes no existían, porque no existía esta necesidad de hablarle a la población y forjar una identidad. El único factor que durante el Imperio tuvo una incidencia fuerte en la formación de una identidad nacional fue la Guerra con el Paraguay. La independencia no tuvo este impacto, como sí la tuvo en Argentina. El mito fundador por excelencia, Mayo, es muy fuerte en Argentina, forma parte del imaginario político de este país. En Brasil esto no es así.

– Sin embargo, es sugestivo el hecho de que en el siglo XIX el tema de la nacionalidad en Brasil fuera muy fuerte en su literatura. Basta citar O Guarani de Alencar. No hay nada parecido en ese período en la Argentina, cuya literatura, en cambio, va a estar cruzada por la política. En Brasil la política sólo va a aparecer, para utilizar su expresión, como un mero "teatro de sombras".

– Este es un tema que, en realidad, apareció entre la élite. Lo que había en Brasil eran, por decirlo así, relaciones imaginadas –imaginadas por la élite– que incorporaban imágenes como la del indio, que estaban absolutamente romantizadas; y yo creo que una Nación más real, y no solamente imaginada, apareció en Brasil únicamente con Vargas. Por primera vez hubo una política oficial efectiva de incorporar sectores de la población al sistema, –no al político, pero sí al social. Esta es una diferencia fundamental, porque en Brasil el problema republicano de afincar raíces en el imaginario de la población, de lograr que la identidad política dominara a otras formas de identidad, estaba obstaculizado por la existencia de ideas racistas que eliminaban a una gran parte de la población (que si se incluye a los mestizos, llevaba a excluir a más de la mitad de

la población). Este divorcio no solamente entre el Estado y la Nación sino también entre los intelectuales y el pueblo fue solucionado solamente luego del '30.

– En La formación de las almas, Ud. emplea una matriz interpretativa que postula una fuerte "sectorialización" del imaginario republicano en Brasil. Mientras que la élite gobernante de la República parecería haber podido plasmar su identidad en un imaginario republicano (o en varios de ellos), ella en cambio habría fracasado en su intento por plasmar un imaginario republicano popular. ¿Cómo se habría producido esta suerte de bifurcación en el destino de estos imaginarios? ¿Es que el pueblo seguía afeerrado a otros imaginarios no republicanos? ¿Seguía marcado por formas culturales o creencias tradicionales? ¿O bien es que lisa y llanamente no se desarrolló un imaginario popular, que en Brasil el pueblo no se constituyó como una comunidad de sentido (en la definición de Bronislaw Baczko)? ¿O residiría la respuesta más bien en una mezcla de ambas hipótesis?

– Es una buena pregunta. Yo creo que efectivamente hay una mezcla. Existían valores tradicionales que se oponían a (o eran distintos de) valores republicanos como el progreso o, particularmente, la secularización. Es por eso que cuando discuto la formación de un héroe republicano, se aprecia que éste sólo pudo tener éxito cuando arraigó en valores religiosos tradicionales. Se utilizó un imaginario religioso muy fuerte, preexistente, con el que pudo acoplar, y eso le permitió tener éxito. Además, como no hubo participación política, no había realmente en Brasil un pueblo político. El pueblo no formaba, por ello, una comunidad de sentido política. La República quería pues arraigar en los valores populares, cuando al mismo tiempo no per-

mitía la participación política. Así, la República de algún modo derrotó sus propios objetivos, ya que lo esencial para su consecución era crear una comunidad de sentido política que era entonces inexistente.

— *Respecto a la historia política más reciente de Brasil, ¿cree Ud. que en algún momento, y de algún modo, esta forma de identidad nacional revirtió sobre lo político y afinó en la cristalización de una "comunidad de sentido" entendida ya en términos estrictamente políticos? Y si esto ocurrió (dado que atribuye parte de la debilidad del sistema institucional brasileño al fracaso de la República Velha en afincar valores en la sociedad), ¿puede relacionar esto con la afirmación del sistema democrático que parece estar teniendo lugar en estos años?*

— *Quisiera hacer una acotación a esta pregunta. Tengo la impresión de que un tema central en toda su reflexión histórica es el de la legitimidad del orden político, y específicamente, el de la legitimidad que ha podido lograr este orden republicano. Quisiera preguntarle si éste ha podido en los últimos años consolidar algún tipo de legitimidad mayor que la que se ve en el período estudiado en sus textos, y si no es así, ¿por qué?*

— Yo creo que uno de los problemas más importantes en todos los países, no solamente en Brasil, es la relación entre diferentes identidades colectivas. Se puede tener una identidad muy fuerte en algunas áreas, por ejemplo, en la religión, pero no tener una identidad política. También, naturalmente, es posible que haya identidades políticas conflictivas, como es el caso de España, en que existen distintas nacionalidades dentro de un mismo Estado. No es el caso en Brasil. Yo creo que en Argentina es más fuerte la presencia de identidades políticas conflictivas, con un republicanismo y un populismo que parecen cuestionar el

sistema representativo. Existe, al menos, un conflicto de modelos políticos distintos. Yo creo que en el caso de Brasil no hay una identidad política nacional. Creo que el fútbol es un factor que une a los brasileños más que la política. La religión católica era otro factor, pero ahora ha perdido mucho terreno con relación a las iglesias protestantes (pentecostales fundamentalmente). Hubo un esbozo de tal identidad política nacional, sin duda, a partir del proceso de democratización. Pero yo diría que es todavía muy frágil. La legitimidad del sistema político es endeble. Las encuestas, por ejemplo, muestran un rechazo muy fuerte de lo político y de los políticos. Hay una imagen muy negativa, por ejemplo, del Congreso. Para el pueblo, los políticos son todos corruptos. Diría, pues, que la lealtad al sistema político es quizás más vaga que en Argentina, y ciertamente que en Uruguay. La razón es, entiendo, que el sistema que más contribuyó a crear una identidad nacional fue el de Vargas. El suyo fue sin duda un sistema autoritario, pero tuvo al menos el mérito de crear un sistema de derechos sociales bastante eficaz. Hoy, según el resultado de las encuestas, para buena parte de los brasileños los "derechos" son, básicamente, los "derechos sociales" (educación, empleo, salud). Casi nadie menciona poder votar (2 ó 3 % en Río de Janeiro). El voto lo ven más como una obligación que como un derecho. Y los derechos civiles también aparecen con poca fuerza, con más fuerza que los políticos, pero con menos que los sociales. Hay allí un problema de cultura política que no favorece la lealtad a un sistema democrático en cuanto pone mucho énfasis en el Ejecutivo y en la acción del Estado. Hay una visión, diría, paternalista del gobierno. Creo, en fin, que esta identidad de sentido política en Brasil es

aún en gran medida una tarea a realizar. Parafraseando a Marshall podemos decir que si el problema del siglo XIX fue el de construir el Estado, y en la primera mitad del siglo XX fue el de construir la Nación, ahora es el de construir la sociedad. Y no sé si no es necesario hacer como hizo Vargas, apelando para ello al nacionalismo. Aunque sin apelar a los elementos emocionales que la idea de la Nación suscita, esto podrá resultar sumamente difícil.

— *Aparece una frase al final de la introducción que Ud. escribió para Os Bestializados, que es muy llamativa por la belleza de la formulación, pero que es también en algún grado problemática. Esta frase parece enunciar algo así como una visión general de la tarea del historiador. Textualmente, dice: "La historiografía es aquí una vez más, proyección del presente e instrumento para una tentativa de construcción de la historia. Decían los positivistas que los muertos gobiernan a los vivos, el pasado al presente. Al releer la historia con los ojos de hoy tal vez pudiésemos decir que los vivos, al intentar reconstruir el pasado, intentan gobernar a los muertos bajo la ilusión de poder gobernarse a sí mismos. O, en versión pesimista, con la frustración de no poderlo hacer". Desearía que Ud. ampliara esta reflexión, y que la relacionara con los debates historiográficos actuales, que han estado conmoviendo todos los ámbitos de la disciplina en los últimos años.*

— Es una pregunta muy compleja, particularmente en lo que dice respecto al papel del historiador. Como la mayoría de los historiadores, estoy un poco perplejo ante este proceso de globalización y respecto a cuál sería en el presente nuestro rol. Me pregunto si los historiadores tenemos un papel o no? Hay corrientes hoy en la historiografía que le niegan a los histo-

riadores cualquier función, y que dicen que el pasado es algo que debe ser olvidado, que no tiene ninguna importancia para el presente o para el futuro. Pero en esta enorme confusión que predomina en la historiografía reciente, ésta parece ser, para nosotros en América latina sobre todo, una pregunta muy crucial. Mi posición personal es que sí tienen los historiadores un papel, pero que éste no tiene que ver ya con aquella idea del siglo pasado que consideraba que la historia era algo que se podía constituir como tal. Al contrario, la historia depende realmente de los intereses actuales y se reescribe constantemente. Y un problema que me preocupa es que la historiografía brasileña, y yo creo que la historiografía universal, estuvo totalmente dominada por el problema del Estado, y por el problema del Estado-nación. Aquello que daba "enredo", "emplotment" —este es un término de Hayden White—, a la historiografía, aquello que le imprimía un sentido, fue a partir del siglo XIX el papel central que se le adjudicaba al Estado-nación. Buena parte de la historiografía estuvo relacionada con el problema del Estado-nación. Sin duda lo estuvo la historiografía brasileña, y creo que en la Argentina también era éste el tema central. Era éste el que le daba una unidad a la historiografía. Creo que esto deberá cambiar necesariamente, y que ya está cambiando, de modo que se volverá necesaria otra manera de "entramar", como dice White, a la historiografía. Una posibilidad, naturalmente, sería la posición totalmente anarquista, que postula que no hay ningún "entramado", que se estudian los problemas, los temas, sin ninguna preocupación. Sin embargo creo que siempre habrá algún tipo de meta involucrada en este esfuerzo. Y mi posición es que quizás el tema central que hoy podría sustituir el papel del Esta-

do como "enredador" o "entramador", en el sentido de crear un "emplotment", una "puesta en trama" o "entramado", sería el problema de la construcción de la sociedad. Esta quizás sería una manera de crear este nuevo "emplotment", lo que podría quizás guiar un poco el esfuerzo de los historiadores. Es una perspectiva que no prescinde enteramente del Estado-nación, sino que lo coloca en perspectiva. Sin duda, tal perspectiva también va un poco en contra del fortalecimiento de los nacionalismos. Porque la creación de los nacionalismos ha tenido y tiene un costado muy represivo, ya que si contribuyen a crear una identidad política colectiva, al mismo tiempo propenderán a opacar o esconder los conflictos internos, y yo creo que hoy hay que prestar mucha atención a los conflictos internos. Por ejemplo no hay que invocar ahora al nacionalismo en Brasil para reprimir a los "Sin Tierra". Hoy esto sería un uso absolutamente inadmisibles, constituiría lisa y llanamente un instrumento nacionalista ilegítimo. Hay algunas personas que intentan utilizar este tipo de procedimiento, pero yo creo que para un historiador esto sería hoy algo inadmisibles. Esta es, en síntesis, mi opinión acerca de qué temas deberían trabajar los historiadores, en qué sentido deberían trabajar, y que tipo de "metahistoria" debería estar presente en su propio trabajo.

— Nos interesaría ahora que nos describiera sucintamente los temas en los que ahora está trabajando, y que nos explique —a grandes rasgos— el desarrollo que piensa darle a su investigación actual.

— Yo trabajo dos temas aparentemente distantes entre sí, pero que creo que realmente no lo están tanto. Uno es el tema de los derechos civiles, en el sentido con que antes me refería a ellos. Mi diagnóstico de la situación

de la democracia en Brasil hoy día es que lo que nos falta, lo que nos hace falta, son los derechos civiles. Es un poco extraño, ya que son derechos del siglo XVIII, pero yo creo que en Brasil las cosas sucedieron de una manera completamente distinta a lo que se dio en Argentina. En Brasil hay una conciencia de los derechos sociales, y hay también una conciencia muy pequeña de los derechos políticos. Es sin embargo la cuestión de los derechos civiles la que realmente pone de manifiesto que la democracia es todavía frágil en Brasil (Esta cuestión la he discutido en un libro que también fue publicado en castellano, sobre el desarrollo de la ciudadanía en Brasil). Si la gente no tiene compromiso con el sistema, si el sistema no garantiza cosas elementales como sus derechos civiles: entonces no habrá una lealtad muy fuerte respecto al sistema. Seguramente no es la política la que ofrece este elemento. El desarrollo económico podría hacerlo, pero si la existencia de esa lealtad dependiera de los momentos de fuerte desarrollo, ella seguramente desaparecería al producirse una crisis económica. Esta es una preocupación que tiene que ver no solamente con la conciencia de los derechos, con la enseñanza de los derechos, sino con la cultura política, que aparece involucrada en esta problemática de cuáles son las relaciones entre los diferentes derechos —y en particular los nuevos derechos— que aparecen. Ella implica también la discusión del poder judicial en Brasil, y de la policía, que son los instrumentos que garantizan, o no, estos derechos y en este caso, en nuestro caso, no los garantizan. Esto por un lado. Por el otro lado me preocupa también la discusión actual en materia de historia intelectual. He vuelto a la canteira del siglo pasado para discutir algunos autores que son considerados o

que podrían ser considerados— como las matrices del pensamiento conservador en Brasil. El aspecto central que a mí me interesa es la cuestión de cómo estos pensadores veían la relación entre el Estado y la sociedad, cuestión que tiene que ver con nuestra tradición ibérica, y que se condensa particularmente en la idea del Estado como pedagogo político. Es cierto que para estos pensadores conservadores que estudio, semejante práctica por parte del Estado no podía presentarse como "natural, y sin embargo existe una tradición de que el Estado sea el pedagogo, y aún el pedagogo de la libertad. Es una cosa muy extraña para pensadores liberales. La idea de un Estado que ejerce una pedagogía de la libertad es una contradicción para los liberales del siglo pasado, y lo es también para cualquier liberal moderno. No obstante yo creo que esto está muy fuertemente presente en la tradición política brasileña, e incluso en cierto tipo de prácticas, de relación entre el Estado y la población o el Pueblo. (Por ejemplo, un tema que estoy trabajando —sobre el cuál existen ya dos o tres estudios, entre ellos el de una socióloga, Elisabeth Reis, que ha estudiado las cartas enviadas a los Ministros durante el gobierno militar— es el de las cartas que la gente escribía a los funcionarios del Gobierno. En mi caso, estudio las cartas que durante el inicio de la república la gente enviaba a los ministros. Estas cartas revelan mucho acerca de las expectativas de la gente en relación al gobierno, y en consecuencia muestran la cultura política que esas expectativas involucraban). Yo creo que este estilo de pensamiento conservador no es muy común en América latina, y creo además, aunque puede ser que esté equivocado, que existe una división más clara que en otros países. En Brasil, hay liberales y hay

conservadores. Los conservadores quieren conservar, quieren evitar la reforma, y los liberales quieren hacer la reforma. Pero también está ese tipo de gente que Víctor Hugo llamó "liberales conservadores", que se quedan un poco en un medio término entre conservar y reformar y que quizás piensen que hay que reformar para conservar. Para ellos el Estado no tiene el papel simplemente de reprimir y de conservar, sino que tiene también el deber de hacer transformaciones. Es en relación a esta posición que aparece incluso esta idea que un pensador colocó muy precisamente: la del "pedagogo de la libertad". El Estado debe tener más influencia sobre la población para así poder liberarla del poder privado. El poder privado es más peligroso, es más dañino, que el poder público, que está más cerca de la gente. Esto en el Brasil del siglo diecinueve tenía mucho sentido, porque cuando el Estado entraba en el dominio de los terratenientes, efectuaba una suerte de liberación. Me interesa enfocar de un lado el Estado, los pensadores del Estado, y del otro la población, la gente. Este es el tipo de preocupación que me ocupa actualmente.

— Ud. ha señalado la precariedad que tiene el sistema institucional en este momento, y ha enfatizado que ello se debe a que sigue siendo un orden muy poco integrativo en cuanto a la difusión de los derechos civiles, etc. Vinculando el enfoque que Ud. le da a esta situación con su producción historiográfica, veo que existe un énfasis recurrente en identificar la estabilidad de un régimen con las capacidades integrativas de un sistema institucional. Ahora uno se puede preguntar también si todo orden institucional supone también siempre una combinación de integración y coerción. ¿No tiende este énfasis exclusivo en el carácter, en la necesidad de in-

tegración social del estado, a obviar este otro componente la coerción, que se manifiesta como violencia privada pero también como pública— que es siempre inherente a todo ejercicio de poder?

— Creo que ciertamente ha señalado una cuestión importante. Yo mencioné en relación a la ideología conservadora del Estado, la noción del Estado como pedagogo. En algunas ocasiones en el gobierno de Vargas, por ejemplo— ese Estado hizo un esfuerzo muy grande por incorporar a la gente, pero es curioso que en ese mismo momento la coerción era utilizada paralelamente. Incluso yo creo que Vargas utilizó un tipo de derecho contra otro. Por ejemplo la ampliación de los derechos sociales fue utilizada como una compensación por la ausencia de los derechos políticos, y de algunos derechos civiles importantes. De modo que esta es una maniobra que los gobiernos hacen muy frecuentemente en Brasil. En los gobiernos militares por ejemplo, la misma práctica de Vargas fue empleada. Los gobiernos militares ampliaron mucho más los derechos sociales, al tiempo que instituían la coerción política en Brasil. En gran medida, la visión que la gente tiene del Estado permanece ésta, sin embargo. Es muy grande por ejemplo el odio contra la policía en Río, pero la gente al mismo tiempo pide que haya policía, quiere la policía, porque es un problema fundamental la garantía de los derechos. Entonces, de lo que aquí se trata, es de la necesidad del Estado. Es algo que no está puesto en discusión en Brasil. No se puede pensar en un Estado liberal clásico, ya que ésta es una noción que va contra la tradición de la élite y de la población. Pero sí constituye un problema la naturaleza de ese Estado. Yo creo que la violencia privada de alguna manera se transportó al Estado —y hasta cierto punto,

en algunos estados del norte, del nordeste, la violencia estatal es un instrumento de la violencia privada. En cierta medida se ha producido una privatización de funciones estatales, en beneficio del poder privado. En consecuencia yo creo que un problema central es la necesidad de restaurar el Estado público, de desprivatizar el Estado que fue en muchos sentidos privatizado —no sólo en el sentido de la violencia, sino también en un sentido económico. Durante los gobiernos militares grupos económicos poderosos se apropiaron de los mecanismos de decisión del estado a esto se refería hoy el presidente Cardoso cuando hablaba de los "círculos" burocráticos (Creo que esta es la frase que utilizó). Este es un proceso que hoy está en el centro de la transformación política en Brasil, tornar el Estado en público, desprivatizarlo —en lo que se refiere a la violencia, pero también en lo que se refiere a la política económica. El gobierno de Cardoso es un poco ambiguo en esto, aunque en la propuesta de gobierno está esta idea, en relación a la educación primaria por ejemplo. Se le está dando mucho énfasis a la educación primaria, y también se ha comenzado últimamente a enfatizar los derechos humanos. Entre otras medidas, se publicarán manuales de derechos humanos, y se ha creado una agencia central para que tenga a su cargo este tipo de asunto. La política práctica, en cambio, está mucho más volcada hacia la liberalización económica. Quizás en el segundo mandato de Cardoso se dará más importancia a estos aspectos. Así lo creó, aunque ello no resultará fácil en Brasil. En lo que se refiere a la violencia estatal, ya aparecen algunos cambios. Si se hace referencia al gobierno federal, esta cuestión está mas o menos resuelta. No hay ninguna connivencia del go-

bierno federal en relación a este tipo de violencias privatizadas. En los gobiernos estatales, o municipales, por el contrario, es un problema muy serio. Y nuevamente, el gobierno federal interviene como un mecanismo de mejoría de la libertad.

— Cuando me refiero a violencia no me refiero sólo a la violencia física. También aludo a que el mismo proceso de desarrollo económico genera exclusiones que son, además, inherentes a este modelo de crecimiento. Uno tiende a pensar que en la medida en que la exclusión forma parte necesaria de ese proceso, la violencia también tiende a manifestarse de distintas formas. No me refiero a la cuestión de cuál es la voluntad de cada uno de los actores, sino a cuál es la dinámica objetiva del proceso.

— Esta es una "million dollar question".

Realmente es un problema. Pienso además que lo es no sólo para nosotros en América latina, sino para los europeos también y un problema muy serio. La violencia involucrada en el proceso de globalización, que se manifiesta por ejemplo en el desempleo, es algo para lo cual ellos tampoco tienen respuesta. ¿Será posible una acción del Estado para evitar o para reducir esta violencia? ¿Qué tipo de política económica se puede hacer que no sería demasiado conflictiva para el movimiento internacional de globalización y de circulación de los capitales? Nuestra tradición podría tener, quizás, ciertas ventajas para desarrollar mecanismos de solución en comparación por ejemplo con países de tradición más liberal. Porque hay en nuestros países una tradición de intervención del Estado más fuerte. Pero realmente no sé la respuesta ■

revista andina

RECURSOS NATURALES ANDINOS

Revista Andina N° 29

Estudios y debates

Conflictos de distribución ecológica

Joan Martínez-Alier

Comentarios Enrique Leff y Roxana Barrantes

Pobreza y manejo adecuado de los recursos en la amazonia peruana

Antonio Brack

Comentarios Liliam Landeo, Marc Dourojeanni

y Hugo Villachica

Artículos, notas y documentos

La fonología del idioma Mochica en los siglos XVI-XVII

A. Torero

Sexo, pintura de los incas y Taqui Ongoy. Escenas de la vida cotidiana en el Cuzco del siglo XVI

Henrique Urbano

Sustentabilidad ambiental urbana en América

Roberto Fernández

Los fondos ambientales nacionales como mecanismos financiero para la gestión ambiental: capitalización y conversión de deuda, éxitos y debacles

Aljandro Camino

Agroforestería en los Andes

Annette Salis

Crónicas bibliográficas

Reseñas

Distribución Central

Carlos Alayza y Roel 2626

Lince, Lima

Telefs: (51-1) 442-9992 441-9610

Correo Electrónico: postmaster@ebelim.inv.pe

Distribución en la República Argentina

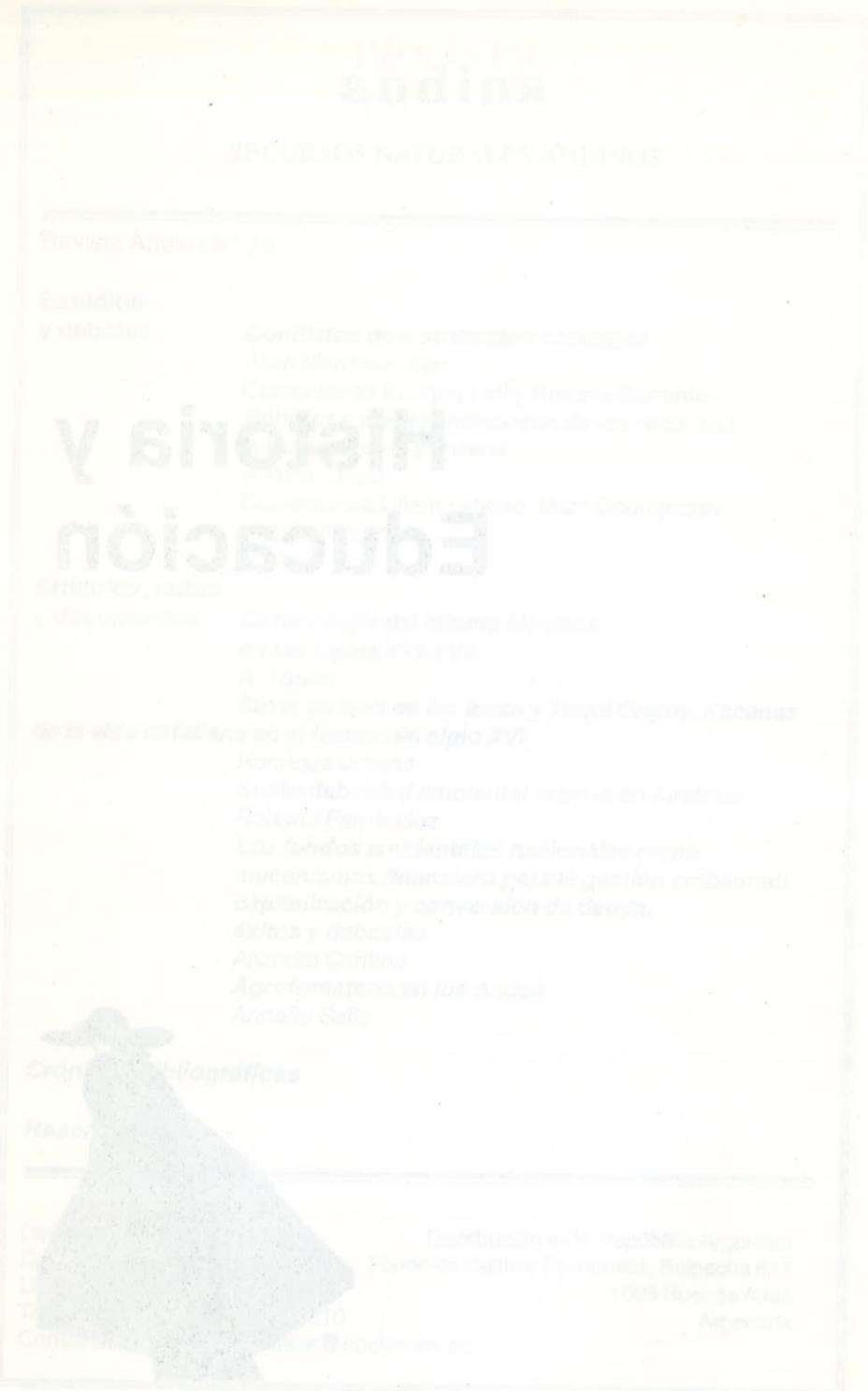
Fondo de Cultura Económica, Suipacha 617

1008 Buenos Aires

Argentina

Historia y Educación





Un caso particular: El proceso de renovación de la enseñanza de la historia en el nivel de secundaria en México: 1992-1993

Marcela Arce Tena*, Mireya Lamoneda Huerta**

Ante las profundas transformaciones en la enseñanza de la Historia iniciadas en nuestro sistema educativo, decidimos ampliar la mirada sobre los cambios realizados en otros países de América Latina, para contestar y comprender el rumbo que los orienta.

En los próximos números esta sección planteará el panorama de Chile y Brasil, entre otros.

Introducción

El problema de aquellos que nos dedicamos a difundir el conocimiento histórico está enraizado en realidad en toda una variada gama de cuestiones cuyo origen es difícil de detectar y todavía más de remediar.

Para empezar, podemos decir que uno de ellos es que carecemos de una investigación que nos permita saber cómo y quién difunde el conocimiento histórico ya que son contados los historiadores preocupados por la cuestión de la docencia y la didáctica de la Historia, a pesar de que la mayoría de los profesionales de la misma se dedican a impartir clases en distintos niveles escolares¹. No es raro encontrarnos con que preguntas como: ¿para qué sirve la historia?, ¿para qué la enseño?,

¿cómo la enseño?, ¿qué materiales de apoyo uso y por qué?, queden frecuentemente sin respuesta, o que, si hay alguna, ésta no aclare nada.

Esto es producto, en gran medida, del poco interés que tiene en general el historiador por indagar y reflexionar sobre su materia, por conocer sus teorías y métodos, sus bases epistemológicas, etc., independientemente de que se dedique a la investigación o a la docencia. Pero además, si se trata de esta última, difícilmente encontraremos dentro de la carrera de Historia un área de especialización en enseñanza de la historia, que buena falta hace para que el docente aprenda a estar en constante cuestionamiento de su práctica y obtenga una sólida formación teórica en la que pueda apoyar la creación de sus programas, la selección de sus contenidos, de sus recursos didácticos, de sus procesos de evaluación, etc.

Esto es resultado también, en gran medida, del patente divorcio que existe entre la investigación y la docencia. El historiador-investigador se dedica,

* Este artículo es un capítulo de AA VV, "América Latina", Historia a debate, Sgo. de Compostela, 1996.
** Universidad de Pedagogía
*** Universidad Nacional Autónoma de México

por lo general, a escribir para sus colegas el resultado de sus indagaciones y las conclusiones a las que ha llegado olvidándose del resto del mundo; rara vez la preocupación del historiador está centrada en difundir sus conocimientos a un público más amplio –niños y jóvenes, por ejemplo– y aún cuando ello suceda, se le olvida cuestionarse acerca de ese público al que va dirigido su escrito incluso cuando se trata de elaborar los libros de texto.

El historiador-docente se encuentra frecuentemente perdido, sin tener de qué asirse, y la mayor parte de las veces simplemente repitiendo una serie de información que le exigen programas extensísimos y que aparece como una información absoluta, acabada, llena de datos y de fechas que no tienen significado alguno para aquel que la recibe. El docente de historia actualmente privilegia, porque así se le formó, la "historia de bronce"², en la que lo que resalta son los acontecimientos políticos y los héroes que los realizaron; no enseña a sus alumnos a pensar históricamente, a entender una historia problemática, a buscar significados en los procesos y mucho menos a manejar teorías históricas, metodologías, conceptos, categorías y elementos en general que permitan acceder al conocimiento histórico a través de un análisis y una crítica que se asienten en los datos, en la información.

Todo esto se traduce en un serio problema si partimos de la tesis de que la conciencia colectiva de una sociedad se forma, en gran medida, a partir de la historia oficial que se imparte en las escuelas; opinaríamos, más bien, que se encamina a los niños y a los jóvenes, a través del conocimiento oficial adquirido en la escuela, a pensar ahistóricamente y, al mismo tiempo, a rechazar en gran medida el aprendizaje acerca del devenir histórico y la materia que se aplica a comprenderlo y conocerlo en primera instancia.

Marc Ferro opina, y nosotras con él, que la visión que de nosotros tenemos así como la que tenemos de otros pueblos y culturas está determinada por la manera como nos fue enseñada la historia y que es precisamente esa historia, la que nos marca para toda la vida.

Así, dice: "Controlar el pasado ayuda a dominar el presente, a legitimar dominaciones y cuestionamientos... Son las potencias dominantes Estado, Iglesia, partidos políticos o intereses privados los que poseen y financian los medios de comunicación o aparatos de reproducción, libros escolares, caricaturas o películas o programas televisivos. Y son los que presentan a cada uno de nosotros un pasado uniforme"³.

Efectivamente, creemos que la Historia cumple con distintas y variadas funciones que van desde la legitimación de un sistema de gobierno o de una ideología en particular hasta el simple placer de recrearse en los hechos pasados contados en forma de anécdota.

La Historia que empieza con Herodoto intenta reconstruir los hechos humanos fielmente y además descubrir fuentes auténticas de información. Desde entonces, la Historia ha cambiado.

Clío ha destacado en diversos aspectos según las épocas: por sus ideas moralizantes, por sus apasionantes relatos épicos, por su insistencia en obtener datos fidedignos, por su enorme erudición, por su capacidad de alabanza y celebración, por su maravillosa memoria, pero, sobre todo, por su constante y continua renovación.

Empero, pensamos que la función primordial de la historia está centrada en ubicarnos e identificarnos en la sociedad que nos tocó vivir, en nuestro aquí y ahora a partir del conocimiento de nuestro pasado y en darnos los elementos necesarios para pensar nuestro futuro⁴.

Cuando de identidad se trata, la Historia aporta elementos valiosos para alcanzarla. La Historia en la escuela es una disciplina que tiene mucho que ver con la formación ciudadana. El proceso de identidad generalmente se lleva a cabo a través de la memoria colectiva y de la conciencia histórica. Entendemos por conciencia histórica, en general, lo que cada comunidad en determinada época piensa de sí misma y cómo traduce dicha reflexión a su pasado; es, además, la comprensión del pasado como vía del conocimiento de la realidad presente para transformarla ya que el hombre no se somete pasivamente al destino sino que tiene la capacidad para comprender las tradiciones que la educación deposita en él y aceptarlas o rechazarlas⁵.

La memoria colectiva nos interesa a todos los miembros de una comunidad, de ahí la importancia de empezar a enseñarla desde los primeros niveles de la educación básica. Hoy en día existe en nuestro país un consenso general en contra de la enseñanza de la historia memorística, de la historia reproducción de acontecimientos, aunque en forma pedagógica también existen muchos maestros e historiadores –más de los que deseáramos– que recurren a este tipo de historia, a la historia política, historia de los grandes hombres. Lo que no es más que producto de una herencia positivista que reduce de manera considerable las posibilidades de la disciplina.

Necesitamos replantear ese tipo de enseñanza de la historia, desde los niveles elementales, y trabajar para obtener esa conciencia histórica que sea capaz de ubicarnos en el espacio y en el tiempo y de definirnos como seres esencialmente históricos en continua transformación y avance dentro del proceso histórico; que nos permita entender que toda historia es contemporánea y que somos sujetos activos de



nuestro propio presente; que el pasado no es simplemente algo desaparecido o muerto que nos es dado como determinante fundamental de nuestra existencia actual; que nos permita acceder a una visión global de la historia, la vida cotidiana incluida y que nos enseñe a manejar fuentes de información de todo tipo, no sólo las escritas.

Otro de los problemas que destacan en la enseñanza del desarrollo del devenir humano es el manejo que se hace de las fuentes de información. Junto a la historia oficial aparece el documento que la explica y la limita. Limita sobre todo sus posibilidades de concepción global, totalizadora y significativa. Además, al abordar únicamente el aspecto político, el enfoque sólo es uno y está determinado por la selección del documento que lo avala. El estudiante no tiene así posibilidades de conocer otros enfoques, otros temas, de formarse su propia opinión y criterio y de llegar a

una interpretación que vaya formando su conciencia histórica.

Y es que no basta contarle la historia a los niños y jóvenes sino que es necesario implementar estrategias para que desarrollen nociones sociales y piensen históricamente, según la propuesta de Pierre Vilar, la sociedad en que viven⁶.

Replanteamiento y renovación de la enseñanza de la Historia en México

México vive actualmente un proceso de renovación de la educación que rompe con una inmovilidad arraigada que lo ha caracterizado por varios años. La innovación abarca la enseñanza de la historia, situación que no puede quedar fuera del interés del historiador y de la historiografía actual.

El 18 de mayo de 1992, la Secretaría de Educación Pública⁷ suscribió el Acuerdo Nacional para la Modernización de la Educación Básica. El documento cuenta con un diagnóstico de la situación educativa de los ciclos que integran la educación básica y propone diversos programas y medidas para asegurar la calidad de los servicios educativos.

La estrategia del Acuerdo Nacional responde a tres líneas principales: la reorganización del propio sistema, la reformulación de los contenidos y materiales educativos y la revalorización social de la función magisterial.

Aunque las tres líneas deben ser abordadas en conjunto, este trabajo sólo se refiere a la reformulación de los contenidos y materiales educativos en relación con la historia.

Con base en el Acuerdo para la Modernización de la Educación la SEP aplicó de manera inmediata los denominados Programas Emergentes, en el curso escolar 1992-1993, con el objetivo específico, para la historia, de restablecer su estudio sistemático en lugar del área de ciencias sociales que conta-

ba con programas, que al igual que en las otras áreas, estuvieron en vigor por más de 20 años⁸.

En términos generales los diagnósticos sobre la educación básica han demostrado que su calidad es deficiente y que no proporciona el conjunto adecuado de conocimientos, habilidades, capacidades y destrezas, actitudes y valores necesarios para contribuir al desarrollo de la sociedad.

Según el Censo General de Población y Vivienda, correspondientes al año de 1990, existe en el país un 12% de personas mayores de 15 años que son analfabetas. El promedio nacional de eficiencia terminal es cercano al 60%. El porcentaje de alumnos que concluyen la educación primaria e ingresan a la secundaria apenas es de 82%, del cual únicamente el 73% termina la secundaria.

En concreto, en lo que se refiere a la historia, se observan una serie de dificultades en una gran cantidad de alumnos para, por ejemplo, identificar en una escala cronológica el momento histórico en el que se dieron la conquista o la independencia, la Reforma o la Revolución o bien para ubicar en un mapa el espacio geográfico en el que se desarrollaron procesos o acontecimientos de importancia, como la Revolución Francesa.

Como dice Pozo, "... los alumnos poseen una muy limitada estructuración temporal... y los libros de texto rebosan de conceptos que resultan incomprensibles para la mayor parte de los estudiantes"⁹.

El enfoque con que tradicionalmente ha sido abordada la enseñanza de la historia ha demostrado ser insuficiente, limitante y carente de articulación entre la enseñanza de la historia en primaria y secundaria.

Parte del proceso del Plan Emergente del año pasado consistió en sustituir los libros de texto oficiales vigentes

hasta ese momento y, aunque no fue posible sustituirlos todos, se consideró conveniente impartir cursos de Historia de México en los últimos tres grados del nivel primaria, por lo que se prepararon y distribuyeron dos nuevos libros oficiales de Historia Nacional. Estos textos fueron realizados por un grupo de historiadores de reconocido prestigio nacional e internacional pero que, sin embargo, cuentan con escasa o nula experiencia en la enseñanza de la Historia en los niveles de primaria y secundaria.

La aparición de los nuevos libros de texto de historia como parte del programa emergente cuentan, por un lado, con una serie de aciertos como son el abordar la historia reciente dejar de lado una visión maniqueísta de la historia, y eliminar algunos mitos dentro de la historia oficial, aunque por otro lado, también cuentan con ciertas deficiencias como son errores de información, ausencia de recursos para que el alumno participe en la construcción del conocimiento, serias omisiones, etc., errores que provocaron una polémica de grandes dimensiones dentro de la sociedad nacional; innumerables artículos fueron publicados en la prensa y se organizaron debates en diferentes organismos o instituciones con la participación de historiadores, maestros, padres de familia, partidos políticos y sindicatos, entre otros. Las discusiones, no obstante, se caracterizaron esencialmente por su fuerte carga política, aunque intervinieron en ellas elementos de análisis pedagógico y académico.

Nadie cuestionó la importancia de la enseñanza de la Historia, sino el tipo de Historia que se enseña. En ese sentido destacó, a nivel general, la importancia que Clío tiene para conocer nuestras raíces; para comprender el desarrollo de diversas culturas y lo que es común a ellas; conocer la interrelación entre el cambio y la continuidad;



desarrollar la empatía histórica, es decir ver los hechos y temas del pasado como fueron vividos por las personas de entonces; para reconocer la diferencia entre un hecho y una hipótesis, entre la realidad y la ficción, entre la evidencia y la afirmación, con objeto de desarrollar el pensamiento crítico en los ciudadanos del mañana¹⁰.

La situación anterior provocó que la SEP considerara los libros de texto de historia editados con carácter provisional y acordó abrir foros públicos de discusión sobre los mismos. A principios de este año salió una convocatoria, a nivel nacional, para que los miembros de la comunidad, en especial los maestros e historiadores participaran, de manera individual en un concurso para la elaboración del libro de texto de historia que para 3°, 4°, 5° y 6° grados de primaria llevarán los estudiantes a partir del curso 1993-1994¹¹.

Paralelo a este proceso de los textos, y en congruencia con el mismo, la SEP invitó a distintos especialistas para renovar las guías didácticas que acompañarán los nuevos libros de texto, para profesores de primaria (elemental) y del nivel secundaria.

Los cambios que nosotras proponemos para elaborar esos nuevos materia-

les son: que el nuevo libro para el maestro se conciba de manera distinta, por primera vez; a diferencia de los aún vigentes, que no presente un listado muy detallado de contenidos y un enunciado muy limitado de actividades, sino que exprese con la mayor claridad posible el propósito concreto de esos contenidos, el carácter que tienen y, sobre todo, que ofrezca una gran cantidad de propuestas didácticas flexibles para que el maestro las seleccione y adapte según las condiciones particulares de su trabajo. Con el mismo enfoque y la misma definición se deben de elaborar los programas de historia de primaria y de secundaria, los libros de texto y los libros y guías para el maestro.

De manera general, podríamos decir que optamos por elegir una enseñanza de la historia que Alberto Sánchez define muy bien: un tipo de historia que sugiriera no acontecimientos sino procesos; no hechos sino mutaciones; no descripciones sino conceptos que definen relaciones de la vida social; por una Historia, que enriquecida con el diálogo mantenido con las demás ciencias sociales, sea ampliamente interdisciplinar. Una Historia que deje ser corpus de doctrina para ser la ciencia que desde el pasado explique el presente y proyecte el futuro. Una historia que, respetuosa de la personalidad y el desarrollo cognitivo del niño y del joven, ofrezca los conceptos históricos fundamentales que permitan construir sobre ellos conocimientos más complejos a medida que avanza la escolaridad. Una historia plural que enseñe a mujeres y hombres de todas las condiciones sociales a pensarse históricamente, que dé explicaciones multicausales y no azarosas o providenciales¹².

En esta tónica, la guía didáctica de historia para el nivel secundaria propone, con el fin de promover un mejor aprendizaje de esta disciplina, tener siempre presentes algunas líneas ge-

nerales que incluyan conceptos y nociones para estudiar y enseñar la asignatura, y permitan al alumno percibir el devenir histórico en toda su riqueza:

Fuentes del pasado. Para conocer la historia se debe recurrir a las huellas que ésta ha dejado a su paso: las fuentes. Se pueden considerar como fuentes de la historia desde las grandes construcciones del pasado hasta las cartas íntimas de una cortesana del siglo XVII.

Causalidad. Si se parte de la idea de que la historia es un proceso en el que los acontecimientos se encadenan en formas diversas, resulta de vital importancia que el alumno se explique los hechos históricos como parte de esta cadena, al tiempo que reconozca las causas que los provocaron y las consecuencias que promovieron.

Cuando se estudia sobre personas, acontecimientos y procesos del pasado, normalmente se presentan diversas interrogantes, tales como: ¿Qué ocurrió?, ¿por qué ocurrió? Intentar descubrir las respuestas adecuadas para esas preguntas, es una de las cuestiones más apasionantes de la historia y es algo que puede hacer más motivante su estudio y comprensión.

Continuidad y cambio. La historia es cambio constante sin embargo, se debe mostrar que algunos cambios se dan en forma tan lenta que pareciera que existe una continuidad.

Asimismo, es conveniente que al hablar del cambio se muestre que éste se da de tal forma que en ciertos momentos coexisten elementos antiguos y nuevos. La historia no se desarrolla por estancos que inician y acaban en un momento determinado, sino que es un proceso continuo.

Empatía. Este concepto puede entenderse como "ver con los ojos del pasado". Al enseñar historia, se debe promover, a través de actividades diversas, la disposición y capacidad del jo-

ven para entender las acciones de los hombres en el pasado desde la perspectiva de ese mismo pasado.

Lo anterior, pone al joven en contacto con otros puntos de vista diferentes al suyo y le permite comprenderlos y respetarlos desarrollando una actitud de tolerancia.

Se puede preguntar:

¿Cómo trabajaba el hombre de manera cotidiana?, ¿cómo se divertía, se alimentaba, se vestía, se transportaba?, ¿qué festejaba?, ¿qué anhelaba?, ¿cómo eran sus casas, sus vestidos, sus juegos?, ¿qué enfermedades lo acosaban?, etc.¹³.

Sujetos de la historia. Significa comprender como sujetos de la historia a todos aquellos que vivieron en ella incluyendo mujeres, minorías, grupos sociales, élites, gente común como todos nosotros, las grandes personalidades que han sobresalido individualmente, y aún, en ocasiones no el individuo sino las instituciones. Los individuos y las sociedades realizan diferentes funciones de acuerdo a la situación y a las condiciones de un momento determinado, por lo que es necesario identificar quién o qué realiza el papel de protagonista y señalarlo para que el joven lo comprenda.

Relación pasado-presente. Esta relación puede convertir el conocimiento en algo significativo para los jóvenes que estudian Historia.

El pasado explica el origen de muchas de las situaciones cotidianas actuales y está presente en todas las acciones de la vida como son: los juegos, el lenguaje, las tradiciones, la comida, el vestido, etc.

Temporalidad. La comprensión del pasado se apoya, en gran parte, en el dominio de la noción de tiempo histórico, que es diferente de la noción de tiempo que tenemos en relación con nuestros acontecimientos personales.

El tiempo histórico está relaciona-

do con duraciones, sucesiones y cambios de hechos sociales. El tiempo personal, el que domina primero el niño, es individual. Es la sucesión de hechos significativos de su vida. Tanto el tiempo histórico como el tiempo personal tienen presente, pasado y futuro, y lo que va sucediendo produce cambios y transformaciones en ambos.

Espacialidad. La historia se da en un espacio socialmente construido, es decir en el escenario natural, transformado o inventado por el hombre. No hay hombres ni pueblos que no estén inscritos en un espacio; incluso hay sociedades cuya historia ha sido la de la lucha por su territorio.

Los mapas, además de servir como medios de ubicación y localización del espacio, son también recursos de investigación y explicación para la Historia. Por ejemplo, a través de la ubicación de los hechos históricos en un espacio geográfico determinado, puede entenderse la influencia del mismo en el desarrollo de la política, la cultura, las ideas, las costumbres, la vida cotidiana, etc., de una sociedad.

Interrelación con otras disciplinas. La historia abarca a la sociedad en su totalidad, por lo mismo está íntimamente relacionada con otras disciplinas que también tratan de explicar el mundo. Es por eso que se sugiere que en la enseñanza de la historia se tomen en cuenta conocimientos de otras ramas del saber, por ejemplo la geografía, la biología, el civismo, la literatura, las matemáticas, etc.

Además de estas líneas generales, la guía didáctica para el profesor debe contener una serie de recomendaciones didácticas que pretendan ayudar al estudiante a manejar las nociones básicas del aprendizaje de la historia, a describir y explicar cambios y causas históricas, a analizar características de diferentes situaciones, a desarrollar habilidades para entender las interpreta-

ciones de la historia así como para adquirir evidencia de las fuentes y formar juicios acerca de confiabilidad y valor.

En la elaboración de las diversas recomendaciones didácticas tomamos en cuenta los siguientes aspectos:

– las líneas generales que se desean subrayar en el aprendizaje de la historia

– el grado de desarrollo cognitivo y la edad del estudiante a quien se dirige la enseñanza

– las habilidades y destrezas que se pretenden desarrollar y

– los contenidos temáticos de cada grado escolar.

Las recomendaciones didácticas que se proponen abarcan rubros muy diversos tales como: líneas del tiempo (mural e individual), mapas históricos, maquetas, fichas de investigación, uso de biblioteca y hemeroteca, conferencia escolar, comentario de textos, materiales audiovisuales, materiales gráficos, esquemas y diagramas, elaboración de historietas, uso de

la prensa escrita, periódico escolar, uso de la televisión, uso del cine, trabajo en equipo, hacer historia viva: visitas a lugares históricos y arqueológicos, a museos y juegos de simulación.

Conclusiones

Consideramos que, como todo cambio, aporte o innovación, éste que vive en general la educación en México en este momento, tendrá que ser probado, analizado, revisado, etc., lo cual significará, a su vez, un adelanto en la manera de abordar la educación en nuestro país para dejar de considerarla como algo estático y acabado.

A reserva de lo que el análisis y la práctica escolar de la misma puedan reportar a futuro, creemos que el nuevo enfoque con que se presenta la Historia y su enseñanza representa un cambio sustancial y significativo digno de ser considerado por la sociedad a la que va dirigido ■

áreas: español, matemáticas, ciencias naturales y ciencias sociales.

Notas Bibliográficas

1. En ese sentido es que se organizó por primera vez en 1989 el Seminario Permanente de Investigación Didáctica de la Historia de la UNAM.
2. Término usado por el Dr. Luis González González y que describe perfectamente nuestra historia oficial.
3. Ferro, Marc, *Comment on reconté l'Histoire aux enfants a travers le monde entier*, Payot, Paris, 1987.
4. Lamonedá, Mireya, *Una alternativa en la enseñanza de la Historia a nivel primaria*, CIESAS, Cuaderno N° 178, México, 1990, p.
5. *Ibidem*, p. 6, Apud Raymond Aron.
6. Vilar, Pierre, *Pensar históricamente*, Revista Plural, N° 231, diciembre, México, 1990.
7. De aquí en adelante SEP.
8. En 1975 los planes de estudio de educación básica contemplaron la creación de cuatro
9. Pozo, Ignacio, *El niño y la historia*, Madrid, Ministerio de Educación y Ciencia, 1985, p. 31.
10. Apud Comisión Bradley.
11. Hace un par de días se dieron a conocer los libros ganadores. Es la primera vez desde que en 1959 se creó el libro de texto gratuito y obligatorio en México que éste no responde a la elección exclusiva de la Secretaría de Educación Pública, sino a la de los jurados que se formaron entre especialistas de las asignaturas, padres de familia, maestros, etc.
12. Sánchez Cervantes, Alberto, *Premisas para un debate en torno a la enseñanza de la historia*, *Cero en Conducta*, N° 28, Año 6, noviembre-diciembre, México, 1991.
13. Apud Tuñón de Lara, *Por qué la Historia*, Salvat, Barcelona, 1985.

Fuentes de archivo



Comentario sobre el no alineamiento y los archivos de la cancillería argentina

Marisol Saavedra*

El Movimiento de Países No Alineados surgió allí por mediados de la década del '50 por inspiración de quienes serían sus principales líderes durante largos años –el Mariscal Tito, Presidente de Yugoslavia, Nasser, de Egipto y Nehru, de la India–, como producto neto de la “guerra fría” que pretendidamente y en la práctica dividía al mundo en dos áreas de poder enfrentadas: una, Occidente, bajo la égida de los Estados Unidos y otra, Oriente, bajo la dominación soviética.

Como principio orientador, desde los mismos orígenes, el MPNOAL buscó un camino propio, equidistante de la influencia de ambas superpotencias y fue, asimismo y también como consecuencia del peculiar proceso político de descolonización generado en la posguerra, ámbito propicio en el cual las nuevas naciones hicieron oír sus voces y sostuvieron sus derechos a la independencia y la autodeterminación.

Este fue sólo el principio; con el transcurso de los años el sistema internacional se iría complejizando, aparecerían nuevas problemáticas políticas, económicas, raciales, sociales, etc. y el *no alineamiento* cobraría cada vez mayor fuerza. De la veintena de naciones que concurrieron a la primera reunión cumbre de mandatarios en 1961 se llegaría a superar el número de cien a fi-

nes de la década del '80 y principios de la presente. Número nada desdeñable, por cierto, si se toma en cuenta la cantidad total de países que constituyen las Naciones Unidas.

Claro que la diversidad y heterogeneidad de los estados que lo conforman –piénsese que surge como un agrupamiento estrictamente afro-asiático al cual se incorporan luego los países del área latinoamericana y algunos europeos– fenómeno, por otra parte, no ajeno a la propia ONU, no hizo fácil la tarea y en muchas oportunidades el Movimiento fue víctima de presiones internas y externas tendientes a hacerlo desaparecer o a volcarlo hacia uno de los bloques lo que hubiese significado, en la práctica, lo mismo. Si sobrevivió hasta el presente fue porque, por encima de todas las diferencias, privó el criterio de los *moderados* según el cual, el único resguardo para no perder la verdadera identidad y significación internacional alcanzada era no abandonar los principios señalados por los fundadores y la adecuación constante a las necesidades nuevas y las nuevas problemáticas que un mundo en permanente cambio iba planteando.

La Argentina llegó al MPNOAL como miembro observador en 1964, bajo la presidencia del Dr. Arturo Illia. En 1973 ingresó como miembro pleno, en perfecta adecuación con la política global del gobierno justicialista tendiente a fortalecer los lazos con los países del llamado *tercer mundo* y con

* CONICET. Univ. del Salvador

la doctrina peronista de la *tercera posición*. A partir de allí y hasta 1991 en que la gestión Di Tella decide el retiro de nuestro país de los NOAL, Argentina tendría una destacada participación, llegando incluso bajo el gobierno del Dr. Alfonsín a plantearse la posibilidad de que nuestro país presidiera el Movimiento. Temas tales como –y por mencionar sólo algunos– el conflicto de Medio Oriente, el *apartheid* sudafricano, la crisis centroamericana, el desarme, los problemas económicos referidos al desarrollo, la cooperación Norte-Sur y Sur-Sur, la deuda externa de los países en desarrollo, etc., han sido motivo de debate en este foro y, por ende, ante cada uno de ellos nuestro país, como miembro con voz y voto, debió tomar una posición determinada. Para llegar a cada una de ellas, se consultaba previamente al encuentro y sobre la base del borrador presentado por el país anfitrión, la opinión de las diversas áreas de la Cancillería que tuviesen vinculación con los temas a tratar. Lógico es pensar que, de todo ello, deben haber quedado abundantes y sustanciosos testimonios.

Sin pretender hacer en esta oportunidad una historia del Movimiento ni de la participación argentina en él, merece quizás un párrafo aparte el trascendente papel que jugaron los NOAL respecto de la defensa de nuestros derechos sobre las Islas Malvinas. Tal vez muchos argentinos recuerden aquel histórico abrazo de Costa Méndez con Fidel Castro o el apoteótico discurso de Bignone en Nueva Delhi, en 1983, condenando al imperialismo y al colonialismo así como su no menos controvertido diálogo con el líder de la OLP, Yasser Arafat. Pero seguramente no todos tendrán presente que fue en el MPNOAL, además del ámbito estrictamente latinoamericano, obviamente, donde Argentina encontró el más

fuerte, decidido y hasta incondicional apoyo a sus reclamos, y que si hoy cuenta con Resoluciones de las Naciones Unidas a su favor es gracias al voto que los países no alineados le dieron oportunamente en el seno del organismo internacional.

Más allá de aciertos y errores, de identificación sincera con los principios del NOAL o mera utilización del mismo para los intereses más concretos de Argentina, más allá de si se hizo una buena o mala *praxis* –si se me permite aplicar la expresión a la política exterior– de su participación en el Movimiento, lo cierto es que, con gusto o disgusto, nuestro país perteneció a él durante 18 años. Repito, no se trata de juzgar si Argentina hizo bien o mal en ingresar, en continuar perteneciendo luego del golpe militar de 1976 –cuando ello entraba en contradicción con su declarada y declamada pertenencia a Occidente– o si hizo bien o mal el gobierno radical en profundizar sus vínculos, o si fue correcta o incorrecta la decisión de 1991 de retirarse del Movimiento. Más allá del juicio que cada uno pueda abrir acerca de estas decisiones así como de las posiciones adoptadas respecto de las cuestiones debatidas en el seno del mismo –más o menos comprometidas según los casos–, no cabe duda que este aspecto de la política exterior argentina tiene peso propio y reviste una importancia digna de análisis y estudio profundo.

Esta convicción fue la que me movió a iniciar un trabajo de investigación en el marco del CONICET al cual pertenezco desde hace 15 años, a fin de dar respuesta a muchos interrogantes y “huecos” que aún presenta esta cuestión, pues la participación argentina en el MPNOAL es un tema prácticamente soslayado o mencionado tangencialmente en la bibliografía especializada en política exterior argentina. Dada mi formación profesional

–soy egresada de la carrera de Historia de la UBA– el enfoque con el que este trabajo fue encarado responde estrictamente al método histórico. Es decir, se trata de dar respuestas o explicaciones lo más cercanas a la verdad posible pero sin plantear problemáticas presentes ni proyecciones o tendencias hacia el futuro, lo que correspondería al ámbito específico de la teoría de las relaciones internacionales. Pero para que un trabajo de carácter histórico reúna las condiciones de seriedad y rigor científico esperado resulta necesario –sino prácticamente imprescindible– la consulta y análisis de los archivos documentales en los cuales se atesora la información sobre la cual se ha de trabajar.

Así es que, luego de haber efectuado un relevamiento de la bibliografía referida al tema, documentación éditada, diversas publicaciones oficiales y los principales diarios capitalinos a lo largo de los 18 años en que Argentina perteneció al Movimiento, acudí, como en otras ocasiones, al Archivo del Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto a buscar lo que yo llamo respetuosa y afectuosamente la “cocina” de la política exterior, es decir, no aquello que aparece publicado oficialmente sino lo que constituye el “proceso de elaboración” de la toma de decisiones: los debates internos, los diferentes puntos de vista, los diversos juicios de valor, las distintas propuestas, la evaluación de los intereses en juego, los compromisos asumidos, etc., y que no siempre alcanza estado público o, si lo hace, suele no estar libre de las distorsiones y subjetivismos propios de toda información que no es de primera mano.

Pero fue en este punto donde comenzó mi largo peregrinaje. Según me informó su propio Director, en dicho Archivo no había ingresado ningún documento referido a la participación



argentina en el MPNOAL. Hasta aquí, debo reconocer, mi sorpresa no fue mucha. Pues ya me había ocurrido unos años atrás cuando, al estar trabajando sobre la política exterior argentina en la primera década de posguerra dentro del sistema interamericano, y querer consultar la documentación relativa a las Conferencias Interamericanas de Río de Janeiro (1947), Bogotá (1948) y Caracas (1954) en las cuales –nada más ni nada menos– se establece el Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR), se crea la OEA y se acuerda la primera cláusula de condena al comunismo en el continente, respectivamente, recibí la insólita respuesta de que tal documentación no existía y que probablemente se había extraviado en alguna de las varias mudanzas que el Archivo había sufrido. Demás está decir que no se trata de unos pocos papeles sueltos, sino de abundantes documentos que, cuando se encuentran organizados, están sellados, foliados y guardados en cajas de metal de respetable tamaño y

peso. Es más, llama la atención que sea el material correspondiente a estas trascendentales reuniones interamericanas el que falta cuando sé, fehacientemente, que sí existe bien conservada y ordenada la documentación relativa a las conferencias que habían tenido lugar en décadas anteriores.

En esa oportunidad, la ausencia de la documentación buscada pudo suplirse en parte por medio de algunas publicaciones efectuadas por la Cancillería. Algo similar ocurrió cuando abordé el estudio de las relaciones entre Argentina y España a lo largo de la década 1945-55. El material hallado entonces no fue, sin duda, ni todo ni el más sustancial referido al tema en cuestión. Pero, en fin, uno termina conformándose con algo...

En mayor o menor medida, todos quienes nos dedicamos a la investigación histórica y acudimos metódicamente a bibliotecas y archivos sabemos que las dificultades que se presentan a cada paso suelen no ser pocas. Pero quien haya visitado alguna vez el Archivo de la Cancillería argentina no habrá podido, seguramente, dejar de sorprenderse y preguntarse cómo es posible que un repositorio documental tan importante como éste –que atesora la memoria de toda la política exterior desarrollada por nuestro país en más de un siglo y medio de historia– se encuentre en el lugar que se encuentra: en el primer piso de un viejo taller mecánico de la Policía Federal, en lo que antiguamente debe haber sido una barraca, a una cuadra del Riachuelo, en una edificación poco menos que inhabitable y, por cierto, nada recomendable para la conservación de documentos originales, que –dicho sea de paso–, han conseguido sobrevivir a varias inundaciones.

Todo aquel que haya concurrido en busca de material documental sabrá que el Archivo no cuenta con un

catálogo actualizado de los fondos allí guardados y que el único catálogo existente fue confeccionado allá por las décadas del '40 o '50 y que se pone a disposición del público en forma restringida –quizás por el nunca del todo claro carácter de *semipúblico* con el que se califica a este Archivo–, motivo por lo cual deberá depositar su plena fe y confianza en la memoria y la buena voluntad tanto de su Director –que no es poca, valga la aclaración– así como de los empleados que, sin tener una preparación adecuada a la tarea que realizan, tratan de suplir con esa buena voluntad y gran espíritu de servicio –justo es también reconocerlo–, las falencias señaladas.

En fin, quien haya ido alguna vez a este Archivo seguramente se ha visto obligado a reflexionar sobre cuál es el valor que nuestros funcionarios le dan –pertenecan al gobierno que pertenezcan, porque esto se arrastra desde mucho tiempo atrás– a esta porción de nuestro patrimonio cultural que es la historia y que en este caso, quizás más claramente que en otros, parece haber sido arrumbada en el rincón de los trastos inservibles.

Pero volvamos al caso del *no alineamiento*. Tras la nueva negativa recibida de parte del Archivo de la Cancillería, inicié mi pesquisa en las áreas del Palacio San Martín en las que, por lógica y tras la disolución de la Dirección de Países No Alineados, podría encontrar lo que buscaba o, al menos, recibir algún indicio orientador. Lo primero y más coherente que se me dijo fue que era práctica corriente que cada dos años aproximadamente la documentación existente en las diversas dependencias del Palacio fuese derivada, por una cuestión de espacio, a las instalaciones del Archivo. Pero allí ya se me había informado y se me volvió a responder ante una nueva requisitoria de mi parte, que no existía documenta-

ción alguna referida a los No Alineados. ¿Dónde podrían estar, entonces, todos los documentos que inevitablemente tenían que haberse producido y conservado desde 1973 hasta 1991, lapso en el cual para bien o para mal Argentina participó de más de una docena de conferencias cumbres y ministeriales sin contar las que se reunían para tratar temas específicos? ¿Dónde se encontraría la memoria de esta parte de la historia argentina que parecía importar tan poco a tantos? Lo cierto es que en los últimos dos años he hablado con una veintena de funcionarios y ex funcionarios de diferente rango, algunos que tienen responsabilidades presentes, otros que han tenido en el pasado responsabilidad total o parcial en el tema y he recibido las más variadas respuestas, pero todas ellas igualmente preocupantes desde el momento que negaban conocer el paradero de la referida documentación e, incluso, dudando de que aún existiese y, al parecer, sin que ello despertase mayor inquietud o motivase una investigación interna seria.

En este tiempo transcurrido he podido percibir también, tanto entre académicos como entre funcionarios, dos tendencias notoriamente marcadas: aquellos que podríamos llamar pro-No Alineados y los anti-No Alineados. Sin duda, el retiro de Argentina del Movimiento puede ser considerado un triunfo de esta última, basada en la tesis de que si Argentina deseaba sincera y realmente pertenecer al *primer mundo* nada tenía que hacer junto a las naciones más pobres del planeta, o

sea, al perimido y denigrante *tercer mundo*. Algunas respuestas obtenidas durante mi búsqueda –bastante temerarias por cierto– sugerían la posibilidad de que estos archivos hubiesen sido destruidos por considerarlos “caso cerrado” y, por ende, inservibles o, quizás, hasta “vergonzantes”.

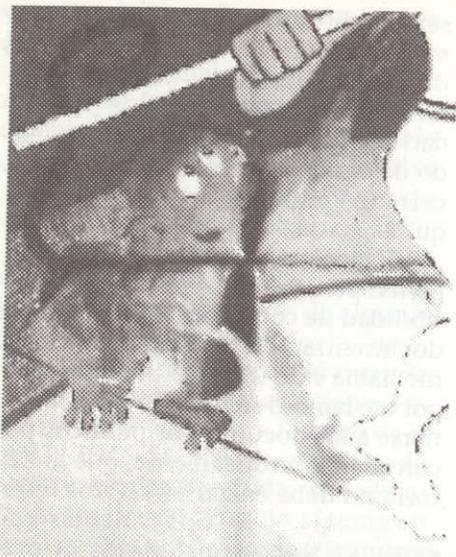
Personalmente y como profesional, preferí pensar que se me negaba la posibilidad de consultar la mencionada documentación –si bien esto nunca me había sido dicho explícitamente– por ese famoso *secreto* que suele imponerse a los documentos públicos por considerar, erróneamente, que la historia no debe entrar en ciertos terrenos

demasiado próximos al presente para evitar no sé que extrañas contaminaciones. Criterio que considero erróneo, repito, y anacrónico si pensamos en la velocidad de los procesos de la era en que vivimos y en que estamos a un paso del siglo XXI,

pero preferible, en definitiva, y ya hablo como simple ciudadana, a tener que creer que archivos con documentación que forma parte de nuestro patrimonio histórico y cultural y que, por lo tanto, nos dan entidad e identidad, se hubiesen perdido misteriosamente en algún pasillo o rincón de la Cancillería o, lo que sería aún mucho peor, que hubiesen sido destruidos.

He dicho anteriormente que no era mi intención abrir un juicio de valor sobre el *no alineamiento* ni sobre si Argentina debió o no pertenecer a él o si hizo bien o mal en retirarse. Lo que trato de manifestar y en lo que creo todos coincidiremos es en que ningún país “serio”, esté ubicado en el núme-





ro de *mundo* que esté, puede tratar con tal irresponsabilidad o desprecio el patrimonio histórico de la nación. Porque además está decir que de lo que se trata no le pertenece a ningún funcionario o gobierno en particular, sino a todos los argentinos. Convencida de esto, continué en mi empeño y a fines del año pasado tuve la buena nueva, de parte del Director del Archivo, de que los fondos documentales de los No Alineados se encontraban donde era lógico que se hallaran: en la Dirección de Organismos Internacionales del Palacio San Martín, donde, sin saber aún por qué, se me habían negado sistemáticamente.

Esto originó, obviamente, nuevas gestiones de mi parte para que, una vez revelado "el misterio", se me permitiera el acceso a dicha documentación. Entonces, el nuevo obstáculo planteado fue que el material en cuestión se encontraba sin organizar, es decir, todo junto y mezclado aquello que era considerado *público* y aquello que revestía el carácter de secreto o reservado, autorizándose sólo a consultar la parte *pública*, esto es, las Actas

o documentos finales de las Conferencias. Esto y lo mismo que nada para mí era lo mismo, puesto que esos documentos habían sido publicados y ya los tenía en mi poder. Luego de renovados intentos y gracias a la comprensión y buen criterio de un par de funcionarios, finalmente, he podido consultar –aunque con reservas– el Archivo de los No Alineados; más que importante, no sólo en cuanto a su volumen sino también a su contenido.

No obstante el logro final obtenido, la fatigosa experiencia vivida generó en mí dos interrogantes o inquietudes que exceden el marco específico del tema de los No Alineados y que deseo apuntar aquí, no con intención crítica sino a modo de reflexión y en beneficio de la labor investigativa. La primera inquietud se refiere a los criterios de *secreto* y *reservado* que rige sobre gran parte de los documentos de la Cancillería, ya sean cables, telegramas, memorándums, etc., y sobre los cuales existe una vieja legislación sin duda anacrónica o, en todo caso, demasiado estricta y por ende poco práctica a la hora de abrir un archivo a consulta. De acuerdo con ella, un documento que cuente con el sello o la inscripción de *secreto* o *reservado* puestos en el momento de su emisión, no pierde esa condición por muchos años. ¿Cuántos? ¿Diez? ¿Veinticinco? ¿Cincuenta? Tampoco en esto he podido encontrar mayores precisiones. Lo cierto es esto: es obvio que pueden existir muchos y variados motivos por los cuales un funcionario encuadre el documento que está emitiendo dentro de cualquiera de ambas categorías y que sin duda ellos tendrán que ver con situaciones vinculadas a cuestiones de estado en un determinado lugar y tiempo. Lo que no es dable pensar es que al rotular de *secreta* o *reservada* su información u opinión lo haga pensando en quiénes puedan leerla años

después. Tampoco es lógico considerar que todo un archivo debe permanecer cerrado a consulta por contener documentos con las características señaladas. Pensar de este modo nos llevaría, por ejemplo, a creer que recién hacia el año 2016 o aun después los argentinos estaremos maduros para saber por qué Videla no retiró a nuestro país de los No Alineados o por qué Di Tella sí consideró que era conveniente ese retiro.

El otro interrogante se vincula con aquella primera impresión respecto del desprecio o poco valor dado a los fondos documentales que constituyen el patrimonio histórico de nuestra nación. ¿Realmente no se sabía de la existencia de estos archivos y a nadie le interesaba demasiado saber o sí se sabía pero simplemente implicaba un trabajo extra o una complicación indeseada ponerlos a disposición de alguien extraño al propio Ministerio para su consulta? En última instancia, el carácter al cual ya aludí de *semipúblico* con que parece querer protegerse a los archivos de la Cancillería da la sensación de que puede ser aplicado en forma arbitraria o discrecional para la apertura o no de los fondos documentales a los investigadores interesados, generando la poco grata impresión –no digo que así sea– pero sí que ésa es la impresión causada, de que nuestra política exterior funciona como una especie de coto cerrado. Sin duda sería muy positivo revisar los criterios vigentes, flexibilizarlos, actualizarlos, adecuarlos a los nuevos requerimientos de los tiempos que vivimos y darles la accesibilidad y transparencia que la comunidad académica y la sociedad argentina en su totalidad se merecen.

Para finalizar, y aunque suene reiterativo, siento la necesidad de recordar la conocida expresión de que la na-

ción que no conoce y no protege su pasado descuida de algún modo su futuro. En tal sentido, quiero dejar abierta una esperanza: he sabido que existe ya aprobado un proyecto para sistematizar y computarizar todo el Archivo de nuestro Ministerio de Relaciones Exteriores. Es probable que el mismo comience a ponerse en práctica el año entrante. Es de esperar, también, que tal proyecto cuente con el aval real y la voluntad firme de llevarlo a cabo de aquellos funcionarios de los que dependa, a fin de que, en algunos años más, la Argentina cuente con un Archivo de su política exterior que nos ponga realmente a la altura de los países más avanzados, al menos en este aspecto, y del cual nosotros y las generaciones futuras podamos enorgullecernos. Que así sea ■



ESTUDIOS SOCIALES
Revista Universitaria Semestral

Consejo de Redacción: Darío Macor (Director), Ricardo Falcón,
Eduardo Hourcade, Enrique Mases, Ofelia Pianetto, Hugo Quiroga

N° 13 **Segundo semestre** **1997**

ARTICULOS

VICNETE PALERMO: *Temor y temblor. El dilema entre conmovir las reglas y quebrar las coaliciones*

ISIDORO CHERESKY: *Poder presidencial limitado y oposición activa como requisitos de la democracia*

FRANCISCO COLON GONZALEZ: *Et Pluribus Unum. El federalismo y la integración de la diferencia*

ANA WORTMAN: *Nuevos sentidos de la palabra cultura en la sociedad argentina del ajuste*

MARIA S. OSPITAL: *Intelectuales argentinos y cultura española en Buenos Aires. Una visión de Síntesis (1927-1930)*

SUSANA PIAZZESI: *Después del liberalismo ¿un nuevo conservadurismo?*

ROGER CHARTIER: *Las representaciones de lo escrito*

ENTREVISTA: Cristina Godoy entrevista a CARLOS BARROS
Hugo Quiroga y Osvaldo Iazzetta entrevistan a JUAN C. PORTANTIERO

NOTAS Y COMUNICACIONES

CARLOS CAUDANA: *Intervenciones, proyectos y prácticas en el espacio semiótico del dominio sociocultural*

ESTUDIOS SOCIALES, Universidad Nacional del Litoral; 9 de julio 3563,
telefax (042) 571194; Casilla de Correo 353, (3000) Santa Fe, Argentina

Reseñas y Comentarios de Libros



Las Ideas y sus Historiadores. Un fragmento del campo intelectual en los años noventa

Santa Fe, Centro de Publicaciones, Universidad Nacional del Litoral, 1996.

Alejandro Herrero y Fabián Herrero

El libro de Alejandro y Fabián Herrero reúne una serie de encuestas realizadas a historiadores de las ideas de formaciones, trayectorias e intereses disímiles.

La invitación a la reflexión de los intelectuales a través de encuestas o entrevistas –tanto referidas a sus propias prácticas cuanto acerca de problemáticas culturales o políticas más generales– se inserta en una no poco significativa tradición, entre cuyos mojones es necesario recordar la iniciativa de la revista *No-sotros* acerca del lugar del Martín Fierro en la literatura argentina y la realizada por Adolfo Prieto en 1963 sobre la crítica literaria argentina, hasta llegar a las mucho más recientes desarrolladas en las páginas de *Espacios de Crítica y Producción*, *Entrepasados* y en *Pensar la Argentina* de Roy Hora y Javier Trímboli.

Los objetivos que los autores enuncian son los de brindar un panorama –que no se pretende exhaustivo– acerca de la situación actual de la historia de las ideas, creando a la par fuentes para una futura historia intelectual de un fragmento del campo en la década de 1990.

Se trata de una obra estructurada en tres secciones. Un bloque central, que había sido presentado previamente como *dossier* en la revista *Estudios Sociales*, contiene las respuestas de diecinueve intelectuales a los que los encuestadores definen como “investigadores consagrados”. Las preguntas a ellos dirigidas se refieren a los modos y condiciones en que desarrollaron su formación intelectual, sus vinculaciones con tradiciones intelectuales argentinas o extranjeras, sus estilos de trabajo y sus opiniones acerca de los rasgos que debe reunir un historiador de las ideas, la situación actual de la disciplina y las obras más influyentes en el área.

Precede a esta sección un comentario de Roger Chartier sobre tal corpus, y completa el libro una última encuesta realizada a jóvenes investigadores, que en la mayoría de los casos se encuentran realizando estudios de Doctorado. Las cuestiones a ellos dirigidas se refieren a las temáticas que actualmente investigan, los motivos de la elección de su área de estudios, sus perspectivas teórico-metodológicas y por último, sus previsiones acerca de su producción intelectual en los próximos cinco años.

El análisis de Chartier, en el que nos apoyaremos para reseñar la primera encuesta, destaca como recurrencia –que extiende a todos los casos sin reparar en la presencia de excepciones– los efectos de la barbarie dictatorial sobre las vidas y la producción intelectual de los encuestados.

Todos los intelectuales consultados coinciden en destacar la vitalidad de la disciplina, aunque la manera en que lo hacen se diferencia. Mientras Natalio Botana considera como objeto de la disciplina los lenguajes conceptuales, José E. Burucúa y Fernando Devoto defienden una perspectiva que subraya tanto la especificidad de la historia de las ideas cuanto la necesidad de su articulación con otras aproximaciones, contrastando con la extensión del campo al conjunto de formas y prácticas simbólicas que sustentan entre otros Beatriz Sarlo, Oscar Terán y Hugo Vezzetti.

Entre los 113 autores citados por los encuestados como los más influyentes en su vida intelectual, sólo siete son mencionados en cuatro o más ocasiones: José Luis Romero, Tulio Halperin Donghi, José Ingenieros, Arturo Roig, Lucien Febvre, Johan Huizinga y Etienne Gilson. Por fuera de estas coincidencias, una multi-

plicidad de tradiciones coexisten en las referencias intelectuales de los entrevistados, del estructuralismo a *Annales*, de la filosofía inglesa a la microhistoria y de la tradición Warburguiana a los distintos marxismos y posmarxismos.

Un rasgo que se desprende de la lectura de estas encuestas es la práctica ausencia de un debate explícito entre posiciones encontradas. Las discusiones acerca de la distinción entre discursos y prácticas no discursivas y el problema del estatus del conocimiento histórico, centrales en otras latitudes, aparecen aquí apenas esbozadas, a través de las referencias a Foucault, Hayden White y los postulados en que se asienta el giro lingüístico. Algo similar ocurre con las diversas maneras de practicar la disciplina, a partir de lo cual Terán sostiene, a nuestro juicio con acierto, que "... *si ese debate es implícito se debe a un rasgo más general de la cultura argentina (y en rigor más extenso) consistente en la división de esferas (y a veces de feudos) de competencia intelectual que se desarrollan en paralelo y por ende sin confrontación*".

El segundo bloque de encuestas presenta notables diferencias con el anterior. Con trayectorias personales y académicas mucho más apacibles que las del grueso de los investigadores "consagrados", la mayoría de los trece encuestados en esta sección se encuentran completando su formación bajo la dirección de distintos miembros del primer grupo.

Preocupaciones intelectuales muy diferenciadas –citemos a título de ejemplo las investigaciones sobre el rol de la burla en la elaboración de un concepto integrador de cultura nacional en la Argentina del siglo XIX, la emergencia de un espacio público metropolitano en el Buenos Aires de principios de siglo o la invención de una legitimidad en Latinoamérica entre 1840 y 1880– no impiden la existencia de un *corpus* de referencias teóricas y metodológicas comunes. En casi todos los casos los encuestados se reconocen como tributarios de las concepciones del marxismo inglés, en las fi-

guras de Williams, Hoggart, Thompson o Anderson, así como de los desarrollos de Pierre Bourdieu. Muchos de ellos nutren su dispositivos teóricos en base a las perspectivas de Foucault, Gramsci, Benjamin y Adorno, así como en referencia a los historiadores de la escuela de *Annales* y los trabajos de Ginzburg y Darnton.

Aunque este segundo grupo presenta una tan notable coincidencia en cuanto a sus perspectivas teóricas y metodológicas –lo que nos permite inferir que nos encontramos ante los inicios de la consolidación de una tradición intelectual definida– uno de los encuestados, Elías Palti, no deja de observar los riesgos que, para un sistema institucional universitario débilmente constituido como el argentino, implica la voluntad de "estar al día", abandonando determinados enfoques antes que su previa adopción se haya plasmado en un cierto volumen de producción historiográfica.

En las respuestas de varios de los encuestados en esta segunda sección a la última de las preguntas, se manifiesta una marcada dificultad para imaginar su futuro como intelectuales en el mediano plazo, dada su percepción de un futuro que se presenta pleno de incertidumbres.

No es este el único sentido en que el libro de Alejandro y Fabián Herrera trasciende su pretensión de brindar un panorama amplio y matizado del estado actual de la Historia de las Ideas, insertándose en la mejor tradición del género, para constituirse en un documento más amplio que nos habla de algunas de las características de nuestro fin de siglo.

Al valor de su contenido debemos agregar una observación adicional. *Las Ideas y sus Historiadores* es un libro de una cuidada y atractiva edición, detalle que merece remarcar, y que se inserta en el marco de una renovada vitalidad de la actividad editorial de las universidades públicas, en cuyo marco se inserta esta iniciativa de la Universidad Nacional del Litoral ■

Daniel Lvovich

La formación de una élite de notables-dirigentes. Rosario, 1860-1890

Buenos Aires, Biblos/Simón Rodríguez, 1996

Alicia Megías

Partidos políticos y elecciones en la Argentina: la Liga del Sur (1908-1916)

Madrid, Universidad Nacional de Educación a Distancia, 1997
Carlos Malamud Rikles

Como resultado de la preocupación por los problemas del funcionamiento del sistema democrático en la Argentina y, a la vez, de la recepción local de una renovación en los ámbitos académicos de Europa y EE.UU. (tardía, por causas vinculadas con el punto anterior), la historia política constituye uno de los campos de estudio que más novedades ha aportado a la historiografía argentina de los últimos quince años. Esta renovación se manifiesta no sólo en la multiplicación de los objetos de estudio, sino también en los enfoques analíticos y perspectivas metodológicas que se utilizan para iluminarlos. Sin embargo, esta tendencia no es homogénea ya que los trabajos sobre el siglo XIX –que parten de la ruptura revolucionaria de 1810– cuentan con un grado de avance y complejidad argumental que se extiende con altibajos hasta 1912 para prácticamente desaparecer en cuanto se avanza en el siglo XX. Mientras que los primeros han logrado consolidar un conjunto de problemáticas comunes que, si no hacen desaparecer las polémicas, por el contrario permiten construirlas en base a una imagen renovada del período (es decir, han elaborado un lenguaje común para poder dialogar), el estudio del siglo veinte parece estar caracterizado todavía por una cierta anarquía que tiene como lamentable consecuencia la ausencia de intercambios y debates.

Uno de los aspectos salientes de este conjunto de estudios es el florecimiento de investigaciones sobre casos locales. Esto resulta ser muy importante en tan-

to parece tratarse del único camino posible en un escenario en el cual hasta la consolidación del Estado central es imposible postular la existencia de un espacio político unificado para el territorio de lo que finalmente será la Argentina, mientras que, una vez consolidado este Estado, la lógica provincial y local sigue siendo preponderante para el desarrollo de la vida política. Esto último es cierto hasta el punto que sólo puede analizarse una "política nacional" a condición de tomar como perspectiva de análisis el lugar de la presidencia y, en cuanto se lo hace, se advierte rápidamente hasta donde los presidentes, entre otros, saben que esta fragmentación constituye un dato básico e ineludible a la hora de operar en la política argentina, más allá de la existencia del Estado central o los partidos llamados nacionales.

Junto a esta necesidad que de algún modo deviene del mismo objeto analizado, otro factor que explica el desarrollo de los estudios locales es la activa presencia de investigaciones realizadas en varias universidades del interior del país. En este marco, el caso de la provincia de Santa Fe es probablemente aquel sobre el cual disponemos del mayor número de trabajos desarrollados por investigadores de las Universidades de Rosario y Santa Fe.

Los dos textos que aquí comentamos rastrean la compleja historia política y social de la ciudad de Rosario de la segunda mitad del siglo XIX y las dos primeras décadas del XX. A pesar de las fechas señaladas en los títulos, ambos abordan períodos sucesivos: Megías ini-

cia su estudio con la caída del rosismo y culmina en 1890; Malamud lo abre en la revolución del '90 (con sus posteriores secuelas santafesinas) y termina en 1916. Sin embargo, ésta es prácticamente la única correspondencia entre dos textos que, en otros aspectos, son profundamente diferentes: esta divergencia se apoya esencialmente en la actitud que cada uno de los autores adopta en relación a las cuestiones y perspectivas abiertas por la mencionada renovación en la historia política. En efecto, mientras que Megías instala su texto en el corazón de esta tradición, Malamud decide dar cuenta de ella para luego desconocerla y criticarla.

El texto de Alicia Megías es la publicación de su tesis de maestría presentada en la FLACSO en 1995. La autora llega al análisis de la política por una vía indirecta: su objetivo es interrogarse sobre el modo en que se conforma una élite en la ciudad de Rosario y, para poder responder a este interrogante, cree necesario indagar ciertos aspectos de la vida política rosarina. Su hipótesis central es que esta élite se constituye como sector social a partir de su rol como grupo de notables, carácter que adquiere en la práctica como dirigencia a la vez política y social.

La autora muestra cómo al iniciarse el período, Rosario puede ser presentada como una especie de sociedad sin pasado. Esto es así no sólo porque el desarrollo material de la ciudad es tardío (iniciado a partir de los años cuarenta del siglo XIX), sino también porque su explosivo crecimiento (ligado al boom económico del sur agrario y a la presencia del puerto) no permite construir la imagen de una élite montada sobre la idea de tradición: si la posibilidad de recurrir a un pasado real es escasa, en un imaginario donde predomina la idea de aventura y ascenso parece serlo aún más. En consecuencia, esta nueva élite —como la misma sociedad que pretende encabezar— se ve privada de uno de los argumentos más poderosos a la hora de jus-

tificar su rol dominante. La hipótesis que la autora desarrolla de un modo convincente es que de la mano del éxito económico, lo que transforma a este grupo en una élite es su condición de notables y dirigentes. Para ello, luego de un breve pasaje por el mundo de los negocios, estudia detalladamente aquellas prácticas a través de las cuales la élite construye su rol dirigencial: primero, el universo del asociacionismo cuya dimensión y densidad es muy extensa; luego, el mundo de la sociabilidad política, centrada particularmente en el ámbito municipal.

La relación entre estos universos se desarrolla de un modo absolutamente interrelacionado, a punto tal que los mismos notables dirigentes circulan indistintamente por ellos. Pero se trata de una relación particular por otra cuestión ya que un análisis que podría haber autorizado la clásica distinción entre sociedad civil y sociedad política, se ve obligado a postular la uniformidad de ambos universos en una escala tal que adquiere características muy particulares. En efecto: sus protagonistas (los dirigentes, que se invisten de notabilidad por serlo) circulan indistintamente entre el municipio y las asociaciones, apoyados en la idea de que la instancia de poder comunal no constituye un espacio verdaderamente político, sino apenas un escalón más en la organización de la misma sociedad civil. Esta idea se basa en una imagen extendida en la época que en el caso de Rosario adquiere un valor muy especial ya que si bien es cierto que prácticamente todo el pensamiento sobre los municipios deviene de la convicción de que se trata de una instancia donde se representan intereses económicos y corporativos (algo apenas más complejo que una reunión de familias lo cual, además, legitima la participación de extranjeros) y nunca intereses políticos, en este caso se deja para la capital santafesina el papel negativo de representar actitudes políticas y facciosas vistas siempre como profundamente

negativas. Es decir, para Rosario el municipalismo apolítico constituye un elemento fundamental para la defensa de su autonomía urbana y regional frente a la capital provincial.

En este punto se plantea un interrogante que el texto de Megías invita implícitamente a plantearse pero que no intenta responder, a saber, cuál es el rol que pudiera o no tener la relación de la élite rosarina con la capital provincial a la hora de explicar su constitución como élite. En este sentido, el texto de Malamud también se ve obligado a atravesar en detalle el tema "municipal" (comprobando la importancia de la cuestión para los sectores más poderosos del sur santafesino) pero trabaja en profundidad esta cuestión de las vinculaciones. Tal vez en el período anterior este punto carezca de importancia y el cambio sea uno de los anunciados por Megías de su texto, en ese caso sería interesante aclararlo.

Para cerrar la presentación de este primer texto, observamos en él otro caso más de las secuelas no siempre positivas de la difusión de dos de los artículos más citados de François-Xavier Guerra (ambos publicados en *Anuario del IEHS*, nº IV, 1989 y nº VII, 1992) cuyos contenidos, una vez más, invitan mejor a la comodidad que a la riqueza analítica. En efecto, ambos artículos han generado una reiterada tendencia a aplanar en favor de una supuesta claridad explicativa los más sutiles argumentos (como son sin duda los utilizados por Megías), en el par moderno/tradicional lo cual, acto seguido, es acompañado por el inevitable descubrimiento de que el caso estudiado constituye una transición (Megías, pp. 187-188). No se trata de negar el posible carácter transicional de un determinado período (de todos modos los historiadores deberían cuidarse de abusar de una categoría que en sí misma dice poco y es aplicable a cualquier lapso temporal), sino de advertir hasta dónde una sociedad que parece creada de la nada en pocos años, y las ricas conse-

cuencias que Megías desprende de esta situación, resiste su encorsetamiento en una tipología que parece ser, como mínimo, poco útil para analizar este caso. El riesgo se hace todavía más evidente cuando se advierte que los contenidos de la tipología de Guerra son muy discutibles a la luz de diferentes experiencias históricas. En efecto, Megías retoma (p. 129) el argumento de Guerra según el cual la unanimidad corresponde a un modelo de sociabilidad de tipo antiguo, con lo cual se descarta reflexionar sobre el hecho de que el pensamiento político y social anterior a la Revolución Francesa reconoce formas de legitimar las diferencias sin necesidad de tener que asumir la idea de partido, la única que Guerra parece considerar. Estas diferencias son fundamentales a la hora de comprender la idea de privilegios, base fundamental del esquema ideológico y legal del Antiguo Régimen. En contrapartida, tampoco permite considerar hasta dónde la tendencia a la unanimidad constituye un elemento fundamental de la vida política y social llamada moderna, tal como estiman diversos textos recientes que como el de Hobsbawm o Furet analizan el siglo XX sin recurrir al atajo de suponer que la unanimidad totalitaria es apenas una supervivencia de un elemento de "tipo antiguo". De cualquier modo, esta nueva versión de la recurrente presencia de la tipología de Guerra no alcanza para opacar un texto cuyas cualidades son múltiples y sus argumentos convincentes.

La obra de Malamud es parte de una investigación mayor que, según se anuncia, tiene como principal objetivo escribir una biografía de Lisandro de la Torre. El estudio proviene de un campo académico diferente ya que, si bien sus contactos con interlocutores santafesinos parecen ser fluidos, su escritura ha sido realizada en España. Tal vez esta situación académica y geográfica explique en parte el lugar de *outsider* en el que el autor se ubica en relación a di-

versas líneas de reflexión postuladas en trabajos realizados en universidades argentinas.

Malamud ingresa a la política por un camino más directo que el de Megías: su objetivo es estudiar la Liga del Sur (LS) desde su origen en el sur santafesino hasta su transformación en el malogrado intento de constituirse en el eje de un partido liberal-conservador de carácter nacional, el Partido Demócrata Progresista (PDP). Instalado más cómodamente en el relato político, el texto apenas si se interesa por la relación entre esta esfera y la sociedad. Las escasas apariciones de lo social responden en general a citas de otros textos historiográficos ya que su núcleo de interés ronda temas tales como la organización del partido, sus ideas, su trayectoria en el escenario político regional, provincial y nacional, y el rol de sus principales figuras, en particular la de Lisandro de la Torre. Esto no sería un problema si no fuera porque el autor intenta dialogar críticamente con un conjunto de trabajos que hacen de esta relación su punto central de reflexión. El resultado de tal actitud es una historia de la LS puntillosa y detallada que si por un lado se anuncia como ajena a la historia fáctica tradicional, por otra se le parece bastante. A pesar de esto, el libro de Malamud resulta ser un importantísimo aporte para el conocimiento de la vida política que, además, no se limita sólo al ámbito local santafesino. Con excepción de los capítulos VII y VIII (a los cuales nos referiremos más adelante), nos ofrece también un estilo narrativo que resulta sumamente ágil y entretenido, un atributo que no siempre se encuentra en los textos que siguen detalladamente los acontecimientos de la política.

Entre los aportes más significativos del trabajo, puede mencionarse la intención del autor de vincular a diferentes grupos de la política argentina (en este caso los liguistas y el radicalismo) con ideas y valores provenientes del regeneracionismo español, una línea apenas

enunciada en una breve nota del clásico de Natalio Botana, *El Orden Conservador*, que es seguida también en los trabajos de Eduardo Zimmermann sobre el pensamiento reformista. Sobre esta base, Malamud logra ofrecer una imagen de la UCR bien diferente a la que suelen presentar sus "historiadores oficiales". Muy interesante resulta también el seguimiento que realiza de la conformación y las razones del fracaso del PDP, en un capítulo final que, a mi juicio, resulta ser el más atractivo de todo el texto. Más arriba ya hemos mencionado su prolijo y detallado análisis del lugar del municipalismo entre los principios liguistas, junto a las relaciones de armonía y conflicto entre la LS y la política provincial con sede en la ciudad de Santa Fe.

Menos ricos resultan ser los capítulos VII y VIII dedicados al estudio de las prácticas electorales, no porque decaiga en ellos la siempre presente solidez erudita, sino porque al negarse a extraer cualquier otra conclusión que no sea la confirmación de datos muy conocidos (v.g. la baja participación, los mecanismos más o menos fraudulentos, los resultados) el texto se autocondena a una cierta monotonía analítica. Aunque más no sea por un efecto de lectura producido por la serie de textos que tratan sobre esta misma cuestión (por ejemplo, de autores como Chiaramonte, Ternavasio, Sábato, etc.), se extraña una reflexión sobre el rol de las prácticas comiciales en la política. Pero no se trata sólo de un efecto de lectura: es el mismo Malamud quién introduce este problema al realizar diferentes críticas a trabajos como los de Hilda Sábato, críticas sobre las cuales ni se abunda, ni mucho menos se intenta ofrecer respuestas diferentes. Malamud descarta estas perspectivas asimilándolas a una simple "necesidad de guión" (pp 15) sin ofrecer a cambio más que una nueva descripción que no por muy detallada deja de ser menos conocida. Los límites de esta actitud pueden ser advertidos en profundidad en la pp. 178 cuando, al impugnar los análisis

de Sábato sobre las razones y consecuencias de la baja participación en términos de la construcción de una ciudadanía, impugna toda la línea de análisis en nombre, primero, de la contundencia del dato y, luego, de una supuesta anacronía que derivaría de la imposición de la idea de "esfera pública" a una realidad que ignora por completo este concepto. Este último punto es bien curioso, no sólo porque parece manifestar una cierta confusión sobre la naturaleza del uso de una herramienta analítica, sino tam-

bién porque no es cierto que el problema de la relación entre sociedad civil, opinión, ciudadanía y poder político quedara fuera de la agenda política del período estudiado en el texto. Estas cuestiones determinan ciertos altibajos en un libro que, de todos modos, constituye un aporte fundamental para el conocimiento de la vida política de un período que aún espera nuevas investigaciones ■

Luciano de Privitellio

Volver a la historia. Su enseñanza en el tercer ciclo de la E.G.B.

Buenos Aires, Aique Grupo Editor, 1996

Luis Alberto Romero

El texto en cuestión tiene su origen en una contribución realizada por el autor, a pedido del Ministerio de Educación y Cultura de la Nación, para la elaboración de los contenidos básicos comunes de Ciencias Sociales para el tercer ciclo de la Educación General Básica (EGB) y el nuevo nivel polimodal. Reformulado y adaptado como libro destinado a los docentes responsables de la enseñanza de historia en los nuevos séptimo, octavo y noveno año, recoge también la experiencia de Luis A. Romero como asesor en la elaboración de diseños curriculares en la Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires y en diferentes cursos de capacitación docente. Esta preocupación por el lugar de la historia en el sistema educativo y en la formación de las nuevas generaciones, parece haber estimulado también la publicación de su reciente "Breve historia contemporánea de Argentina", que más allá de su éxito de ventas, se ha convertido en texto de referencia usual en las clases de historia de la escuela media. En conjunto con una presencia notable en los medios gráficos de comunicación, se perfila una propuesta de compromiso intelectual con la realidad social, sin duda expresada en términos diferentes a los usuales hace dos o tres décadas, que conjuga la crítica a los aspectos más perniciosos del modelo socioeconómico y político-cultural vigente con la predisposición a participar en espacios institucionales cuya función, incumbencia y legitimidad deben trascender los límites de una u otra gestión gubernamental.

Específicamente, este libro aparece en el contexto de la nueva Ley Federal de Educación. No es éste el lugar adecuado para discutir las virtudes y defec-

tos de una ley que se encuentra en el centro del debate público y en la mira de la protesta docente de mayor repercusión social y mediática que se recuerde. Sin embargo, pocos discutirán que, en lo que hace a la formulación de nuevos contenidos curriculares, la ley supone una actualización largamente esperada y la superación de esquemas perimidos. Más discusión, en cambio, han generado las estructuras curriculares elaboradas para su integración, tema al que el autor dedica amplia atención, y la posibilidad concreta de trasladar la normativa a la realidad de la escuela, en función de las cargas horarias asignadas y las condiciones actuales de la labor y la formación docente.

Ante los problemas y desafíos que la enseñanza de la historia y los nuevos contenidos básicos comunes plantean en el tercer ciclo de la EGB y la necesidad de adecuación de los docentes a la nueva realidad, el libro ofrece a los profesores una propuesta de enfoque y de selección y organización de contenidos. La expectativa es ofrecer una herramienta de trabajo docente capaz de vincular los avances de la disciplina con la práctica en el aula. No aborda, en cambio, cuestiones relativas a la didáctica cotidiana, aunque algunas sugerencias podrían traducirse en prácticas concretas.

En el capítulo 1 se ofrece un enfoque postulado como el sustrato de la práctica dominante entre los historiadores en las últimas cinco o seis décadas. En este sentido, el enfoque sugerido no refiere a una toma de postura explícita entre las vigentes en la historiografía (aunque las preferencias del autor serán notorias a lo largo del texto), sino a una contestación desde el campo científico a las características predominantes de la ense-

ñanza de la historia en la escuela media. El acento está puesto en el carácter complejo y coherente de la realidad histórica y en la particularidad del conocimiento histórico, construido a partir de preguntas y problemas que parten no sólo del objeto del conocimiento, sino fundamentalmente de la perspectiva del investigador.

El énfasis en la coherencia, en la relación compleja entre estructuras y procesos y en el rol de los actores sociales, en la cuestión de las diferentes temporalidades, en la idea de la historia como comprensión del presente vivo y no del pasado muerto, aparece como alternativa tanto a la historia descriptiva, puramente fáctica y mayormente política, cuanto a las visiones deterministas y maniqueas, ambas muy difundidas entre los docentes formados en las últimas tres décadas.

En cuanto al conocimiento histórico, plantea asuntos epistemológicos básicos, señalando las visiones actuales respecto de ellos: las cuestiones de la objetividad, la conciencia y el saber histórico; el carácter inacabado, problemático e histórico de la historia como disciplina. Si este discurso contrasta con las visiones positivistas que aun nutren a los docentes preocupados por defender el carácter científico de su saber, ataja al mismo tiempo los embates posmodernistas que invalidan toda posibilidad de un conocimiento organizado y válido de la historia.

Finalmente, pasa revista a los desarrollos recientes de la historiografía. Resalta la expansión y fragmentación de los objetos de estudio y de la metodología y enfoques. Señala el estancamiento de la historia económica y la expansión de nuevos campos, como la historia cultural, social y de las ideas, el reverdecer de la historia política, la tendencia a la microhistoria y el cuestionamiento a la validez del conocimiento histórico en tanto herramienta de comprensión del presente y construcción del futuro. Buscando recuperar la relación de los histo-

riadores con los problemas del presente, sugiere la posibilidad de contribuir al debate y la formación de opinión acerca del auge de los nacionalismos, la reestructuración del capitalismo, la transformación del Estado y el funcionamiento de la democracia.

En el capítulo 2° desarrolla una mirada crítica a ciertos aspectos de la enseñanza de la historia. En primer término hace referencia a la popularidad de la interpretación revisionista de la historia argentina entre profesores y alumnos. Mientras que en el campo científico la contribución revisionista es hoy prácticamente irrelevante, sigue formando parte de la conciencia colectiva que impregna a algunos profesores deseosos de trascender la llamada historia "liberal". Lo notable es que esta mirada es paradójicamente compartida tanto por aquellos que buscan una alternativa nostálgica de un pasado perdido por efecto de la modernidad y la oleada inmigratoria, como por aquellos que la sienten capaz de fundamentar un proyecto transformador de corte progresista. En este aspecto es notable la brecha entre el estado del debate historiográfico y la realidad escolar. No debe dejar de tomarse en cuenta, en este aspecto, la herencia de la historia reciente. La clausura del debate ideológico impuesto por la dictadura tuvo probablemente mayor impacto en la formación docente, que careció de aquellos espacios alternativos de reflexión en los cuales se refugiaron gran parte de los investigadores. Para los profesores formados en las décadas de los 70 y los 80, el revisionismo fue la única corriente de aire contestatario disponible.

Ya en los 90, aparecen nuevos ídolos, con los cuales polemiza Romero. Varios diseños curriculares aplicados en diversas jurisdicciones han propuesto que se debe asociar el aprendizaje de conceptos básicos con el estudio de la realidad inmediata del alumno. En el caso de la historia esto se expresa en la construcción de conocimiento mediante el estudio de

la historia local, como vía de acceso a la historia nacional y universal. Romero cuestiona la posibilidad de apropiarse conceptos del grado de la complejidad y abstracción propia del tercer ciclo del EGB, a partir de realidades parciales. Lo local difícilmente se explica por sí mismo, y sólo recurriendo a los contextos que lo engloban cobra sentido. Partir de lo local a lo general implica anular el carácter procesal del hecho histórico y tiende a alimentar un localismo desconectado de sus marcos de referencia.

Sin menguar la relevancia de las cuestiones tratadas hasta aquí, la discusión fundamental, que da sentido y título al libro se centra en la cuestión de la integración de la historia en un área curricular más amplia, la llamada "Ciencias Sociales". Antes de analizar la postura del autor, conviene hacer algunas consideraciones contextualizadoras.

Los nuevas estructuras curriculares del tercer ciclo del EGB han establecido el área de ciencias sociales como espacio curricular en reemplazo de las tradicionales materias de historia y geografía. Diversos argumentos y motivaciones fueron esgrimidos para justificar esta opción. Se ha criticado el carácter fragmentario de la escuela media, en la cual el alumno estudia un alto número de asignaturas específicas e interactúa con muchos profesores simultáneamente. Esto dificulta el aprendizaje de los alumnos y es considerado la principal causa escolar del alto grado de deserción en la secundaria. Recuérdese que la Ley Federal de Educación extendió la obligatoriedad al noveno año (anterior segundo año) y aspira a aumentar los niveles de retención escolar. Junto a ello, se ha defendido la idea de integrar, con criterio multidisciplinar, los aportes de otras ciencias sociales, como la antropología, la sociología, las ciencias políticas y la economía, al estudio de las sociedades contemporáneas. Puede verse en ello un impacto tardío y singular de la influencia de las ciencias sociales en la investigación histórica alrededor de la década

del '60. Si la llegada de las ciencias sociales a los programas de estudio universitarios se dio en el contexto de la salida de la dictadura, su arribo a la escuela es reflejo de algunas experiencias escolares europeas, notoriamente la española. Pero mientras que en el campo científico se trató fundamentalmente de un diálogo e intercambio de aportes de disciplinas que mantenían su especificidad epistemológica y metodológica, la escuela apostó a la disolución de las disciplinas en una "ciencia social", que, según señala Luis A. Romero, no existe como espacio de conocimiento científico o académico. Efectivamente, más allá de ciertos trabajos que se postulan como sociología histórica, la historiografía actual se encuentra en un ciclo de revalorización y afirmación de la especificidad de la disciplina. En cuanto al ámbito escolar europeo la tendencia es volver al estudio de las disciplinas específicas.

Las aseveraciones de índole pedagógica y epistemológica se combinan con preocupaciones de orden presupuestario y relativas a la organización escolar. La reforma ha actualizado los contenidos de las materias existentes e incorporado nuevos, como el caso de Tecnología y Formación Ética y Ciudadana. Como la tendencia es a la reducción de espacios curriculares, la incorporación de nuevos contenidos implica una reducción de la carga horaria de las asignaturas existentes y/o el agregado de nuevos contenidos en el mismo espacio curricular. En el caso de la Historia y la Geografía, sus contenidos se integran en el área de Ciencias Sociales, de menor carga horaria, que incluye también los contenidos de Sociología, Antropología, Ciencias Políticas y Economía. En algunos casos podría incluir también contenidos de Formación Ética y Ciudadana. En estas circunstancias, resulta difícil pensar en repartir la carga horaria entre dos o tres profesores. Agrégase a esto el problema de la planta docente y la estabilidad laboral. La reducción de la carga horaria se equilibraría con el probable

crecimiento de la matrícula por la extensión de la obligatoriedad, pero ¿quién enseñará historia o ciencias sociales en el tercer ciclo del EGB? En la actualidad, en séptimo grado enseñan maestras y maestros sin formación disciplinar. Los profesores de secundario poseen una tradición de formación específica, acorde a los parámetros académicos. La voluntad política de garantizar la continuidad laboral de unos y otros imponen un proceso de transición, en el cual ocupa un lugar fundamental la cuestión de la capacitación y formación docente. Es particularmente preocupante el surgimiento de profesores en ciencias sociales en institutos de formación docente y aun en algunas universidades de escasa rigurosidad académica. Todo ello, a pesar que aún no se han establecido las normativas referentes a los perfiles y acreditación de los docentes. Debe señalarse, que la proliferación de títulos reñidos con la práctica académica, será un obstáculo para aquellos docentes que deseen acompañar o completar su actividad en el ámbito profesional, ya que estas acreditaciones no tendrán valor para acceder a estudios de grado o posgrado en el país o el exterior. Es necesaria una compatibilización de criterios entre las diversas jurisdicciones, que haga posible el tránsito de alumnos y profesores de un lugar a otro del país sin correr el riesgo de carecer de reconocimiento a la formación y acreditación obtenida. Sería lamentable que en nombre del federalismo, se impusiera un rasgo feudal al sistema educativo. En la era de globalización, la universalidad y equivalencia de los títulos debería ser un requisito ineludible.

Aunque el autor sólo se explaya respecto de las dificultades epistemológicas que el debate área o disciplina implica, su defensa de la historia no es corporativa, y alude a las dificultades que provoca en la práctica docente la constitución del nuevo espacio curricular. Se estaría pidiendo a los profesores resignar una formación profesional consistente

por un compendio variado de materias de diversos campos del saber, que forzosamente carecerán de profundidad. Sin que esto implique desmérito alguno, el perfil resultante será más cercano al maestro del nivel primario que al profesor de la escuela media. Tampoco parece lógico, dice Romero, exigirle a los docentes que logren plasmar en el aula una integración de contenidos que las propias disciplinas no han logrado. Podría sugerirse que una formación docente adecuada debería conjugar el mantenimiento del criterio disciplinar con formas creativas de integración (no fusión!) interdisciplinar. En este aspecto la experiencia de las mejores universidades nacionales puede ser de utilidad.

Los tres próximos capítulos proponen una interpretación y desarrollo de los contenidos básicos comunes. En concordancia con el enfoque propuesto y las críticas realizadas, el autor propone un abordaje que contempla los siguientes objetivos:

- que la enseñanza de la historia cumpla una función de utilidad y compromiso con la realidad. Al respecto sugiere que la consolidación de la democracia, la vigencia de los derechos humanos y la defensa de los valores de equidad y justicia social pueden ser los disparadores centrales de la interrogación del pasado.

- que las clases de historia trasciendan la mera adquisición de información e incorporen algunos procedimientos propios de la construcción del conocimiento. Aquí resalta una aproximación diferente a los conceptos de tiempo y espacio, el estudio a partir de problemas que orientan el desarrollo de los temas, un uso apropiado de las fuentes en el ámbito escolar, la búsqueda de conexiones capaces de dar sentido a los hechos aislados, la revalorización de la lectura como vía de acceso primordial al conocimiento, no sólo histórico.

Estos pautas se traducen en una selección y secuenciación de contenidos

temáticos, organizados en bloques, junto a una ejemplificación de su aplicación concreta para el estudio de la sociedad feudal. Sin entrar a pormenorizar, observamos que éstos plantean un estudio interrelacionado de la historia universal, occidental, latinoamericana y nacional. Aunque la historia local no es mencionada explícitamente, queda claro cuál es el criterio de incorporación sugerido. Los temas son presentados en núcleos temáticos que representan grandes estructuras históricas. En cada caso se exponen aspectos relativos a la economía, la sociedad, el Estado, la cultura y las ideas. El cuadro resultante propende a enseñar una realidad histórica compleja y total, y al mismo tiempo posible de aprehenderse ordenadamente.

Finalmente el autor propone una estrategia de actualización docente, de carácter gradual, permanente e individual,

acompañada de una amplia y actualizada orientación bibliográfica. Esta propuesta reconoce el valor de la formación anterior como punto de partida para su renovación. Ante la desvalorización de los docentes, presente en algunos discursos políticos y sociales, Romero elude el ultimátum del cambio radical y perentorio. Esta actitud comprensiva y estimulante, no aborda, sin embargo, las condiciones materiales reales, laborales y salariales, en que dicha actualización debe llevarse a cabo. Probablemente, porque su complejidad va más lejos que el diseño de una estructura curricular. Esto no quita valor a esta obra, cuya presencia, a veces textual, en los diseños curriculares, es fiel testimonio de su aporte al mantenimiento de la conciencia histórica en el sistema educativo ■

Ariel Denkberg

El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia

Barcelona, Editorial Ariel, 187 páginas, 1997

Robert A. Rosenstone

A esta altura del desarrollo de la disciplina histórica, pocos –historiadores o no– son los que insisten en dudar sobre si el cine es una forma de hacer historia. Sin embargo, son más los que se cuentan entre quienes recusan a este arte e industria ya centenario como una de las fuentes del historiador, que aquellos preocupados por estrechar vínculos entre cineastas e historiadores. Para el caso de nuestro país, la temática aun ocupa un sitio marginal –en relación al total de la producción historiográfica– en los intereses personales y académicos de los investigadores¹. Tanto en Europa como en Estados Unidos, instituciones, publicaciones, departamentos de universidades, foros estables e instituciones independientes contribuyen, con producciones de disímiles orientaciones teóricas, a conformar un corpus de gran interés. Un dato que permite discernir la importancia de la temática y su instalación en la agenda de los historiadores, consiste en que cualquier trabajo sobre las relaciones entre cine e historia ya no debe limitarse a citar a los pioneros el área Marc Ferro o Pierre Sorlin, sino que con pleno derecho se han incorporado a esta tradición –iniciada en los sesenta dentro del paradigma *annaliste*– a investigadores como Angel Luis Hueso, José María Caparrós-Lera, Carl J. Mora, Robert A. Rosenstone, Peter Rollins, Marcia Landy, Vivian Sobchack, James O'Connor, Jorge Nóvoa y Cristiane Nova, entre otros.

Entre los más recientes trabajos publicados en español sobre las relaciones entre cine e historia² se encuentra *El pasado en imágenes*, de Robert A. Rosenstone, uno de los investigadores sobre cine e historia más importantes y lúcidos de la actualidad. Desde su lugar de trabajo

en el California Institute of Technology de la Universidad homónima, Rosenstone ha sabido combinar su actividad académica con trabajos vinculados a la producción de films: se desempeñó como consultor histórico en *Reds* (Warren Beatty, 1982) y en *Darrow* y en los documentales *The Good Fight* (1983) y *Tango of Slaves* (sobre el levantamiento del ghetto de Varsovia). El trabajo que se reseña reúne distintos artículos de Rosenstone aparecidos en revistas y en obras colectivas, traducidos por otro especialista en la materia: Sergio Alegre, co-editor de *Film-Historia*, lo que completa una acertada edición, pues la selección de trabajos hechos brindan tanto una panorámica de la evolución del propio autor como de los tópicos dominantes del debate en la última década. El libro está organizado en tres partes, denominadas *La historia en imágenes*, *Films históricos* y *El futuro del pasado*; todos los artículos están introducidos brevemente por Rosenstone, que –asumiendo la posible caducidad de algunos aspectos esbozados en ellos– pone al día e historia desde su óptica actual los argumentos sostenidos allí.

Si quisiéramos resumir en una proposición la gran cantidad de ideas y cuestiones discutidas por el autor en este libro, podríamos recurrir al subtítulo del mismo: *el desafío del cine a nuestra idea de la historia*. Si bien Rosenstone orienta sus investigaciones y reflexiones de modo preferencial hacia el terreno de las relaciones entre cine e historia, siguiendo el desarrollo de sus razonamientos, puede apreciarse que su preocupación básica es la situación general de la disciplina, el decreciente interés de los jóvenes en la historia y las dificultades que encuentran los historiadores

para comunicar los resultados de su trabajo a un público mayor que el propio grupo de pertenencia. En este marco, Rosenstone afirma postulados y convicciones; evita dedicarse únicamente a exponer una larga serie de dudas y puntos oscuros del tema elegido y de la disciplina en general, como se ha vuelto recurrente en trabajos que abordan la cuestión del trabajo del historiador. Esta es una marca distintiva tanto en el estilo directo utilizado por el autor como en la ubicación que hace de las principales corrientes de pensamiento y los autores a los cuales comenta.

La primera parte del libro es quizás la que más interés puede suscitar para el historiador. Este apartado se abre con el primer trabajo publicado en la *American Historical Review* en torno a las relaciones entre cine e historia; el debate suscitado por el trabajo de Rosenstone indujo a los responsables de la A.H.A. a establecer una sección estable sobre cine, desde octubre de 1989, dirigida por Rosenstone durante seis años. En el artículo en cuestión, "Historia en imágenes, historia en palabras. Reflexiones sobre las posibilidades de plasmar la historia en imágenes", puede apreciarse el primer esfuerzo de Rosenstone por sistematizar las ideas que venía desplegando en sus cursos de historia y en su trabajo con cineastas. Su preocupación primordial es cómo reorganizar el trabajo del historiador en un mundo en donde cada vez más las personas forman su idea de la historia y adquieren conocimientos históricos a través de medios audiovisuales, entre ellos el cine. Ya en 1988, Rosenstone asume que el futuro llegó, hace rato –como dice la canción– y llegó para quedarse. "[...] Y todas las previsiones –dice Rosenstone– indican que esta tendencia continuará. No hace falta ser un adivino para asegurar que llegará un día (¿no estamos muy cerca?) en el que escribir historia será una especie de ocupación esotérica y los historiadores unos comentaristas de textos sagrados, unos sacerdotes de una misteriosa religión sin interés para la ma-

yoría de las personas que –esperemos– serán lo bastante indulgentes como para seguir pagándonos".³ La posibilidad o no de plasmar en imágenes en movimiento los resultados de la investigación histórica articula a lo largo de todo el libro las reflexiones del autor. Según Rosenstone, con el cine en general –se trate de films de ficción o documentales–, se comete la misma arbitrariedad –o mejor dicho, omisión– que con la historiografía: tanto el cine como el trabajo del historiador son elaboraciones posteriores a los sucesos, atravesadas por preocupaciones e ideas ajenas a los hechos que se narran, pero que se incorporan a los mismos en el momento de la construcción del relato histórico, filmico o escrito. La idea que la pantalla es una "ventana abierta al pasado" es tan falsa como que la historia escrita reconstruye lo sucedido, sostiene el autor. Sin embargo, la posibilidad de hacer historia no está clausurada, ni la realización de films que transmitan conocimientos históricos adecuados es una utopía irrealizable. En este aspecto, Rosenstone no duda en señalar los límites del género narrativo frente a los recursos a los cuales puede apelar una historia en imágenes. Su apuesta, a favor de la tarea del historiador, es asumir el desafío que la cultura de imágenes plantea a la historia escrita en un mundo que define como *posliterario*. ¿Qué le ocurre a la historia cuando transformamos las palabras en secuencias filmicas?, se pregunta Rosenstone: cambia la naturaleza de nuestra relación con el pasado; parece reiterarse el desafío a lo establecido, como cuando Heródoto y Tucídides confrontaron la historia escrita con la tradición oral legada. Para el autor, la posibilidad de representar el pasado no sólo a través de la expresión escrita abre nuevos horizontes al investigador; Rosenstone encuentra en los films posmodernos –que descartan el tratamiento de tipo tradicional de una historia (principio, desarrollo, final, mensaje moral) para probar con diferentes formas de expresión (anacronis-

mos, condensación, collage, absurdo)–, una veta de la cual pueden extraerse ejemplos válidos y novedosos de cómo narrar una historia en imágenes.

Otro de los artículos de interés especial para quienes reflexionan sobre las actuales condiciones del trabajo del historiador es "El cine histórico. Una visión del pasado desde una época posliteraria" (1993), donde puede apreciarse un refinamiento y una elaboración de los planteos esbozados por Rosenstone en 1988. Según el propio autor, fue este su primer intento por establecer normas para discernir la calidad de trabajos históricos en imágenes. También puede leerse como un intento de sistematización y respuesta a los varios interrogantes que el primer artículo de *El pasado en imágenes* puede haber instalado en el lector. Es aquí donde el autor realiza un aporte fundamental para profundizar el debate: si el cine necesita recurrir a la invención (o ficción) por razones de formato, ésta debe ser aceptada por la disciplina histórica como una forma expresiva válida. Luego de explicar claramente por qué el cine debe recurrir a situaciones creadas por los cineastas, sostiene que la distinción entre "invención falsa/invención verdadera" puede acercar posiciones entre los que rechazan el cine y quienes pretenden incorporarlo al conjunto de herramientas con las que cuenta el historiador para realizar su tarea. Para reforzar sus argumentos, recurre a varios ejemplos tomados de *Missisipi Burning* (Alan Parker, 1988) y *Glory's Time* (Edward Zwick, 1989). La diferenciación entre tipos de invención resulta uno de los imperativos para el autor: además de situarse en una determinada tradición historiográfica –que lo precede– el cineasta que aborde el tratamiento del pasado debería recurrir a la investigación histórica existente –incluidos otros trabajos en imágenes sobre su tema–, si bien reconoce que son escasos los profesionales que trabajan de este modo. Así, "[...] El cine ni reemplaza la

historia –sostiene Rosenstone– como disciplina ni la complementa. El cine es colindante con la historia, al igual que otras formas de relacionarnos con el pasado como, por ejemplo, la memoria o la tradición oral".⁴ El autor expone uno de los riesgos actuales de la tarea de historiar: que el texto sea reemplazado por la imagen, aun a pesar de los buenos textos. Si bien la historia escrita ha sido superada –en su capacidad de comunicar conocimientos– por los medios audiovisuales, la compatibilización de ambas formas de expresión –escrita y en imágenes– plantea una alternativa a esta situación; la propuesta es trabajar y discutir para trascender el esquema en el cual cine e historia se vinculan únicamente de la siguiente manera: el film sirve si corrobora el discurso de la historia escrita.

En la segunda parte del libro, estos argumentos, interrogantes y seducciones varias se expresan a partir de casos concretos: *Reds*, la película protagonizada por Warren Beatty –además de director y productor– y Diane Keaton; *The Good Fight*, el documental sobre la brigada Lincoln, que combatió en la Guerra Civil Española del lado republicano; el famoso *JFK*, de Oliver Stone; el film posmoderno *Walker*, de Alex Cox y el film de Chris Maker, *Sans Soleil*. En este apartado lo fundamental es haber podido ver los films que se comentan, para apreciar en plenitud los planteos hechos por Rosenstone. En este marco, resultan de particular interés las apreciaciones del autor sobre su propio trabajo para *Reds* y *The Good Fight*, que nos muestran sólo algunas de las inmensas posibilidades de la colaboración entre cineastas e historiadores. En la tercera y última parte, el centro de la atención se traslada hacia la producción de trabajos históricos en una era posliteraria. Si bien puede sonar futurista, los indicios que da Rosenstone no dejan muchas dudas sobre la calificación que merece esta etapa de la historia. Y en esta "era posliteraria", encuentra en cineastas como Sembene, Solás, Diegues o Syberberg,

los trazos iniciales del porvenir de la escritura de la historia.

Mal que nos pese, domina el panorama una reducción significativa del interés en lo que tengan que decir los historiadores, a pesar del triunfo de lo *académico sobre lo político* y la *profesionalización*, logros esgrimidos como éxitos del campo profesional post-1983 en Argentina. Toda la amplia renovación temáti-

ca y metodológica ocurrida no revierte cierta incapacidad de la academia para "relatar acontecimientos que ayuden a comprender nuestro presente. Relatos que interesen a profesionales de la historia pero también a los que no lo son...", como expresa Robert A. Rosenstone ■

Mario Ranalletti

Notas bibliográficas

1. Entre los profesionales que trabajan o trabajaron en nuestro país, con distintas expectativas, las relaciones entre cine e historia pueden citarse a Silvia Romano y su equipo de docentes, investigadores y alumnos de la Universidad Nacional de Córdoba, Silvia Finocchio, el grupo coordinado por Fortunato Mallimacci e Irene Marrone en la Facultad de Ciencias Sociales (U.B.A.), Raúl Beceyro del Taller de Cine de la Universidad Nacional del Litoral, Juan Suriano en la Universidad Nacional de Mar del Plata, Claudia Menna y Viviana Cervetto en la Universidad Nacional de Rosario, Julio J. Artucio en la Universidad Nacional de Entre Ríos -quien publicará un artículo sobre el film Evita en el próximo número de Film-Historia- y Juan Quintar en el GEHISO (Univ. Nac. del Comahue); pueden consultarse: Romano, Silvia O., Boixadós, María C., "Los historiadores y la recuperación de fuentes no tradicionales: el archivo filmico del Canal 10 de Córdoba (Noticias de las décadas del '60 y del

'70", en: *Entrepassados*, Año V, Nº 9, Buenos Aires, págs: 175-180, Fines de 1995; Menna, Claudia, Cervetto, Viviana, "Cine clandestino en Argentina (1966-1973)", en: *Film-Historia*, Barcelona, Universitat de Barcelona, Vol. VI, Nº 2, págs.: 127-142, 1996; Romano, Silvia O., "Cine e historia. Notas sobre la aplicación del cine en la didáctica de la historia", en: *Estudios Nº 6*, Córdoba, C.E.A/U.N.C., págs: 131-142, junio 1996; Mallimacci, Fortunato, Marrone, Irene, *Cine e imaginario social*, Buenos Aires, C.B.C., 1997; Beceyro, Raúl, *Cine y política. Ensayos sobre cine argentino*, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 1997.

2. De gran valor heurístico y didáctico es el libro de José María Caparrós-Lera (uno de los editores de la barcelonesa *Film-Historia*), *100 Películas sobre Historia Contemporánea*, editado por Alianza en Madrid este año.

3. Rosenstone, Robert A., *El pasado en imágenes. El desafío del cine a nuestra idea de la historia*, Barcelona, Ariel, pág: 29, 1997.

4. Rosenstone, R.A., *Op. cit.*, pág: 63, 1997.

El hilo de Ariadna, Del tardoantiguo al tardomedioevo

Rosario, Homo Sapiens, 1996. 253 pp.

Hugo Zurutuza, Horacio Botalla y Francisco Bertelloni (comps.)

Los artículos que integran este volumen se distribuyen temáticamente, precedidos de un prólogo, en tres secciones: *En torno al Cristianismo: 'problemas' y 'representaciones'*, *'Los hombres y mujeres de la Iglesia': relaciones de poder y Nuevas ideas para una nueva sociedad*. El oficio de historiador, como el de todo quehacer científico, requiere una constante apertura. Y precisamente, a pesar de la naturaleza heterogénea de los estudios presentados, el rasgo novedoso del libro, poco frecuente en el ámbito de los historiadores locales, es su carácter metadisciplinar, que permite el diálogo y confrontación con otras orientaciones. La interacción con el resto de las ciencias sociales evoca, casi melancólicamente, las propuestas de aquellos jóvenes historiadores que fueron Marc Bloch y Lucien Febvre cuando postulaban una diferente interpretación de la historia. Fue entonces cuando los problemas históricos cobraron una nueva dimensión a la luz de la sociología, la psicología, la geografía, la estética, etc. La compilación que reseñamos intenta resignificar esas huellas a menudo olvidadas.

José Emilio Burucúa es responsable del prólogo de la obra, logrado ejercicio de erudición que procura desentrañar en la diversidad el hilo conductor de las formas de representación. Discursos e imágenes son así ubicados entre las variaciones y las mutaciones. El concepto de representación, de antigua utilización en la historia del arte, que fuera retomado por el historiador Roger Chartier para "pensar los objetos culturales como configuraciones singulares y

discontinuas, cristalizadas en un estado específico de prácticas del decir y del hacer", se instituye en esta obra en la clave interpretativa.

La primera sección del volumen se inicia con una introducción referida a las profundas transformaciones que se produjeron en la totalidad del Imperio Romano a partir del siglo IV y que consistieron en el moroso discurrir de una forma de comunidad a otra, de la ciudad antigua a la Iglesia cristiana. Hugo Zurutuza manifiesta atinadamente que la clave para la comprensión de la especificidad socio-cultural del *tardoantiguo* es el análisis de las relaciones entre paganos y cristianos, cuya complejidad puede develarse a partir del estudio de las prácticas y representaciones en la que se enmarcan los trabajos del propio Zurutuza y de Néstor O. Míguez, Horacio L. Botalla y Ofelia Manzi. El minucioso estudio teológico de N. Míguez ("Cristianismo primitivo: ¿Sinagogas rurales cristianas?", pp.19-35) nos remite desde la exégesis bíblica, la lingüística y la historia, a la comprensión y construcción de la conformación simbólica del cristianismo. Su estudio se centra en una hipótesis sugerente fundada en el movimiento de Jesús y su relación con las "pequeñas gentes" del medio rural: la sinagoga aldeana cristiana en Galilea y el sur de Siria. El análisis exhaustivo de la documentación bíblica evidencia la enérgica participación de estos grupos y los conflictos sociales y culturales que se manifestaron, situación que las iglesias urbanas con su estructura, ortodoxia, junto a la incorporación de prácticas y

textos, se ocuparon de silenciar. La contribución historiográfica de H. Zurutuza ("El cristianismo y la sociedad tardoantigua en Arnaldo Momigliano y Santo Mazzarino. Planteos historiográficos y puntualizaciones históricas", pp. 37-53) ilustra otra modalidad de la labor intelectual en el marco de un enriquecedor estudio comparativo de las biografías de los historiadores italianos. El trabajo de Zurutuza compara el contexto familiar, cultural y político en el que ambos historiadores desarrollaron su producción historiográfica en el siglo XX, destacando sus diferencias, el exilio de Momigliano en el Instituto Warburg de Londres y el trabajo de Mazzarino en la Universidad Catania y Roma. Pese a las diferencias el autor señala aspectos convergentes en sus investigaciones históricas, pues los autores considerados fueron historiadores pioneros en los estudios que realizaron sobre la sociedad del *tardoantico*, abordaron con gran originalidad en sus planteos teórico-metodológicos los problemas de la relación entre paganos y cristianos. H. Botalla ("Sentidos proféticos en la historiografía tardoantigua y Medieval", pp. 55-63) centra su exposición en la doble tensión historiográfica de la sociedad tardoantigua, que generan el valor asignado a la profecía y la inteligibilidad de la historia. Es evidente que la imagen de la profecía bíblica presupone un contraste entre el profeta y el sacerdote, de los cuales el último constituye un oficio institucionalizado y el primero un oficio carismático; el sacerdote pertenece a la Iglesia, el profeta no tiene un jefe humano, y en tanto el sacerdote defiende los intereses del *establishment*, el profeta es la voz de la oposición. El estudio de O. Manzi, ("La imagen cristiana: Algunos problemas estilísticos e iconográficos en el arte tar-

doantiguo", pp. 65-77) permite comprender las formas de la representación en el surgimiento del arte cristiano. A través de un cuidadoso análisis de las imágenes y sus cambios interpreta el complejo proceso que recorrió la imagen cristiana desde un lugar de marginación hasta ocupar la centralidad. Es así como en el contexto del cristianismo-paganismo surge un nuevo lenguaje plástico que constituirá la base del arte del medioevo.

En la segunda sección el contexto se ubica en los lazos próximos entre las *ecclesiae* y los enfrentamientos con el paganismo oficial. Como señala Horacio Botalla, los siglos IV y V son un período de polémica y de afirmación doctrinal, en el que se manifiesta un espíritu misional. La escritura se instituye en el valioso instrumento que fija las normas y las generaliza mediante el proceso de conversión y expansión. A lo que se añaden en la práctica de la liturgia los códigos gestuales. En esta etapa de institucionalización las mujeres recibirán un sitio, pero limitado. Esencialmente en Oriente las diaconisas, depositarias de diversas funciones asistenciales, serán investidas con un ministerio; las vírgenes y las viudas (*cherai*) tanto en Oriente como en Occidente, con su papel caritativo, terminarán todas ellas fundiéndose en el monaquismo femenino. Es en este marco que se plantean los trabajos de Alejandro Zorzín, Elba Ferraro, Diana Rocco y Diego Santos. A. Zorzín ("La alteridad bárbara en el discurso de dos obispos cristianos del tardoimperio: Ambrosio de Milán y Sinesio de Cirene", pp. 81-82) rescata la cuestión del "otro" y sus implicancias en el dominio religioso o, en todo caso, de la moral. Analiza el fenómeno de la alteridad desde la óptica de Oriente y Occidente evocada en

los discursos de Sinesio y Ambrosio. E. Ferraro ("El culto a los mártires en el siglo IV según las inscripciones damasianas", pp.93-128) analiza y destaca las relaciones que se establecen entre el culto del mártir, la resignificación del culto a las reliquias en los siglos VI y VII y su vinculación con el acontecimiento milagroso. D. Rocco ("Mujer y continencia en la Iglesia cristiana del siglo IV", pp. 129-148) estudia las relaciones de género desde una visión feminista y sostiene, de manera casi coincidente con Aline Rouselle en *Porneia*, que "el ascetismo femenino está asociado a toda la historia de la expansión del cristianismo." La autora hace hincapié en el sometimiento de la mujer bajo el poder de la Iglesia y recuerda que en el siglo IV las mujeres quedaron excluidas del gobierno de la Iglesia y de la mediación de lo sagrado. D. Santos, ("Sidonio Apolinar y la fragmentación política de la Galia", pp. 149-169) analiza en la obra del obispo y poeta galo Sidonio Apolinar la complejidad de las relaciones entre los distintos poderes y sus estrategias espaciales en el proceso de decadencia del estado romano en la Galia en el año 477 y su aceleración en los años 454 y 455.

En la Introducción a la tercera y última sección Francisco Bertelloni considera que como necesario preludio metodológico al estudio de las doctrinas es necesario esclarecer algunos problemas en relación a la teoría política medieval. Advierte en primer lugar que se requiere legitimar y homogeneizar el pensamiento político medieval a partir de las reflexiones de San Agustín, Marsilio de Padua y Guillermo de Ockham. El siguiente problema es de carácter hermenéutico y se pregunta cómo puede interpretarse en la actualidad el pensamiento político de un período

en el que la política no reviste el mismo grado de significación que hoy se le otorga; el tercer problema es sistemático y conlleva a un doble cuestionamiento: ¿cuáles fueron los elementos teóricos medievales que perviven en el pensamiento teórico-político moderno? y, pregunta más honda y esencial: ¿qué fue el medioevo?. Los protagonistas que contribuyeron a constituir lo que se denomina teoría política medieval fueron los conflictos políticos concretos, las teorías recibidas como herencia de la tradición de la revelación cristiana y de la Antigüedad, y modos preconceptuales y preteóricos de concebir la política. Los trabajos que se presentan a continuación están consagrados a los aspectos teóricos del pensamiento medieval entre los siglos XII y XIV. F. Bertelloni ("El surgimiento de la 'scientia política' en el siglo XIII" [Reconstrucción histórica de un nuevo espacio conceptual], pp.175-207) analiza la renovación del pensamiento filosófico en la primera mitad del siglo XII, el nacimiento de la filosofía política en el siglo XIII y su desarrollo desde Santo Tomás hasta Marsilio de Padua en el siglo XVI. Advierte que la renovación que afectó a todo el saber de Occidente comienza en los primeros años del siglo XII, y de ello se deriva la renovación política, que se explica como una consecuencia de la renovación del saber; ello da cuenta de la inclusión de la *Política* de Aristóteles entre los textos filosóficos. El gran cambio se manifiesta cuando, confrontadas la *politica* y la *ethica*, se produce la ruptura del predominio de la *theologia* en el orden moral. H. Botalla ("*Prophetia, chronica, tractatus*. Esquicios sobre géneros y política a propósito de la "Crónica" de Salimbene de Adam", pp. 209-224) sostiene que el desarrollo intelectual en el transcurso del siglo XIII se centra

en lo político. El discurso sobre esta dimensión de la realidad reviste diversos géneros: la historiografía, la profecía y el tratado. La relación entre práctica política y teoría política se expresa en el siglo XIII en el conjunto de los textos de la época. En la obra cronística de Salimbene de Adam esta relación se hace manifiesta, al tiempo que se evidencia la ruptura de la unidad historia-profecía. El discurso se separa de la trascendencia y se constituye en un conglomerado discontinuo de acontecimientos. El pensamiento político se impone a través del tratado, género por excelencia del conocimiento razonable. J. Castello Dubra ("El programa teórico-político de Marsilio de Padua: la destrucción de la doctrina de la *plenitudo potestatis papal*", pp. 225-240) considera que en la historia de las ideas políticas de la Edad Media Marsilio de Padua ocupó un lugar destacado, ya sea por los elementos modernos que evocan algunas de sus doctrinas, ya por la lucha enérgica que emprende contra las pretensiones del papado de tener ingerencia en el ámbito de la autoridad política humana. El propósito del trabajo, que el propio autor destaca, es desarrollar los principales momentos de la estrategia de la argumentación antiteocrática que se manifiesta en la obra de Marsilio Padua *El defensor de la paz*. Jürgen Miethke ("Libertad, propiedad y gobierno en el pensamiento político de Guillermo de Ockham" pp.243-253) aborda el tema de la libertad en la Edad Media y el pensamiento de Guillermo de Ockham en el siglo XIV. En relación con la noción de libertad señala que si bien el vocablo aparece en numerosos diplomas medievales vinculado a testimo-

nios de exigencias de individuos o concesiones de garantías de propiedad o *status* social, los tratados que se ocuparon esencialmente de la libertad no hacen su aparición hasta la Florencia del Renacimiento. Las teorías políticas del medioevo se hallan en tratados que se interesaron por la ética y la práctica de gobierno, y cuya función era recordar al gobernante sus obligaciones morales. Uno de los escritos del siglo XIV, al que Miethke otorga relevancia particular, es el de Marsilio de Padua, tema tratado de manera exhaustiva por J. Castello Dubra en el artículo de la presente compilación ya aludido. En relación con las teorías del siglo XV considera que la más destacada es la del teólogo franciscano Guillermo de Ockham, quien se ocupó de manera brillante del problema de los fundamentos de la legitimidad del poder político. La libertad respecto de una servidumbre externa no sólo existe dentro del ámbito de la iglesia en el pensamiento de Ockham: ambas esferas, la espiritual y la temporal, son muy similares entre sí. En el orden político temporal tampoco se puede prescindir de libertad. El énfasis de la noción de libertad en Ockham se irradia desde la Iglesia hasta el gobierno secular, estimulando así la vieja idea aristotélica de libertad.

La fructífera compilación que acabamos de reseñar contribuye con seriedad, fruto natural de la reflexión y el trabajo, a los estudios históricos no sólo en lo que atañe específicamente a las sociedades de la antigüedad tardía sino a la consideración de la disciplina histórica en general ■

Susana B. Murphy
UBA / UNLU

La paz simulada. Una historia de la Guerra Fría: 1941-1991.

Madrid, Alianza Universidad, 1997. N 872. 472 págs.
Francisco Veiga, Enrique U. Da Cal, Angel Duarte.

Hoy en día, podríamos decir que el mundo comienza a superar la estructura que suponía la Guerra Fría, que esa etapa histórica ha finalizado; sin embargo, no encontramos todavía obras que la analicen o la piensen, al menos, si lo que pretendemos es buscar análisis abarcadores o totalizadores del período en particular. En efecto, han aparecido últimamente algunos artículos que reflejan la Guerra Fría en algún aspecto específico, ya sea en alguna rama de la ciencia o disciplina particular, pero lo que aún no se han producido son obras con pretensión de análisis global que versen exclusivamente sobre el período. Esto es lo que precisamente busca *La paz simulada*: realizar, en perspectiva, una historia posible de la Guerra Fría. Así, cuando lo que aparece como tendencia dominante es la elaboración de estudios microhistóricos o particularistas sobre casos específicos manejando generalmente la corta duración, la publicación de un libro que pretende examinar medio siglo de historia a escala mundial cuanto menos llama la atención.

El objetivo perseguido se presenta claro desde el prólogo. "La mentalidad de la Guerra Fría ha muerto, y este libro quiere ser una contribución a su relegación" (pág. 11), (confiesan con sinceridad los autores españoles). En efecto, este libro se inscribe dentro de las obras de historia de la ideas o historia de las mentalidades. Tras una declarada preocupación por los aspectos políticos, económicos y tecnológicos de los cambios impulsados por la Guerra Fría se destaca el interés por conocer la forma de pensar o el "clima de ideas" dominante durante el período y que es en definitiva ante lo que el libro se propone como "un adiós

definitivo". Esta etapa de "guerra no declarada o aplazada" será concebida, en esencia, como un conjunto de "miedos", "síndromes", "viejas paranoias", "formas de vida", "incapacidades", etc. y sobre su dilucidación, comprensión e intento de superación girará el fundamento del libro.

Presentando un lenguaje accesible y claro para un público general, *La paz simulada*, se organiza en cinco grandes secciones que contienen veintiséis capítulos, más un prólogo, un epílogo y un apéndice que trata especialmente el caso español. Contiene además, una cronología bastante completa sobre los principales acontecimientos sucedidos entre 1941 y 1991, y una serie de mapas e infografías que grafican los principales conflictos y focos de tensión en las diferentes etapas de la confrontación. También incluye una extensa y ecléctica bibliografía y un índice analítico que puede organizar la lectura si lo que se busca es algún tema o hecho muy puntual. En cuanto a la documentación o las fuentes manejadas, los rastros que encontramos son más bien escasos. En el prólogo se citan genéricamente algunos documentos soviéticos que salieron a la luz últimamente pero sin especificar de cuáles se trata y aclarando que no sucede lo mismo si lo que buscamos es información de fuentes norteamericanas o chinas que, en gran medida, aún permanece oculta. Cada uno de los veintiséis capítulos es precedido por una o dos citas de palabras pertenecientes a personajes de la época. De muy pocas de ellas ha quedado seguramente registro de fuente directa. El libro parece fundamentarse en la creencia de que las cosas importantes de este siglo (o de la historia contemporánea) no se fijan en el papel sino

que suceden muchas veces en la espontaneidad de los despachos oficiales, en reuniones o comidas, durante partidos de golf o tenis, en oficinas de alguna empresa, o en discursos públicos o privados. Esas cosas pocas veces quedan documentadas (al menos en forma directa) y cuando eso sucede está claro que ese no era el objetivo fundamental buscado por el productor del hecho. El libro sostiene su argumentación documental en gran medida en discursos, cartas o folletos, o frases pronunciadas en ámbitos privados, y esto a veces puede ser riesgoso por la dificultad para la contrastación o comprobación de las fuentes documentales utilizadas.

Volviendo a la estructura que presenta la obra, la primera sección se titula "El legado del miedo" y lo que en ella encontramos es la descripción de lo que para los autores constituye una de las esencias fundamentales de la Guerra Fría: "el síndrome de 1941". Es decir, los ataques sorpresa que sufren tanto EE. UU. (por parte de Japón) como la U. R. S. S. (por parte de Alemania) en ese año. Así, el origen de la Guerra Fría se sitúa en la dinámica de la mentalidad de la II Guerra Mundial. Los ataques sorpresa sufridos en 1941 por las dos potencias que luego se enfrentarían, habrían dejado, para los autores, una impronta tan profunda en ambas sociedades (norteamericana y soviética) que sustentarían primero la alianza para luchar contra el nazi-fascismo, y luego el enfrentamiento. Entonces la "guerra no declarada" encuentra su fundamento esencial y primario en una combinación de pragmatismo, paranoia, falta de información, miedo, recelo, mutuo desconocimiento e incertidumbre generando un clima de desconfianza y provisionalidad que determinará todo el período (ver pág. 37, 38 y 60). Lo que sigue es un procedimiento por el cual se derriban, uno a uno algunos de los "mitos" que muchas veces constituyeron el "sentido común general" sobre algunos acontecimientos de la II Guerra Mundial y la

posguerra. Así, Roosevelt no "deja hacer" a los japoneses en Pearl Harbor sino que se ve realmente sorprendido por el ataque. Las grandes potencias no se "reparten el mundo" en las sucesivas cumbres interaliadas durante y luego de la guerra sino que la situación inmediata de posguerra respetó antiguas situaciones adaptadas al nuevo contexto representando realidades palpables. En Yalta no se produce una división arbitraria del mundo entre la U. R. S. S. y el eje Reino Unido-EE. UU. sino que se respetan realidades militares. Se desarticula también la idea de que Stalin habría manejado a Churchill y Roosevelt durante la reunión de 1945. Es decir, lo que se hace en Yalta es retrotraer la situación geopolítica europea a 1938 con algunos arreglos propios de la nueva coyuntura. En definitiva, lo que se pretende hacer es desmitificar algunas ideas corrientes colocándolas en un terreno de duda y provisionalidad. Quedaría claro entonces, que buena parte del "sentido común" que sustentó el enfrentamiento de la Guerra Fría se basaría solamente en la "mala información" o el "desconocimiento". Muchos de los argumentos mediante los cuales se procura destruir esos mitos no siempre resultan convincentes y en la obra conviven, además, diferentes registros (desde un psicologismo hasta un economicismo y tecnologicismo). Sin embargo, el procedimiento es útil y hasta imprescindible para alcanzar el objetivo confeso del libro de "extinguir la mentalidad de la Guerra Fría" desautorizando sus fundamentos.

La segunda sección recibe el nombre de "El miedo polarizado" y lo que allí encontramos es una recorrida por la situación europea en la posguerra inmediata. Se intenta descifrar el mecanismo por el cual las dos potencias pasan de aliadas a enemigas. 1948-49 son los años elegidos para el quiebre. Comienza entonces lo que los autores denominan I Guerra Fría que se extenderá aproximadamente hasta 1962. Algunos hechos aparecen

como fundamentales: el bloqueo soviético de Berlín en 1948, el surgimiento de la O. T. A. N. al año siguiente, la Revolución China en el mismo año, el inicio de la carrera nuclear con la espectacularidad de las bombas atómicas norteamericanas de 1945, la implementación del Plan Marshall y la política conocida como macartismo que se instaura en EE. UU. por esos años. Estos son algunos de los acontecimientos que marcan el inicio formal de la Guerra Fría, de la construcción del "telón de acero" que se convertirá en frontera entre dos sistemas ideológicos (ver pág. 70). Se pasa luego, a la situación en Asia. La aparición de la llamada "cortina de bambú" (constituida en principio por China y Corea), el proceso descolonizador de posguerra muchas veces alentado tanto por los EE. UU. como por la U. R. S. S. en detrimento de Francia y el Reino Unido, el surgimiento del Estado de Israel y la Crisis de Suez, la Guerra de Argelia (o frustración francesa). La sección finaliza con el proceso de "desestalinización" de la U. R. S. S., luego de la muerte de Stalin en 1953 y la asunción de Krushev en su reemplazo. Simultáneamente, Europa atravesaba un período de expansión económica signado por la aplicación del Plan Marshall y el desarrollo del Estado de Bienestar o Welfare State, que en definitiva va a ser visto como una consecuencia más de la dinámica de la Guerra Fría. Por último, la ruptura entre y la U. R. S. S. ocupa el último capítulo de esta sección.

La I Guerra Fría entonces enfrentó, en la interpretación del libro, dos bloques que, diferenciados en los medios, coincidían en el objetivo final. Los partidarios de las elecciones libres y la empresa privada por un lado, y los partidarios del socialismo y la planificación centralizada por otro, convergían en querer lograr el consumo de masas y el bienestar, es decir, la "buena vida" (ver pág. 158-59). De esta manera, el enfrentamiento se reducía a un juego cruzado de imágenes que representando miedos

y desconfianzas profundas, coincidían en la esencia del fin a alcanzar.

"El peligro amarillo y otras amenazas" es el nombre de la tercera sección. Comienza con el triunfo del movimiento revolucionario en Cuba y su posterior acercamiento a la U. R. S. S. enmarcado por supuesto en la dinámica de la Guerra Fría. El proceso de descolonización en África también se subsume en esta dinámica. Llegamos así a 1961-62, años que marcan el comienzo del período de "coexistencia pacífica" que se coronará con la política de la "detente" seguida en los '70. La derrota de EE. UU. en Playa Girón, la construcción de Muro de Berlín y el auge de la carrera espacial con el lanzamiento soviético del primer astronauta al espacio, todos hechos sucedidos en 1961; y la crisis de los misiles o "crisis de octubre" norteamericana-cubana-soviética de 1962 abren la "coexistencia pacífica". El símbolo elegido para este período es la apertura del llamado "teléfono rojo" que comunicaba en forma directa a la Casa Blanca con el Kremlin en 1963. La Guerra de Vietnam (estrepitosa derrota norteamericana), así como las guerras mantenidas entre China y la India y entre la India y Pakistán constituyen la "mini Guerra Fría" asiática. La ruptura entre China y la U. R. S. S., que en un momento parece suavizarse alrededor de Vietnam, se profundiza. Llegamos así a 1971-72, años en los cuales comienza a plasmarse lo que se conocerá como política de la "detente". Esto es, volcar la Guerra Fría a circuitos diplomáticos, establecer una suerte de "statu quo" entre los EE. UU., la U. R. S. S. y China para descomprimir la tensión y limitar el conflicto. La Conferencia de Helsinki, celebrada entre 1972 y 1975, fue la cumbre de esta nueva concepción diplomática. A la vez, se constituyó en reconocimiento real y acabado de los resultados de la II Guerra Mundial, terminando así con casi 30 años de provisionalidad. Los movimientos de rebelión juvenil en 1968, la llamada Guerra de "Yom Kippur" entre Egipto e Israel en

1973, el enfrentamiento entre Turquía y Grecia alrededor de Chipre, la guerra civil de Angola y la expresión de los movimientos guerrilleros en los '70, son analizados todos bajo esta nueva dinámica que había adoptado la Guerra Fría.

En "El desequilibrio del terror", la cuarta sección, la atención está puesta en el camino hacia el desencadenamiento, a partir de 1979, de lo que se va denominar II Guerra Fría. Se describe entonces, el proceso de expansión del islamismo en la segunda mitad de los '70 en la cual la alternativa panislamista supera a la panarabista. Había estallado, en definitiva, la "bomba islámica" (ver pág. 284-85). La revolución de Irán en 1979 constituyó un importante hito en este proceso. La segunda crisis del petróleo en 1979-80 también. Llegamos entonces a la invasión soviética de Afganistán (que es presentado como el Vietnam soviético, pág. 297) que marca el inicio de la II Guerra Fría que se extenderá hasta la caída del bloque socialista en 1989-91.

Así, la quinta y última sección, "El miedo relegado", se ocupa del desarrollo de la II Guerra Fría hasta su finalización abrupta. El proyecto conocido como "La Guerra de las Galaxias", presentado por Reagan en 1983, y la Guerra de Malvinas de 1982 (mayor guerra real en el período 1981-84), aparecen entonces dentro de esta nueva lógica de enfrentamiento. El principio del fin es ubicado en el proceso de *glasnot* que impulsa Gorbachov a partir de 1986 conocido como política de *perestroika*. Para los autores lo que se buscaba era reformar y reestructurar el sistema soviético y no abolirlo como sucedió en definitiva. Con el bloque socialista destruido, en 1990 se plasma el Nuevo Orden Mundial. La Guerra Fría estaba desactivada. Sin embargo nuevos elementos desestabilizadores y crisis en escenarios considerados secundarios iban a surgir en forma vertiginosa e inesperada. La Guerra del Golfo de 1991 es uno de ellos. El enfrentamiento interétnico en Yugoslavia

que "paralizó a occidente" será otro (ver pág. 331). Así (acercándose al planteo de Hobsbawm), la caída de la U. R. S. S. es vista como la bisagra entre dos siglos: finaliza el "corto siglo XX" y se abre el siglo XXI. Más que victoria de EE. UU., la situación se caracteriza como de derrota del campo socialista. Ahora nuevos conflictos cruzan el nuevo escenario: guerras étnicas, fundamentalismos, conflictos en Africa, nacionalismos, narcotráfico. "Mundos desconocidos y amenazantes" hacen oír su renovada voz (ver pág. 353). Los movimientos ecologistas o "verdes" aparecen como los únicos superadores de la lógica de la Guerra Fría.

En el epílogo se esboza un breve resumen de todo el trabajo así como también algunas conclusiones. La Guerra Fría implicó sobre todo un cambio en la forma de vida y en las capacidades tecnológicas a nivel mundial. Las superpotencias no estaban preparadas para el enfrentamiento, así el clima de provisionalidad y la incapacidad de ambas para controlar a sus aliados caracterizó el período. Lo que resulta claro es que muchos enfrentamientos de la Guerra Fría eran, en la interpretación del libro, continuaciones de conflictos pasados asimilados a la nueva dinámica y que muchos de los conflictos que estallan luego de 1989, estuvieron siempre latentes durante la Guerra. Así son analizados los nuevos nacionalismos y la expresión del fundamentalismo que es caracterizado como una "polaridad renacida" de la post-Guerra Fría. El fin de la Guerra es visto más como una derrota del bloque socialista que como un triunfo de EE. UU. Dos importantes consecuencias económico-sociales de la etapa finalizada parecen demostrarlo: la consolidación y auge de Europa por un lado (con el caso alemán como ejemplo), y la aparición de China como potencia por otro. El surgimiento de Japón, podría ser, sin duda, una tercera. El epílogo finaliza con un breve análisis de la evolución y el desarrollo de las telecomunica-

ciones durante esta etapa en la cual la información cobró una importancia fundamental como objeto de consumo.

Por último, el apéndice que trata sobre "España y la Guerra Fría" (tal su título), desarrolla la problemática del régimen franquista y su marginalidad con respecto a la dinámica de la Guerra y esboza algunas líneas generales sobre el posterior período de gobierno socialista y los movimientos nacionalistas y de izquierda españoles.

Resumiendo, lo que el libro hace es colocar todos los acontecimientos sucedidos en el mundo desde 1941 (año de los ataques sorpresa) hasta la actualidad bajo la lógica y la dinámica de la Guerra Fría. Esta se erigiría así, en un fenómeno de alcance planetario y omnipresente que subsumió bajo su órbita cincuenta años de historia a nivel mundial. Como dijimos al comienzo, este libro se inscribe dentro del esfuerzo por realizar una historia de las ideas o de las mentalidades durante la Guerra Fría. La misma es analizada como un enfrentamiento de representaciones que plasmaron un conjunto de miedos, paranoias, síndromes, amenazas y desconfianzas. En ese análisis cohabitan, además, enfoques superpuestos que no siempre están acabadamente articulados o interrelacionados.

Las palabras miedo, terror, amenaza y peligro dominan los títulos de cada una de las cinco secciones. La Guerra Fría ha finalizado, se proclama desde el comienzo, sin embargo sus consecuencias y su mentalidad no se extinguieron. Esto es lo que se propone la obra: "relegar" o "decirle adiós" a nuestro pasado más inmediato. Una especie de borrón y cuenta nueva pero a partir de analizar, desarticular y desmitificar los sustentos sobre los cuales se construyó el enfrentamiento. Porque, en definitiva, la Guerra Fría fue una construcción que descansó muchas veces sobre pilares provisionales o falsos pero que dejaron una

impronta profunda que debe ser borrada. La periodización propuesta es un buen intento por estructurar la Guerra: una primera etapa que abarca desde 1948 hasta 1962 y una segunda desde 1979 hasta 1989-91 con un interregno de "coexistencia pacífica" entre ambas. El comienzo y el fin de cada uno de estos tres períodos está marcado por un hecho que es seleccionado como simbólicamente decisivo o de quiebre.

El esfuerzo realizado por los autores merece ser rescatado. Proponerse realizar una obra sobre un pasado tan reciente (terreno muchas veces eludido o evadido por los historiadores) implica ingresar en un espacio problemático y difuso, que aún permanece abierto y fresco y por supuesto mucho más comprometido y movilizador. Quizá el análisis se torne más impreciso (o ceda la rigurosidad) cuando se hace referencia a regiones periféricas o del Tercer Mundo como Sudamérica, Asia o Africa. Pero quien busque un libro que sirva como marco de referencia general (sobre todo en la referente al "clima de ideas", mentalidades o mejor dicho de sensaciones) para el período de la Guerra Fría puede quedar satisfecho. Para quienes abriguen más pretensiones pensamos que esta obra puede servir como punto de partida para encarar estudios superadores que profundicen algunos aspectos y redefinan el enfoque de otros sin perder esta visión abarcativa y totalizadora que aparece como fructífera para analizar un período tan polémico, controvertido y complejo. Sin duda este es un libro interesante que aporta una visión global (aunque analíticamente parcializada) sobre una etapa que requiere un debate tan intrincado como necesario. Y consigne lo que desde el título enuncia: proponer una de las historias posibles acerca de la Guerra Fría ■

Pablo Vommaro

El Financiera

mora

Revista del Area interdisciplinaria de Estudios de la Mujer
Facultad de Filosofía y Letras, Universidad de Buenos Aires

n° 23/junio 1997



Religión, radicalismo y fantasía, *Bárbara Taylor* / Presencia con una Diferencia: la subjetividad según budistas y feministas, *Anne C. Klein* / Algunos aportes al debate sobre la racionalidad femenina, *Alicia Nudler* / Tráfico de género: mujeres, cultura y política de identidad en esta era neoliberal, *Francine Masiello* / El estilo democrático: último grito de la moda, *Cristina Iglesia* y *Liliana Zucotti* / La poética canibal de Clarice Lispector: del sauce Robert a la sangre bruta, *Ana Luisa Andrade* / Género (M/F) y massmediación: nuevos objetos discursivos, *July E. Chaneton* / Desde la otra orilla: las trabajadoras marplatenses. Formas y condiciones del trabajo femenino en una sociedad en transformación *Irene Delfina Molinari* / La problemática de la mujer en Europa del Este y Central post-Perestroika. El caso Ucrania. Entrevista a Svetlana V. Kupryashkina / Ilusas, místicas e intelectuales. Entrevista a Jean Franco / Reseñas

Para compra, canje y colaboraciones, dirigirse a: AIEM. Facultad de Filosofía y Letras. UBA.
Puán 480. 4° piso (1406) Capital Federal. República Argentina

Fax: (54) (1) 432-0121. Dirección electrónica: remun@aiem.filo.uba.ar

Solicitud de suscripción Entrepasados – Revista de historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País:

Tel.:

Envío:

Giro postal

Cheque bancario

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657), Loma Hermosa, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.

Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al 769.9013

Suscripción:

En Argentina, U\$S 24 (dos números)

En el exterior; vía superficie U\$S 30 (dos números)

vía aérea U\$S 40 (dos números)

Solicitud de suscripción Entrepasados – Revista de historia

Deseo adquirir los siguientes números:

Nombre:

Domicilio:

Código y ciudad:

País:

Tel.:

Envío:

Giro postal

Cheque bancario

Los cheques y giros postales deben enviarse a nombre de Carmelo Juan Suriano, Casilla de Correo N° 28, (1657), Loma Hermosa, Pcia. de Buenos Aires, República Argentina.

Ante cualquier duda, comunicarse telefónicamente al 769.9013

Suscripción:

En Argentina, U\$S 24 (dos números)

En el exterior; vía superficie U\$S 30 (dos números)

vía aérea U\$S 40 (dos números)

Solicitud de suscripción

Entrepasados - Revista de historia

ahira

1997



Desee añadir los siguientes números:

Nombre: _____

Domicilio: _____

Código y ciudad: _____

País: _____

Envío: Giro postal Cheque bancario

En Argentina, US\$ 24 (dos números)
 En el exterior, vía aereos US\$ 30 (dos números)

Entrepasados - Revista de historia

Desee añadir los siguientes números:

Nombre: _____

Domicilio: _____

Código y ciudad: _____

País: _____

Envío: Giro postal Cheque bancario

En Argentina, US\$ 24 (dos números)
 En el exterior, vía aereos US\$ 30 (dos números)

Esta edición se terminó de imprimir en
 Diciembre de 1997 en Gráfica Laf s.r.l.,
 Loyola 1654 - (1414) Capital Federal